

Editor: IRENEO PAZ.

OBRAS POÉTICAS

DE LA SEÑORA

DOÑA ISABEL PRIETO DE LANDAZURI.

COLECCIONADAS Y PRECEDIDAS DE UN ESTUDIO BIOGRAFICO Y LITERARIO.

POR

JOSÉ MARÍA VIGIL.

Primera parte.—Composiciones líricas.

MÉXICO

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE I. PAZ.

2ª de la Independencia núm. 2.

1883.

LA SEÑORA

D. ISABEL PRIETO DE LANDAZURI.

Estudio biográfico y literario, leido en la Academia Mexicana por el individuo de número JOSE MARIA VIGIL.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Grande es la deuda que contraje para con vosotros desde que, por uno de esos actos que reconocen como principal orígen la benevolencia propia de almas nobles, tuvísteis á bien admitirme en vuestro seno, concediéndome el honrosísimo título de individuo de esta sabia Corporacion. Desde entónces me consideré obligado á dar pública muestra del hondo sentimiento de gratitud que en lo íntimo de mi corazon dejásteis impreso, resolviéndome, en cuanto de mis débiles fuerzas dependiese, á cooperar en las amenas y fructíferas tareas que os imponen vuestros deberes académicos. Asaltóme, empero, el natural temor que inspira la conciencia



de la propia flaqueza ante el árduo empeño de una obra superior, sin que haya sido parte á tranquilizarme el convencimiento de que la buena voluntad suple, hasta cierto punto, la falta de aptitud; y el silencio habria indudablemente sellado mis labios, si no hubiese venido á alentarme el apoyo de vuestra indulgencia, inseparable compañera del verdadero mérito. Fiado en ella, solicito vuestra atencion hácia el presente trabajo, en que lo interesante del asunto suplirá, así lo espero, lo desaliñado del discurso.

Destácase en el cielo literario de nuestra época colonial una figura apacible, llena de gracias y de encanto, que despues de 200 años tiene todavía la virtud de fascinar al lector, consagrado á investigar los misterios de aquella alma encerrada en el cuerpo de una mujer hermosa, que diciendo adios á la vida cuando todo parecia sonreirle, corrió á sepultarse en un claustro, desde donde las creaciones de su privilegiada inteligencia y los tiernos sentimientos de su apasionado corazon, se escapaban, como á pesar suyo, á manera de los perfumes que inconscientemente derrama la violeta, y que denuncian su presencia por más que se esconda bajo el verde follaje que la sustrae á las abrasadoras caricias del astro del dia. Sor Juana Inés de la Cruz, que ha dado asunto para el teatro y para la leyenda, que ha sido objeto de pacientes estudios para el erudito, es esa figura noble y simpática sobre quien las musas derramaron todos sus tesoros, pasando ornada á la posteridad con la doble aureola de la ciencia y de la poesía.

Gemela de ese genio peregrino, de esa criatura excepcional, ha pasado en nuestro siglo y en nuestros

dias otra mujer, atravesando el turbio cielo de nuestras guerras civiles, como meteoro de luz purísima que deja tras sí una brillante estela, huella indeleble de su tránsito por la tierra. Cuando más irritadas rugian las pasiones vivamente aguijoneadas por luchas fratricidas; cuando el aliento impuro de la discordia penetraba hasta los serenos dominios de la literatura en busca de armas de combate, tornando á menudo en clava de Hércules la dorada lira de Apolo; cuando se explotaban los tesoros de nuestra riquísima lengua, que parece hecha para expresar las efusiones armónicas de almas templadas en el fuego de un amor sublime, en traducir acentos implacables de ira y de venganza, en revestir de formas aterradoras los sombríos pensamientos que brotaba la hornaza de los odios políticos, se dejó oir como eco lejano de mansion desconocida una voz dulcísima, impregnada en los aromas misteriosos del sentimiento, cual si viniese á recordar á los corazones profundamente lastimados por la mano de dolorosa realidad, que más allá de la nublada atmósfera agitada por las tempestades revolucionarias, se extienden las espléndidas regiones del infinito, en donde viven inagotables y eternas las fuentes de la verdad y la belleza, que impresas llevamos en el alma como promesas infalibles de nuestro destino futuro.

Esa mujer, señores, esa gloria de nuestras letras, honra de su sexo y ornamento precioso de la sociedad mexicana, fué la Sra. Dª Isabel Prieto de Landázuri, que aunque nacida en España, fué traida á nuestro suelo en edad bien temprana, pudiendo decir que nos pertenece por completo, pues mexicanas fueron las influencias bajo las cuales maduraron su corazon y su

inteligencia.[1] Esa aptitud prodigiosa que la ciencia no explica, y que los antiguos, por intuicion tal vez no lejana de la realidad, consideraban como inspiracion de séres superiores, se manifestó de un modo enérgico en la Sra. Prieto desde los primeros años de su vida, prefiriendo leer los poetas y ensayar composiciones en verso sobre diversos asuntos, á los juegos infantiles y á las fútiles distracciones que llenan el alma de las jóvenes cuando se revelan los instintos de la mujer en los primeros albores de la adolescencia.

No se crea por esto que aquella alma privilegiada que parecia encontrar estrecha su prision corpórea, que meciéndose en sueños de vaguedad indefinible se dejaba llevar en alas de una melancolía dulce y vaporosa cuya causa era un misterio á sus propios ojos, degenerase en estado morboso viciando su carácter con manías que la sana razon condena. Nó; si el exquisito instinto de un desarrollo moral superior á sus años la hacia replegarse dentro de sí misma huyendo todo contacto que pudiera mancharla; si su ardiente imaginacion buscaba la soledad para entregarse libremente á las graciosas fantasías que la poblaban, nunca llegó á perder el sentido práctico de la vida; jamas descuidó los deberes de hija tierna y hermana cariñosa; su ardoroso empeño para enriquecer sú inteligencia con el estudio, no le hizo olvidar las labores propias de su sexo; y más tarde, cuando los lazos del matrimonio la hicieron entrar de lleno en el período más importante y serio de la existencia; sin abandonar los hábitos de una vida estudiosa; sin dejar la pluma que fué siempre el instrumento dócil de su inspi-

1 Véase el Apéndice núm. 1.

racion, cumplió con ejemplar solicitud las sagradas obligaciones que le imponia su carácter de esposa y de madre, siendo lo que debe ser la mujer que comprende su destino providencial: el genio vigilante del hogar que labra la dicha de su consorte, y prepara el porvenir en los hijos que le ha confiado el cielo.

Esto explica la índole especial de las composiciones de la Sra. Prieto: de naturaleza puramente subjetiva en la primera época, cuando el alma parece vivir de su propia actividad, cuando el sentimiento domina todas las funciones psicológicas; envuelta en la influencia seductora del romanticismo que á la sazon se hacia sentir en todas las manifestaciones de la literatura y del arte, ensayando los primeros pasos por sendas desconocidas; no poseyendo aún la conciencia de la fuerza individual, los primeros versos de nuestra poetisa reflejan ese estado de vaguedad, de indecision, de tristezas indefinidas, en que se llora sin saber por qué, en que hay algo como misteriosa alianza de presentimientos y recuerdos que luchan por tomar forma en el molde flexible de un corazon abierto á todas las impresiones. No es esta ocasion de detenerme en el exámen de los méritos ó defectos del romanticismo; paréceme, sin embargo, conducente á mi propósito recordar las siguientes palabras de un gran filósofo, que determinan, á mi entender, con suficiente exactitud, la naturaleza y carácter de esa escuela literaria:

"El arte, dice Hegel, sin los materiales que la inteligencia proporciona, no hace más que producir la imágen grosera de las formas físicas, ó representar abstracciones morales. Tal es el carácter del arte simbólico. En el arte clásico, por el contrario, el espíritu

es quien constituye el fondo de la representacion; la naturaleza ofrece solo la forma exterior. Bajo esta forma es como el arte alcanza su mas alto grado de perfeccion, verificando la union de la forma y de la idea, idealizando la naturaleza para hacer de ella una imágen fiel de sí misma. De esta manera, el arte clásico fué la perfecta representacion del ideal, el reinado de la belleza; pero el espíritu no puede hallar realidad que le corresponda sino en su mundo propio, es decir, en el mundo interior de la conciencia: solo allí es donde goza del sentimiento de su naturaleza infinita y de su libertad.

"Este desarrollo del espíritu que se eleva hasta sí mismo, que encuentra en sí lo que ántes buscaba en el mundo sensible; en una palabra, que se siente y se conoce en esa armonía íntima consigo mismo, constituye el principio fundamental del arte romántico. Consecuencia necesaria es, empero, que en este último período del desarrollo del arte, la belleza del ideal clásico, es decir, la belleza bajo la forma mas perfecta y en su esencia mas pura, no sea ya lo supremo; porque el espíritu siente entónces que su verdadera naturaleza no consiste en absorberse en la forma corpórea: comprende, por el contrario, que es propio de su esencia abandonar la realidad exterior para replegarse sobre sí mismo, y la declara incapaz de representarle. Si pues esta nueva concepcion está destinada á manifestarse bajo la forma de lo bello, la belleza es algo inferior y subordinado, que hace campo á la belleza espiritual que reside en el fondo del alma, en las profundidades de su naturaleza íntima." [1]

1 *Estética*, tom. II, pág. 971, trad. por Bènard.

En este sentido, no es el romanticismo fruto especial de nuestra época, y hay que remontar un poco la corriente de los tiempos para encontrar sus fuentes verdaderas y genuinas; pero lo que sí es peculiar de nuestro siglo es la forma que asumió bajo la pluma de Goëthe, de Byron y de Chateaubriand en los dias que siguieron á la revolucion francesa. Fué tan profunda la sacudida que la conciencia humana sufrió con aquel acontecimiento; la imaginacion de los pueblos se sobrecogió á tal extremo ante las catástrofes que rápidamente se sucedieron en el último decenio de la pasada centuria, que se abrieron, por decirlo así, inmensos abismos en el espíritu de las sociedades, brotando de ellos ese estado enfermizo, esa lucha vaga y dolorosa entre las pasiones, que tan bien supo pintar en su *Renè* el inmortal autor de los *Mártires*. Entónces se vió surgir esa generacion de sombríos soñadores que alimentaban la curiosidad pública con los pálidos productos de sus imaginaciones exaltadas, ejerciendo en la literatura y aún en las costumbres una influencia trascendental y decisiva. Escritores de talento sacudieron el látigo de la acerba crítica contra las exageraciones de la nueva escuela; las opiniones literarias que se hallaban en pacífica posesion de un dominio tradicional incontestable, se alarmaron ante aquella revolucion que venia á derribarlas, suscitándose reñidas contiendas cuyo desenlace final tuvo que ceder en ventaja de la nueva doctrina.

México, que moral, filosófica y políticamente hablando, ha vivido con la vida de las sociedades europeas, inspirándose en su mismo espíritu y sus mismas tendencias, no podia sustraerse al influjo de la escuela

que, acaudillada por escritores eminentes, se alzaba con el cetro de la dominacion literaria. Ni podia ser de otra manera: aquí tambien el genio de la revolucion habia sacudido sus deslumbradoras teas, despertando nuevas necesidades, nuevas aspiraciones, que iban á concretarse en la vida real por reñidas contiendas, dando lugar á tantos y tan dolorosos dramas. Aquí tambien ese estado de transicion entre un pasado que se desvanecia y un porvenir que apénas asomaba al través de deshechas tempestades, habia preparado los corazones á recibir con una especie de dolorosa avidez todo aquello que, por exagerado que fuese, guardaba oculta simpatía con las amarguras latentes de almas profundamente lastimadas por el vertiginoso encadenamiento de ideas y de hechos, que parecian fatigar en precipitada sucesion la marcha acelerada del tiempo.

Bien podian los hombres de otra época reirse y vapular con toda la hiel del sarcasmo á la imberbe generacion que, apénas traspuestos los umbrales de la vida, lloraba ilusiones marchitas, desengaños prematuros, abismos profundísimos en donde bajo mil formas agitábase el mónstruo insaciable de la duda que todo lo contamina y devora. La verdad es que aquello no era el capricho aislado de moda pasajera; no era el espíritu de imitacion servil que procuraba halagar el intemperante apetito de una sociedad vacilante sobre sus antiguas bases; y cualquiera que hubiera penetrado un poco el fenómeno que con tan insólita apariencia se ofrecia á sus miradas, habria hallado algo profundamente significativo, algo que en el órden literario revelaba esa nueva faz en que el espíritu lucha por realizar en el mundo exterior lo que sólo es propio del

mundo de la conciencia, en que goza el sentimiento de su naturaleza infinita y de su libertad, segun la expresion del filósofo aleman.

El año de 1851 publicóse en Guadalajara, bajo el título de *Aurora poética de Jalisco*, una coleccion de ensayos líricos, á que habian consagrado gran parte de su tiempo varios jóvenes estudiantes, con grave detrimento de sus estudios profesionales. En los primeros números de dicha coleccion, recibida con cierta extrañeza por una sociedad poco acostumbrada á esa clase de publicaciones, apareció una composicion anónima con este titulo: *A mi querida prima C......*, y una nota en que el editor, D. Pablo J. Villaseñor, manifestaba que era produccion de una señorita cuyo talento poético habia admirado siempre, esperando que le dispensase haber dado sin su consentimiento aquellos versos á la estampa. En dicha composicion leíanse quintillas como las siguientes:

"¡Ojalá que el débil són
De la humilde lira mia
Fuese una dulce cancion,
Que explicase en su armonía
Lo que siente el corazon!

"¡Ojalá con blando acento
En tu alma penetrara,
Y siquiera en un momento
De cariño un movimiento
A tu pecho le arrancara!

"Hay en mi alma, prima mia,
Un tesoro de ternura;
No, pues, desdeñosa y fria
Deseches la ofrenda pura
Que cariñosa te envía.

"¿Comprendes mi tierno amor,
Mi cariño fraternal,
Pura y delicada flor
Que no ha secado el rigor
De indiferencia glacial?"

La sencillez de estos versos, el airoso desembarazo con que corren, la verdad de los sentimientos que expresan, hicieron comprender luego que quien tal habia escrito no era uno de esos talentos vulgares que empequeñecen el asunto que tratan, sino que por el contrario, habia allí rica vena de inspiracion y sentimiento, bastantes para interesar en la amistad de dos niñas con tal gracia y tal donaire pintada. Efectivamente, ese juicio que no pecaba de temerario, se fué corroborando más y más con la aparicion sucesiva en la misma coleccion de *Mi ilusion perdida, A un lucero, A una mujer, A un convento*, y *Para el sepulcro de mis sobrinos E. y A.*, composiciones todas en las cuales pudo notarse la misma gallardía, la misma sencillez y naturalidad que formaron el carácter distintivo de los trabajos literarios de la nueva poetisa, cuyo nombre, Isabel Prieto, dejó de ser pronto un misterio para la sociedad, que lé pronunció con general aplauso.

Varios años pasaron sin que la jóven escritora diese á luz ninguna composicion, pues en su excesiva modestia ocultaba cuidadosamente cuanto escribia, causándole verdadera pena cualquiera alusion á su talento poético aún en conversaciones familiares. Muy léjos estaba, sin embargo, de permanecer ociosa: su inteligencia, ávida de saber, buscaba en la lectura y meditacion constante de los mejores modelos y en la adquisicion de conocimientos sólidos, el pábulo que satisficiese

aquella vehementísima necesidad que experimentan las almas privilegiadas de reproducirse en sus propias creaciones, extendiendo, por decirlo así, la esfera de su existencia al revestir sus ideas con el ropaje galano de la ficcion poética. Circunstancias especiales que no deben pasarse en silencio por quien, como yo, las conoce íntimamente, cuando por otra parte son necesarias para penetrar en el espíritu que dictó esas composiciones destinadas á ser una de las más bellas preseas de la literatura patria, contribuyeron á imprimir cierto sello especial en el estilo y carácter de nuestra poetisa.

Llama desde luego la atencion que concurriesen en aquella naturaleza excepcional tendencias y aptitudes que no siempre se compadecen en el mismo sujeto. La aficion á estudios serios raras veces se combina con la viveza de una imaginacion ardiente que busca alimento en la belleza de la forma; el buen sentido de una razon sana parece perjudicar el vuelo caprichoso de una fantasía exaltada; el sentimiento, en fin, que vibra sólo bajo las influencias avasalladoras de la pasion y la ternura, mal se aviene con esa intuicion realista, que penetra en las esferas de la vida ordinaria, escudriña sus secretos y forma á los escritores satíricos. Pues bien, esas opuestas cualidades, esas contrarias aptitudes que partiendo de diversos puntos se dirigen á objetos del todo diferentes, las vemos unidas en la Sra. Prieto, cuyo genio flexible y fecundo se ensayó con igual fortuna en casi todos los géneros y estilos. En el estudio de la gramática, de los idiomas, de la historia y de las bellas letras, hizo rápidos y notables adelantos, como lo demuestran la diccion clara y cas-

tiza que brilla en todas sus obras; las correctas y fieles traducciones del francés, del inglés, del italiano y del aleman, que revelan conocimientos profundos en esas lenguas, así como un gusto exquisitamente formado en el asíduo manejo de los más ilustres escritores que forman la edad de oro de la literatura española.

Ocupando su familia una posicion distinguida en la sociedad de Guadalajara; siendo apoyada en sus inclinaciones literarias por el cariño de su ilustrado padre, la Sra. Prieto pudo entregarse libremente á sus estudios favoritos, sin que por eso desatendiese las labores propias de su sexo, llegando á poseer todas las cualidades que constituyen á una mujer instruida y hacendosa. De carácter naturalmente retraido, el hogar doméstico era el mundo en que se desplegaba la actividad de aquella alma que vivia con la vida de sus propios pensamientos, siendo raras las veces que se la veia fuera de su casa, pues el teatro era lo único que la hacia interrumpir aquella especie de existencia claustral en que pasó los mejores años de su primera juventud. Jamas se despertó en ella el deseo de brillar; esa vehemente aspiracion de gloria que en algunas almas toma el carácter de pasion violentísima, fué de todo punto desconocida de aquel espíritu superior, que buscaba la soledad y el silencio como elementos indispensables para seguir la corriente de sus propias ideas, en que hallaba variedad y encantos suficientes con que embelesar las tranquilas horas de su vida.

Así vemos dominar en las composiciones de la Sra. Prieto cierta melancolía dulce que nunca llega á degenerar en desesperacion sombría, revelando un alma

ajena á los rudos conflictos de desengaños que envenenan las más puras fuentes del sentimiento. Hé aquí la amistosa reconvencion dirigida á una poetisa que se quejaba del hastío de la vida:

"¡Oh! no vuelvas á decir
Que no puede, seco y frio,
Devorado del hastío,
Tu triste pecho latir.

"No digas que tu alma yerta
Ni á soñar la dicha alcanza;
No digas que tu esperanza
Está para siempre muerta.

"¿Has sufrido? ¡Ay! Es la historia
De toda alma que ama y siente....
¿Quién no conserva inclemente
De dolor una memoria?

"¿Has entrado en la existencia
Soñando amor y ventura,
Guiada por la luz pura
De tu cándida creencia?

"¿Has visto un Eden de flores
Do reposar descuidada,
Lánguidamente arrullada
Por dulces cantos de amores?

"¿Has visto de una ilusion
El resplandor peregrino
Iluminar tu camino
Y embriagar tu corazon;

"Y cuando más extasiada
En tus sueños te mecías,
Y la existencia veías
Fácil, risueña, encantada;

"Un espantoso dolor,
Oscureciendo tu vida,

Te despertó estremecida
De tus ensueños de amor?

. . . .

"Poetiza, ¿esta es la historia
Cuyo recuerdo sombrío
Te hace mirar con desvío
Una dicha transitoria?

"¿Por eso siempre oprimida
De amarga desconfianza,
Quieres dar á la esperanza
La postrera despedida?

"¡Oh! nó; no debes creer
En tu dolor, que en la tierra
Ya para tí no se encierra
Ni la sombra de un placer.

"¿Un dulce goce no siente
Tu agitado corazon,
Al venir la inspiracion
A abrasar tu inquieta mente?

"¿Debes acaso llamar
Desdichado tu destino,
Si aun puedes en tu camino
Algun dolor consolar?

"El alma que el desconsuelo
En el triste mundo ha herido;
El alma que ha padecido,
Se alza, poetisa, al cielo.

"De la inspiracion que llena,
Que alienta, que satisface,
El dulce talisman hace
Que alivie su aguda pena;

«Y del llanto abrasador
Que brota de su honda herida,
Hace el bálsamo de vida,
Para el ajeno dolor.

"¿Crees que pueda morir
Del hastío el corazon
A quien tan dulce mision
Le fuera dado cumplir?"

En estos hermosos versos, cuya facilidad y correccion seria inútil encarecer, se trasparenta el fondo de aquella alma noble que veia en la poesía algo más que pueril entretenimiento, propio para halagar á corazones ávidos de los favores que no siempre prodiga con justicia la fama vocinglera. La inspiracion, ese don del cielo, imponia, en sentir de nuestra poetisa, severas obligaciones al que le habia recibido, no para desahogar sus propios dolores en quejas muchas veces injustas y temerarias, sino para aliviar sufrimientos ajenos, para convertir en bálsamo de vida el llanto que brota abrasador el alma del poeta, para ser nuncio de fé y de esperanza en medio de las deshechas tempestades que suscitan las pasiones. Quien en tan alto concepto tenia el valor de la palabra en su expresion más elevada y más bella; quien asignaba un fin moral de tamaña trascendencia al escritor cuyo talento le reviste de una especie de magisterio para guiar á los pueblos por el camino del bien, no podia desviarse de la recta senda que habia adivinado desde ántes de hallarse en el pleno uso de su razon; y todas sus ideas, y todos sus versos debian llevar ese sello superior, que en vez de desvirtuar sus creaciones con tintas de exagerado rigorismo, les comunicaba, por el contrario, la gracia y la frescura de una virtud siempre dulce y amable, cuyo suavísimo perfume embalsamaba las agudas espinas de los dolores humanos.

Inútil seria, por lo mismo, buscar en las poesías de la Sra. Prieto esos arranques de odio y desesperacion por desengaños reales ó supuestos, que exagera á menudo la sensibilidad enfermiza de almas que se doblegan fácilmente á las vicisitudes de la vida: y no es que viviendo á salvo de las necesidades que en el mundo real aquejan á gran número de séres desgraciados, nuestra poetisa se encastillase tras los muros de glacial indiferencia, remontándose tranquila en alas de una sensibilidad puramente teórica: nó, pocos escritores habrán trazado con pincel más vivo los dolores de la miseria, los sufrimientos de un amor desgraciado, las luchas terribles de que es cerrado campo el corazon humano entre pasiones violentas y deberes imperiosos é ineludibles; pero si todas las concepciones toman el tinte del alma en que se desenvuelven, natural es que la misma realidad se endulce y poetice al ser interpretada por un espíritu que tiene fijas sus miradas en esas regiones de luz inextinguible, adonde no puede penetrar quien circunscribe todas sus aspiraciones y esperanzas al círculo mezquino de la vida presente. Así es que al suspirar por la patria ausente, presa de sangrientas lides; al tomar la defensa de su sexo maltratado por la pluma festiva de Breton ó por escritores que cedieran á prevenciones poco justificadas contra el bello sexo, suelta la rienda á las quejas ó á los donaires que se desbordaban de su fecunda imaginacion, sin apelar al arma que envenena al herir, ni á la frase que mancha al labio que la profiere.

Estas felices disposiciones llegaron á su más amplio desarrollo cuando probó los placeres de la maternidad, ese complemento misterioso del destino de la mujer

con que la naturaleza parece haber querido compensar todas las penalidades á que la sujetó con avara mano. Diríase que nuevos horizontes se habian abierto ante aquella alma profundamente empapada en las sagradas obligaciones que le imponia su posicion de esposa y de madre; que la vida se ofrecia á sus ojos bajo el aspecto grave y serio de una realidad, que léjos de excluir, se revestia con todos los encantos del idealismo más puro, sabiendo pintar con mano maestra esos risueños cuadros de la vida íntima, que hacen sentir el calor del hogar doméstico, las tranquilas escenas de la familia, los múltiples y variados episodios que se desenvuelven sobre un fondo de risueña verdura, en que se destacan las tiernas y delicadas figuras de una madre y de un hijo. Difícil seria escoger entre las varias composiciones escritas bajo tan bella inspiracion; permítaseme, sin embargo, citar la siguiente que lleva el título de *La Plegaria:*

"Antes de dormir, bien mio,
Cruza tus manitas blancas
Y con tu voz de querube
Eleva á Dios tu plegaria.
La oracion del inocente,
Serena é inmaculada,
Sube más presto á los cielos,
De su pureza en las alas.
Es una hora muy dulce:
Tendió ya la noche clara
Su azul y diáfano velo
Que las estrellas esmaltan.
La tibia luz de la luna
Ilumina el panorama,

Y en las aguas de la fuente
Deja una huella de plata;
Uno de sus blancos rayos
Penetra por la ventana,
Y atravesando los pliegues
De la trasparente gasa
Que envuelve tu blando lecho
Como una nube argentada,
Con una dulce caricia
Tu frente de rosa baña.

Vamos á orar, hijo mio,
Que ya á la oracion te llama
El armonoiso concierto
Que la natura levanta
En esta hora solemne,
Misteriosa y sosegada.
Oye: el rumor del arroyo;
Del aura la queja blanda,
Que acariciando las flores,
Susurra entre la enramada;
Del postrer trino del ave
La nota indecisa y vaga,
Que en sus alas de zafiro
Tibia la brisa arrebata;
Son una oracion, mi vida,
Que pura y ferviente alzan
Los céfiros y las flores,
Los árboles y las aguas,
Las aves y los insectos
Que zumban entre las ramas.

Fija en el cielo un instante
Tu trasparente mirada,
Y admira el fulgor sereno
Que la estrellas derraman.
Es el lenguaje sublime
Con que al Creador alaban,

Y su grandeza pregonan,
Y su omnipotencia aclaman.
Es su oracion, hijo mio,
Que en luz los astros exhalan
Como en aroma las flores,
Como en suspiros las auras.
Vamos á orar.... No te duermas;
Cruza tus manitas blancas,
Y con tu voz melodiosa
Eleva á Dios tu plegaria.
La oracion es el perfume
Más delicado del alma:
La esencia del sentimiento
Hondamente concentrada;
Es la súplica mas tierna,
El himno de la esperanza,
La bendicion del dichoso,
Del desdichado la lágrima,
La ofrenda de la inocencia,
A Dios tan dulce y tan grata,
Que la plegaria de un niño
Puede lavar muchas manchas.
Vamos á orar, Dios te escucha;
Rápida la noche avanza,
Y para llevarla al cielo
Tu ángel tu oracion aguarda.
—"Madre, el niño le contesta
Despues de una corta pausa,
Miéntras con sus dos bracitos
El materno cuello enlaza:
Tú quieres que con Dios hable
Y Dios á mí no me habla,
Y pues que no me responde,
Es que no oye mis palabras."
Selló un beso de la madre
La boquita nacarada

Que su candorosa queja
Gravemente pronunciaba.
—„Dios te habla siempre, hijo mio;
Doquier su voz soberana,
A tu oracion respondiendo,
Se escucha elocuente y clara:
En el sol que te calienta,
En las sonrisas del alba,
En el aire que respiras,
En los goces de tu infancia,
En los besos cariñosos
Del padre que te idolatra,
Y en el amor infinito
Que mi corazon te guarda.
Dios á las madres inspira
La inmensa ternura santa
Con que al hijo tierno adoran
Desde que á la tierra baja;
Dios á las madres ha dado
La prevision delicada
Con que comprenden al niño
Que su auxilio les demanda,
En ese mudo lenguaje
Que en un sollozo se escapa.
Mil veces cuando en tu lecho
Tranquilamente descansas,
Sabiendo que sientes frio,
Por intuicion sobrehumana
Vengo á cubrirte anhelosa
Desde la próxima estancia.
Es que una voz de los cielos
Que sólo una madre alcanza,
Le advierte cuando padece
El hijo de sus entrañas.
Cuando te digo: „Hijo mio,
Sé bueno, al prójimo ama,

Socorre al necesitado,
Piadoso los males calma,
Dios, por mi labio, alma mia,
Esos preceptos te manda,
Que por la voz de una madre
Dios siempre á los hijos habla......
Así, ponte de rodillas,
Dame tus manos cruzadas,
Reclina en mi hombro tu frente
Que blando beleño empapa,
Y comienza.» Con voz dulce
Que el sueño en su sombra apaga,
El rubio niño repite:
—«Dios mio, yo te doy gracias,
Porque de tí todo bien
Y toda dicha dimanan.

Como eres padre de todos,
Con sencilla confianza
Mi súplica fervorosa
A tí el corazon levanta.
Te pido por el que sufre
Sumergido en la desgracia;
Te pido por el culpable
Que tus preceptos quebranta;
A mis padres, que me adoran,
Cuida, Dios mio, y ampara,
Que ser huérfano es bien triste
Me ha dicho mi madre amada.

Hazme bueno y obediente,
Y perdóname mis faltas,
Y ántes que me entregue al sueño,
Que ya mis ojos empaña,
Tu bendicion, Dios piadoso,
Que del mal defiende y salva,
En los besos de mi madre
Sobre mi frente derrama.»

Al terminar débilmente
Estas últimas palabras,
En los maternales brazos
Dormido el niño resbala.
El ángel custodio entónces
El blanco lienzo separa;
Y contemplando á la madre,
Que sobre el hijo inclinada
Su dulce y tranquilo sueño
Con débil canto arrullaba,
Sobre el cariñoso grupo
Tendió las diáfanas alas,
Y de los labios del niño
Recogiendo la plegaria,
Cuyos últimos acentos
Aun indecisos vibraban,
Alzando el vuelo murmura
Con voz apacible y blanda:
"Voy á llevar á los cielos
Tu oracion inmaculada;
Pero me alejo tranquilo
Porque tu madre te guarda."

Me dispensaréis, señores, el que haya citado *in extenso* la composicion que antecede, porque nada como ella misma habria podido dar idea adecuada del sentimiento que la dictó; y porque en ese cuadro con tan bellas tintas trazado, en que el arte desaparece para dejar hablar á la naturaleza su lenguaje más puro y más íntimo, se refleja con toda verdad el corazon de la madre que va á fundirse en el genio de la poetisa, influyéndose mutuamente para producir la armoniosa síntesis de la mujer en su carácter más respetable, enaltecido por el talento más privilegiado. Al seguir paso á paso cómo se van desenvolviendo en *La Plegaria* los pensamientos

que le dan vida, no puede ménos de reconocerse la perfecta gradacion con que sin desviarse un punto de la idea principal, crece sucesivamente el interes hasta desenlazarse en una imágen que cierra con llave de oro la pintura animada por el sentimiento más elevado que al corazon de la mujer es dado abrigar: el amor de una madre por su hijo en relacion con el infinito, con Dios. La mayor parte de la composicion, segun se ha visto, no es más que un diálogo en que la madre invita á su hijo á dirigir al cielo su plegaria nocturna. La manera sencilla, natural y eminentemente poética con que está hecha esa invitacion, cuadra en todas sus partes con el objeto que la autora se propuso. Las palabras, las frases, los adornos del lenguaje, sin dejar de mantenerse á la altura conveniente, no desdicen en nada de la situacion, siendo perfectamente adecuados á la tierna inteligencia de un niño. La candorosa observacion de éste sobre que Dios no le oye puesto que no responde á sus palabras, es muy oportuna, pues expresa la duda que espontánea mente brota en un alma infantil, en que dominan las impresiones sensibles, y es incapaz, por lo mismo, de elevarse á las luminosas esferas de la razon y de la fé. La explicacion que la madre da acerca de esto, señalando la presencia de Dios en todo lo bello y lo grande, tal como lo puede comprender un niño, encierra la solucion trascendental que á satisfecho ha los mas grandes genios de la filosofía, y la oracion que viene en seguida, expresa el más puro sentido moral que pueda dársele en ese carácter de elevacion y universalidad que el cristianismo ha sabido infundir al sentimiento religioso. Por último, el niño cede á la influencia irresistible del sueño; el ángel custodio que, como testigo invisible, ha asis-

tido á esa escena de ternura maternal, recoge la plegaria para llevarla al cielo, alejándose tranquilo porque queda en su lugar ese otro ángel protector, que con el nombre de madre, guia y protege al hombre en los primeros años de su vida:

"Voy á llevar á los cielos
Tu oracion inmaculada;
Pero me alejo tranquilo
Porque tu madre te guarda."

Semejantes á *La plegaria* por el sentimiento fundamental y por la intencion poética, son otras composiciones de la Sra. Prieto, intituladas: *A mi hijo dando limosna, La madre y el niño, Amistad de infancia, El no me olvides, La vuelta de las golondrinas,* ete,. etc. en todas las cuales se puede admirar la misma deliciosa frescura, la misma exquisita delicadeza, el mismo suavísimo perfume que se escapa de una alma empapada en el más puro idealismo que trasforma los objetos que caen bajo su contemplacion, especialmente en cuanto se relaciona con el instinto de la maternidad que era en ella tan poderoso. Sin desconocer lo mucho que valen bajo todos aspectos las composiciones de la Sra. Prieto, puede decirse que el carácter es pecialde su inspiracion, lo que le asigna lugar distinguidísimo en nuestro Parnaso, es el sentimiento maternal, es esa expresion pura, íntima de la afeccion más noble y respetable que se abriga en el alma de la mujer, y en que no tiene rival la ilustre escritora, á quien no hay exageracion en aplicar el epíteto de poetisa-madre por antonomasia.

Hasta aquí he considerado á la Sra. Prieto desde

el punto de vista lírico; y aunque estoy bien léjos de haber apurado el asunto, lo dicho basta para que se vea en ella uno de los genios que más honran á la musa mexicana. Sin embargo, mi trabajo no quedaria completo, si le diera fin pasando en silencio las producciones que dejó en el genero dramático, producciones en las cuales se ven las múltiples aptitudes de aquella inteligencia superior.

Quince piezas originales escribió la Sra. Prieto, y son las siguientes: *Las dos flores. Los dos son peores, Oro y oropel, Abnegacion, La escuela de las cuñadas, Un lirio entre zarzas, El ángel del hogar, En el pecado la penitencia, Una noche de carnaval, ¿Duende ó serafin? Un corazon de mujer, Espinas de un error, Un tipo del dia*, y dos sin título, á las que hay que agregar las traducciones de *Marion Delorme*, de Víctor Hugo, y *La Aldea* de O. Feuillet, así como tambien una pieza de magia en prosa y verso, intitulada *Soñar despierto ó la Maga de Ayodoric*, escrita en union del Sr. D. Enrrique de Olavarría. La mayor parte de las piezas anteriores están en verso, pues sólo fueron escritas en prosa *En el pecado la penitencia, Una noche de Carnaval*, y las dos traducciones mencionadas. Cinco de ellas se pusieron en escena: *Los dos son peores, Oro y oropel, La escuela de las cuñadas*, y *¿Duende ó serafin?* en Guadalajara, y *Un lirio entre zarzas* en el Teatro Nacional de México, siendo todas recibidas con grande entusiasmo por el público y la prensa periódica. En cuanto al género, se dividen casi por igual entre el dramático y el cómico.

Las primeras piezas en el órden cronológico fueron *Las dos flores* y *Los dos son peores*, escritas ambas en

1860. Bien sencillo es el argumento de una y otra, desenvuelto en una serie de bellísimos diálogos, cuyos versos nada dejan que desear en cuanto á correccion, soltura, sentimiento ó sal cómica, segun lo exigen las diversas situaciones. Cárlos, jóven poeta de alma ardiente é imaginacion exaltada, ama á Julia, esposa de su amigo Gonzalo, siendo á la vez amado de Magdalena, prima de aquella. Tal es la idea que forma la trama de *Las dos flores.* Todos estos caracteres se distinguen por su elevacion y nobleza. Cárlos lucha entre la pasion y la amistad; Julia, que llega al fin á comprender la pasion de que es objeto, sintiéndose arrastrada hácia el abismo, se esfuerza por sobreponerse á una tendencia de todo punto incompatible con su deber; Magdalena ama á Cárlos y sufre al ver que su inclinacion no es premiada con la correspondencia que anhela; y por último, Gonzalo, franco y leal en su conducta, amando á su esposa cordialmente, ve turbada la felicidad del hogar por las tristezas que en Julia adivina, y no halla á qué atribuir. El desarrollo psicológico del drama, en que los personajes, como se ve, son todos nobles y simpáticos, acaba por el sacrificio de Cárlos uniéndose con Magdalena, sacrificio á que es impelido en mucha parte por la misma Julia, que busca en ese acto de abnegacion una barrera para sus propios sentimientos.

Los dos son peores es una comedia que por la naturaleza de su trama, por el modo de conducirla, y por la fisonomía de sus personajes, pertenece al género creado por D. Manuel Breton de los Herreros. La misma sencillez, la misma gracia del diálogo, la misma viveza de versificacion y el mismo tono festivo que domi-

nan en las obras inmortales del poeta español. Pepa, muchacha de talento, llena de frescura y de vida, se ve cortejada por un viejo insustancial y frívolo, y por un jóven grave que afecta los modales del anciano y desprecia como indignos pasatiempos los placeres propios de su edad. En esta situacion se presenta un tercer personaje que reune las cualidades físicas y morales que hacen á un hombre simpático, y que, como es natural, llega á adueñarse del corazon y la mano de Pepa.

Lo dicho basta para formarse idea de las dos producciones mencionadas; en cuanto á su mérito literario, cedo con gusto la palabra á D. Juan Eugenio Hartzenbusch, cuya autoridad en la materia nadie puede poner en duda. Hé aquí lo que el ilustre literato escribia de Madrid á la Sra. Prieto con fecha 5 de Julio de 1873, despues de disculparse por no haber escrito ántes á causa del mal estado de su salud:

"Leí las dos obras de vd., el drama *Las dos flores* y la comedia *Los dos son peores*, y ambas me agradaron mucho: en ambas ví buen pensamiento, plan juicioso, caracteres bien ideados y versificacion excelente, realzada en particular con rasgos de ternura y de ingenio delicadísimos. Para la accion ó movimiento que hay en cada una, quizá bastaria con ménos diálogo; pero ¡bien haya el público, todavía sano, capaz de admitir y aplaudir un diálogo copioso en moderada accion, porque el diálogo es bueno! Esto pasaba en España, bastantes años ha, con ciertas comedias de D. Manuel Breton de los Herreros, abundantes en coloquios festivos y de escaso argumento, las cuales no se representan ya; gracias á la influencia que tuvo la zarzuela,

y al género llamado bufo, y á la universal invasion de la política hasta en el campo de las letras, hoy se exige en el teatro otra cosa, ó por lo ménos no se quiere aquello.»

Continuando la carta en Avila, con fecha 5 de Agosto, dice el Sr. Hartzenbusch lo siguiente:

«*Las dos flores*, primera produccion de vd. me ha parecido obra de más brío, de más arranque, de más inspiracion; *Los dos son peores*, de más experiencia, de más conocimiento del teatro. En una y otra son notables las figuras de las mujeres, en la primera sobre todo; Julia y Magdalena tienen un encanto indecible. Quizá vd. haya estudiado más el carácter de Cárlos que el de las dos primas; sin embargo, la mujer que ama inocentemente á un hombre, digno de ser amado, y la que llegando á conocer que es amada, llega tambien á amar á quien no debiera, son más verdaderos, más bellos, más interesantes que el jóven, que ciego para ver el mérito de la soltera, pone locamente los ojos en la casada. La pasion de Cárlos, aunque en realidad culpable, se expresa con dignidad y hasta con pureza; pero hubiera quizá convenido que hubiese tal vez manifestado más á las claras su arrepentimiento de codiciar la mujer del prójimo; porque al fin, Magdalena merece que el espectador salga del teatro con la seguridad de que aquella muchacha ha de ser feliz al lado de Cárlos, y aunque éste, en la última escena, promete hacerla dichosa, nos acordamos de que poco ántes ha dicho que ya no puede serlo él, y llama triste consuelo al propósito de premiar el honesto cariño de Magdalena. La fascinacion progresiva de Julia está bien graduada; y es de admirar el tino con que

ha sabido vd. presentar en la escena á un seductor que no repugna, y á una seducida que nos interesa. No sé qué efecto habrá producido en esos teatros el final del acto segundo, pero á mi modo de ver, en todos los del orbe deben levantar en vilo al público aquellos dos versos:

¡Cárlos! ¿por qué me has amado....?
Y por qué?....¡Nó, no es verdad!

"¡Cómo hubiera dicho en el Teatro Español esos versos nuestra Teodora Lamadrid! Hubiera sido la expresion tan admirable como el pensamiento.

"De igual belleza es, aunque de genero bien distinto, el de Magdalena al fin de la obra:

Cárlos, si ya lo sabeis,
¿Por qué me lo preguntais?

"Expresiones semejantes ornan el drama, que lucirian, en mi concepto, mucho más, hallándose más inmediatas, estrechadas en un cuadro algo más reducido.

"En *Los dos son peores*, aunque me divierte la cómica pareja de D. Lindoro y D. Samuel, aunque está muy bien trazado el carácter del vetusto y remirado D. Antonio, aunque es verdadero y simpático el jóven D. Juan; todavía me parece más bella, más simpática, más atractiva la donosísima figura de Pepa, y aún el carácter de la criada es tambien muy propio de la comedia y muy recomendable. Valemos en las obras de vd. bastante ménos los hombres que las mujeres; y ha de consistir (creo yo) en que para pintar personajes de nuestro sexo, necesita vd. ir á buscarlos fuera de casa; para el retrato de mujeres encantadoras,

halla en sí propia todo el caudal de belleza que necesita, y se conoce que el depósito es tan precioso como rico. Quizá Pepa tenga algo del carácter de Julia, *sicut erat in principio;* pero Julia es personaje de drama, y Pepa lo es de comedia: deben, pues, diferenciarse, y se distinguen notabilísimamente. Pepa se retrata de mano maestra en aquella redondilla, donde dice de sí:

"No nací para llorar,
Ni me agrada un sentimiento
Que, en vez de darnos contento,
Nos haga desesperar."

"No sé si estos ligeros rasgos (ó quizá pesados) bastarán para dar á vd. idea del dulce placer que he experimentado en la lectura de las dos obras de vd.; él ha sido grande, y he extrañado mucho una particularidad, cuya explicacion, que me hago fácilmente, con dificultad me satisface. No he leido muchas obras de poetas hispano-americanos, pero sí algunas, y en todas he advertido diferencia notable, y muy natural, entre el lenguaje castellano de allá y el castellano de Europa; el de vd., sin embargo, es el nuestro. ¿Es que todavía es vd. tan española como se fué? ¿Es que no ha leido vd. sino escritos nuestros? Ambas cosas me parecen difíciles de verificar; pero sea lo que fuere, vd. es poetisa española, y nuestra patria debe envanecerse de poder agregar á la lista, no muy numerosa, de nuestras actuales escritoras escénicas, el nombre ilustre de Isabelita Prieto."

Los pasajes anteriores, que dejan ver en toda su limpidez el alma tranquila y elevada del inmortal au-

tor de *Los amantes de Teruel*, son en gran manera interesantes, pues señalan con bastante exactitud el carácter y bellezas de las dos composiciones dramáticas á que se refieren; y lo que es más, parecen concretar en breve cuadro las dotes especiales que distinguen las obras de la Sra. Prieto, áun cuando no fuesen todas conocidas del sábio literato español. Efectivamente, en todas ellas se encuentra ese buen pensamiento, ese plan juicioso, esos caracteres bien ideados y esa versificacion excelente, realzada en particular con rasgos de ternura y de ingenio delicadísimos; en todas ellas se ve ese lenguaje puro y castizo, que tanto sorprendia al Sr. Hartzenbusch y que no hallaba como explicarse, pues él mismo considera insuficientes las consideraciones que expone. Y en verdad, no podria decirse que fuese el resultado de haber pasado en España su primera infancia, porque fué traida muy niña á nuestro país, de tal suerte que apenas conservaba vagos recuerdos del lugar de su nacimiento; ni tampoco de que hubiese leido puramente libros españoles, porque si bien es cierto que conocia mucho á los grandes escritores del siglo XVI, formando su especial delicia Cervantes y Calderon de la Barca, [1] tambien es cierto que el profundo conocimiento que llegó á adquirir en los idiomas francés, inglés, italiano y aleman, le permitió familiarizarse con las obras maestras de esas ricas literaturas, enriqueciendo su inteligencia una extensa y variada cultura, en que seria difícil señalar el elemento predominante. La verdad es que en México nunca han faltado escritores que manejen con

1 Véase el Apéndice núm. 2.

propiedad y pureza la lengna castellana; que en el genio hay mucho de intuitivo, sabiendo alcanzar adondé la mirada del vulgo no penetra, y que á manera del rosal, que inconscientemente sabe extraer del suelo que le sustenta y de la atmósfera que le rodea, lo necesario para elaborar la delicada esencia y los maravillosos tintes de la reina de las flores, así esas almas dotadas de un instinto poderoso logran asimilarse del mundo que las cerca, ideas é impresiones que pasan inadvertidas para la generalidad, revistiéndolas con tacto exquisito de la forma artística que mejor exprese su belleza interna.

Sólo así puede explicarse esa admirable flexibilidad para manejar todos los estilos, y para pintar con colores de verdad sorprendente, situaciones y caracteres que exijen una mano guiada por el conocimiento profundo del corazon humano. Como prueba de lo que digo, me fijaré especialmente en el drama intitulado *Abnegacion,* que es, en mi concepto, de lo mejor que produjo la fecundísima pluma de la Sra. Prieto.

El cuadro que aquí se presenta es de mucho mayores proporciones que en *Las dos flores,* más palpitante su interes, más intrincada su accion, más abundante en situaciones dramáticas, y más variado por la diversa índole de sus personajes. Emilia, jóven, rica, de corazon tierno y apasionado, ama á Enrique, jóven tambien de buena posicion, pero que adolece de los vicios no raros, por desgracia, en personas que, nacidas en medio de la opulencia, se abandonan fácilmente á devaneos que acaban por estragar sus costumbres y pervertir su sensibilidad; así es que en su enlace, aprobado por los padres de Emilia, entra mu-

cho de frio cálculo, á pesar de hallarse aún en la primavera de la vida. Eduardo es un huérfano, recogido y cuidadosamente educado desde sus tiernos años por D. Juan, padre de Emilia, circunstancia que le ha hecho tratar á ésta como á hermana, habiendo, por su aplicacion y talentos distinguidísimos, coronado su carreracon el título de médico. Eduardo posee todos los méritos y todas las virtudes que hacen á un hombre apreciable; pero en medio de la posicion que ha alcanzado y de la inmensa gratitud que en su corazon guarda por los beneficios recibidos, no puede olvidar lo humilde de sus antecedentes; así es que la pasion que abriga por Emilia, á quien ama profundamente, tiene todas las amarguras y dolores de un amor sin esperanza. En esta situacion aparece otro personaje que viene á complicar el drama considerablemente: Clotilde es una jóven que, seducida y abandonada por Enrique, y deseosa de vengarse, se introduce en la casa de Emilia, á cuya madre, Doña Luisa, logra interesar con la patética relacion de su miseria y sufrimientos.

Tales son los personajes y las pasiones puestos en juego en el drama que vengo examinando; véamos en pocas palabras el desarrollo de la accion hasta su desenlace. Desde la primera escena se advierte la posicion respectiva de Emilia y Enrique: aquella, inexperta, apasionada, con todo el candor de un corazon vírgen, observa, sin embargo, la frialdad del hombre á quien sin reserva ha entregado su cariño; Enrique, por su parte, procura eludir, lo mejor que puede, reconvenciones cuya exactitud nadie mejor que él conoce: y en medio del atolondramiento que le causan,

atribuye su conducta á celos inspirados por el afecto con que Emilia trata á Eduardo, suponiendo gratuitamente lo que en realidad existe, la pasion que éste alimenta y que Enrique, en el exceso de su orgullo, califica con los términos más despreciativos, acabando por exigir de su prometida que muestre al pobre huérfano todo el desden y frialdad posibles, cosa que, por lo demas, no puede cumplir Emilia, pues aunque no llega á conocer los verdaderos sentimientos de Eduardo, absorta como se halla en los suyos propios, el cariño fraternal que le profesa y la misma bondad de su corazon, le impiden cometer una accion que nada podria justificar á sus propios ojos.

Clotilde, como he dicho ántes, ha logrado introducirse en la familia, y desde ese momento todos sus esfuerzos tienden á envenenar el corazon de Emilia, á quien ve como á rival afortunada; á exacerbar los sufrimientos de Eduardo, cuya situacion comprende, esperando convertirle en instrumento de su venganza; á atravesarse, en suma, en el camino de Enrique, con quien tiene explicaciones violentísimas, echándole en cara lo villano de su conducta.

Prepárase una fiesta campestre en una de las haciendas de D. Juan: el año ha sido magnífico, la cosecha abundantísima, y el feliz propietario quiere celebrar aquel fausto acontecimiento trasladándose al campo con toda su familia, y llevando naturalmente como convidado á su futuro yerno. Ésta es la oportunidad de celebrar la boda de una campesina, á quien Emilia protege de antemano y le sirve esta vez de madrina. Es de tarde: vése en segundo término una extensa plataforma en donde tiene lugar el baile de la boda

celebrado al aire libre; allí están Enrique, Emilia y sus padres; mientras que desde lejos observan en dolorosa contemplacion Clotilde y Eduardo, presa cada uno del sufrimiento que le domina. D. Juan, que ya ha notado la tristeza profunda de su hijo adoptivo, cosa que no deja de inquietarle, no hallando á qué atribuirla, llega en su busca y logra conducirle á la alegre reunion, obligándole á bailar con Emilia. Al ver esto Enrique, se siente profundamente herido en su amor propio; habla luego con Emilia exigiéndole que cuando termine la fiesta vuelva en la noche al mismo lugar para tener una explicacion; Emilia cede á pesar suyo; la explicacion toma un carácter desagradable; Enrique se retira irritado, y la pobre jóven, víctima de encontrados sentimientos, luchando entre su amor y su dignidad rudamente hollada, cae sin sentido despues de un elocuente monólogo en que expresa las tempestades que se desatan en su corazon.

La necesidad de buscar en un paseo solitario desahogo á sus pesares, conduce á Eduardo al lugar en que se halla Emilia; fácil es comprender lo que aquel sentirá al encontrarse solo en medio del campo y envuelto en las profundas sombras de la noche, con la mujer que forma todo el encanto de su vida. El desmayo no ha pasado aún, pronto se convence Eduardo de que no es cosa de peligro; pero á la natural sorpresa de hallar á Emilia en aquel sitio, suceden las terribles emociones que la misma situacion sugiere. En medio de esas emociones no asoma, empero, nada que ni de léjos pudiera manchar la virtud de Emilia ó el purísimo sentimiento de Eduardo; el carácter de éste se ha fundido en el eterno é inquebrantable mol-

de del deber; la elevacion de su alma, lo acendrado de su pasion, la enorme deuda de gratitud que sobre él pesa, no consentirían jamás que siquiera atravesase por su mente la idea de herir á su padre, á su bienhechor, en lo que tiene de más sagrado, ni mucho ménos profanar en la demencia de un arrebato criminal, al ángel de todos sus sueños, al ídolo que por completo llena su corazon.

Así es que en Eduardo todos los sentimientos se encuentran subordinados á la abnegacion llevada hasta el sacrificio, llevada hasta el martirio y la muerte; porque no merece otro nombre el obstinado silencio en que se encierra, sin permitirse el consuelo de una esperanza remota, habiendo aceptado su situacion sin condiciones ni correctivo, marchando á sabiendas y sin vacilar, al abismo que ve delante. Como la sombra de un espíritu doliente, atraviesa el drama de un extremo á otro, sin un confidente en quien depositar el secreto que le agobia; y el espectador quedaria ignorante de las borrascas que agitan aquel corazon de vigoroso temple, si no fuera por los sentidos monólogos en que se desenvuelve la pasion con todos sus matices, y que constituyen la única forma posible para manifestar las luchas interiores de un personaje que huye de todo lo que pueda hacer á otro partícipe en los misteriosos secretos de su alma.

Al volver en sí Emilia y hallar á su lado al hombre en quien desde la edad más tierna se ha acostumbrado á ver un hermano, da rienda suelta á sus lágrimas y le confía en amargas quejas la causa de sus sufrimientos. En medio de esta delicada y embarazosa situacion, aparece Dª Luisa acompañada de Clo-

tilde, pues habiendo extrañado la ausencia de su hija, sale á buscarla, temiendo que le hubiese sucedido en el campo algun accidente. La sorpresa de Dª Luisa al encontrar á tales horas y en aquel lugar á Emilia y Eduardo, no pasa de cierto limíte, pues sobrada confianza tiene en la virtud de la una y en la honradez acrisolada del otro para abrigar la más ligera sospecha que pudiese mancillar la reputacion de ambos; pero esto no impide que los diversos personajes de la escena se desconcierten, como puede fácilmente comprenderlo el espectador.

Los acontecimientos hasta aquí referidos preparan naturalmente los que siguen: Enrique es instruido de todo lo que ha pasado por Clotilde, quien se complace en irritar su amor propio contándole en términos ambiguos la escena de la noche anterior; Emilia, por su parte, está resuelta á romper con su prometido; la conducta de éste ha agotado su sufrimiento, así es que en la entrevista que tiene lugar en seguida, manifiesta una entereza inquebrantable que sorprende completamente á Enrique, acostumbrado, como estaba, á ver en ella un instrumento siempre dócil á todos sus caprichos y exigencias; y en medio de la irritacion que le causa semejante conducta, acaba por atribuirla á un cambio efectuado en el corazon de Emilia por la supuesta inclinacion hácia Eduardo, desatándose en improperios contra el hombre á quien en su necio orgullo ve con el más alto desprecio. En estos momentos aparece Eduardo y escucha, sin ser visto, el final de aquella escena violenta en que él forma el principal objeto de las cóleras de Enrique; Emilia se retira dando punto á sus relaciones con éste

que permanece confundido ante aquella inusitada energía, y avanza entónces Eduardo, en cuyo seno hierve el odio más profundo contra aquel que no solo le ha herido en las fibras más sensibles, sino que ha llenado de luto y desolacion el corazon de la mujer á quien rinde el culto del amor más puro y respetuoso. La escena que pasa entre los dos expresa con terrible verdad el aborrecimiento que se profesan mútuamente, acabando por salir al campo con objeto de batirse. Entretanto, D. Juan, que ignora absolutamente lo que pasa, comunica á su esposa Dª Luisa la resolucion de efectuar lo más pronto posible el matrimonio de su hija, pero la conversacion se corta por la aparicion de Emilia, que en medio del trastorno que le han ocasionado los sucesos anteriores, va á depositar en el seno de sus buenos padres el secreto de sus pesares y su rompimiento definitivo con Enrique. Esta escena de efusiones íntimas, en que se ven por un lado las amarguras de una ilusion desvanecida, y por otro la empeñosa solicitud que solo los corazones de un padre y de una madre pueden abrigar hácia el fruto de su cariño, al verle zozobrar en la vorágine de un dolor intenso, es interrumpida bruscamente por la entrada precipitada de Eduardo, que llega en el más completo desórden, confesando que ha matado á Enrique. Los diversos y encontrados sentimientos que se despiertan en todos los personajes, dados los antecedentes de cada uno de ellos, están diestramente delineados; pero hé aquí que, en medio de la confusion que tal acontecimiento ha producido, se presentan unos criados conduciendo á Enrique: Emilia, que ante aquella catástrofe olvida sus antiguas quejas, se

arroja sobre el que todos juzgan cadáver, y anuncia, con sorpresa general que Enrique vive. Esta revelacion que por un momento parece efecto del delirio que embarga á Emilia, es confirmada por Eduardo, el cual se ha cerciorado de la verdad, y promete salvar al mismo á quien un momento ántes habria arrancado mil vidas si á tanto hubiera su poder alcanzado. Véase la manera rápida con que concluye el acto y que resume la situacion que imperfectamente he bosquejado:

EMILIA.— ¡Enrique!
EDUARDO.— (¡Destino impío!)
ENRIQUE.— ¡Ay!
EMILIA.— ¡Cielo santo! respira.
EDUARDO.— ¿Qué dice?.... Emilia.... Delira.
ENRIQUE.— ¡Ah!
EMILIA:— ¡Vive!....
EDUARDO.— ¡Vivé! ¡Dios mio!
Late su pulso..... Podré....
Le agita un temblor ligero....
EMILIA.— Si él muere, hermano, yo muero.....
EDUARDO.— Emilia..... ¡Le salvaré!

Veintitres dias han pasado despues de los acontecimientos referidos: durante ese tiempo Eduardo ha permanecido constantemente de dia y de noche á la cabecera de Enrique, á quien ha atendido con un cuidado y una dedicacion extremados, logrando arrancarle del terrible peligro que le amenazara. Esta conducta en que se ve la abnegacion llevada á un grado heróico, y que no puede ser comprendida de nadie pues no tiene más testigo que la conciencia de aquel mártir del deber, ha producido un cambio en Enrique,

á quien despues de todo puede considerarse más bien como una naturaleza extraviada, que á pesar de los errores cometidos conserva un fondo de sensibilidad, suficiente para estimar la nobleza con que ha procedido el hombre que ántes fuera objeto de prevenciones gratuitas é injustificadas. Hoy la reflexion, los cuidados de que se ha visto rodeado, han producido en su alma una revolucion completa; la gratitud qué siente hácia Eduardo le hace reconocer la superioridad de éste; ve que ha sido injusto con Emilia, y procura reconquistar su cariño por medio de aquel hombre generoso á quien confia sin reserva sus esperanzas y propósitos.

Eduardo es un hombre que por nada retrocede en la carrera de sacrificios que se ha impuesto; así es que él mismo conduce á Emilia para que tenga una entrevista con Enrique, tomando parte en la conversacion á fin de persuadirla para que le restituya su cariño, efectuándose la reconciliacion entre los dos amantes. Emilia, sin embargo, se mantiene inflexible en su resolucion; la herida que ha recibido es harto profunda para que pueda darse por satisfecha con las reiteradas protestas de Enrique; éste, en medio de su delirio, habia revelado sus antiguas relaciones con Clotilde, revelacion que vino á robustecer el propósito inquebrantable de aquella jóven, que en su amor é inexperiencia buscaba un sentimiento tan grande y tan puro como el que abrigaba. En este momento se presenta Clotilde, quien creyendo consumar su venganza, cuando supone que están á punto de reanudarse las relaciones de Emilia y Enrique siendo posible que se lleve á cabo su matrimonio, va con el fin de hacer lo que juzga el descubrimiento de un secreto terrible, echan-

do en cara á su antiguo amante lo infame de su conducta, y vertiendo en frases de rencor y despecho toda la hiel que se encierra en su alma. La confusion de Enrique no tiene límites, miéntras que Emilia presencia aquella escena que nada nuevo le descubre, con la severidad silenciosa de la dignidad que se sobrepone á la ofensa, sentimiento que domina en ella á todos los demas; por lo mismo, cuando Clotilde le dirige la palabra diciéndole que solo por salvarla ha corrido el velo de sus sufrimientos, y añade que dos corazones que sufren se comprenden, Emilia le contesta con una dureza que la anonada:

"No á fé mia,
No podemos, Clotilde, comprendernos;
No hay nada de comun, nó, ni podria
Haber entre las dos. Las emociones
Que os he causado inútiles encuentro;
No me compadezcais, todo acabado
Entre Enrique y yo queda; todo, todo
Y para siempre.
ENRIQUE— (¡Ah!)
EMILIA.— Muy orgullosa
Soy, Clotilde, en verdad; estad segura
Que no seré su desdichada esposa.....
No imaginais, supongo, que en el lodo
Do vos habeis caido
Pudiera yo caer; las almas nobles
No manchan su pureza soberana.....
CLOTILDE.— ¡Ah!
EMILIA.— No descienden nunca de esa altura.....

Ese acento de dureza despiadada, que nunca debe aparecer en los labios de quien comprende y compadece la desgracia de sus semejantes, se explica muy

bien en la situacion de Emilia. Educada en medio de la opulencia, sin conocimieto práctico de la vida real, las faltas ajenas no aparecen á sus ojos sino como infracciones de los rigorosos principios que profesa, y sabido es que la indulgencia hácia los demas no es fruto de los primeros años, sino resultado de la reflexion y de la experiencia propia, que nos hacen sentir en nosotros mismos la flaqueza inherente á la naturaleza humana. Por otra parte, los golpes repetidos que han herido su corazon, la han llenado de amargura; y cuando ve que aquella mujer, dueña otro tiempo del cariño que Emilia en su delirio creyó perteneciese á ella sola, para hacerle sentir todo el peso de su infortunio, se atraviesa en su camino, busca con el instinto del odio el dardo que más profundamente pueda penetrar en el alma de su rival, y le halla en la superioridad incontestable que le dan su honra y su virtud inmaculada. Clotilde, lastimada de un modo tan cruel, se vuelve hácia Eduardo, que es el único que allí puede comprenderla, y le dice:

CLOTILDE.— ¡Eduardo! ¡Eduardo! ¿habeis oido?
Emilia, el alma casta é inocente
Que refleja en su seno el cielo mismo,
Que el mundo y sus perfidias no conoce,
Puede más fâcilmente
En sus lazos caer, porque el abismo
No comprende ni ve....
EDUARDO.— (¡Pobre creatura!)
CLOTILDE.— Me humilla.... ¡Con razon!.. Le da derecho
Mi suerte desdichada...(*A Emilia*)Sois bien dura
Emilia, para mí.... Dios os perdone.

Mucho podria decir sobre lo oportuno y profundo

de esta contestacion. En vez de desatarse en improperios ó de enmudecer en su humillacion, Clotilde atribuye las palabras arrogantes de Emilia á su ignorancia del mundo, lo que es verdad: la observacion de que esa ignorancia puede hacerla caer más fácilmente en el abismo, es un llamamiento á la conciencia de aquella jóven, engreida con ventajas que no puede jactarse de conservar siempre, porque despues de todo, no es hecha de distinta masa; el recuerdo de su desdicha le hace reconocer lo que llama con amargura el derecho de Emilia, derecho de que ésta ha abusado cruelmente; y por último, en la frase "Dios os perdone," se concretan todos aquellos sentimientos que han ido desgarrando su corazon; y no hallando á nadie que la comprenda y compadezca, invoca la misericordia infinita para que no haga caer sobre Emilia el castigo que podria acarrearle su temerario orgullo.

Llegadas las cosas á este extremo, no es ya posible más que una solucion; solucion negativa que consiste en romper todos los lazos que han ligado á los diversos personajes del drama, estableciendo entre ellos una separacion definitiva. ¿Ni qué esperanza puede caber de lo contrario? El matrimonio de Enrique y Emilia es de todo punto imposible; entre los dos se alza la sombra de Clotilde, que ha venido á herir en su raíz todas las ilusiones de un corazon inexperto. La jóven seducida y desgraciada, ha conseguido su principal objeto; poner una barrera insuperable entre el seductor y su prometida; pero al herir á su rival se ha herido de muerte á sí misma; y si puede contemplar satisfecho el sentimiento de venganza que la ha inspirado,

preciso es que se separe para siempre de aquella casa, yendo á llorar en el silencio de la desesperacion las consecuencias de un error irreparable. En cuanto á Eduardo, en quien se reconcentran todos los dolores y todos los sacrificios de la abnegacion más completa, ¿podria abrir su pecho á la esperanza, una vez eliminado el principal obstáculo que se interponia entre Emilia y él? Tal seria el camino que adoptara un carácter vulgar, pero no un hombre cuya pasion comienza por hacer completa renuncia de sí mismo, y que en la altura á que se ha colocado no alcanza siquiera la ilusion del deseo, ni tal vez los tormentos desgarradores de los celos. Si se analiza profundamente esta situacion, se hallará que no es Enrique la causa principal de los sufrimientos de Eduardo, sino el mero hecho de no poder aspirar al corazon de Emilia por dos razones poderosas: porque ésta no le ama con el único amor que pudiera corresponder al suyo, y porque el sentimiento de su dignidad se rebela al solo recuerdo de los beneficios de D. Juan. De esta manera, la eliminacion de Enrique no altera sustancialmente la situacion de Eduardo, quien despues de haber apurado hasta las heces el cáliz del sufrimiento, se decide á partir á Europa, manifestando en un aparte que será para siempre, ya que se ve en la necesidad de fingir hasta el fin, resistiendo á las cariñosas instancias de D. Juan, Dª Luisa y Emilia para que se quede, y dirigiendo á ésta las frases más tiernas, justificadas por el cariño fraternal que siempre le ha profesado. Hé aquí los últimos versos del drama:

EDUARDO.— (*A Emilia*) Piensa en mí, que á toda hora
Siempre, Emilia..... siempre, sí,

Piensa con ternura en tí
El corazon que te adora.....
No llores..... me haces sufrir.
EMILIA.— ¡Hermano!....
EDUARDO.— Enjuga tu llanto....
¡Adios! !Adios!..... ¡Te amo tanto!.....
(¡Ay! es preciso partir......)
D. JUAN.— ¡Hijo!.....
EDUARDO.— ¡Padre!
D. JUAN.— ¿Volverás?
EDUARDO.— ¡Madre!
D.ª LUISA.— ¡Adios!
EDUARDO.— (¡Destino fiero!)
¡Emilia!.....¡Emilia!......(¡Me muero!....)
EMILIA.— ¡Vuelve!....
EDUARDO.— (*Yéndose.*) Sí, pronto....(¡Jamas!)

Tal es, en su conjunto, el drama de la Sra. Prieto, en que he creido deber fijarme de preferencia, porque él muestra por sí solo las elevadas dotes dramáticas de su autora. Este genero de poesía, dice Hegel, "reconoce por orígen la necesidad que tenemos de ver las acciones y relaciones de la vida humana, representadas por personajes que con sus discursos expresan esa accion. Pero la acion drámatica no se reduce á la simple realizacion de una empresa que sigue pacíficamente su curso, sino que gira esencialmente sobre un conflicto de circunstancias, pasiones y caracteres, que ocasiona acciones y reacciones y necesita un desenlace. Así es que lo que tenemos ante los ojos es el espectáculo movible y sucesivo de una lucha animada entre personajes vivos; que tienden á fines opuestos, en medio de situaciones erizadas de obstáculos y peligros; son los esfuerzos de esos personajes; la manifestacion de su carácter, su influencia recíproca y sus

determinaciones; es el resultado final de esa lucha que, al tumulto de las pasiones y de las acciones humanas, hace suceder el reposo." [1] Ahora bien, si se examina la obra de la Sra. Prieto á la luz de estos principios, fundados en la misma naturaleza del arte dramático, se verá que corresponde en todas sus partes con la idea que el profundo estético tenia sobre las condiciones á que deben hallarse sujetos trabajos de esta clase. El contraste de las pasiones y de los caracteres está perfectamente marcado, de donde surgen situaciones que nada tienen de violento ni inverosímil, siendo digno de notar que en el desarrollo de esas situaciones se busca siempre, sin apartarse de la naturaleza, el lado ménos previsto, lo que constituye la verdadera originalidad de quien escribe para el teatro. Por lo demás, el alto sentido moral de la poetisa pensadora, se revela admirablemente en ésta como en sus otras obras dramáticas, sin degenerar por eso en la pedantesca aridez del preceptista que pretende convertir en cátedra espectáculos que se proponen fines muy diversos. La solidez de juicio de la Sra. Prieto, aparece, sobre todo, en aquellas escenas familiares á que la delicadeza de su corazon de mujer ha sabido prestar un encanto indefinible. Véase, por ejemplo, el siguiente diálogo entre Dª Luisa y Emilia, en que se habla del futuro enlace de la segunda:

Dª LUISA.— "No quisiera fijar mi pensamiento
En la idea penosa y dolorida
De que pronto el momento
Llegará de una triste despedida....

1 Hegel, *La Poétique*, trad. de Bénard, tom. II, pág. 5.

En esa union se cifra tu ventura,
Lo creo así y el corazon lo anhela;
Pero la pobre madre sufre y llora,
Si de su seno amante se separa,
Cuando se arranca de sus tiernos brazos
A la hija de su amor que el alma adora.

EMILIA.— Si yo me imaginara

Dª LUISA.— Unida en dulces lazos
Aquel por quien en tu alma se atesora
Un amor tan profundo y verdadero,
Serás feliz, Emilia de mi vida....
Si pienso con tristura
Que hay un ser que me roba tu ternura,
Me consuela la idea deliciosa
De que ese mismo sér te hará dichosa....

EMILIA.— ¿Y crees, madre, que aceptar pudiera
Esa union, que es mi dicha, si creyera
Por un instante solo
Que cruel me alejara
Por siempre de tu lado?
No lo pienses jamas, nó, porque fuera
Esa dicha pagar, madre, muy cara....

Dª LUISA.— Si ménos, hija, el corazon te amara,
Ménos padeceria;
Pero, ¿dónde valor, fuerza bastante,
Para tal sacrificio hallar podria,
Sino en ese profundo sentimiento
Que aumenta con la fuerza el sufrimiento?
—Mas no hablemos ahora de mi pena,
Dejémosla ya á un lado,
Que amarga tu contento..
Como madre prudente y cariñosa
Es mi deber hablarte, hija del alma,
De los graves deberes de una esposa....
Serás la compañera de su vida,

Su gozo y su consuelo,
El sér que formará de dicha un cielo
De su dulce existencia bendecida....
Sé amable, resignada y obediente;
Ni por un solo instante te imagines
Que de tu dignidad ofensa fuera
Cariñosa ceder, si por acaso
Vuestras dos voluntades
En desacuerdo están: tierna y sumisa
Debe ser la mujer, esa es su gloria.
¿Qué más grata victoria,
Hija, que dominar un sentimiento
Que pudiera turbar de la existencia
La ventura y la paz?

EMILIA.— ¡Madre querida!

Dª LUISA.— Si sopla con violencia
El viento del dolor; si los pesares
Turban de vuestra vida la corriente;
Si abatido le ves, desalentado,
Sé tú su apoyo: fuerte y valerosa
Levántate animosa
Y haz, sin temblar, á la tormenta frente....
La mujer aunque débil, delicada,
Es elástica planta
Que á resistir altiva se levanta
Cuando rebrama tempestad airada,
Si penden de su esfuerzo decidido
El consuelo y la paz de un ser querido.

EMILIA.— Sabes, madre, que le amo tiernamente,
Que es mi primer amor, que esa ternura
La luz ha sido de mi vida toda
Llenando el corazon eterna y pura.
Me siento con la fuerza suficiente
De sufrir á su lado
Cuanto un crudo destino
Me quiera preparar de amargas penas.

Serán mis horas dulces y serenas
Aunque las bañe de dolor el lloro,
Si de la vida el áspero camino
Apoyada en el hombre que idolatro
Me es dado recorrer. Su amor profundo
Es mi dicha y mi bien. Miéntras yo sienta
Palpitar conmovido
Su corazon por mí, ¿qué habrá en el mundo
Que mi valor desalentar pudiera
Por apoyo tan dulce sostenido?....
Un tormento tan sólo el alma mia
Resistir no lograra;
El infernal dolor, madre, seria
De que el amor de Enrique me faltara......
En su afecto confio
Con una fé profunda é inmutable;
Sé que nunca el engaño
Responderá cruel al amor mio....
¡Oh! fuera bien culpable
Si á ese cariño tierno, inalterable,
Correspondiera indiferente y frio....
¡Ay! es la sola idea
Que soportar no puedo y que nublara
La luz del cielo con su sombra triste.
Si ese amor es mi bien y mi esperanza,
Para mí lo más dulce y más hermoso
De todo cuanto existe,
De un cambio el pensamiento doloroso
A concebir la mente se resiste......

D.ª LUISA.— Hablas con energía....

EMILIA.— Porque estoy bien segura de que Enrique
Nunca podrá cambiar....

D.ª LUISA.— (Más bien parece
Que lo duda.)

EMILIA.— Las dulces ilusiones
Qué al entrar en la vida me halagaron,

De Enrique revistieron las facciones
Y su voz y su nombre le tomaron.
Más este amor que crece
Y aumenta con el tiempo, sin embargo,
Desengaño cruel destrozaria
Si fuera mi confianza loco ensueño;
Si infiel al despertar de mi letargo
Hallara á Enrique un dia,
No encontrara en mi amor fuerza bastante
A perdonar la falta del esposo,
Como hoy tampoco el corazon quejoso
Perdonara la falta del amante....

D.ª Luisa.— Dios te libre, hija mia,
De pena tan atroz; al cielo plegue
Que no deshoje realidad impía
De tu ilusion las delicadas flores;
Más si tales dolores
Un destino implacable te guardara;
¿Piensas acaso que consuelo alguno
Tu corazon despedazado hallara,
Cerrándose al perdon prueba preciosa
De un alma grande, noble y generosa?
Por graves, hija, que las faltas sean,
Es grato perdonarlas;
Por gran placer que un sér arrepentido
Halle cuando el perdon ha conseguido
Que borra sus errores,
Más vivo, más profundo é indecible
Es el placer que siente
Un corazon sensible
Que da con su perdon tanta ventura....

Emilia.— No dudo de que pueda ser más dulce
Aun que aceptar perdon el concederlo;
Pero cuando se apura
¡Oh madre! hasta las heces
Tan lleno el cáliz del dolor amargo,

Se endurece al beberlo
El corazon sin duda. .
Dª LUISA.— ¿Te estremeces?
¿Qué tienes, hija?
EMILIA.— Nada. . . .
Dª LUISA.— Si traspasa
El corazon de aquel que nos ofende
Un arrepentimiento verdadero;
Si lamenta su falta desolado
Con ese llanto de dolor sincero
Que abrasa la mejilla,
Aun el más grave error queda lavado.
¿No lo crees así?. . . .
EMILIA.— Nó; yo he tenido
Siempre, madre, la idea,
De que aunque perdonar muy dulce sea,
Inútil siempre perdonar ha sido.
Todo el que ha cometido
Una falta cualquiera
Por su culpa ó su error, manchado se halla,
Y no hay bautismo que borrar pudiera
La huella de esa falta de su frente,
Ni una razon bastante poderosa
Que nos haga creer que se arrepiente.
Dª LUISA.— Pero, hija mia. . . .
EMILIA.— Y aunque cierto fuera
Ese arrepentimiento;
Un solo sentimiento
¿Puede igualar un corazon manchado
A un limpio corazon inmaculado?
¿De qué sirviera al alma esa pureza
De que estar orgulloso deberia,
Si la humana flaqueza
Hasta ella puede levantarse un dia,
Y una gota de llanto
Tiene tanto poder y valor tanto?

Dª Luisa.— Hija, no hables así, no temeraria,
De la elevada altura
Do tu alma noble y pura
Y tu casta inocencia te colocan,
Lances el anatema
Sobre el sér desdichado que ha caido,
Y que gime tal vez desesperado,
Por sus remordimientos oprimido.

Esta escena es digna de llamar la atencion por varios motivos: desde luego hay que tener en cuenta que es una de las primeras del drama, y que viene á fijar cuidadosamente la posicion y carácter de Emilia, poniendo el antecedente lógico de su conducta ulterior al desarrollarse en combinacion con los acontecimientos que forman la trama de la pieza. Vése, en efecto, el corazon profundamente apasionado de una jóven inexperta, que ama por primera vez, y que tiene el carácter absoluto y exclusivista de quien cifra en un sentimiento la felicidad de la vida entera. El exceso de la pasion no impide, sin embargo, que sombras de duda penetren en su alma, dudas que proceden de la conducta fria y reservada de Enrique, haciéndole concebir la posibilidad de faltas cuya sola idea la llena de amargura. Si á esto se agregan los principios de una moral austera, que degenera fácilmente en intolerancia cuando no hay la suficiente experiencia de la vida y cuando sirven de pretexto, siquiera inconsciente, para satisfacer exigencias de sentimientos exaltados, se tendrá la clave de esas teorías rigoristas que no admiten término medio ni transacciones posiblee. El tono de familiar intimidad que domina en toda esta escena; el lenguaje sencillo, afectuoso y reposado de

Dª Luisa, tal cual conviene á una madre que aconseja á su hija en vísperas de dar el paso más importante de la vida, al unir para siempre su suerte con la del hombre que ha elegido por esposo, dan al cuadro un carácter de verdad que conmueve hondamente, al mismo tiempo que se nota ese profundo conocimiento del corazon humano, y ese tacto exquisito para presentar bajo un aspecto de encantadora novedad, acciones comunes de que no sabrian sacar partido talentos vulgares.

Me alargaria más allá de lo que consienten los límites del presente trabajo, si hubiera de detenerme sobre las demás escenas del drama que en mi concepto merecen una atencion especial, señalando las muchas bellezas en ellas esparcidas; paso, pues, sin más transicion á examinar á la Sra. Prieto como escritora cómica, escogiendo entre sus piezas de esta clase los pasajes que á mi juicio ofrecen una prueba más acabada de la aptitud de nuestra poetisa en tan difici genero.

Como he indicado ántes, las comedias de la Sra. Prieto pertenecen en sus principales caracteres á la escuela bretoniana: argumento sencillísimo; accion sostenida por las gracias de un diálogo flexible, escrito en versos de incomparable fluidez sin que jamás el lenguaje descienda á equívocos indecorosos ó chocarreros; personajes que pocas veces tocan los límites de la caricatura, y que en su parte séria, es decir, en cuanto representan la intencion moral de la autora, expresan siempre un buen sentido práctico, depurado de toda preocupacion ó paradoja; tales son en compendio las dotes fundamentales de esas obras que tienen el raro privilegio

de divertir sin despertar ninguna mala pasion, de provocar una risa franca sin mezcla de amargura ó sarcasmo. El Sr. Hartzenbusch llama la atencion sobre que las mujeres pintadas por la Sra. Prieto valen mucho más que los hombres; y en efecto, aun en aquellas piezas en que el fin principal ha sido censurar algun defecto, como sucede en *Oro y Oropel*, la jóven encargada de personificarle acaba por atraerse las simpatías del espectador, dispuesto á dispensarle su frivolidad y ligereza en gracia de los encantos naturales que la adornan, y parece que la autora, enamorada de su misma creacion, no se resuelve á imponerle más castigo que dejarla abandonada á las ilusiones de lo que ella llama su libertad, y que no es más que los fútiles pasatiempos de pueriles vanidades.

Dos hermanas igualmente jóvenes y hermosas se dividen el interes de la pieza citada, pero entre sus caracteres média profunda diferencia, pues miéntras María ofrece el ejemplo de un talento reflexivo, apasionado por la instruccion y que da á las acciones todas de la vida su valor efectivo, Susana sólo piensa en pasar el tiempo lo más agradablemente posible, gozando en verse cortejada por cuantos á ella se acercan, sin comprometer su corazon ni exigir tampoco afecciones duraderas. Deslumbrar, fascinar, hé aquí su más ardiente deseo; y como el baile es el campo cerrado de tales conquistas, allí se reconcentran todos sus placeres, siendo para ella el negocio más importante de la vida. Pero el mérito de la una se ve ofuscado por el brillo seductor de la otra, cosa muy natural y que se ve todos los dias en un mundo en que los sentidos avasallan casi siempre la razon, de tal suerte que áun el

mismo D. Juan, tío de ambas y que desempeña el oficio de padre, concede sin restriccion sus preferencias á la chiquilla voluntariosa y mimada, que no escasea el caudal de sus burlas hácia su hermana mayor, cuyo buen juicio aprovecha cuanta oportunidad se le presenta para atraer á Susana al recto camino de sus sensatas ideas. Gabriel, Agustin y Julian son tres amigos de la casa, recomendables los dos primeros por sus buenas prendas; Gabriel ama á María y Agustin á Susana, pero aquel, al obtener una correspondencia fácil, pues María tambien le ama y no sabe disimular su inclinacion, se siente atraido al círculo mágico de Susana, ocasionando por algun tiempo amarguras indecibles al digno objeto de su cariño; y Agustin, que llega á creer recompensada su pasion, sólo recoge tristes desengaños al ver que la hermosa causa de sus sufrimientos no está dispuesta á doblar la cerviz bajo el pesado yugo del matrimonio. Julian, personaje episódico, es un jóven que tiene la manía de que nadie le comprende, no obstante lo cual hace la corte á Susana; D. Pablo es otro tío que llega durante el curso de la pieza y toma el partido de María condenando la conducta débil y condesendiente de su hermano D. Juan, y por último, Dª Rosenda, mujer entrada en años, que no ha abandonado los gustos juveniles, y que lleva estrechas relaciones con Susana, da á ésta ámplia materia para reirse á costa de extravagancias que no son ni han sido raras en la sociedad de todos tiempos.

Vemos, pues, aquí un cuadro estrictamente encerrado en el recinto de la vida ordinaria, en que el contraste de caracteres, la oposicion de gustos y tenden-

cias, y las pasiones que espontáneamente se desarrollan en los diversos personajes, dan lugar á una serie de escenas naturalmente ligadas entre sí, que conducen á un desenlace tranquilo con que el espectador se retira satisfecho. Bueno es notar, sin embargo, que en todas esas composiciones se observa siempre la madurez de juicio, y áun pudiéramos añadir, la profundidad filosófica de la autora para penetrar en los repliegues más íntimos del corazon humano, analizando con admirable lucidez los móviles que determinan acciones en apariencia insignificantes. Susana, por ejemplo, es una muchacha cuyo tipo nada presenta de extraordinario; pero la Sra. Prieto supo dar al conjunto de sus defectos un orígen que la realza hasta cierto punto, y es cierta dósis de talento que la hace erigir en sistema su propio egoismo, sentimiento que envuelve y domina todos sus actos, sacando partido de las gracias con que la naturaleza la dotara. Véase la siguiente escena, que es la primera de la comedia, en que se fija con toda claridad el punto de partida, definiendo la situacion respectiva de ambas hermanas:

SUSANA.— Basta, por Dios, de sermon;
Déjate ya de reñir:
Es mucho hacerme sentir
Que erraste la vocacion.
Si tu deseo sincero
De servir la humanidad,
Te hace propia á la verdad
Del papel de misionero;
No es justo que sufra yo,
Que no soy ningun salvaje,
El expresivo lenguaje
Que tu fervor te dictó.

MARIA.— Pero, Susana....
SUSANA.— Te inquieta
De un modo una necedad....
¡Vea vd. qué calamidad!
¡Qué delito! ¡Ser coqueta!....
MARIA.— ¡Bueno!....
SUSANA.— El carácter mejor
Para ser feliz, María,
Es esa coquetería
Que te inspira tanto horror.
Si, como suele decir
Toda persona de edad,
Bien poca felicidad
Nos es dado conseguir;
Si hay tan crudos sinsabores
En el mundo, tantas penas,
¿Por qué de asombro te llenas
Si quiero coger sus flores?
A todo el mundo agradar
Sin ser de nadie oprimida;
Tomar feliz de la vida
Cuanto bueno puede dar;
Recibir indiferente
El homenaje amoroso
Que nos ofrece gozoso
Todo corazon que siente;
Y al inspirar la pasion
Que no podemos sentir,
Del que nos ama reir
Sin pena ni compasion....
MARIA.— ¡Hermosas máximas!....
SUSANA.— Sí....
¿No es siempre el hombre el primero
En engañar?... Yo no quiero
Que nadie me engañe á mí..
MARIA.— Es que...

SUSANA.— Gemir, suspirar
Sin motivo ni razon;
En el triste corazon
Un sentimiento guardar
Que nos hace padecer,
No ha de ser, por Dios, hermana,
Mi suerte....
MARIA.— Pero, Susana,
¿No te es dado conocer
Cuán mezquino es halagar
La vanidad solamente
Junto al sentimiento ardiente
Que hace el alma delirar?
SUSANA.—¡Vaya!
MARIA.— Muy dulce ha de ser
Inspirar una pasion
Al sensible corazon
Que nos sabe comprender;
Y sintiendo esa ternura
Que nada puede apagar,
En un afecto encontrar
Un manantial de ventura.
SUSANA.— ¡Cuanto fuego! ¿Por tu mal
Has encontrado, mujer,
Esa fuente de placer,
Ese dulce manantial?
MARIA.— Nó, pero...
SUSANA.— Curioso fuera....
MARIA.— Escucha....
SUSANA.— ¡Qué compasion!....
MARIA.— No es amor, es la razon
Que el más torpe conociera....
¿Cómo es posible gozar
En hacer á otro sufrir,
Y en suspirar sin sentir
Placer tan vivo encontrar?

SUSANA.— Porque esa dulce pasion
Que pintas con tanto fuego,
Suele robar el sosiego
Y la paz del corazon.
Si nos ama con delirio
Un celoso, ¡santo Dios!
Es la vida de los dos
El mas horrible martirio......
Si te asomas al balcon,
Si te invitan á bailar,
Si te llegan á mirar,
Tienes, hermana, funcion......
Si por desgracia crüel
Eres tú la que le adoras,
Pasarás amargas horas
Si le ocurre ser infiel.
Y no te hablo de la ausencia,
Que es otra calamidad
Cual lo asegura en verdad
Quien lo sabe de experiencia.
Sin amar no hay que temer
Ni infidelidad ni celos,
No hay disgustos ni desvelos,
Ni obstáculos que vencer.
Por uno que nos olvida
Hay ciento que nos adoran,
Que nuestros desdenes lloran,
Que nos consagran su vida......
La ausencia....

MARIA.— ¡Qué relacion!
¿Y esa brillante experiencia?

SUSANA.— Déjame acabar: la ausencia
Nos hace poca impresion.
De tantos adoradores
¿Qué importa que parta alguno?
Siempre ha de quedarnos uno....

MARIA.— ¡Niña!
SUSANA.— Que nos diga flores....

Por esta escena se ve que Susana no es la mujer vulgar y ligera que se propone únicamente someter á su imperio una turba de sandios adoradores, sino la coqueta de imaginacion, que posee los secretos del arte de agradar, y que se forja una especie de filosofía propia para justificar la versatilidad de su conducta caprichosa. Tal vez pareceria ajena de su edad esa experiencia que le hace ver las pasiones bajo su aspecto más frio y desconsolador; pero la inverosimilitud desaparece al reflexionar que en la sociedad de nuestros dias no es raro encontrar jovenes en quienes la lectura de novelas, la asistencia frecuente á espectáculos teatrales, y un extenso círculo de relaciones acaban por formar esa experiencia teórica, si es lícita la palabra, que asombra en jóvenes de cierta edad, y que sólo se distingue de la verdadera experiencia por lo exagerado y absoluto de sus máximas. Corazones que no han recibido de la naturaleza una sensibilidad exquisita, fácilmente se impresionan con las doctrinas escépticas que niegan sistemáticamente la existencia de afectos nobles y desinteresados, y que proclaman sin rodeos el egoismo, término inevitable á que arrastra ese sensualismo práctico.

Es indudable que la Sra. Prieto no se propuso pintar un carácter odioso; al contrario; su plan exigia que Susana apareciese adornada de prendas seductoras que atrajesen bajo su influencia, siquiera fuese de un modo pasajero, á personas tan reflexivas y circunspectas como Gabriel, quien acabando de declarar su amor á María, hallando la correspondencia que soli-

cita, al escuchar uno de esos trozos brillantes en que Susana da rienda suelta á su fantasía, pintando con vivísimos colores lo que experimenta al verse en un salon de baile, dice aparte.

"¡Qué picaresca expresion!
¡Qué sonrisas tan graciosas!
Pues las mujeres juiciosas
Tan atractivas no son...."

La intencion de la autora ha sido, pues, poner de bulto la triste verdad de que en el mundo el mérito positivo, la virtud sólida que forma los grandes caracteres, se eclipsan á menudo por cualidades superficiales de poquísima ó ninguna valía, que encubren graves defectos, pero que ejercen perniciosa influencia áun sobre las almas ménos dispuestas á sucumbir al brillo falaz de seductoras apariencias. Presto reconoce María por experiencia propia esa amarga realidad: dejándose arrebatar de su natural ingenuo, incapaz de ficcion ó doblez, ha confesado á Gabriel que en su corazon se encierra un sentimiento semejante al que le declara; mas al observar luego la impresion que en aquel causan los hechizos de su hermana, vuelve sobre sí, se arrepiente del paso falso que diera, se culpa á sí misma de imprudencia, reconoce que el mundo tiene razon al formar del disímulo una de las primeras virtudes sociales, y se resuelve á retirar su palabra desligando á Gabriel del compromiso que ha contraido. Esto, como deja suponerse, le cuesta inmenso sacrificio; mas la nobleza de su alma, no le permite afear la conducta de Susana, en quien la humillacion de su dignidad herida podia hacerle ver la causa, involuntaria si se

quiere, de su sufrimiento; así es que procura disculparla, en una conversacion que tiene con su tío D. Pablo, disculpa en que, por lo demás, asoma la amargura que de su corazon se desborda:

«Si el mundo
En su ceguedad aprecia
Más que á la mujer que siente,
A la frívola y ligera;
Si éste el afecto que inspira
Más largo tiempo conserva
Y esclavos de su capricho
En todas partes encuentra,
Que sus favores encantan,
Que su desden embelesa;
Si vale más la sonrisa
De una muchacha coqueta
Que el sentimiento divino
Dicha y luz de la existencia,
Que como joya preciosa
Una alma sensible encierra;
¿No obra con juicio Susana
Cuando indolente se entrega
A una inclinacion que sólo
Goce y distraccion le presta?
Todos la coquetería
Un defecto consideran,
Y no hay virtud en el mundo
Que tanto atractivo tenga.
No da pesares, al ménos
Si he de juzgar por las muestras,
Porque nunca en la mejilla
Tan sonrosada y tan fresca
De mi hermana ha resbalado
Una lágrima de pena.»

Estas quejas, expresadas con gran discrecion, alar-

man á D. Pablo, quien comprende que hay allí un fondo de pesares que dimanan probablemente de un amor desgraciado; la autora no olvida empero la índole del genero que maneja; pasar más adelante sería ya entrar de lleno en los dominios del drama; bastan á su propósito esos toques delicados que conmueven suavemente la sensibilidad, haciendo brotar de paso las dolorosas reflexiones que un alma tierna se hace en la soledad y el silencio al ver desplomarse el encantado edificio de sus ilusiones. Esta lucha, íntima, digamos así, que se desenvuelve por sí sola en el corazon de María, sin que intervengan los demas personajes si no es como causas ocasionales que ignoran la parte que en ella tienen, ofrece una particularidad digna de llamar la atencion, pues revela en mi concepto el talento observador de la Sra. Prieto, al mismo tiempo que la osadía del genio para abrirse nuevos senderos fiado en esa fuerza que asegura el buen éxito á las más arriesgadas empresas. Susana tiene harto que hacer con sus frívolos pasatiempos para fijarse en la pasajera impresion que tan hondo estrago causara en el corazon de María; Gabriel, por su parte, vuelve pronto de su error, reconoce la incontestable superioridad de la mujer que le inspira un amor verdadero, en nada parecido al deslumbramiento que le ocasionara el brillo superficial de Susana; reiteradas explicaciones acaban por convencer á María de la verdad del sentimiento que aquel le profesa, y la felicidad al otogarle su mano viene á ser el premio merecido de la virtud sólida y modesta. Susana, que no ha tenido motivo para arrepentirse de su ligereza, y

P—5

que como la mariposa de doradas alas ha pasado sin fijarse en ninguno de los adoradores que aspiraban á la posesion de su cariño, exclama al ver que María da á Gabriel el deseado sí:

"Ya estará contento
Todo el mundo, pues yo creo
Que era el empeño, el deseo
De todos un casamiento;
Y cada cual afligido
Al mirar mi ligereza,
Por sentarme la cabeza
Me habia á mí elegido
Para víctima: yo aprecio
El favor, más no le admito...."

Agustin, amante desdeñado de Susana, se queja con María, quien se apresura á consolarle procurando disculpar á su hermana en términos que contrastan con la pasada amargura, pincelada ingeniosa enderezada á hacer ver que no se juzga lo mismo de las acciones ajenas cuando las contemplamos al través de nuestros propios dolores ó placeres; pues si en el primer caso nos convertimos en censores implacables de faltas que en sí mismas no merecen juicio harto severo, nada hay más indulgente é inclinado á la tolerancia que el corazon satisfecho por haber alcanzado el logro de sus deseos:

"Nó, Agustin, es una niña
Voluntariosa y mimada,
A quien no se evita nada,
Que no tiene quien la riña
Y corria cual debia;
Más tiene buen corazon;

El tiempo y la réflexion
La cambiarán algun dia.

Por último, María, en el colmo de la ventura, pregunta á Susana si no se conmueve al pensar que puede dar la dicha haciendo la suya propia, á lo que contesta la incorregible hermana con este pequeño discurso que cierra la pieza, dejando al espectador la esperanza más ó ménos fundada de que aquel rebelde corazon acabe por someterse al blando yugo del amor:

"Cada cual á su manera
Entiende la dicha aquí,
La que te embelesa así
Ni de broma la quisiera.
Es muy fácil comprender
Quién más dichosa será
Si se piensa en lo que va
De mandar á obedecer;
Y en fin, si en tu ceguedad
Esa dicha te enajena,
Miéntras besas tu cadena
Celebro mi libertad."

En la *Escuela de las cuñadas* la Sra. Prieto nos presenta un contraste semejante al que acabamos de ver; pero si el carácter de Lupe es muy parecido al de María, pues hallamos la misma solidez de juicio, la misma inclinacion al estudio, la misma seriedad en todos los actos de su vida, es muy distinto el de Maclovia, viuda de cierta edad, inclinada á la murmuracion, que por los motivos más fútiles riñe con los criados, que constantemente está censurando á su cuñada, y que no pierde oportunidad de ponderar sus

talentos para gobernar bien la casa, su habilidad en el arte culinario y en la costura, siendo en ella verdadera manía encontrarlo todo mal. Un personaje de esta naturaleza, cuyo genio violento le arrastra á las acciones más irreflexivas y cuya lengua se desata con la mayor facilidad toda vez que encuentra alguna contradiccion, lo que no es raro en su índole irascible y exigente, ofrece campo más extenso para situaciones y lances verdaderamente cómicos, que la ilustre poetisa supo explotar con admirable tino. En prueba de esto citaré una de las escenas que mejor dan á conocer el talento de la Sra. Prieto.

Maclovia que, como se ha visto, es una especie de tiranc doméstico, que hostiliza á cuantos tienen la desgracia de vivir bajo su jurisdiccion, no deja de ser accesible á los encantos del dios ciego, cosa ajena de su edad y estado, y que le da por lo mismo un aspecto ridículo. Lupe y Rafael se aman apasionadamente, pero temen que lo descubra Maclovia, quien ha llegado á creer que es objeto del cariño de aquel jóven, pintor de mérito, mas de condicion pobre y humilde. Felipe, rico y calavera, pero de buen fondo, fuecuenta tambien la casa, siendo amigo y confidente de los dos amantes; y viendo la situacion enojosa en que los ha colocado su natural timidez, emprende sacarlos de ella fingiendo enamorar á Maclovia. En efecto, un dia se le presenta, y en frases hiperbólicas le hace comprender que la ama, con agradable sorpresa de la viuda, quien comienza á ver con buenos ojos al atolondrado jóven, objeto poco ántes de sus acres censuras. En medio del fingido arrebato, Felipe le toma una mano que besa sin ceremonia á pesar de la suave

repulsa de la dama; y al mismo tiempo aparece Rafael. En tan crítica situacion, ella, para salir del paso, simula un ataque de nervios, de que Felipe se aprovecha para alborotar la casa y jugar á la implacable Maclovia una de esas malas pasadas que sólo en la cabeza de un muchacho alegre y maligno pueden caber. Despues de ordenar que se le dé agua, que se le aplique á la nariz algunas sustancias aromáticas, viendo que el falso desmayo continúa, manda que se le pongan luego unos sinapismos; al oir semejante prescripcion Maclovia comienza á dar señales de volver en sí, pero Felipe sostiene que dura el ataque, entablándose entre los dos un chistoso altercado en que aquel acaba por triunfar cargando con Maclovia entre él y el criado Tomás para la recámara, en donde tiene que sufrir las dolorosas prescripciones del improvisado doctor. Hé aquí esta animada escena con que concluye el acto segundo:

LUPE.— ¿Qué sucede?... ¡Vírgen pura!
¡Maclovia!...
TOMAS.— ¿Cuánto alboroto!
¿Qué pasa?..
MARIANA.— ¡Ay Dios! la señora...
LUPE.— Está desmayada...
TOMAS.— (El tonto
Que lo crea.)
LUPE.— ¿Qué le harémos,
Felipe?
FELIPE.— Son peligrosos
Estos ataques.
RAFAEL.— ¿Y suelen
Durarle mucho?
LUPE.— Yo ignoro

Qué clase de ataques sean.
Desde que yo la conozco
Esta es la primera vez
Que le da...

FELIPE.— Mariana, pronto
Un vaso de agua...

TOMAS.— Que tenga,
Oiga vd., un temple cómodo,
Ni caliente ni muy fria... *(Vase Mariana.)*

LUPE.— ¡Dios mio! no abre los ojos,
No respira, no se mueve..

TOMAS.— Que le canten un responso.

MARIANA.— Aquí está el agua... *(Volviendo.)*

FELIPE.— Lupita,
Rocíele vd. el rostro...
Unas friegas en los brazos...
Tomâs, traiga vd. un pomo
De agua de Colonia.

TOMAS.— Bueno..

FELIPE,— ¡Eh! muévase vd.—Un poco
De aire fresco le sería
A mi entender provechoso..*(A Lupe.)*
—Agite vd. el pañuelo...*(A Mariana.)*
—Abre la ventana...¡Cómo! *(A Rafael.)*
¿No haces nada?

TOMAS.— (Pues parece
Que se halla inquieto este prójimo.)

FELIPE.— ¿Este es el frasco? *(A Tomás que lo ha traido.)*

LUPE.— No vuelve.. *(Le da á oler á Maclovia y deja el frasco.*
Rafael, será forzoso
Llamar un médico...

RAFAEL.— Creo
Que es inútil me...supongo
Que ha de ser cosa lijera...

FELIPE.— No suelte vd...¡qué demonio! { *A Mariana que le ayuda á sostenerla*

LUPE.— ¡Fingido! ¡oh! eres injusto,
Rafael. (*Aparte á él.*)

RAFAEL.— (*Idem.*) Tu candoroso
Corazon, Lupe, no puede
Creerlo; pero nosotros
Los que hemos ya tropezado
De la vida en los escollos,
Vemos que es cosa muy fácil..

LUPE.— Pero....

RAEAEL.— Sé tu misma voto.
Si nunca habia sufrido
Esos ataques nerviosos
Y sin motivo ninguno
De afliccion ó de trastorno
Físico ó moral, nos cae
Desmayada, por antojo,
Porque quiso á todo trance
Su carácter orgulloso
Disimular cuán contenta
Escuchaba los piropos
De Felipe....

FELIPE.— ¡Pues me gusta!
Préstenme vdes. socorro
Más visible....

MARIANA.— A mi entender
Fuera de la dicha el colmo
Que estuviera sin sentido
Por lo ménos unos ocho
Dias...¡Estaria la casa
En tanta calma y reposo!)

TOMAS.— (¿Se acabará esta comedia?)

FELIPE.— Ya que han sido vanos todos
Nuestros esfuerzos, yo juzgo
Que seria provechoso
Llevárla á su cuarto...

RAFAEL.— Cierto.
FELIPE.— Es lugar más á propósito
Para aplicar medicinas
Enérgicas.—Por de pronto,
Lupita, unos sinapismos
Muy fuertes.....
TOMAS.— (¿A que el sofoco
Le pasa ahora?)
MACLOVIA.— ¡Ay!
LUPE.— Ya vuelve..
MARIANA.— Respira..
TOMAS.— (¡Remedio heróico!
No es lo mismo estar haciendo
Coqueterías al novio
Desmayada entre sus brazos,
Que hallarse en un cuarto solo
Con pataleta ó sin ella,
Y á más con el grato adorno
De unos sinapismos.)
MACLOVIA.— ¡Ay!
¿Dónde estoy?
FELIPE.— ¡Oh! poco á poco,
Que está vd. débil..Cuidado,
No abra vd. mucho los ojos...
MACLOVIA.—Si estoy buena.
FELIPE.— Nada de eso;
¡Cómo buena! ¡San Antonio!
¿Buena cuando ha estado vd.
Sumerjida en el más hondo
Desmayo más de dos horas?
¡Vaya! y si no me equivoco
Quedan restos todavía..
¡Oh! ¿qué hace vd?..
MACLOVIA.— Me incorporo.
FELIPE.— Nó, por la Vírgen del Cármen,
Que puede ser peligroso,
Puede volver ese síncope

MARIANA.— (Yo me alegrara...)
RAFAEL.— (*A Lupe.*) ¿Qué embrollo
Trae Felipe?
LUPE.— (*A Rafael.*) No comprendo.
—¿Te sientes mejor? (*A Maclovia*)
MACLOVIA— Me ahogo..
Déjenme vdes. mover....
FELIPE.— Pero es sabido y notorio
Que despues de esos ataques
El movimiento es dañoso....
MACLOVIA.—Pero si me siento bien...
FELIPE.— No lo crea vd.
TOMAS.— (¡Qué engorro!
¿Si acabarán?)
FELIPE.— Yo sostengo
Que es un alivio ilusorio,
Que está vd. privada...,
MACLOVIA.— ¡Hombre!
FELIPE.— Tan privada como un tronco....
MARIANA.— (¿Qué dice?)
FELIPE.— Tan desmayada
Como hace un instante....
MACLOVIA.— ¡Cómo!
LUPE.— ¡Qué ocurrencia!
RAFÁEL. Me divierte....
MACLOVIA.—Pero vd. se ha vuelto loco....
TOMAS.— (Así me parece.)
FELIPE.— Observo
A vd. un color verdoso.
Unos círculos azules
En derredor de los ojos,
Las sienes un poco hundidas,
Los labios color de plomo....
MACLOVIA.—Quien oyera á vd. hacer
Un retrato tan hermoso,
Diria que me ha atacado
El cólera....

FELIPE.— Yo me opongo
A que vd. hable, prohibo
Las conversaciones....noto
Muy alterado ese pulso,
Ordeno entero reposo,
Calma, absoluto silencio
Y...

MACLOVIA.— ¿Tiene vd. el demonio
En el cuerpo?... No me gusta
Estar quieta, me sofoco;
Déjeme vd. que respire... *(Haciendo esfuerzos contra los que la sujetan.)*

RAFAEL.— (No deja de ser curioso
El debate.)

FELIPE.— ¿No lo dije?
El ataque toma todos
Los terribles caracteres
Del delirio; ya es forzoso
Llevarla á su cuarto.

MACLOVIA.— ¡Es buena!
¿Se ha visto empeño más tonto?
Si estoy muy bien y no quiero
Guardar encierro... supongo
Que nadie puede forzarme...

FELIPE.— Es un completo trastorno
Del cerebro...

MARIANA.— (*A Tomás.*) ¿Por qué quiere
Que esté privada?

TOMÁS.— Lo ignoro...
—Debe ser porque nos da (*Para sí.*)
Ménos guerra de ese modo.

LUPE.— Se burla de ella y no debo (*A Rafael.*)
Consentirlo; es muy impropio
Que yo me esté tan tranquila...

RAFAEL.— Vida mia, son tan cortos (*A Lupe.*)
Los momentos que podemos
Hallarnos libres y solos,

Que es preciso aprovecharlos...
No vayas. (*Deteniéndola.*)

Felipe. No me conformo...
—Venga vd. acá, Tomás.

Tomás.— ¿Yo?

Felipe.— Présteme vd. su apoyo,
Vamos á llevarla en brazos...
Es inútil ese enojo...

Maclovia.—Pero es vd. un bandido...

Felipe.— Necesita vd. reposo.
¡Arriba! (*Alzanla en peso: Maclovia hace esfuerzos por desasirse: se la llevan.*)

Lupe.— Pero ¿qué le hacen?

Felipe.— Voy á quitar el estorbo... (*Bajo á Rafayl.*)

Sabido es que uno de los secretos del arte cómico consiste en la desproporcion de los medios y los fines, ya sea que se adopten grandes medios para obtener fines relativamente pequeños, ó vice versa, apelar á medios insignificantes para llegar á fines de cierta importancia, desarrollando en la accion todo el empeño que se gasta en empresas serias y acabando por un desenlace que no compromete gravemente la vida ó los intereses de los personajes. Ahora bien, si analizamos la escena que dejo citada, á la luz de este principio cuya exactitud no es del caso discutir en este lugar, verémos que la autora se ajustó á él en su conjunto y pormenores, lo cual asegura su efecto en la representacion teatral. Desde luego vemos en toda la conducta de Maclovia esa constante contradiccion que hace su carácter esencialmente cómico: para ella el tipo de la perfeccion mujeril está puesto en el gobierno doméstico, llevado hasta un grado de exageracion y rigorismo insoportable que traspasa los límites

de la razon y la prudencia; de aquí proviene ese contínuo reñir con los criados; ese perpétuo murmurar de cuanto no va conforme con su modo de ver exclusivista; ese inagotable reprender á Lupe en cuyo genio tímido, soñador, apasionado á la lectura, sólo halla motivos de severa censura su prosaica cuñada. La intempestiva declaracion de Felipe produce en Maclovia una emocion que forma cómico contraste con su edad y con el verdadero móvil de aquel, móvil que conoce bien el espectador. La repentina entrada de Rafael determina una crísis en la situacion que llevaba trazas de complicarse gravemente; Maclovia se desconcierta al verse sorprendida en términos que contradi cen su cacareado rigorismo, y recurre en tan delicada coyuntura á fingir un ataque de nervios. Una vez en este camino tiene que sostener su papel hasta el fin: á la noticia del accidente llegan en tropel Lupe y los criados Mariana y Tomás, víctimas ambos de las impertinencias de su ama, á quien, por lo mismo, están bien léjos de profesar acendrado cariño. El ataque tiene que ser fuerte y resistir en consecuencia á los remedios vulgares que se aplican en tales casos; pero nadie, con excepcion de Lupe, le toma á lo serio porque comprenden lo que hay en el fondo: Felipe entónces lleva la cosa por otro rumbo, exagera á su vez la gravedad del desmayo y prescribe medicinas cuya eficacia reconocida hace sufrir al paciente molestias nada apetecibles. Al verse amenazada Maclovia se apresura á volver en sí, pero Felipe ha resuelto cas tigar su engaño, y exagerando lo peligroso del mal, en contra de sus reiteradas protestas, acaba por dominar la resistencia de la que en realidad no viene á

ser más que víctima de su propia supercherìa. En el gradual desenvolvimiento de toda esta situacion, en la multiplicidad de los contrastes que produce, se ve aplicado constantemente el principio de contradiccion entre los medios y el fin. Si el accidente de Maclovia fuese verdadero, á nadie harian reir los recursos adoptados por Felipe para salvarla; hay más todavía; si éste, imprudentemente hubiese aplicado á aquella remedios que comprometiesen su salud produciendo males de trascendencia, la risa haria lugar á la indignacion, y la escena, de cómica degeneraria en atroz y repugnante. Todo esto prueba que la Sra. Prieto comprendia los principios filosóficos del arte cómico, y que sin desfigurar los caracteres ni sacar de quicio las situaciones que se proponia trazar, llegaba desembarazadamente al objeto, mediante los recursos que le proporcionaba su fecundo ingenio.

En las dos piezas mencionadas el contraste se establece pura y simplemente entre la razon y la verdad por una parte, y defectos de carácter por otra, representados ambos extremos en personas del sexo femenino. María y Lupe parecen vaciadas en el mismo molde, presentando un caudal comun de cualidades y virtudes que les conquista las simpatías del espectador, pero no se destacan igualmente sobre el fondo teatral, pues mientras la primera entra en parangon con su deslumbradora hermana, cuya egoista frivolidad avasalla á cuantos tienen la desgracia de acercársele. Lupe figura adornada con la aureola de víctima, soportando con ejemplar resignacion las cóleras é injusticias de su feroz cuñada. De otra especie es el contraste que aparece en *Los dos son peores*: trátase aqui de ca-

racteres contradictorios en sí mismos y en su relacion recíproca. El viejo presumido y calavera, y el jóven grave y circunspecto, forman cada uno de por sí un tipo acabado para desarrollar una accion cómica; pero al colocarse frente à frente, al unirse en el mismo empeño de conquistar la mano de Pepa, el cuadro ofrece todas las condiciones que exigen obras destinadas á flagelar con el azote del ridículo las extravagancias humanas. Las respectivas declaraciones amorosas de ambos personajes á la dama de sus pensamientos, son las que mejor muestran la contradiccion de medios y fines, y que por lo mismo mejor efecto causan en el público espectador. D. Lindoro, con su más exquisito traje de gala, de colores vivos cual convendria á almibarado doncel, se llega á Pepa y en ligero romancillo de seis sílabas le declara sin rodeos que reina en su corazon, en donde constantemente recibe el fervoroso culto de una pasion ardiente. El vetusto amante lleva aprendida de memoria, como lo expresa aparte, la relacion interrumpida por frecuentes toses que hace á la traviesa jóven, quien va dando aplicacion muy diversa a sus palabras, hasta que estrechada por la inagotable verba de D. Lindoro, pronuncia una de esas frases equívocas que el enamorado anciano toma por el sí que tanto anhela, sin que le hagan volver de su loco entusiasmo las repetidas protestas de Pepa. Enteramente distinta es la declaracion de D. Samuel; allí todo es grave, todo solemne; las citas históricas, las reflexines morales resbalan con majestad cómica por una serie de sonoros endecasílabos pronunciados con hinchada entonacion. Las teorías de aquel personaje sobre el papel que la mujer está llamada á repre-

sentar en el hogar doméstico, caminan de acuerdo con lo rancio y pedantesco de todas sus idas, y resolviendo á su manera la cuestion del matrimonio, en lo que piensa es en solicitar el consentimiento de la jóven, limitándose á anunciarle que va á pedirla en toda ceremonia á su buen tio. Permitidme que cite esta escena que es, á mi juicio, una de las mejores que produjo la Sra. Prieto en el genero cómico:

D. SAMUEL.— Gracias á Dios que al fin un breve instante
Solo, Pepita, con usted me veo.
Ha sido ahora toda la mañana
Mi mâs ardiente, irresistible anhelo.
PEPA.— ¿Tiene vd. que explicarme alguna cosa
De la obra interesante que leemos?....
D. SAMUEL.— Nó, Pepita, un asunto muy urgente....
PEPA.— ¿Más que la ciencia?
D. SAMUEL.— Delicado y serio,
Ha hecho nacer en mi alma el ancia viva
De hablar á usted á solas un momento.
PEPA.— ¿Y se puede saber?
D. SAMUEL.— Tras la ventura
El hombre corre desalado y ciego
Por sus locas pasiones arrastrado,
Sin contenerlas con el fuerte freno
De la razon, que poderosa y sábia
Nos puede dirigir.....
PEPA.— (¿A qué vendrá esto?)
D. SAMUEL.— Es la felicidad preciosa perla,
Que no se encuentra en el mundano cieno
Donde la busca en su ignorancia loca,
En su estúpido afan el hombre necio.
¡Quién de ambicion frenética llevado
Hallarla quiere en elevados puestos!
¡Quien en goces insípidos, pueriles,
Y quién en criminales devaneos!

PEPA.— (¡Magnífico discurso! A lo que viene
Es en verdad lo que saber no puedo.)
D. SAMUEL.— ¡Quién del amor en la furiosa llama
Arder su débil corazon sintiendo,
Cifra la dicha de su vida toda,
¡Mezquina pretension! en un afecto.....!
¿Qué resultados venturosos puede
Dar tan ruin y delirante empeño?
Desengaños tan solo.....equivocando
En su error el camino verdadero
Que conduce á la dicha, á cada paso
Encuentra una espina y un tropiezo.....
PEPA.— (¿Adónde irá á parar?)
D. SAMUEL.— De estas desgracias
Nos presenta la historia mil ejemplos,
¿Qué perdió á Napoleon? Su ambicion loca,
Esa sed de conquistas que le hicieron
Bajar al fin del elevado trono
Do reinaba señor del universo,
E ir á morir tan triste y desvalido
En el odioso suelo del destierro,
Despues de haber regado con su llanto
El miserable pan del prisionero.
¿Qué perdió á Marco Antonio?
PEPA.— (Poco á poco,
Si Dios no lo remedia, llegarémos
A nuestro padre Adan.)
D. SAMUEL.— Esa ternura
Tan indigna del hombre sabio y recto,
Que esclavo ¡ay! de una mujer le hizo,
Aniquilando su valor, su esfuerzo,
Que tan oscura y vergonzosa muerte
Le dió en lugar de lauros y trofeos....
¿Qué diré de Sanson?.....
PEPA.— (¡Dios nos socorra!)
D. SAMUEL.— El fuerte, el valeroso juez hebreo,

A la traidora red que le tendiera
La pérfida Dalila sucumbiendo,
Perdió por ese amor desenfrenado
Su fuerza y su poder con sus cabellos.
Y del hombre que busca en ruines goces
La dicha de la vida, ¿qué dirémos?
Arrastrando una inútil existencia,
Sin fé, sin ilusiones, sin contento,
Lleva con pena la pesada carga
De un corazon desalentado y seco.....

PEPA.— ¿No se encuentra, pues, nunca esa ventura
Del corazon encantador ensueño?

D. SAMUEL.— Sí, Pepita, en la ciencia, en el estudio,
Unico bien satisfactorio y cierto,
Que eleva el alma y que la mente inunda
Con su grandioso y eternal destello;
Legítima ambicion, única y sola
Que abriga el corazon honrado y recto.
¿Dónde hay dicha mayor que la del sabio?
¿Dónde hay goce más puro y verdadero?
¡El sabio! el más dichoso de los hombres,
Sin disputa tambien el más perfecto.
Dígalo Salomon, el rey dichoso,
El sabio de los sabios....

PEPA.— (No tenemos
Cuándo acabar.)

D. SAMUEL.— El hombre que comprende
Su divina mision, el alto empleo
A que dios destinó sus facultades....
¿Está vd. bostezando?...

PEPA.— (Ya me duermo.)
Nó, no lo crea vd.

D. SAMUEL.— Jamas se deja
Dominar por un loco sentimiento

PEPA.— (Nó, por lo que haceá vd. no hay que temerse)
D. SAMUEL.—El amor, entre otros, por ejemplo.
El amor cual se debe comprendido,
Lo siente el sabio como yo lo siento,
Pepita, por vd.
PEPA.— (¡Santa María!)
D. SAMUEL.—Un cariño prudente, circunspecto.
El sabio busca en la mujer que elige
Para su tierna esposa, no el objeto
De una loca pasion, de un desvarío;
Sino el apoyo de su hogar modesto;
La mujer hacendosa, inteligente,
Que siguiendo sumisa los ejemplos
De la mujer de Abraham y otras matronas
Dignas de elogio del pasado tiempo,
Prepare por sí misma los manjares
Y los sirva á su esposo con esmero,
El arreglo vigile de su casa...
PEPA.— (Y limpie el polvo de sus libros viejos.)
D. SAMUEL.—Obedezca á su esposo siempre humilde,
Y le cuide paciente si está enfermo.
La educacion que D. Antonio ha dado
A vd., se encuentra en todo tan de acuerdo
Con mis ideas, que nacer en mi alma
Un vivo afecto por vd. ha hecho...
PEPA.— (¡Misericordia!)
D. SAMUEL.— Y á pedir su mano
Voy ahora á D. Antonio...
PEPA. (¡Santo cielo!)
D. SAMUEL.—Me guardaré muy bien de preguntarle
A vd., como lo haria algun mancebo
Ocioso é ignorante, lo que piensa
Sobre el particular: no debo hacerlo.
No es vd. la que debe dar su voto
Sobre asunto tan grave.
PEPA.— (Por supuesto.)

D. SAMUEL.—Hablaré á D. Antonio en el instante,
Y presente le haré lo que pretendo;
Sabré su voluntad, que es lo preciso,
Porque una jóven como vd., modelo
De virtudes domésticas, no tiene
Voluntad propia nunca.
PEPA.— (¡Dios eterno!)
D. SAMUEL.—Sabiendo vd. el voto de su tio,
Si es favorable para mí, cual creo,
No es necesario más...
PEPA.— (¿Quién me defiende
De estos locos? ¡Señor! es mucho cuento..)
D. SAMUEL.—Para que vd. acepte complacida
Mi mano...
PEPA.— (¡Vírgen pura!)
D. SAMUEL.— Con mi afecto.
¡Qué dicha espera á vd.! ¡Qué dulces goces!
¡Qué deliciosa paz!
PEPA.— (Pues va á creerlo.)

Dejemos ya esos cuadros inspirados por la musa festiva de la Sra. Prieto; esas escenas de familia, esos caracteres copiados del natural, en que la crítica se desliza sin herir, pues era imposible que el alma bondadosa de la autora diera cabida á malas pasiones que han deslucido á veces los vuelos más encumbrados del genio, y señalemos otra faz del múltiple y fecundo talendo de nuestra poetisa. En el mes de Febrero de 1874, tuvo que abandonar el país á causa de haber sido nombrado su esposo, el Sr. D. Pedro Landázuri, cónsul de la República en Hamburgo. Profunda fué la tristeza que envolvió el corazon de la Sra. Prieto al emprender un viaje que la alejaba de su familia, residente en Guadalajara, privándola al mismo tiempo del bello cielo de la patria y de todos los encantos

de nuestra tierra tropical para ir á habitar los inclementes climas del Norte. En el fondo de esa tristeza, perfectamente explicable, habia además algo como funesto presentimiento de grandes dolores y de que no volveria á pisar el suelo que tanto amaba. En efecto, apénas llegó á Veracruz cuando una violenta enfermedad le arrebató para siempre á su hija Blanca, preciosa niña de poco más de un año. Imposible seria pintar lo que sufrió aquel corazon, dotado de sensibilidad tan exquisita, al dejar como último recuerdo de dolorosa separacion el sepulcro de una hija idolatrada. La larga navegacion que hizo en seguida, estuvo llena de peligros, viéndose á punto de naufragar algunas veces; por último, al poco tiempo de haber llegado á Hamburgo, el Sr. Landázuri cayó postrado en el lecho del dolor, sufriendo su inconsolable esposa tormentos agudísimos ante la probabilidad de perderle. La siniestra nube se alejó, sin embargo, y lucieron dias algo más tranquilos: un nuevo hijo vino á derramar la dicha en aquel hogar que habia visto correr tantas lágrimas, pero la serie de contratiempos que con rigor implacable hiciera probar una adversa fortuna á la ilustre poetisa, habia dejado en su alma huellas indelebles, como lo manifiestan con amarga elocuencia las composiciones escritas en aquella época, y las cartas dirigidas á su familia y amigos. El recuerdo de su malograda Blanca; el sobresalto que le causaba la idea de morir en tierra extranjera; la imágen risueña de la patria ausente, que formaba tan doloroso contraste con la naturaleza muerta que la rodeaba, aparecen á cada paso en esos versos impregnados de infinita melancolía, haciendo comprender la honda tor-

tura de que era víctima su tierno corazon. El nombre de México sonaba á sus oidos con encanto inefable, y todo lo que le llevaba algo de estas regiones que su fantasía le pintaba con los encantos de un Eden perdido, arrancaba de su alma acentos de apasionada ternura, revestidos de las sencillas formas poéticas que les prestaba su instinto de artista, á manera de esas vagas armonías que se desprenden de un arpa bien templada al estremecerse sus cuerdas bajo el rudo soplo de desatados aquilones.

El siguiente párrafo de una comunicacion dirigida á la *Alianza literaria* de Guadalajara, dándole las gracias por el nombramiento de socia que aquella corporacion le habia remitido, puede dar idea del estado que guardaba el alma de la Sra. Prieto pocos meses ántes de morir. "Vivamente y con toda mi alma, dice, he agradecido á vdes. el nombramiento de socia corresponsal de la *Alianza*, con que han tenido la amabilidad de honrarme; esa manifestacion de que en mi patria, tan amada y tan sentida, hay personas que se acuerdan de mí, me ha enternecido profundamente. Y luego, esas hermosas y tiernas composiciones que dejan entrever, al través de su sentimiento, su fluidez y su belleza, el radioso sol y el limpio cielo de mi Guadalajara querida, me han hecho venir las lágrimas á los ojos; dulces ecos de la patria ausente han llegado armoniosos y embelesadores á mi corazon, que tanto suspira por ella."

Ese conjunto de circunstancias enojosas que á cualquier espíritu ménos enérgico habria hundido en la más desconsoladora apatía, en nada menoscabó, sin embargo, la prodigiosa actividad de aquella inteligen-

cia infatigable en el estudio, y cuya fuerza parecia centuplicarse al contacto de la desgracia. Sorprende, en efecto, que á pesar de los hondos sufrimientos que la agobiaban, hubiese conservado la suficiente serenidad para reconcentrarse y llegar á aprender con bastante perfeccion el difícil idioma aleman. No sólo esto, la presencia del invierno boreal con todos sus rigores y tristezas, que tan profunda impresion causara en aquella imaginacion, nutrida con los esplendores eternamente primaverales del cielo mexicano, abrió á sus ideas un nuevo rumbo, revistiéndolas con el ropaje indeciso de las creaciones nebulosas del Norte. Ya ántes la Sra. Prieto habia dado brillantes pruebas, de sus facultades descriptivas; pero en la última obra que escribió, en la preciosa leyenda intitulada *Bertha de Sonnenberg*, se superó á sí misma en la pintura de escenas y de personajes que pueden calificarse de otros tantos modelos en su genero.

Comienza la obra con una introduccion en que se describe el sitio donde van á tener lugar los hechos de la leyenda. Cerca de Wiesbaden se haya la montaña de Sonnenberg, que guarda todavía las imponentes ruinas de un castillo feudal, mansion, hace siete siglos, de una familia rica y poderosa. Es una de esas noches tristes y nebulosas de la helada Alemania, que ofrece absoluto contraste con los encantos misteriosos de nuestras noches de primavera. De repente, se desgarra en un punto del cielo el manto sombrío que le envuelve, dejando ver una estrella que por instantes ilumina el torreon donde aparece una mujer que presta el oido como si quisiera escuchar algo, y fijando en seguida los ojos extraviados en la

solitaria estrella, grita que ha muerto la hija de Sonnenberg. En el silencio y soledad del campo atraviesa, al peso de la noche, un grupo de hombres á caballo conduciendo á Bertha al castillo de Katzenellenbogen, cuyo señor ha efectuado el rapto de la jóven tan hermosa cuanto desvalida. Aquellos hombres crueles y brutales, dignos servidores de tal amo, van llenos de terrores supersticiosos, y tiemblan al acercarse á la colina del Lurley que tienen que trepar y que goza de siniestra reputacion por hallarse, segun dicen, bajo el maldito influjo de una hechicera. Suben en efecto á la colina; el baron Ludovico, autor del atentado, se acerca á hablar de su amor á Bertha, quien rechaza indignada sus halagos y amenazas. Están ya en la parte más elevada de la roca del Lurley que se alza á pico sobre el Rhin á considerable altura, y Bertha, aplicando un fuerte latigazo á su caballo, se lanza al abismo, desde cuyo fondo se oye el sordo rumor que produce un cuerpo que cae en el agua. Al mismo tiempo brilla la estrella rojiza de Sonnenberg; los viajeros espantados retroceden en precipitada fuga hasta el pié de la colina, y contemplan en la cima la extraña vision de un negro caballo que galopa y sobre el cual va una figura blanca asida á un fantasma. Bertha, empero, no ha muerto; existe en Colonia con el nombre de Santa María en el Capitolio, un convento de monjas en el cual ha ido á refurgiarse, conducida por su escudero Hermann. Su amante Gustavo de Ehrenfels habia partido á la Tierra Santa, sin que despues de largo tiempo se tuviese noticia de él. Tal circunstancia, unida al temor de que el baron Ludovico renovase sus brutales persecuciones contra

Bertha, decide á ésta á tomar el velo de religiosa, no sin sufrir horribles tormentos cuando recuerda á su amado ausente. Por lo demas, la salvacion de la bella jóven es un secreto aún para su nodriza, quien llora amargamente al ver que su hija Emma, cuyas facultades mentales sufren cierta perturbacion, conserva la idea fija de que volverá á ver á su querida hermana de leche.

Una noche, el señor de Katzenellenbogen celebra en su castillo tremenda orgía en union de varios compañeros de desórden, las canciones báquicas, los gritos, las blasfemias que por todas partes se levantan, son indicio cierto de que la embriaguez ha llegado al último extremo. De repente se oyen en el cercano salon los pesados pasos de persona que se acerca, presentándose luego en la puerta un caballero armado de todas piezas y seguido de un hombre: es Enrefels á quien acompaña el escudero Hermann. Profunda es la impresion que causa en la concurrencia la inesperada aparicion de aquel personaje, quien se aproxima lentamente á Ludovico dándose á conocer y retándole á singular combate por el ultraje que habia hecho á la dama de sus pensamientos. El baron acepta luego, excitado principalmente con la noticia que le da su rival de que Bertha vive, y salen al campo, dirigiéndose á la peña del Lurley, en cuya meseta luchan ambos con todo el encarnizamiento que les inspira el odio que mutuamente se profesan. Pero en lo más reñido del combate, rásgase la espesa niebla que entolda el cielo y aparece vívida y deslumbradora la estrella de Sonnenberg; á su aspecto se siente Ludovico embargado de terror súbito; en vano quiere se-

parar los ojos del astro misterioso; parece que tiene delante una vision que le fascina; los cabellos se erizan sobre su frente; su semblante se contrae; corre por sus miembros el frio de la muerte, y poseido de espantoso vértigo, da la espalda á su contrario y corre á precipitarse en el hondo abismo.

El dia siguiente se agolpa en la iglesia de Santa María una multitud bulliciosa que va á asistir á la profesion religiosa de Bertha: el templo está lujosamente adornado; ricas colgaduras, flores y luces aparecen por todas partes: poco despues, precedida de una doble hilera de religiosas cubiertas de negros velos, asoma en el coro la bella novicia que va á arrodillarse sobre rico cojin de terciopelo á los piés de una imágen del Redentor. Perfumadas nubes de incienso envuelven el tabernáculo; déjanse oir las solemnes armonías del órgano; y luego, restablecido el silencio, sube al púlpito un sacerdote que dirige á Bertha edificante plática en que pinta con sencilla elocuencia los peligros del mundo y la dicha pura, apacible y serena de la vida del claustro. Mas en el momento en que el sacerdote interpela á la novicia para que pronuncie el voto que le ligará irrevocablemente al estado monocal, penetra Ehrenfels por entre la compacta muchedumbre, y llegándose al coro reclama á Bertha en alta voz el juramento que le ha hecho de ser su esposa. Este incidente interrumpe la ceremonia; las religiosas se retiran al convento, Gustavo entra con el sacerdote en la sacristía, y la multitud se dispersa haciendo mil comentarios sobre lo que ha pasado.

En el epílogo traza la Sra. Prieto una de esas es-

cenas risueñas y tranquilas que solazan el ánimo despues de los sombríos cuadros en que su leyenda se desarrolla. Acércase el crepúsculo de una hermosa tarde de verano; en la pendiente del collado, al pié de la torre del castillo, se ve á una anciana teniendo dormido en su regazo á un bello niño, á quien contempla arrodillada una pálida joven. Es la nodriza y su visionoria hija, quienes velan el sueño de aquel tierno fruto con que el cielo ha bendecido el matrimonio de Bertha y Gustavo; éstos, á corta distancia, sonriendo y con las manos enlazadas, tienen los ojos fijos en el ángel de su hogar, recordando en mudo silencio las rudas pruebas á que el destino los sujetara, reservándoles la dicha que hoy disfrutan como premio de su virtud y su constancia.

Tal es, en resúmen, el argumento de esa leyenda, en que nos dejó la Sra. Prieto una muestra de lo que era capaz en el genero descriptivo. La verdad de las situaciones; el fuerte colorido de los lugares que sirven de teatro á la animada accion del poema; los caracteres de los diversos personajes que toman parte en ella; el interes que se despierta desde los primeros versos y que va creciendo por grados hasta el desenlace, todo hace de esa obra una de las más valiosas joyas de nuestra literatura, aun cuando su autora la consideró como un simple boceto. Difícil seria la eleccion entre los varios pasajes de la leyenda si quisiera fijarme en alguno que fuese superior á los demas; me limitaré, por lo mismo, á la siguiente escena; en que al encanto de la descripcion se agrega el combate dramático de pasiones, expresado con intachable naturalidad. Despues de hablar del convento de Santa María en

el Capitolio, adonde habia ido á refugiarse Bertha cuando escapó de manos de sus raptores, la poetisa continúa:

"Es una celda sombría
De alto abovedado techo,
Donde la luz penetran
Apagados los reflejos
Por la gótica ventana
Que domina el claustro estrecho.
Todo en su arreglo demuestra
Un escrupuloso aseo,
Cierto monástico lujo
Y el más minucioso esmero.
Tras luenga cortina oscura
Se oculta el pesado lecho
De columnas retorcidas
Cubiertas de blanco lienzo;
La dulce imágen del Cristo
En docel de terciopelo,
A la cabecera pende
De la pared en el medio;
En una pequeña mesa,
Del blanco lecho no léjos,
Junto á un lujoso breviario
Se ve un rico candelero
Dé oro macizo; en la parte
Exterior, si la podemos
Llamar así, de la estancia,
Altos sitiales con bellos
Y magníficos tallados
Circuyen el aposento.
Una mesa de nogal
Esculpida ocupa el centro,
Y en ella se ven papeles,
Un cincelado tintero

De plata, un reloj de arena
Libros devotos, todo ello
Sabiamente colocado
En el órden más cimétrico.
Entapizan las paredes
Grandes cuadros con los hechos
Más notables de la vida
De los santos, y el testero
Lo ocupa una bella imágen
De la Vírgen. Un soberbio
Reclinatorio que se halla
Al pié de la Vírgen puestó,
Indica bien que esa imágen
Es el principal objeto
De la devocion ferviente
Del que es de la estancia dueño.
Todo allí demuestra un órden
Melancólico y severo
Que no perturba jamás
Exaltado un sentimiento.
Reina la calma profunda,
Sombría del monasterio;
Calma cual la del sepulcro
Bajo una losa de hielo.....
....
Dos personas en la celda
Se hallan en este momento
Cerca de la chimenea
Donde arde un brillante fuego;
La una es una monja anciana
De aspecto grave y austero,
De demacradas facciones,
Y de rostro macilento
Que de duras penitencias
Guarda el indeleble sello.
Lleva sobre hábito blanco

Negro manto y velo negro,
Y la negra toca presta
Aun más sombríos reflejos
A la palidez marmórea
En que está su rostro envuelto.
Su blanca, afilada mano,
De marfil amarillento
Sostiene un luengo rosario
Que enreda en sus finos dedos.
En alto sitial sentada
Con cierto ademan inquieto
Observa á su compañera,
Que en un escabel pequeño,
A sus piés, y en actitud
Del más profundo respeto,
Parece esperar sumisa
Su opinion ó sus consejos.
Es una jóven más bella
Que el vespertino lucero,
Blanca, diáfana y graciosa
Como un juvenil ensueño.
Sus grandes, rasgados ojos,
Apacibles y serenos,
Tienen un azul tan dulce
Como el mexicano cielo.
Su alba túnica de lana
De largos pliegues ligeros,
Disfraza sin ocultarle
Su flexible talle esbelto.
La blanca toca señala
De su tersa frente el cerco
Y el óvalo delicado
De su semblante hechicero,
Y sujetar no consigue
Los mil dorados cadejos
De su rubia cabellera,

Que las prisiones rompiendo,
Se escapan bajo la toca
En largos bucles espesos,
Que oculta á medias tan solo
El blanco flotante velo.
Reina un instante en la estancia
El más profundo silencio,
Que interrumpe la abadesa
A la novicia diciendo:
—"Presto hará un año, hija mia,
Que en esta santa mansion
Ha hallado tu corazon
La paz que perdido habia
De tu hogar arrebatada
Por un infame enemigo,
En ella hallaste un abrigo
Donde vivir ignorada.
Cuando en tu justo temor
De que ese noble villano
Volviese á atentar tirano
A tu ventura ó tu honor,
Te decidiste á guardar
El secreto más severo,
Y de tu anciano escudero
Aquí la vuelta esperar.
Fué la mano del Señor
Quien guió tu paso incierto
Para dirigirte al puerto
De esperanza salvador."
Calló la anciana un instante,
Y la jóven tristemente
Dobló la cándida frente
Palideciendo el semblante.
—"Hoy debes cual nunca estar
Firme en la resolucion
Que tu juicio y tu razon

Te han decidido á adoptar
  La voluntad soberana
En ella se ve patente
Del Sér sabio, omnipotente,
De quien todo bien emana.
  Cuando huyendo de la suerte
Horrible que te esperaba,
De ser de un infame esclava,
Quisiste darte la muerte,
  El espíritu del mal
Que hallá en el Lurley habita
La negra peña maldita,
Pensamiento tan fatal
  Sin duda te sugirió..
—Perdonadme, madre mia,
¿Quién en mi lugar no haria
Lo que hacer intenté yo?
  ¿Quién será en lance tan fuerte
Y en tan tremenda congoja,
La que la muerte no escoja
Entre deshonor y muerte?
  —Si hubieras tu confianza
En tu Dios depositado,
El te habria, hija, salvado;
Su poder todo lo alcanza.
  En su infinita clemencia
Dar castigo no ha querido
Al pecado cometido,
Atentando á tu existencia;
  Pues que en el trance crüel,
Por las ramas detenida,
Salvó un milagro tu vida
Al despeñarse el corcel.
  Y cuando el fiel escudero
Que vuestros pasos seguia,
Te hallò desmayada y fria

A la orilla del sendero,
Fué tu primer pensamiento
Al recobrarte, al asilo
Trasportarte con sigilo
De nuestro humilde convento
Hasta el dia que tornar
De Tierra Santa debia
Ehrenfels....—¡Ay! y ese dia
No me fué dado alcanzar.
En vano en su busca Hermann
Partió há un año de él en pos....
¡Ay! ninguno de los dos
Ha vuelto.—Ni volverán.
Ten resignacion y fé.
—Madre, bien las necesito.
¿Por qué mi amor infinito
Tan desventurado fué?
¿Por qué tan negra traicion
Me reserbava el destino,
Que al empezar mi camino
Me destroza el corazon?
En el dintel de la vida,
En la serena mañana
Que radiosa se engalana
Y amor y dicha convida;
En el risueño verjel
En donde flores y ensueños
Brotan al par halagüeños
En luminoso tropel,
Cual la solitaria flor
Cuyas galas arrebata
Cuando indómita desata
La tempestad su furor,
Inclino en mi honda amargura
Hoy la frente macilenta
Al soplo de la tormenta

Que aniquila mi ventura.
—Hija, no murmures.—Nó,
Madre, que no es murmurar
La felicidad llorar
Que el mismo cielo nos dió.
—El Señor te destinaba
La dicha de ser su esposa,
Y esa prueba dolorosa
A tu corazon guardaba.
No se obtienen las divinas
Prendas del amor divino
Sino siguiendo un çamino
Todo sembrado de espinas.
Aquí encontrarás la paz
Que tu alma agitada ansía,
Y olvidarás, hija mia,
Un mundo ingrato y falaz.
—Madre, un árido desierto
Es en mi dolor profundo
Tan solo para mí el mundo,
Puesto que Gustavo ha muerto.
¡Muerto! ¿Y puede el pensamiento
Concebir esa palabra,
Sin que otro sepulcro abra
La fuerza del sufrimiento?
—Hija, debes dominar
Ese dolor exaltado.....
—Si algun dia habeis amado,
Madre, dejadme llorar.
Dejad que alivie mi llanto,
En esta lucha violenta,
Mi corazon que revienta.....
¡Dios mio! le amaba tanto.....»
Hubo una pausa angustiosa;
Rienda á sus pesares dando,

Cubrió el rostro, sollozando,
Con ambas manos la hermosa;
Ocultando á la abadesa,
Entre inquieta y sorprendida
La dulce faz oprimida
Que tanto dolor expresa.
Al fin, con ademan lento
Tocó la rubia cabeza
La anciana, y con entereza
Y grave y solemne acento:
—"Debes desechar valiente
Esos recuerdos profanos,
Que te persiguen insanos
Oscureciendo tu mente!
Pobre oveja descarriada,
Que tras sufrimientos mil,
Vuelves de nuevo al redil
Por el buen pastor llamada.
Frágil é incierta barquilla
Que azotaba el mar furioso,
Si del puerto del reposo
Salva llegaste á la orilla,
Oye las fieras bramar
Desde el aprisco cerrado,
Y deja el mar irritado
Contra la playa azotar.
Feliz tú, que obedeciendo
Al mandato soberano,
Vas del bullicio mundano
Con planta ligera huyendo.
Dichosa tú, que abandonas
Un mundo de sinsabores,
Y con las cándidas flores
De la virtud te coronas.
¿Por qué ese triste gemir?
¿Por qué tan amargo duelo

Cuando á las puertas del cielo
Vienes abrigo á pedir?
  Lloras de Ehrenfels la muerte,
Sin pensar, en tu culpable
Afliccion, cuán envidiable
Es su venturosa suerte.
  ¿Por qué ese dolor? ¿Por qué
Su fin glorioso te espanta?
El ha muerto en Tierra Santa
Combatiendo por la fe.
  El te ha dado un noble ejemplo
A Dios su vida inmolando,
Y tú llegas murmurando
A los umbrales del templo.
  —Madre mia...—Ten valor,
Cercana al momento estás
En qne el título obtendrás
De esposa del Salvador.
  Ese instante por tí anhelo,
Que tan dulces alegrías
Trae: dentro de tres dias,
Hija, tomarás el velo.
  —¡Ah!—Que Dios la paz te dé.
—Sofocando mis pesares,
Madre, al pié de los altares
Resignada llegaré.
  —Sobre tí de Dios imploro
La bendicion soberana.
—¡Madre!—Ven, ya la campana
Nos llama, hija mia, al coro."
  Levantóse la abadesa
Y la novicia á su ejemplo,
Y entrambas al claustro bajo
Lentamente descendieron.
Ya las religiosas todas,
Al sonoro llamamiento

Van en procesion, sus pasos
A la iglesia dirigiendo;
Y en el sombrío recinto
Aun esos pasos ligeros
En la bóveda despiertan
No sé qué dolientes ecos.
De las lámparas opacas
Al indeciso reflejo,
De fantásticas figuras
Se revisten los objetos.
Y esas formas vaporosas
Con albos ropajes luengos,
Que en la oscuridad dibujan
Su vago contorno incierto,
Sem‹jan esas visiones
Que aborta calenturiento
En una noche de insomnio
Nuestro agitado cerebro;
Esas extrañas quimeras
Que distinguir no podemos
Si son locas creaciones
De la vigilia ó del sueño.
El resplandor de las luces
De la iglesia, que el extremo
Del corredor ilumina,
Un cuadro baña de lleno
Con tres blancas esculturas,
Que representan el tierno
Grupo del Calvario, y hoy
Aun existe tan completo
Como si hubieran los siglos
Junto á él pasado sin verlo.
De la dolorida Madre
Y la Magdalena en medio,
El Cristo, de la agonía
En el instante supremo,

Espira en la Cruz, al Padre
Por sus verdugos pidiendo.
Y esas tres grandes figuras
Que se alzan del pavimento
Y parecen formar parte
Del silencioso cortejo,
De ese fantástico cuadro
Doblan el extraño aspecto.
Bertha, la jóven condesa
De Sonnenberg, cual cediendo
De soledad y de calma
Al imperioso deseo,
Dejó alejarse á las monjas
Y con hondo abatimiento
Se apoyó lánguidamente
Sobre el macizo antepecho
Que cierra los arcos dobles,
Levantando al firmamento
Una mirada que exhala
En su expresivo silencio,
La queja mas elocuente
Contra su destino adverso.
Y olvidándose del coro,
De las monjas y el convento,
Entregóse al dulce encanto
De sus amados recuerdos,
Que á las flores deshojadas
De su porvenir ya muerto,
Prestan un instante vida
Con su purísimo aliento.
Y á Sonnenberg trasportóse
En las alas de su empeño,
Blando nido de su infancia
Y de sus juegos primeros,
Y de sus primeros goces
Y sus primeros tormentos;

Y vió á su anciana nodriza
Cubriendo de tiernos besos
La bella y rubia cabeza
Que se apoyaba en su seno;
Y vió á su hermana de leche,
En su idioma pintoresco
Y enigmático expresar
Con su alegría su afecto;
Y á Gustavo de Ehrenfels,
El valiente caballero,
El amante apasionado,
Esperando ansioso, inquieto,
Con el pecho palpitante,
El delicioso momento
De conducir al altar
Al tierno, adorado objeto
De su culto reverente
Y de su cariño inmenso.
Y cuando así sumergida
En sus caros pensamientos,
Fuera de aquellas memorias
Olvidaba el mundo entero,
La vaga luz de una estrella,
Las pardas nubes rompiendo,
Iluminó su semblante
Con un pálido destello.
Era un fulgor indeciso,
Apagado, macilento,
Cual la luz de una mirada
Que se nubla en llanto acerbo.
Al verla cruzó la jóven
Ambas manos sobre el pecho,
Y las perlas trasparentes
De sus párpados cayendo,
Por sus pálidas mejillas
Lánguidamente corrieron.

—"Mi madre mi suerte llora,"
Dijo al fin con triste acento,
Y los bellos ojos fijos
En el opaco lucero,
—"Madre, no sufras, quizá
Nos reunirémos bien presto."
Y envolviéndose en el manto
De flotantes pliegues sueltos,
A su vez encaminóse
Al coro con paso lento.
La iglesia está solitaria,
Silenciosa como el yerto
Corazon cuyos latidos
Ha apagado el sufrimiento....
....
De los cirios del altar
El fulgor amarillento
Juega en las dobles columnas
Y en los primorosos frescos
De que están de las tres naves
Los altos muros cubiertos
Y en una vaga penumbra
Deja el alto coro envuelto,
Que distinguir no permite
Los graciosos arabescos
De su rica balaustrada,
De un trabajo tan perfecto,
Que desde abajo parece
Hecho de marfil y de ébano.
De sus góticas ventanas
Reverberan por momentos
Los magníficos cristales
De colores, en espléndidos
Cuadros del más imponente
Y maravilloso efecto.
Y esa vacilante llama

Misteriosa, que sobre ellos
En rafágas desiguales
A intervalos va cayendo,
A las hermosas figuras
Presta vida y movimiento,
Que se inclinan y se agitan
Por instantes pareciendo.
Ya del órgano sonoro
Se alzan los grandiosos ecos,
Que la alta bóveda llenan
Melancólicos y austeros,
Y las voces virginales
En argentino concierto,
En alas de la armonía
Y en las nubes del incienso,
Presentan puras, suaves
La casta ofrenda al Eterno,
De sus cándidas plegarias
Y sus inocentes ruegos.
Postrada Bertha de hinojos,
En vano lucha, queriendo
De su acalorada mente
Detener el raudo vuelo.
Del encanto del pasado
El irresistible imperio
En sus amadas memorias
Vuelve á sumirla de nuevo;
Y con la frente inclinada
Sobre el palpitante pecho,
Deja el tiempo deslizarse
Sin sentirlo y sin saberlo.
Cuando volvió de su dulce,
Profundo enagenamiento,
Ya el altar estaba oscuro,
Ya el coro estaba desierto,
Sofocadas ya las notas

Del armonioso instrumento,
Y la iglesia solitaria,
Silenciosa como el yerto
Corazon cuyos latidos
Ha apagado el sufrimiento."

Parece difícil expresar con más naturalidad esas luchas terribles de que es teatro el corazon humano cuando el infortunio le ha herido en sus afecciones más caras, y desorientado y perdido en un mar sin orillas, procura absorberse en el infinito, pues sólo él puede calmar los dolores de un pesar inmenso. No es, empero, el aniquilamiento del *Nirvana*, absorcion absoluta á que el budista aspira en su misticismo panteista: la idea cristiana no consiente semejante abdicacion de cuanto constituye el yo sustancial; el hombre ha adquirido por esa fé la plenitud de su conciencia; el ideal del alma deja subsistir sin ningun menoscabo su personalidad, y de aquí ese doloroso combate entre la pasion que se desvanece como fenómeno pasajero y la sed insaciable de una felicidad sin límites, combate cuya personificacion más poética nos ha quedado en la infortunada amante de Abelardo.

Tal es la última produccion de la Sra. Prieto, el último destello de aquella privilegiada inteligencia que fué á extinguirse bajo un cielo extranjero, entre los dolientes ecos del postrer adios dirigido á la patria ausente. *Bertha de Sonnenberg* lleva la fecha de Setiembre de 1876, y en los últimos dias de ese mismo mes cerraba la poetisa sus ojos á la luz, en los momentos en que su inspiracion se remontaba con más alto y robusto vuelo á las regiones de la inmortalidad. Hé

aquí lo que yo escribia al publicar dos meses despues esa obra póstuma:

"Pocos dias ántes de morir, y cuando la enfermedad le hacia sufrir horribles dolores, el alma de la poetisa, obedeciendo á la alta inspiracion que jamás la abandonó, se extasiaba en la contemplacion de esos bellos cuadros en que palpita el calor de la vida, y en que se siente más firme que nunca la mano de la ilustre escritora. Descontenta, sin embargo, de su propia obra, pensaba someterla á severas correcciones, agregando algunos incidentes para vigorizar más la accion, y reduciendo algunas descripciones que le parecian harto extensas. Creia que el interes era muy débil, y para remediar esto pensaba introducir varias escenas, pintando la vuelta pricipitada de Gustavo de su expedicion á la Tierra Santa con el escudero Hermann, así como algunos contratiempos en el camino hasta el momento de la profesion de Bertha, añadiendo en el epílogo unas estrofas finales que presentaran el grupo del niño y sus padres, iluminado por la luz de la estrella dulce y cariñosa. Trataba, además, de suprimir casi toda la descripcion de Colonia y una gran parte de la del convento.

"Imposible seria juzgar de la obra tal como meditaba dejarla definitivamente su distinguida autora, pues muchas veces el deseo de mejorar una composicion hace sacrificar bellezas de indisputable mérito; y por lo que hace á las descripciones de Colonia y del convento, sentiriamos que hubiesen sufrido mutilacion, pues así como están nos parecen interesantes y muy bien acabadas, no hallando en ellas nada que mereciera ser suprimido por exagerado ó inútil. Sea de

ello lo que fuere, la verdad es que esta composicion, tal cual quedó escrita y ha llegado á nuestras manos, puede ser considerada como una de las producciones más bellas de nuestra literatura, como una de las más delicadas flores que forman la corona poética de Isabel Prieto.....

"El Sr. D. Pedro Landázuri, esposo de la Sra. Prieto, nos dice lo siguiente, que nos parece digno de ser trascrito; "La descripcion primera de Sonnenberg, "es la de la tarde que estuvimos los dos en lo alto del "torreon, contemplando el hermosísimo panorama que "con tanta verdad pinta; la descripcion de Colonia y "la del convento de Santa María son tambien calca-"das al natural. Mucho le habia simpatizado esta ciu-"dad, y en los diez dias que estuvimos en ella, ni uno "solo dejó de ir al convento, donde pasaba horas de "verdadero encanto. En toda la leyenda se traspa-"renta ese amor entrañable por su patria, y creo que "la pintura de la noche de invierno mexicana y euro-"pea, la de la carrera de los hombres armados por la "selva de Fluthen y el Lurley, la del otoño en Son-"nenberg, la de la habitacion del castillo, y la de la "celda y la iglesia, deben llamar la atencion." Esto que nos dice el Sr. Landázuri, es enteramente característico del genio de Isabel. Lo que forma el fondo de sus composiciones es la verdad de la naturaleza, sencilla y poéticamente interpretada por una imaginacion tierna y ardiente, sea que se trate de cuadros objetivos como en su composicion al Valle de México, sea que se limite á analizar los más íntimos sentimientos del corazon humano.

"Para concluir observaremos que en la presente

leyenda se siente bien claro la influencia que en la musa de Isabel ejercieron la literatura alemana y los sombríos y severos paisajes del Norte; esto era natural en aquella alma profundamente delicada y soñadora. En toda la composicion hay como una corriente de fantástica melancolía, que abre á la imaginacion las vagas regiones de un doloroso idealismo; aspiracion al infinito, del espíritu que sufre y entrevé su destino por encima de los fenómenos sensibles que le rodean. Esa impresion que nos dejó la primera lectura de *Bertha de Sonnenberg*, la vimos confirmada en el discurso qne en los funerales de nuestra poetisa pronunció el Sr. Goss: "Los séres que, como Isabel, "comprendian y podian interpretar en su idioma las "leyendas de nuestro hermoso Rhin aleman, pueden "dormir dulcemente en tierra alemana; ella les será "tan leve como la de su misma patria." Esto dice quien, mejor que nosotros, ha podido comprender el carácter que imprimió Isabel Prieto á su última composicion."

Hasta aquí lo que yo escribia al publicar la obra póstuma de nuestra ilustre poetisa, sin que haya creido exagerar en nada el mérito de una composicion que da la medida de lo que era capaz su inspirada autora, y lo mucho que aun podria haber producido en un genero cuyo primer ensayo fué tan feliz. Efectivamente, desde los primeros versos publicados en la *Aurora Poética* hasta la leyenda mencionada, período de 25 años, se advierte en la Sra. Prieto un constante progreso, revelándose siempre en sus producciones subsiguientes mayor perfeccion en la forma, más concentracion en las ideas, análisis más profundo del senti-

miento. La vida que llevó la Sra. Prieto fué la más á propósito para mantener en todo vigor las facultades de su espíritu: costumbres sencillísimas; retraimiento casi completo en el hogar doméstico; dedicacion absoluta al cumplimiento de sus deberes como hija, como esposa y como madre; tales fueron, en pocas palabras, las circunstancias en que se desarrolló aquella existencia consagrada toda al estudio y á la práctica del bien. La solidez de su juicio y el buen sentido que fué la norma de todas sus acciones, no permitieron que diese á las cosas más importancia de la que realmente tienen; así es que nunca se la vió abandonarse á las vanidades y futilezas que generalmente ocupan el corazon de las personas de su sexo, sobre todo en la época en que sonrien los encantos de la edad juvenil, ni el abatimiento ó desesperacion invadieron su alma cuando la adversidad fué á herirla en sus más caros afectos. Siempre serena y siempre resignada, ni los humos de la lisonja ni los agudos abrojos que el destino sembró alguna vez en su sendero, lograron hacerla descender de la region olímpica en que su espíritu se cernia, nutriéndose en las fuertes y saludables inspiraciones del bien supremo y de la belleza increada.

Como la mariposa que atraida por la luz gira en derredor de la llama hasta que se precipita en ella cediendo á una fascinacion misteriosa, así el amor maternal que habia hecho vibrar la lira de nuestra poetisa con sus más delicadas armonías, fué tambien el que le abrió las puertas del sepulcro con una muerte prematura, La crianza de su tercer hijo le habia ocasionado un tumor en el pecho; el mal en sus princi-

pios no inspiró inquietud, pues ya le habia padecido dos veces, habiendo sanado mediante una ligera operacion. Sin embargo, la enfermedad siguió avanzando hasta el extremo de que, á mediados de Setiembre de 1876, fué preciso pensar seriamente en la operacion que se habia estado aplazando por consejo de los facultativos. El 19 tuvo lugar aquella; el 24 en la noche se declaró un ataque al cerebro, produciendo en la paciente gran dificultad para hablar y la paralizacion de algunos movimientos, no obstante lo cual su inteligencia se conservó despejada hasta los últimos instantes, haciendo esfuerzos para comunicarse por escrito y por señas. En fin, el 28 á las diez y media de la mañana se rompió el hilo de aquella preciosa existencia, realizándose los tristes presentimientos que la habian oscurecido desde que la ausencia de la patria la envolvió en la sombra de una dolorosa nostalgia. En la mañana del 1º de Octubre tuvo lugar el entierro, al que asistió numeroso concurso, formado en su mayor parte de alemanes residentes otro tiempo en nuestra República, y de señoras mexicanas establecidas en Hamburgo. Todas aquellas personas acompañaron á la poetisa hasta su última morada; tierno y afectuoso homenaje de amistad y de cariño á los inanimados restos de quien tanto se hizo amar. Las coronas, recuerdos de sus triunfos literarios, adornaban el ataud, brillando entre ellas la medalla de oro con que fué obsequiada en Guadalajara por la juventud estudiosa, cuando se representó su primera obra dramática. Antes de salir la comitiva, el Sr. D. Ricardo Goss pronunció en aleman un sentido discurso, y al llegar al cementerio y depositar el cadáver en la fosa, se hicie-

ron oir fúnebres y solemnes armonías musicales de Kupfer, Kieprecht y Mendelssohn.

Profundamente graves y patéticos son siempre los últimos honores tributados á los séres queridos, que habiéndo terminado su peregrinacion terrena, dan á este mundo de miserias una eterna despedida. Allí se impone con toda su majestuosa grandeza el terrible problema de los destinos humanos; allí la tristeza sin límites de una separacion definitiva se endulza con el sublime y consolador sentimiento de la inmortalidad; pero más graves y patéticas son todavía esas tiernas demostraciones cuando se verifican en las circunstancias á que me vengo refiriendo. Parece que la misma naturaleza contribuia á entristecer aquella escena: era la mañana sombría y silenciosa de un domingo, y desde algunos dias ántes un cielo pesado y nebuloso envolvia con su manto gris los prados y las selvas, la ciudad y el campo, oprimiendo el corazon de los habitantes é interrumpiendo la apacible dulzura del otoño.[1]

Despues de esto no se puede ménos que recordar con un sentimiento de honda amargura las siguientes estrofas de una de las últimas composiciones de la Sra. Prieto, en que se refleja la dolorosa preocupacion que embargaba su alma al pensar con profética intuicion en su próxima muerte, cuando nada, por otra parte, podia justificar sus sombríos presentimientos:

"Tal vez cercana al fin de mi existencia
Que en medio de agudísimos dolores,
Ha ornado Dios con las benditas flores
Que sólo los afectos pueden dar,"

---

1 Discurso del Sr. Goss.

No quiero que este cielo nebuloso
De abrigo sirva á mi mansion postrera;
En esta tierra helada y extranjera
No quiero el sueño eternos reposar."

"Quiero que me trasporten alguu dia,
Aunque se encuentre por mi mal distante,
A ese sincon de tierra que anhelante
Doquiera el alma en sus ensueños ve.
Quiero dormir en el modesto asilo
Bajo la misma funeraria losa,
En que su sueño postrimer reposa
El padre que en la tierra idolatré."

Tierno y postrer voto que no se ha cumplido aún, pero que esperamos ver realizado los que tuvimos oportunidad de apreciar en todo lo que valia aquel tesoro de inteligencia y de corazon, de genio y de virtud, cuya memoria será igualmente querida y respetada en el hogar doméstico y en el templo que la gloria tiene reservado para sus escogidos.

Al principiar, señores académicos, el presente estudio, recordaba el nombre simpático de Sor Juana Inés de la Cruz, de aquella mujer admirable, á quien sus contemporáneos, en el entusiasmo que les inspiraba talento tan extraordinario, dieron el significativo epíteto de "décima musa," y agregaba que, gemela de aquel genio peregrino, ha pasado en nuestro siglo y en nuestros dias esa otra mujer, Isabel Prieto, dejando tras sí brillante estela como huella indeleble de su tránsito por la tierra. Tiempo es ya de resumir en breves palabras los fundamentos que he tenido para emitir semejante asercion. Si comparamos el carácter, la vida y las tendencias de ambas poetisas, hay que reconocer las muchas y notables semejanzas que entre

ellas existen, de tal suerte que áun las mismas diferencias que pudieran señalarse vienen á completar el estrecho parentesco que las une. Cualidades distintivas de Sor Juana Inés y de Isabel Prieto son aquella sed insaciable de saber que las hizo entregarse desde la edad más tierna y por sus solos esfuerzos á estudios en que las jóvenes encuentran de ordinario muy poco atractivo; aquella inteligencia vigorosa para afrontar y resolver con feliz éxito cuestiones en que fácilmente se embrollan y pierden los talentos medianos; aquel buen sentido claro y diáfano como el más puro cristal que forma el fondo de todas sus composiciones. Las dotes poéticas de ambas tambien presentan singulares analogías: una y otra cultivaron con igual facilidad todos los géneros, enriqueciendo nuestra literatura tanto en lo lírico como en lo dramático, así en lo serio como en lo satírico, siendo dignos de llamar la atencion el ingenio y donaire que copiosos se derraman en composiciones destinadas á recordar los mejores tiempos de la musa castellana. Pondérase por los contemporáneos de Sor Juana Inés la suma destreza con que versificaba, y yo puedo afirmar, pues lo sé por larga experiencia, que á la Sra. Prieto no costaron sus numerosos versos la dificultad más ligera: dotada de memoria prodigiosa, muchas veces en medio de la conversacion ó de sus haciendas domésticas, arreglaba composiciones y áun escenas enteras que en seguida escribia ó dictaba, sin emplear más tiempo que el necesario para trasladarlas al papel; así es que no hay exageracion en decir que todos sus trabajos literarios fueron verdaderas improvisaciones, no encon-

trándose en sus borradores sino ligerísimos tachones ó enmiendas. El buen gusto más depurado libró á ambas escritoras de los extravíos de su época, siendo de notar que miéntras Sor Juana Inés apénas se contaminó con el gongorismo que en su tiempo habia llegado al último grado de extravagancia, Isabel Prieto supo mantenerse exenta de las exageraciones del romanticismo moderno. Lástima es que la monja poetisa hubiese malgastado su ingenio en fútiles composiciones que dan triste idea del espíritu dominante en la sociedad mexicana del siglo XVII; pero aquellas obras en que siguió el impulso espontáneo de la inspiracion, nos hacen comprender la vehemencia de sus sentimientos, exaltados quizá por los rigores de la vida monástica. Sor Juana Inés es mas apasionada, deja entrever cierta amargura y emplea á veces osadías de lenguaje que hallaria inoportunas el refinamiento de nuestros dias: Isabel Prieto es más tierna; dolores intensísimos toman bajo su pluma el suave perfume de la resignacion y la melancolía, sin que jamas se escape ninguna palabra que pudiera lastimar la delicadeza más exquisita. Heridas ambas de la injusticia con que su sexo suele ser tratado, hicieron la defensa de la mujer en ingeniosas composiciones, que revelan su índole propia, sobre el mismo fondo filosófico que encierra uno de los problemas más trascedentales de la ciencia social. En Sor Juana Inés la pasion del estudio acabó por sobreponerse á esas tendencias ingénitas en el corazon de la más preciosa mitad del genero humano, y ella misma se encarga de explicar el misterio de su vocacion religiosa cuando dice que todo su empeño era vivir sola, no tener ocupacion obligatoria que emba-

razase la libertad de su estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de sus libros. El alma de Isabel Prieto, más dulce y afectuosa, no podia sentir placer en tan altiva independencia: la intimidad del hogar, el calor de la familia, los tiernos vínculos que ligan bajo el mismo techo á los hijos con los padres como las ramas y las flores al tronco que las sustenta, constituian las primeras necesidades de su vida y cual alegre pajarillo á quien falta el aire y la luz, habria muerto de tristeza en una celda fria y solitaria, cuya sola imágen la espantaba, como tuvo ocasion de expresarlo algunas veces.[1] De aquí nace una diferencia profunda, pues miéntras en las obras de Sor Juana Inés no se descubre ninguna huella que revele el sentimiento de la maternidad, al que por lo mismo puede conjeturarse que su corazon fué siempre ajeno, en ese sentimiento halló Isabel Prieto la fuente más viva y fecunda de su inspiracion, como me ha sido fácil probarlo en el presente estudio. Por último, la vida de ambas poetisas nos muestra un dechado de piadosa abnegacion que coronó su existencia con una muerte prematura. Sor Juana Inés sucumbió á los 43 años, víctima del amor con que se dedicó á asistir á sus compañeras en la epidemia que invadió el convento de San Gerónimo en 1694; Isabel Prieto, á la misma edad de 43 años, dijo un adios eterno al mundo á consecuencia de la enfermedad contraida en el cumplimiento de sus sagrados deberes de madre: así, las dos más bellas y simpáticas figuras de nuestra historia literaria aparecen, con diferencia de siglo y medio,

(1) Véase, entre otras, la composicion intitulada *A un Convento.*

recorriendo órbitas paralelas, derramando sobre sus respectivas épocas los tesoros inagotables de sus almas inspiradas, embelesando á sus contemporáneos con las graciosas ficciones de su poética fantasía, y remontándose en la plenitud de la vida y cuando habian llegado á la madurez de su genio, en alas de la virtud más sublime, para brillar confundiendo sus rayos como astros de primera magnitud en el espléndido cielo de la literatura mexicana.

México, Diciembre de 1881.

J. M. Vigil.

APENDICE.

I

Alcázar de San Juan, villa con Ayuntamiento y cabeza de partido judicial en la provincia de Ciudad-Real, España, distante veinte leguas de Madrid y correspondiente al gran priorato de la Orden de San Juan de Jerusalem, del que es capital, fué el lugar donde la Sra. Prieto vió la primera lnz el 1º de Marzo de 1833, segun puede verse en la partida de nacimiento que á continuacion insertamos:

"*Un sello.—Año de 1833.—Frey D. Miguel Ximenez, de Hábito deSan Juan de Jerusaelm, Cura Prior de la Iglesia Parroquial Mayor de Santa María de esta Villa de Alcazar de San Juan, certifico: que en libro corriente de qautismos de dicha parroquia que se titnla el diez y seis, y al folio cuatrocientos uno buelto, se halla la partida que copiada á la letra dice así—*

Partida:—En la Iglesia Parroquial Mayor de Santa María de la Villa de Alcazar de San Juan, en primero de Marzo de mil ochocientos treinta y tres; yo Frey D. Miguel Ximenez, Cura Prior de ella bautice solemnemente una niña que nació el mismo dia á las ocho de la mañana, hija lexitima de Don Sotero Prieto, natural de Panamá en América, y de Dª Isabel Gon-

zalez Bango, que lo es de la Villa y Corte de Madrid y residentes temporalmente en esta dicha Villa de Alcazar; pnsela por nombre *Isabel Angela*: fueron Padrinos in sacro fonte D. José Jofre de Villegas Gobernador de esta referida Villa y su Esposa Dª Pilar Gonzalez Bango, tia carnal de la bautizada; á los cuales adverti el parentesco espiritual y obligacion de enseñar la Doctrina cristiana: Abuelos paternos de la bautizada D. José Prieto y Ramos oriundo de Piernal Obispado de Plasencia y Dª Teresa Olasagarre que lo es de dicha ciudad de Panamá: maternos D. Juan Gonzalez Bango Intendente de esta Provincia, natural de Aqiles, Principado de Asturias y Dª Gertrudis La Puebla que lo es de la ciudad de Osura; y para qne conste lo firmé—Frey D. Miguel Ximenez —La partida copiada concuerda con su original que existe en el libro y folio citados á que me remito; Y para que conste pongo la presente que firmo en la repetida Villa de Alcazar de San Juan á veinte y seis de Abril de mil ochocientos treinta y tres—firmado —Miguel Ximenez—una rubrica.—Los infrascritos Escrnos. de S. M. publicos del Numero y Gobernacion de esta Villa de Alcazar de San Juan, certificamos y damos fé: Que Frey D. Miguel Ximenez por quien se halla dada la certificacion precedente, es Pbro. del Hábito de San Juan y Cura Prior de la Parroquial Iglesia de Santa María de esta Villa, como se titula; y la firma y rúbrica del pié de su nombre y apellido con que la autoriza, semejantes en un todo á las que usa y acostumbra poner en sus escritos, á los cuales siempre se ha dado y dá entero crédito en juicio y fuera de él, sin cosa en contrario. Y para que conste

donde convenga, á instancia de parte, ponemos la presente que signamos y firmamos en Alcazar, á veinte y seis de Abril de mil ochocientos treinta y tres.—Una rúbrica Joaquin Ferm. Villarejo.—Una rúbrica Patricio Diaz de Cuerba.—Una rúbrica José Sotero Arias."

Despues de residir algun tiempo en varios lugares de España, los padres de la Sra. Prieto vinieron á México, en cuya capital permanecieron de una manera transitoria, dirigiéndose luego á Guadalajara donde se fijaron definitivamente, cuando nuestra poetisa contaba apénas de cuatro á cinco años de edad. Guadalajara fué, pues, la ciudad en que se educó y pasó la mayor parte de su vida la Sra. Prieto, lo cual explica el profundo cariño que le profesó siempre, considerándola como la patria, segun se expresa en varios pasajes de sus composiciones. El 1º de Enero de 1864 siguió á su familia á San Francisco de California; allí permaneció cerca de un año, y á su regreso contrajo matrimonio en 1865 con su primo el Sr. D. Pedro Landázuri. Electo este señor, diputado por Jalisco al Congreso de la Union en 1869, la Sra. Prieto se trasladó á la capital, donde estuvo hasta Febrero de 1874, en que nombrado su esposo cónsul de la República en Hamburgo, tuvo que abandonar el país. Sin detenernos en pormenores que pueden verse en el Estudio, observarémos únicamente que la vida de la Sra. Prieto ofrece un conjunto dulce y tranquilo, aunque no exento de amargos dolores. La pérdida de su respetable padre y de su hija Blanca, así como la ausencia de su familia y del país que amaba con ese cariño profundísimo de que sólo son capaces corazones excep-

cionalmente tiernos y apasionados, hicieron derramar á la Sra. Prieto abundantes lágrimas, sin que por eso se debilitara la energía de su carácter, de un temple sin igual para la resignacion y el sufrimiento. En suma, podemos decir con entera verdad que en la Sra. Prieto habia una cosa superior á sus talentos poéticos, y era el tesoro de sólidas virtudes que constituian el fondo de su carácter, y que harán siempre cara su memoria á todos los que tuvimos la honra de conocerla y tratarla.

II

Entre los autores por los que tuvo especial predileccion la Sra. Prieto, debemos mencionar, en primer lugar, á Calderon de la Barca, una de cuyas comedias fué lo último que leyó poco ántes de perder el conocimiento. La elevacion de sentimientos, la pureza de costumbres, el númen gigantesco del eminente dramaturgo español, no podian ménos de encontrar profunda simpatía en el alma de nuestra poetisa. En varias de sus composiciones se nota la influencia calderoniana; como prueba de ello citarémos la siguiente escena de *Soñar despierto ó la Maga de Ayodoric:*

ISABEL.— ¡Fernan!
FERNAN.— ¡Isabel!
ISABEL.— ¿Qué tienes?
FERNAN.— ¿La imaginacion me engaña?
¿Esta es la humilde cabaña
Objeto de mis desdenes?
¿De la suerte los vaivenes
Me arrojan de nuevo aquí?
¡Isabel!...¿Eres tú?...Dí,

Habla, que me vuelvo loco...
Dicha que aprecié tan poco
¿Vuelve cariñosa á mí?
ISABEL.— ¿Qué dices, Fernan?
FERNAN.— No sé
Si estoy despierto ó soñando...
¡Vuelvo á verte!...¿Cómo ó cuándo
Ingrato te abandoné?
ISABEL.— No te comprendo...
FERNAN.— ¡Soñé!
¿Dónde estabas, vida mia,
Que á mi pesadilla impía
Con tu voz no me arrancabas?
Isabel, ¿en dónde estabas,
Que tanto el ama sufria?
ISABEL.— Recorriendo el verde prado,
Donde, con amante empeño,
Para tí, mi amado dueño,
Un ramillete he formado.
Mira, al clavel encarnado,
Emblema de ardiente amor,
He unido esta dulce flor,
Que te pide un pensamiento
Con el armonioso acento
De su aroma embriagador.
Junto á la humilde corola
De la tímida violeta,
Que mi esperanza interpreta,
—Pero mi esperanza sola,—
Se ve la roja amapola,
Y el heliotropio constante
Que viene á ofrecerte amante
De mi amor el juramento,
De su perfumado aliento
En el incienso fragante.
Ven; bello el sol aparece

Sobre la verde colina;
De la arboleda vecina
Lenta la sombra decrece;
La brisa las flores mece
Con soplo acariciador...
Y ese apacible rumor,
De ese sol la lumbre pura,
Y el arroyo que murmura,
Te hablan, Fernan, de mi amor.
Pero toda la armonía
De ese canto del Eden,
No puede expresarte bien
Lo que siente el alma mia:
Ni la verde selva umbría,
Ni del sol el rayo de oro,
Ni del alba el dulce lloro,
Ni el suspiro de la brisa,
Ni del cielo la sonrisa
Te dirán cuánto te adoro.
Porque tú eres de mi vida
Dicha, esperanza y consuelo;
Porque en tus ojos el cielo
Halla el alma embebecida;
Porque cual la hiedra, asida
Del olmo al apoyo fuerte,
Si un dia, ingrata la suerte,
De tu lado me arrancara,
A morir me condenara,
Que fuera morir no verte.

FERNAN.— ¡Angel!...Déjame escucharte,
Que al querer interrumpirte,
No puede el lábio decirte
Lo que siento al contemplarte...
¡Ay! debió ser adorarte
Mi única y sola ambicion...
Tu mano en mi pecho pon

Que ardiente emocion agita...
¿No sientes cómo palpita
De dicha mi corazon?
¿Qué sentirá el peregrino,
Que sin tregua ni reposo,
Por un sendero penoso
Va marchando de contino,
Si á un recodo del camino
Ve al fin una luz brillar,
Que del reposo el lugar
Le muestra clara y radiante?...
Yo soy el viajero errante
Que vuelve á su dulce hogar.
El preso que sepultadó
En honda mazmorra oscura,
De libertad y ventura
Vive igualmente privado,
Viéndose al fin recobrado,
¿Podrá creer realidad
Su inmensa felicidad,
De su gozo en el exceso?
Pues yo soy, mi bien, el preso
Que vuelve á la libertad.

El náufrago que luchando
En la mar embravecida,
Está angustiado su vida
A las olas disputando;
¿Qué sentirâ, si logrando
De su enemigo triunfar,
El puerto llega á alcanzar,
Salvo de un peligro cierto?...
Náufrago soy que, del puerto,
Mira la furia del mar.
El ciego de su ceguera
En la triste noche hundido,
Que con doliente gemido

Lamenta su pena fiera;
Si un dia por dicha viera,
¡Cómo el mundo admiraria!
¡Cómo le deslumbraria
Del sol el radiante fuego!...
Pues yo soy, mi bien, el ciego
Que ve al fin la luz del dia.
Porque al fin me encuentro aquí,
Y te estrecho entre mis brazos,
Reanudando aquestos lazos
Que destrozados creí.
Porque tú eres para mí
El hogar, la libertad,
El puerto, la claridad,
El bien de mi vida entera...
¡Porque eres mi verdadera,
Mi única felicidad!

Obras poéticas de Isabel Prieto de Landázuri.

EN UN ALBUM.

SONETO.

¡Ay! pobre flor, que la purpúrea frente
Levantabas ayer fresca y lozana,
A saludar el rayo refulgente
De la primera luz de la mañana.

De un sol abrasador el fuego ardiente
Tu cáliz marchitó, con furia insana;
Hoy se inclina en su tallo tristemente
La que ayer se ostentaba tan galana.

Imágen de los sueños de ventura,
Que nos halagan en la edad primera,
Viviste un dia, encantadora y pura:

¡Ay! cuando brama la tormenta fiera
Pierden la flor y el sueño su hermosura,
Deliciosa á la par que pasajera.

1860.

A LA SOCIEDAD DE BELLAS ARTES
DE GUADALAJARA.

¡Honor y gloria al genio! Reverente,
Ante su augusta faz la frente inclino:
Almo destello del poder divino,
Chispa de la grandeza del Creador.
Al contemplar sus nobles concepciones
Acelerado el corazon palpita;
Entusiasmo viváz el alma agita....
¡Glo ria al genio y honor!

¡Cuán grande es el artista! ¡Cuánta dicha,
Debe llenar su mente enagenada,
Cuando de inspiracion arrebatada,
Osa hasta el cielo la mirada alzar;
Y elegido de Dios que ha derramado
Sobre su frente la celeste llama,
Animado del fuego que le inflama,
Logra, como El, crear!

¿Qué importa, que de amargos desengaños
Halle siempre sembrado su camino,
Y que en lucha cruel con el destino
Le destroce la angustia el corazon,
Si dulce alivio al rudo sufrimiento
Que emponzoña las horas de su vida,
Bálsamo celestial á su honda herida
Halla en su inspiracion?

A esa potente voz el alma absorta
Desplegando las alas tiende el vuelo,
Y elevándose rápida hácia el cielo
Huye de un mundo de perenne afan,
Y aunque aquí brame airada la tormenta
Desatando furiosa sus horrores,
Sabe que allí sus rayos matadores
Herirla no podrán.

Nobles hijos del arte, vuestra mente,
De inspiracion abrasa el sacro aliento,
Obedeced á su imperioso acento
Que á la inmortalidad os llevará.
Eterna fama y gloria verdadera
El pecho juvenil hoy ambiciona,
Y de gloria brillante una corona
Vuestra sien ornará.

Hoy nuestra patria que angustiada gime,
Por sufrimientos mil despedazada,
Se levanta un instante y extasiada
A los hijos contempla de su amor.
Secando el llanto que sus ojos nubla,
Gozosa al escuchar vuestros loores,
Os repite olvidando sus dolores.
¡Gloria al genio y honor!

A UN CONVENTO.

¿Qué hay mas allá de la pared sombría,
De ese edificio triste y majestuoso?
¿Gozará el corazon dulce reposo,
O aun allí la inquietud le seguirá?
¿Se halla tranquila y satisfecha el alma,
Tras la barrera de su espesa reja,
O de un rebelde corazon la queja
Su sepulcral silencio turbará?

La casta vírgen que hasta el cielo eleva
Su oracion fervorosa é inocente,
¿No anhelará con inquietud ardiente
Mas allá del convento y del altar?
¿Mueren allí las esperanzas todas
Y esta sed insaciable de ventura?
¿Pensando solo en Dios el alma pura
Nada en el claustro llega á desear?

Envidio á veces la apacible calma
Que se debe gozar en un convento;
Me parece que allí no hay sufrimiento,
Que se ingnora el amargo padecer;
Pero tiemblo al pensar que el alma tierna,
Que en su recinto misterioso habita,

Ni de esperanza ni placer palpita,
Porque no hay ni esperanza ni placer.

Habrá tras su triste reja
Más de un corazon llagado,
Del mundo desengañado,
Que allí un asilo encontró;
Y más de un alma inocente,
Sencilla, vírgen y pura,
Que encontró la desventura
Donde la dicha buscó.

Que no pueden ser dichosas
En su soledad sombría,
Sin goces, sin alegría,
Sin placer, sin ilusion....
Mas tal vez en esa tumba,
Do reina tan triste calma,
Si dicha no goza el alma,
No padece el corazon.

Tal vez al pasar resueltas,
Del convento los umbrales,
Dejan tras ellas los males
Que allí no pueden llegar;
Y al ceñir la casta frente,
Con la toca y con el velo,
Pensando sólo en el cielo
Llegan el mundo á olvidar,

Tal vez cuando están postradas
Ante el altar sacrosanto,
Se calma el triste quebranto
Del herido corazon;
Y al elevar fervorosas,
Sus plegarias hasta el cielo,

El bálsamo del consuelo
Les preste la religion.

Tal vez llegará algun dia,
En que al mundo indiferente,
Incline humilde mi frente
Bajo el velo virginal;
Y sabré al fin lo que encierra
Esa alta pared sombría,
Que un tiempo me estremecía
Con su aspecto sepulcral.

1849.

EN UN ALBUM.

Tú que apénas entrando en la existencia,
No conoces sus crudos sinsabores,
Tú que una senda de fragantes flores
Pisas graciosa con ligero pié;
¿Por qué en tu corazon que solo debe
Palpitar de placer y de esperanza,
Encierras esa atroz desconfianza,
Que así marchita tu ilusion, tu fe?

Dudas, mujer, cuando á vivir empiezas,
Cuando en tu corazon vírgen, sereno,
Una gota tan solo de veneno
No ha podido la vída derramar....
¡Eres tan niña! Esa importuna sombra
Entre ilusiones plácidas olvida;
En la risueña aurora de la vida
Sólo dicha y placer debes soñar.

1857.

A MÍ PRIMA T.

No quiero ya de tus rosados labios
Escuchar ni un momento, prima mía,
Esas palabras que serena y fría,
Te atreves sin temor á pronunciar.
No quiero figurarme un solo instante
Que al fin cediendo á tu dolor profundo,
Dando una eterna despedida al mundo,
Nos quieras para siempre abandonar,

Cuando apoyando tu abatida frente
Sobre mi corazon que te ama tanto,
Tu cruel angustia, tu mortal quebranto
Llorabas reclinada sobre mi;
Cada una de las lágrimas ardientes
Que por tu rostro pálido corria,
Triste mi corazon las recogía,
Y tu dolor y mi dolor sentí,

Y tú ¿es posible que negando ingrata,
De tantos corazones la ternura,
Tu vida encierres tan hermosa y pura
Tras la triste pared de un hospital?
¡Oh! cállate por Dios, que cuando escucho
Tan crueles palabras de tu boca,

Veo ceñida tu frente con la toca
Y cubierto tu cuerpo del sayal.

Tú que pretendes olvidar un mundo,
Donde hay solo tormentos y dolores,
¿Crees tal vez que de brillantes flores
Se cubrirá esa senda para tí?
¿Qué sabes tu si un sufrimiento amargo
Hasta el pié del altar te seguiría?
¿Qué sabes lo que tu alma sentiría?
¿Qué sabes ¡ay! lo que te espera allí?

A una poetisa.

¡Oh! no vuelvas á decir
Que no puede seco y frío,
Devorado del hastío,
Tu triste pecho latir.

No digas que tu alma yerta
Ñi á soñar la dicha alcanza;
Ño digas que tu esperanza
Está para siempre muerta.

¿Has sufrido? ¡Ay! Es la historia
De toda alma que ama y siente....
¿Quién no conserva inclemente,
De dolor una memoria?

¿Has entrado en la existencia,
Soñando amor y ventura,
Guiada por la luz pura
De tu cándida creencia?

¿Has visto un Eden de flores
Do reposar descuidada,
Lánguidamente arrullada
Por dulces cantos de amores?

¿Has visto de una ilusion
El resplandor peregrino,
Iluminar tu camino
Y embriagar tu corazon;

Y cuando más extasiada
En tus sueños te mecías,
Y la existencia veías
Fácil, risueña, encantada,

Un espantoso dolor
Oscureciendo tu vida
Te despertó estremecida
De tus ensueños de amor?

¿A la luz amarillenta
De la realidad helada,
De tu alma despedazada
Viste la herida sangrienta;

Y del fantasma ideal
Que era tu dicha, tu todo,
Te hizo descubrir el lodo
Su reflejo funeral?

Poetisa, ¡esta es la historia
Cuyo recuerdo sombrío
Te hace mirar con desvío
Una dicha transitoria!

¿Por eso siempre oprimida
De amarga desconfianza,
Quieres dar á la esperanza
La postrera despedida?

¡Oh! nó, no debes creer
En tu dolor, que en la tierra
Ya para ti no se encierra
Ni la sombra de un placer.

¿Un dulce goce no siente
Tu agitado corazon,
Al venir la inspiracion
A abrasar tu inquieta mente?

¿Debes acaso llamar
Desdichado tu destino,
Si aun puedes en tu camino
Algun dolor consolar?

El alma que el desconsuelo
En el triste mundo ha herido;
El alma que ha padecido
Se alza, poetisa, al cielo.

De la inspiracion que llena,
Que alienta, que satisface,
El dulce talisman hace
Que alivie su aguda pena;

Y del llanto abrasador
Que brota de su honda herida,
Hace el bálsamo de vida
Para el ageno dolor.

¿Crees que pueda morir
Del hastío el corazon,
A quien tan dulce mision
Le fuera dado cumplir?

1861.

A MI PRIMA M.

Tú me pediste una cancion un dia,
A un capullo bellísimo de rosa,
Flor delicada, diáfana y graciosa
Que exhalaba un aroma embriagador.
Hoy te ofrezco otra flor: la tuya ha muerto,
¡Fué como tantas otras, flor de un dia!
Y en vez de un canto de placer, María,
Un suspiro te ofrezco de dolor.

Aunque es la flor tan frágil y tan bella
Como las esperanzas de este mundo,
Hoy expresion de tu dolor profundo
A un tiempo dos sepulcros ornará;
Y la sincera lágrima de angustia,
Que resbala en sus hojas silenciosa,
En el divino cáliz de la rosa
La muda voz de ese dolor será

A una santa memoria consagrada,
Mensajera de luto y de tristeza
Su fugaz y magnífica belleza
Irá sobre dos tumbas á morir.
Ella está bien sobre su losa helada,
Sólo allí debe reclinar su frente,
Esa mision tan tierna y tan doliente
No la juzgues indigna de cumplir.

¡Cuántas veces la brisa perfumada,
Que graciosa en su tallo la mecía,
Hondos suspiros de dolor venía
En torno del rosal á murmurar!
Esas hermosas, delicadas flores,
Que al abrirse una tumba se entreabrieron
¡Cuántas veces mis lágrimas sintieron
Sus encendidas hojas empapar!

A LA SEÑORITA

DOLORES GUERRERO.

CONTESTACION.

Si loca niña, de ilusion cercada,
Al entrar en la senda de la vida,
Quise cantar una ilusion perdida
Por ensayar un canto de dolor;
No desolada y abatida el alma
De un desengaño víctima gemía;
En esa edad de paz y de alegría
¿Pudiera haber probado su rigor?

No se por qué del corazon tranquilo,
Que dichas y esperanzas encerraba,
Un canto de tristeza se exhalaba
Que el desengaño atroz quiso pintar.
No sé por qué; tal vez expresar quise
Lo que ese pobre corazon sintiera,
Si esa vida tan dulce destruyera
El venenoso aliento del pesar.

Sólo la niña loca é indolente,
Que ni aun sombra de pena conocía,

Pudo miéntras dichosa sonreía,
Expresar un dolor que no sintió.
Si la hiel de ese amargo desengaño
Su corazon hubiera desgarrado,
Habría entre sus lábios sofocado
Las angustias terribles que cantó.

No creas, nó, que el corazon que oprime
La férrea mano del dolor impío,
Pueda ante el mundo indiferente y frío
Lamentar su espantoso padecer;
Si un pesar inplacable nos abruma,
Si lágrimas de sangre el alma llora,
Orgullosa ante el mundo las devora
Y finge una sonrisa de placer.

Tú, cuya voz tan pura y melodiosa,
Sabe expresar la dicha y la alegría,
No cantes el dolor, amiga mía,
Canta ilusion, amor, felicidad.
No pintes el amargo desaliento
Que el delirante corazon devora,
Cuando despierta en desdichada hora
A una dura, inclemente realidad.

Sienta mejor á tu armonioso acento,
Cantar los sueños de la mente inquieta,
Que arrebatan el alma del poeta
A esas regiones de ventura y luz.
Cantas con fuego del amor la dicha;
De la esperanza las fragantes flores,
Y es mas hermosa la ilusion, Dolores,
Pura, radiante, cual la cantas tú.

Atrevida y ardiente fantasía,
Que huyendo un mundo de tristeza y duelo,
Buscas bien léjos del mezquino suelo,
De inspiracion celeste manantial.

Y osaste concebir que era posible
Aspirar á la gloria refulgente:
Tú sí colocarás sobre tu frente
Su corona radiosa é inmortal.

No yo; ¡triste de mi! Si la anhelara
Anhelo inútil para mí sería....
Pero nunca la paz del alma mia
Turbará un solo instante esa ambicion.
Si el sufrimiento nos desgarra el alma
¿Calmará ese esplendor nuestra amargura?
¿Derramará una gota de ventura
Sobre el despedazado corazon?

Esa corona de esplendente gloria
Que tan bien sienta sobre altiva frente,
Ennoblece y eleva el alma ardiente
Que sabe sus encantos comprender.
Yo tengo miedo á su esplendor divino;
Temo el amor que el corazon embriaga;
Temo la dicha que un momento halaga
Para hacernos cruelmente padecer.

El alma que juzgabas arrogante,
Capaz de conquistar una diadema,
A quien gloria inmortal dabas por lema
Teme cobarde el dardo del pesar.
No quiero ni ilusiones ni recuerdos
¡Turban crueles la quietud del alma!
Anhelo paz, tranquilidad y calma
Que ninguna emocion venga á turbar.

MELANCOLIA.

Ya puesto el sol tras de rosadas nubes
Dorando el cielo con reflejo ardiente,
Sube una niebla vaga y trasparente
El firmamento límpido á cubrir.
Las copas de los árboles se agitan
Blandamente mecidas por el viento,
Que finge melancólico lamento,
Viniendo entre sus hojas á morir.

Tras el diáfano velo de la niebla,
Que penetran sus rayos dulcemente,
La luna alzando pálida su frente
Blanca derrama su serena luz.
La dulce brillantez de las estrellas,
Se mezcla al tíbio rayo de la luna;
Huye al léjos la nube que importuna
Envolverlas pudiera en su capuz.

Son horas dulces en que al alma llena
Una tristeza vaga é infinita,
En que un recuerdo el corazon agita,
En que se goza y se padece àl par.
Las memorias queridas del pasado
Hondas penas del alma dolorida,
Sueños dulces de dicha ya perdida,
Se complace la mente en evocar.

Cual pálidos fantasmas fugitivos
Ante la vista deslumbrada pasan,
Y el corazon con su reflejo abrasan
Trayéndole un dolor y una ilusion.
Una por una dulces ó punzantes,
Sombras ¡ay! de un pasado que no existe,
En esta hora tan solemne y triste
Agitan el dormido corazon.

El peregrino, plateado rayo
Que brilla entre el ramaje dulcemente;
Este apacible y perfumado ambiente;
El delicioso aroma de esta flor;
Traen gratos recuerdos de la infancia
De candor, de contento, de pureza,
Memorias de ilusion y de tristeza,
Recuerdos de esperanza y de dolor.

En vano es ¡ay! que al corazon se diga:
"No vuelvas á latir, reposa inerte;
Duerme el helado sueño de la muerte,
No vuelvas á gozar ni á padecer."
Si el soplo ardiente de memorias dulces
A remover esa ceniza alcanza,
Un dolor, un recuerdo, una esperanza,
Le hacen bajo el sudario estremecer.

Si un recuerdo del pasado
Sea de pena ó alegría,
Al corazon lastimado
Despierta del sueño helado
En que por su bien dormía;

Cuando loco el corazon
Anhela en ensueño ardiente,
Esperanza é ilusion,
De sí mismo compasion
No tiene nécio y demente.!

Se debe todo olvidar:
¡Es ton gran bien el olvido!
Y recuerdos de pesar
Del corazon dolorido
Con mano firme arrancar.

Arrancar con mano impía,
Todo recuerdo de amor,
De esperanza ó de alegría,
Que al alma bañara un dia
Con divino resplandor.

¿Qué importa que á los destellos
De una pasada ilusion,
Se encuentren dulces y bellos?
¿Qué importa arrancar con ellos,
Pedazos del corazon?

¿Qué importa, sí, que angustiada,
Llore el alma en su dolor,
Al contemplar desolada,
Para siempre deshojada
De su esperanza la flor?

¿Qué importa? Si de llegar
Al olvido es un camino,
Debe el corazon luchar,
Y en guerra cno el destino
Despedazarse ó triunfar.

A MI PRIMO

PEDRO LANDAZURRI. *

Quieres que cante, que atrevida intente
Alzar la voz que desolada y mustia,
En negras horas de indecible angustia,
El alma lastimada sofocó.
El corazon herido y orgulloso,
Que un infernal tormento padecía,
Por no exhalar un grito de agonía
Quejas y cantos sin piedad ahogó.

Hizo bien en verdad; hay en la vida
Secretos de dolor hondo y profundo,
Que nunca debe penetrar el mundo
Porque nunca los puede comprender.
Vale mas para el alma dolorida
Cubrir con risa su mortal quebranto,
Aunque la hiel de sofocado llanto
Vuelva en sus hondas llagas á caer.

¿Qué cantar puede el corazon que llora
Muerta su fé, marchita su esperanza,
Que ya ni dicha ni consuelo alcanza
Que un dolor implacable destrozó?

* Esposo que fué de la Sra. Prieto.

¿Qué cantar puede el alma degarrada;
Que el cáliz apurando de amargura,
Su santa abnegacion, su fe tan pura,
Desconocidas, profanadas vió?

Si esa angustia terrible no se canta;
Si ya esperanza el corazon no siente;
Si ya no sueña la exaltada mente;
Si no espera ni goces ni ilusion;
¿No es perdonable el corazon herido,
Que en cenizas sus sueños contemplando,
Rompe la lira, en su dolor clamando:
En dónde encontrar ya la inspiracion?

¡Ingrato y débil corazon, que hundido
En su amargo dolor, inconsecuente,
De puros goces la bendita fuente
Seca, agotada por su mal creyó!
Cuando entregado á su tenaz tormento
Consuelos y esperanzas no buscaba,
Cuando triste, abatido sollozaba,
La dulce voz de la amistad oyó.

Santa amistad que cariñosa y pura,
Bálsamo derramando en mis dolores,
De nuevo hiciste perfumadas flores
En mi marchito corazon brotar.
Quieres que cante, y á tu tierno ruego
Suena de nuevo mi olvidada lira;
Si un sentimiento celestial me inspira,
¿No será dulce para mí cantar?

Estas débiles notas, primo mio,
Tibia expresion de un hondo sentimiento,
Deben hallar en su sincero acento
Un eco en tu afectuoso corazon.

Si hoy como nunca en la amistad creyendo
Confiada en su seno me reclino,
De santa inspiracion soplo divino
Alentará mi lánguida cancion.

Si dos almas son hermanas
Por su tierna simpatía,
Lo es la tuya de la mía
Pues lo que sientes sentí.
Tuyo era mi pensamiento
Cuando tú en Isa pensabas;
Cuando para mí cantabas
Yo cantaba para tí.

Yo sé bien que si de angustia
Cubre una nube mi frente,
Tu alma conmovida siente
Mi dolorosa emocion.
Si las penas despedazan
Tu corazon afligido,
Lo conozco en el latido
De mi inquieto corazon.

Dices que feliz serías
Si en mi profunda tristura,
Mis lágrimas de amargura
Te fuera dado enjugar:
¿No has consolado mis penas?
¿No has calmado mi quebranto?
¿Olvidas el dulce llanto,
Que me has hecho derramar?

No lo olvides: tú no sabes
Que hubo un rápido momento,

En que su agudo tormento
El corazon olvidó.
Al mecerlo dulcemente
Con las notas de tu canto,
Al mirar correr su llanto
No sabes lo que gozó.

En esas noches puras y serenas
De blanca luna y trasparente cielo,
¡Cuántos dulces momentos de consuelo
A tu cariño y tu amistad debí!
Yo no puedo expresarte con palabras
La profunda emocion del alma mía,
La dulce y celestial melancolía
Con que inundado el corazon sentí.

¡Hermosas noches! Azulado el cielo,
Salpicado de estrellas centellaba,
Misteriosa la luna derramaba
Su apacible y sereno resplandor;
Tristemente los árboles gemían,
La fresca brisa con aliento blando
Las amarillas hojas arrastrando,
Formaba meláncolico rumor.

Los altos fresnos, que con sombra oscura,
Al parecer el cielo recortaban,
Las graciosas columnas semejaban
De un inmenso estrellado pabellon.
Alzando altivo la desnuda frente,
Sin verde yerba ni arboleda umbría,
A lo léjos el cerro se veía
Como negra, fantástica vision.

Y en esas horas de bendita calma,
Al apacible murmurar del viento,

Mezclaba melancólico tu acento
Las notas de tristísimo cantar.
Bajo la dulce influencia de la noche
Esa voz escuchando conmovida,
Una emocion profunda, recogida,
Hizo tierna mi seno palpitar.

Era un goce tan triste y delicioso
Como ese rayo que alumbró mi frente,
Como el murmullo lánguido y doliente
Que dulce acompañaba tu cancion.
Inclinando la frente sobre el pecho,
Embelesada en indecible encanto
Dejé correr con libertad el llanto
Que aliviaba, al brotar, mi corazon.

Yo sé tambien que en horas de tristeza
En que el dolor tu pecho desgarraba,
La voz de la amistad dulce calmaba
Tu terrible y amargo padecer.
No digas ya que solitario vagas
Cual hoja seca que arrebata el viento,
Si nadie ha comprendido tu tormento,
Yo supe tu tormento comprender.

Si alguna vez ausente y venturoso,
De nuevo habitas extranjero suelo,
No olvides nunca el celestial consuelo
Que diera la amistad al corazon.
Yo siempre al contemplar la blanca luna
Brillando en el sereno firmamento,
Creeré que en sus alas manso el viento
Trae el eco fugaz de tu cancion.

AL MISMO.

¡Si pudiera expresarse con palabras
Esta emocion tan viva y tan ardiente;
Si lo que el alma conmovida siente
Se pudiera explicar!
¡Si esta impresion de goce delicioso,
Que en este instante al corazon agita,
Si esta tristeza dulce é infinita
Se pudiera pintar!

Pero ¿cómo lograra el tibio acento
Expresar nunca lo que el alma encierra,
Cuando se alza un instante de la tierra
A más pura region;
Sea que perdida en sueños delirantes,
Olvide hasta la sombra del tormento,
O que un dulce, divino sentimiento
Inunde el corazon?

¿Se pinta acaso el celestial perfume,
Que se exhala del cáliz de la rosa,
Cuando la brisa tibia y amorosa
Murmura en derredor?
¿Se pinta ese murmullo de la brisa
Que un acento de amor y dicha miente,
Al jugar en las hojas blandamente
De la luna al fulgor?

La profunda emocion que el alma llena,
Es dulce, melancólica y calmada,
Como la noche tibia y perfumada
Que me la hace sentir:
Olvidando una tierra de dolores,
Elevando hasta el cielo el pensamiento,
Le dice al corazon secreto acento
Que es muy dulce vivir.

¡Oh! sí; hay tiernas, profundas impresiones
Que no puede expresar el labio frío;
Tú lo sabes tambien, amigo mío,
Lo sientes como yo.
Recuerda á *Raphaël,* cuando extasiados,
Conmovidos los dos con su lectura,
Una emocion tan deliciosa y pura
Al alma enagenó.

Las páginas divinas de ese libro,
Impregnadas de amor y de tristeza,
Al corazon que admira su belleza
¡Cuanto han hecho gozar!
¡Cómo pudo en palabras encerrarse
Tan deliciosa y lánguida armonía,
Expresion de un amor que no debía
Ni áun la muerte apagar!

Suave nota de música celeste,
Que en el alma dulcísima resuena,
Que en noche melancólica y serena
El corazon oyó.
Aroma de una flor, en cuyo cáliz,
Al llorar de los hombres el quebranto,
Una gota preciosa de su llanto
Un ángel colocó.

Llenaba esa lectura deliciosa
De un goce puro al alma embelesada;

Sentí correr mi llanto, y tu mirada
Vi húmeda brillar;
Y no hubo una palabra, ni una sola,
Que intentara expresar lo que sentian,
Nuestros dos corazones que latían
Conmovidos al par.

¡Dulces horas! ¿Volverán?
¿De la vida en la amargura,
Esas horas de ventura
La existencia inundarán
De nuevo con su luz pura?

¡Quién sabe! Si en un momento
Todo se pasa y se olvida;
Si el goce y el sufrimiento
Arrastra en curso violento,
La corriente de la vida;

Esa dicha pasará,
Como una sombra ilusoria,
Que en alas del viento va;
Y sólo dulce memoria
El alma conservará.

Pero es dulce recordar;
Como un tesoro guardar
Recuerdo grato y querido,
Sin que se atreva el olvido
Su puro brillo á empañar.

Que en las horas de dolor
En que gime el alma herida,
Un recuerdo encantador

Es blanca y preciosa flor,
Que adorna la triste vida.

El recuerdo divino de esas horas,
En que una dicha tan serena y pura,
Sin sombra de inquietud ni de amargura,
El conmovido corazon llenó;
Vivirá eternamente en mi memoria,
Siempre tan fresco, perfumado y bello,
Reemplazando su mágico destello
La ventura que el alma iluminó.

Era una dicha sosegada y dulce,
Cual la sintió mi corazon un día,
Cuando tu voz su pena adormecía
Con tierna y meláncolica cancion;
Cuando un goce sereno, indefinible,
Penetrando en el alma con tu acento,
Calmaba poco á poco el sufrimiento
Del mustio y desolado corazon.

¡Óh! sí, tú has consolado mis dolores,
Cicatrizando mi profunda herida;
Has logrado del alma dolorida
Las muertas ilusiones reanimar;
Has enjugado el llanto de amargura,
Que triste en otro tiempo derramaba,
Y al corazon que muerto se juzgaba,
Has hecho de esperanza palpitar.

Es tan viva y profunda mi ternura
Como dulce el consuelo que me diste,

Tú, que la pena comprender supiste,
Que torturaba al corazon así....
¿No te expreso mejor mis sentimientos
Que en las débiles notas de mi canto,
Cuando mis ojos húmedos en llanto
Fijo un instante conmovida en tí?

AL MISMO.

Un tiempo fué que el alma destrozada,
Por amargos recuerdos perseguida,
Sangre brotando de su abierta herida
Muerta para la dicha se creyó:
A su inmensa tristeza resignada,
Sin tratar de luchar con sus dolores,
De su esperanza las hermosas flores
Con ojos secos deshojadas vió.

La divina influencia de tu afecto
El abatido corazon llenando,
Le hizo, su angustia y su dolor calmando,
A una dulce esperanza renacer.
Envolviendo en un velo de ternura
La memoria fatal de su quebranto,
Borra las huellas del pasado llanto,
Hoy que viene su llanto á recoger.

¿Te acuerdas? Era una hora deliciosa;
Los resplandores últimos del dia
Mezclaba aún la tarde que moría,
De la noche á la vaga claridad.
En el tierno, indeciso azul del cielo
Las estrellas brotaban una á una,
Y levantaba pálida la luna
Su misteriosa y tímida beldad.

Tu cerrabas el libro conmovido
De la viva emocion que me agitaba;
Yo en los bancos mi frente reclinaba,
Sintiendo palpitar mi corazon;
Y allá al lejos, en medio del silencio,
Se alzaba del pequeño campanario
El toque triste y grave del rosario,
Llamando lentamente á la oracion.

Horas llenas de encanto y de tristeza,
Suaves como el suspiro de la brisa,
Serenas como la última sonrisa
Del sol que se hunde en nubes de coral;
Dulces como ese rayo trasparente,
Que en los desnudos árboles resbala,
Como el aroma que la flor exhala
Mecida por la brisa matinal.

Esa pálida luna misteriosa,
Que entre un velo de gasa trasparente,
Su tibia luz derrama refulgente
Y hace las hojas secas centellar;
El reflejo apacible de esa estrella,
Que en el velado azul del limpio cielo,
Cual blanca mensajera de consuelo
Se ve con dulce resplandor brillar;

Esa brisa que agita los naranjos,
Y azotando por ráfagas mi frente,
Parece despejarla blandamente
De las nubes de duda y de dolor:
Del azahar el penetrante aroma
Por ese blando soplo arrebatado,
De la rosa el perfume delicado,
De las hojas marchitas el rumor;

Causan á mi alma una impresion profunda,
Melancólica, tierna, recogida;

El triste corazon siente la vida,
La esperanza en su seno penetrar;
  Es que encierran el mágico recuerdo
De aquellas horas dulces y serenas,
En que tu voz adormeció las penas,
Que supo tu ternura consolar.

  Recuerdo de una dicha indefinible
De las horas mas bellas de mi vida,
De esa amistad dulcísima nacida
Al borde de un abismo de dolor:
  Flor que colma con su divino aroma
Del corazon marchito la tortura;
Suave rayo de paz y de ventura
Que bañó el alma en celestial fulgor.

  Ese cariño que endólza mi vida,
Siempre en el alma vivirá grabado;
Ni dicha ni dolor desesperado
Arrancarle podrán nunca de mí...
  Al dejar este mundo de dolores,
Por un mundo de paz y bienandanza,
Este rayo de amor y de esperanza,
Irá conmigo á embelesarme allí.

EN UN CUMPLEAÑOS

Si mi cabeza estuviera
En mejor disposicion,
No *acrósticos* ni cancion,
Hasta un poema te hiciera.

Para celebrar tu dia
Sin buscar cual hoy excusa,
Los favores de mi musa
De rodillas pediría;

Y la haria descender
Del Parnaso á viva fuerza,
Si en el mundo algo hay que tuerza
El desden de una mujer.

Pero por desgracia mía
Mi musa está desdeñosa,
Y yo pienso en otra cosa
Distinta de poesía.

Y no me atrevo á elevar
Con entusiasmo mi acento
Por temor de que el aliento
Me falte ántes de acabar;

O que el rigor desolante
De mi perverso destino,
Me plante á medio camino
Por falta de un consonante.

Dejemos la poesía,
Pues con tal rigor me ve,
Que no es menester á fe
Para celebrar tu día.

Que al decir seas dichosa
El alma de afecto llena,
Tan dulce á tu oido suena
Dicho en verso como en prosa.

Y si he de dar mi opinion,
Juzgo cosa muy molesta,
Esos....sermones de fiesta
En el mismo cartabon;

Que para alivio de males
Todos en gratos loores
Cantan dicha, estrellas, flores,
Luz, gozo....¡y todos iguales!

No pidas, pues, versos ya,
Que si han de salir perversos
Tanto vale no hacer versos,
Tiempo y papel se ahorrará;

Que no me atrevo á intentar
Aunque es una verdad pura,

Que aquel que no se aventura
No pasa nunca la mar.

No pongas la lira mía
En tan terrible embarazo......
¿Quieres un estrecho abrazo,
En vez de la poesía?

EN SAN ESTEBAN.*

Es un cielo de azul limpio y sereno,
Salpicado de nubes trasparentes,
Que los rayos del sol vivos y ardientes
Logran con velo diáfano templar.
Sopla una brisa fresca y perfumada
Con el aroma de silvestres flores,
Y esos acres, vivísimos olores,
Que es tan grato en el campo respirar.

Erguidos cerros de variadas formas,
El horizonte límpido cerrando,
Sus azuladas tintas van mezclando
Del firmamento al trasparente azul.
Si al apartar el diáfano celaje
El sol su ardiente resplandor derrama,
Los cubre un velo de flotante llama,
Rojo, brillante, luminoso tul.

A la derecha en gigantesca masa,
Alzándose severa é imponente,
Hasta los cielos su soberbia frente
Eleva una montaña colosal.
Sus picos mil de caprichosas formas
Y de un blanco azulado, allá á lo léjos

* Pueblecillo al Norte de Guadalajara.

Se ven brillar del sol á los reflejos,
Como trozos de nieve ó de cristal.

En esa seca é infecunda roca,
Que sólo un árbol en su cima lleva,
No hay una yerba que á brotar se atreva,
No hay flor que quiera en su aridez crecer:
No se ve nunca entre sus grietas hondas.
Para adornar la descarnada piedra,
La flor salvaje ni la humilde yedra
Sus cariñosos brazos extender.

Y al mismo pié de ese árido peñasco'
Que ostenta altivo su pelada frente,
Un arroyo murmura dulcemente
Un valle ameno y fértil al regar.
Allí el guayabo gigantesco extiende
Sus verdes ramas, cuya tinta oscura,
Con la caña de pálida verdura
En contraste feliz se va á mezclar.

Allí levanta su copuda cima
De hojas brillantes el naranjo eterno,
Que en medio á los rigores del invierno
Conserva su frescura y su verdor:
Emblema, imágen fiel de la esperanza,
Que en las horas amargas de la vida,
Abriga siempre el alma sacudida
Por el viento impetuoso del dolor.

Entre sus verdes hojas de esmeralda
Que aun humedece de la aurora el lloro,
Se ven sus frutos de corteza de oro
A los rayos del sol reverberar.
Junto á él mecido por el manso viento
El fresno altivo la cabeza inclina,
Y el áspero nopal de aguda espina
Con su espeso ramaje va á tocar.

A la orilla del límpido arroyuelo,
Cuya agua fresca, trasparente y pura,
Una nota de amor blanda murmura
Corriendo sobre guijas de cristal,
Brota la yedra de azuladas flores,
La alfombrilla de púrpura graciosa,
El tierno girasol color de rosa,
La azucena de cáliz virginal.

De esa calma y silencio de las selvas
Que el alma llenan de indecible encanto,
De una paloma el armonioso encanto
Interrumpe la augusta majestad;
Queja de amor sentida y cariñosa,
Que en los aires vibrando dulcemente,
Al elevarse lánguida y doliente
Resuena en la tranquila soledad.

Herido corazon que destrozaron
Los amargos dolores de la vida,
Y sin dicha ni fe lloras perdida
De tus horas benditas la ilusion;
Si puede aún de bálsamo una gota
Calmar un solo instante tu tormento,
Te la ofrece el divino sentimiento
De esta inmensa y profunda admiracion.

Yo lo siento por mí: cuando esta brisa
Pura refresca mi abrasada frente,
Cuando respiro el perfumado ambiente,
Cuando contemplo la silvestre flor;
Cuando elevo mis ojos deslumbrados
A esa vóbeda azul limpia y serena,
Un goce misterioso el alma llena
Sublime, celestial, consolador.

A LA MEMORIA DE BRAVO. *

Al elevar mi voz tímida y débil,
Ensalzar no pretendo tu memoria,
Ni intento osada celebrar tu gloria
Con mi tosca cancion.
Quiero regar tan sólo con mi llanto,
Que expresa apénas lo que el alma siente,
El glorioso sepulcro de un valiente,
De un noble corazon.

En medio del furor de la pelea;
Entre el fuego, la sangre y la agonía;
Cuando el cañon mortífero se oía
Sin tregua resonar:
Cuando al grito de guerra del soldado
Del moribundo el grito se mezclaba,
Y el guerrero exaltado sólo ansiaba
Perecer ó triunfar;

Llegó á tu oído la doliente queja
Del alma desolada que sufría,
Y la piedad que nadie comprendía
Tu alma grande llenó.

* Jóven viajero español, que al llegar á México en tiempo de la revolucion de la reforma, tan sólo por entusiasmo y amor á la libertad abrazó la causa y murió defendiéndola.

Y ese soldado, ese héroe que el primero
Entró en la plaza intrépido y valiente,
Al que jamás del enemigo en frente
Palidecer se vió;

El héroe que entre el fuego y la metralla
Hasta el palacio penetrar supiera
Y allí del enemigo la bandera
Logró osado arrancar;
Y ciñéndose el lienzo á la cintura,
Hizo ver á su tropa entusiasmada,
En el asta su blusa ensangrentada
Arrogante flotar;

Fué el mismo que olvidando la victoria,
Que amorosa los brazos le tendía,
Oyendo ese gemido de agonía
Presuroso voló:
Y alivió al que espiraba de miseria,
Dió al cadáver honrosa sepultura,
Y el llanto de dolor y de amargura
Conmovido enjugó.

Entre los actos de valor heróico
Que harán por siempre eterna tu memoria,
Ninguno encierra tan sublime gloria
Como esa sola accion.
Cuando ese tierno y generoso rasgo,
Embelesada referir oía,
Mis párpados de llanto humedecía
La más dulce emocion.

Nunca ofuscadc de ambicion mezquina;
Siempre ante el riesgo firme y arrogante;
Empañado jamás un solo instante
Fué de tu gloria el sol.

Dulcificaste humano y compasivo
Los sangrientos horrores de la guerra....
¡Cabe cuanto de grande el mundo encierra
En un pecho español!

Esa verde corona de laureles,
Regada con tu sangre generosa,
Te debiste ceñir bella y gloriosa
En tu suelo natal.
¿Por qué ha querido tu destino infausto,
Que léjos de tu patria idolatrada
Duermas en tumba extraña é ignorada,
Alma noble y leal?

Mas si un rincon de tierra solamente,
Hoy ingrata mi patria te ha ofrecido,
Si al recuerdo de un héroe no ha querido
Un monumento alzar;
Si una inscripcion de tus hazañas digna,
Digna del héroe noble y esforzado,
En letras de oro en tu sepulcro helado
Nadie ha osado grabar;

No importa, Bravo, tu sepulcro inunda
El resplandor sereno de tu gloria;
Vivirá en cada pecho tu memoria,
Que encierre un corazon.
Y si regada de sincero llanto
Se encuentra siempre tu sencilla losa,
Para un alma valiente y generosa
¿Qué mas bella inscripcion?

1860

A GUADALUPE EN UN BAILE
DE FANTASIA.

¡Alá te guarde, Sultana!
La de los ojos de fuego,
La que robas el sosiego
Del más duro corazon;
La más graciosa entre todas,
La reina de la hermosura,
Como los ángeles pura,
Bella como la *ilusion*.

Cuando ceñida la frente
Con el gracioso turbante,
Entraste bella y radiante
Como un sueño de placer;
Cuando tu planta ligera
El suelo apénas tocaba,
¿Quién al verte no dudaba
Si eras *sílfide* ó mujer?

Vagaba suave sonrisa
En tus frescos labios rojos;
El resplandor de tus ojos
Iluminaba el salon;

Un ligero sonrosado
Tus mejillas encendía,
¿Quién al verte no sentía
Palpitar su corazon?

En tí todos admiraban
La *fresca fragante rosa,*
La blanca *estrella* radiosa
De un limpio cielo de amor;
La *sílfide* delicada,
La ilusion embriagadora,
Que la triste vida dora
Con su blando resplandor.

¡Ay! El sencillo paisano,
El valiente mosquetero,
El gallardo marinero....
Cuantos se hallaban allí,
Al mirarte tan hermosa
Sus creencias olvidaron,
Y hasta á Mahoma adoraron
Con tal de adorarte á tí.

Todos como yo sintieron,
Graciosa Sultana mía,
Que eras de la poesía
La más suave encarnacion;
Y mudos, embelesados,
Contemplándote tan bella,
No te llamaron *estrella,*
Ni *sílfide* ni *ilusion.*

¿Para qué? No hay un acento
Por más suave que fuera,
Que pintar nunca pudiera
El hechizo sin igual

De tu corazon sereno,
De tu alma pura y amante,
De tu divino semblante,
De tu gracia celestial.

Perdona, pues, que no pueda
En este Álbum escribirte,
Que no me atreva á decirte
Lo que sabes inspirar.
Si sólo tus bellos ojos
Estas líneas recorrieran,
Mejor tal vez te dijeran
Lo que no puedo expresar.

¿Cómo pudiera mi musa
Mústia, salvaje, encogida
Expresar, Lupe querida,
Mis sentimientos aquí,
Si al esperar temerosa
La mirada de un profano,
Cubre su faz con la mano
Y huye rápida de mí?

Déjame imprimir un beso
En tu blanca y tersa frente,
Y si al recibirlo siente
Tu pecho dulce impresion,
Habrá en un solo latido
Más encanto y poesía
Que en la débil armonía
De mi lánguida cancion.

1860.

Á LA MISMA EN SU ÁLBUM

ESCRITA EN NOMBRE DE MI HERMANA C.....

Dí á Isabel que desatina
Al llamarte así difusa,
Estrella, querube, musa
Y sílfide y.... ¡qué sé yo!
¿Quién ha llamado en su vida
Tosco guijarro á un diamante?
¿Quién con lámpara espirante,
La luz del sol comparó?

Para mí son mas brillantes
Tus ojos que las estrellas;
Desconfío de esas bellas
Sílfides, que nunca ví:
Y á los que hablan de ellas tanto,
A la verdad yo barrunto,
Que sobre este último punto
Les sucede lo que á mí.

¿Mucho mejor no valiera
Decirte sencillamente,
Que es blanca y pura tu frente,
Apacible tu mirar;

Que son brillantes tus ojos,
Y tu sonrisa hechicera,
Breve tu planta ligera
Como elegante tu andar?

¿Decirte que eres tan buena
Como risueña y graciosa,
Tan tierna y amante esposa
Como hechicera mujer;
Tan simpática y amable
Que es bastante solamente.
Para amarte tiernamente
Tu dulce semblante ver?

Y dejar en paz la luna
Y la musa y...el profeta,
Y todo lo que el poeta
Dice en loca inspiracion;
Que es osado compararte
A tí tan pura y sincera,
Con engañosa quimera
O con falaz ilusion

Mas los poetas no saben
Decir con juicio las cosas;
Ellos han de hablar de rosas,
De corales y zafir;
Y arman tales embolismos
Para decirte, "te quiero,"
Que todo entiendes primero
Que lo que quieren decir.

Yo que poeta nohe sido,
Permíteme que te diga
Que te amé, mi dulce amiga,
Al instante en que te ví;

Y que si no te comparo
Con ilusiones y estrellas,
Es que mas que todas ellas
Eres bella para mí.

1860

 LA MISMA EN UN BAILE DE FANTASIA.

ESCRITA EN NOMBRE DE MI HERMANA J....

Bailemos cuadrillas, Lupe;
Ven, tú eres mi compañera;
Pero cuadrillas sublimes,
Magníficas, estupendas.
Bailemos mujeres solas,
Porque el tiempo no se pierda,
Miéntras los hombres están
Tranquilamente á la mesa.
Nos hallaremos mejor,
En libertad mas completa
Bailando así.... á su salud
Miéntras brindan á la nuestra.
Ven, pero corriendo, vamos
A tomar la cabecera;
Quiero campo vasto y libre
Para hacer muchas piruetas,
Segun las reglas de Horacio:
Sabias y sublimes reglas.
Dios me libre de esos bailes
De gravedad y etiqueta,
Donde mas bien que bailar
Parece que todos rezan;

En que cada compañero
Pone una cara tan séria,
Que en lugar de simpatía
Inspira miedo ó tristeza;

En que todas las mujeres
Almidonadas y tiesas,
Bailan con tal ceremonia,
Con gravedad tan perfecta,

Cual si un deber importante,
Grave, solemne cumplieran,
Como si en todo pensaran
Ménos en estar contentas;

En los que la desdichada,
Para quien no hubo pareja,
Arrinconada suspira,
O fastidiada bosteza,

Por que el imponente cuadro
Que á su vista se presenta,
Nada tiene de agradable
Para mitigar su pena.

Aquí todo es libertad;
Alegre confianza reina;
Doquier que vuelvas los ojos
Ves solo caras risueñas.

Yo que le tengo mas miedo
A todo lo que parezca
Silencio, inmovilidad
Aburrimiento ó tristeza,
Que á la peste más furiosa,
Que á la más terrible fiera;

Yo que soy por esta noche
Representante modesta
De la locura que rie
Y retoza, no de aquella

Que furibunda suspira
Y desolada se queja;

Quiero que todos aquellos
Que cerca de mí se encuentran
Estén contentos, alegres,
Y si nó.... que lo parezcan.

Y pues la noche se pasa,
Y ya la música suena,
Vamos, Lupe, á las cuadrillas,
A tomar la cabecera,

A bailar con todo el alma
Haciendo muchas piruetas,
Segun las reglas de Horacio,
Sabias y sublimes reglas.

LA JUVENTUD

La juventud, es verdad,
Es de la vida la aurora:
¡Dichosa edad que atesora
Sueños de felicidad!

Es la luz de la mañana,
Que baña pura y serena,
La senda de flores llena
Que primavera engalana.

Cuando su blando destello
Baña nuestra frente pura,
Todo es ilusion, ventura;
¡Todo es tan dulce y tan bello!

¿Qué sabe el alma dormida,
Que dulce paz ha arrullado,
Lo que le tiene guardado
En sus secretos la vida?

Al tratar de comprender
El misterio que la embriaga,
Por bella esperanza vaga
Se deja el alma mecer;

Y al mirar el porvenir
Teñido de azul y rosa
Piensa ¡ilusion engañosa!
Que es muy hermoso vivir.

Y se sueña en un pensil
De blancas y hermosas flores,
Do derrama sus primores
El mes gracioso de Abril;

Y cree que en su redor
Es todo luz y armonía,
Frescura en la selva umbría,
Aroma en la casta flor.

En su aspiracion divina,
No comprendiendo el dolor,
Admira absorta la flor
Y no ve nunca la espina;

Ni piensa un solo momento
Que pueda osado el destino
Arrojar en su camino
La sombra de un sufrimiento.

¡Cuán triste es al despertar
De tan hermosa quimera,
Saber que en vano se espera
Dicha que no se ha de hallar!

Que si un paso se adelanta
En la senda de la vida
Huella marchita y perdida
Una ilusion nuestra planta;

Que tras la nube rosada
Que el porvenir envolvía,

Asoma desnuda y fria
La realidad descarnada;

Que la mano del dolor,
Al desgarrar nuestro seno,
Derrama hiel y veneno
En el cáliz de la flor;

Y que la luz blanca y pura,
Que alumbra nuestro camino,
Con el destello divino
De una ilusion de ventura,

Es el rayo abrasador
Que en el ardor del estío,
Destruye y abrasa impío
La fuente, el árbol, la flor.

Dichoso el que ha conseguido
Salvar en la lucha fiera,
Una memoria siquiera,
Recuerdo de un bien perdido;

Y al mirar á lo pasado,
En medio á su amargo duelo,
Puede dar ese consuelo
Al corazon destrozado.

Es muy dulce, al recordar
La dicha que se ha sentido,
Sobre un recuerdo querido
Triste llanto derramar;

Y cuando nada se espera
De este mundo de dolores,
De la memoria las flores
Guardar intactas siquiera.

Poderse siempre decir
El corazon resignado,
Cuando la dicha ha pasado,
Que recordar es vivir:

Que es el mas crudo tormento
Del corazon hecho trizas,
No guardar ni aun las cenizas
De un profundo sentimiento.

1860.

A VIGIL

¿Por qué dudas así? ¿Por qué en la vida
Lo encuentras todo nebuloso y triste?
¿Nunca, amigo, la dicha conociste?
¿No has gozado jamás?
¿Tu corazon marchito no ilumina
De una memoria el resplandor ardiente?
¿Nada tu pecho desolado siente
Al mirar hácia atrás?

Siempre luchando con tormenta impía,
Abrumado de amargo desconsuelo,
¿No hay una estrella en tu nublado cielo,
En tu vida una flor?
¿Nunca á tus lábios de placer sedientos
La copa de la dicha has acercado?
¿Nunca probó tu pecho desolado
Más que hiel y dolor?

Porque uno á uno tus dorados sueños
Has dejado en la lucha de la vida;
Porque tu dicha y tu ilusion querida
Muertas por siempre ves;
Porque las blancas y preciosas flores,
Con que tu frente engalanaste un dia

Miras al soplo de tu pena impía
Marchitas á tus piés;

Niegas la fe, la dicha, la esperanza;
Niegas que la ventura has conocido;
Niegas que el corazon adolorido
En un tiempo gozó.
¿Tan ingrata y rebelde es tu memoria
Que no guarda un recuerdo de ventura?
¿Suerte, poeta, tan adversa y dura,
Tan negra te tocó?

¡Oh! no es posible que nunca
En tu lóbrego camino,
De dicha un rayo divino
Viniera tu alma á bañar.
Es en verdad imposible
Que no hayas nunca sentido,
Venturoso y conmovido,
Tu corazon palpitar.

Si dotó Dios al poeta
De imaginacion ardiente,
De un alma tierna que siente
Como ninguna el dolor;
Si para él son más punzantes
Los abrojos de la vida,
Más venenosa la herida,
Del dardo desgarrador;

Tambien encierra en sí mismo
Manantial puro y sagrado
De goces mil, que no es dado
A todo el mundo sentir:

Goces tiernos, infinitos,
Grandes como sus dolores.
Blancas y risueñas flores
De su penoso existir.

Si el amor, la amistad santa,
Han causado otros tormento
A tu corazon sediento
De ventura y emocion;
Te han ofrecido mil veces
Una dicha inmensa y pura.....
Poeta ¿no es la ternura
La vida del corazon?

Y en una tarde serena
Al mirar el sol poniente,
Cuando se hunde lentamente
Entre nubes de coral;
Al mirar la blanca luna
Derramando desde el cielo
Como rayo de consuelo
Su destello virginal;

Al ver brillar las estrellas
En limpio cielo azulado;
Al respirar embriagado
El aroma de una flor;
Debes sentir lo que siento:
Un goce inmenso, profundo,
Olvidarte de este mundo
Por otro mundo mejor.

Yo sé bien que el alma ardiente,
De fe llena y de ternura,
Sube á un cielo de ventura
En alas de la ilusion;

Y al despertar á este mundo
La mente exaltada y loca
La fria realidad toca,
Y se rompe el corazon.

Lo sé bien; pero tú has dicho
Que es la vida el sentimiento,
Que es el más hondo tormento
No gozar ni padecer:
Dichoso el poeta entónces,
Cuya alma tierna y ardiente,
Cual otra ninguna siente
El tormento y el placer.

Si no hubieras tu sentido
La amistad cual yo la siento,
Ni la hubieras comprendido,
Pintarte hubiera podido
Tan divino sentimiento.

¿Más quién con tanto calor
Como tú supo pintarla?
Nadie consiguió mejor,
Con exactitud mayor
Comprenderla y expresarla.

Tú que adoras con pasion,
Con culto tan merecido,
Al angel de tu ilusion;
Tú que en la gloria has creido,
Dulce y risueña ficcion;

~~¿Cómo puedes ni un momento,~~
Dejarte llevar así
De tu amargo desaliento,

Cuando hallas dentro de tí
Un mundo de sentimiento?

¿Por qué de todo dudar,
Y la esperanza temer,
Y tus afectos ahogar?
¿Por qué la dicha negar
Que supiste comprender?

¿Eres el mismo que un dia,
Esa helada indiferencia
Más que la muerte temía,
Y es el no sentir, decía,
La más amarga dolencia?

¿Por qué tan vivo dolor
Se encierra en tu triste canto,
Si hay en tu vida una flor,
Una ilusion, un amor
Para endulzar tu quebranto?

Poeta, cree y espera;
Y si es sólo una quimera
La ventura de la vida,
Deja que el alma dormida
Goce de un sueño siquiera.

Y á riesgo de despertar
Y á un infierno descender,
Déjate al cielo elevar;
Si sentir es padecer
Tambien sentir es gozar.

1860

POBRE FLOR.



¿Sabes tú lo que sentí
Cuando mústia y deshojada,
En tu mano despiadada
La flor inocente vi?

¡Pobre flor! su destino
Tan cruel no merecía;
Piedad la triste pedía
En su lenguaje divino;

Pues cuando con más furor
Tu mano la destrozaba,
Más delicioso exhalaba
Su perfume embriagador.

¡Pobre flor, blanca y hermosa
Como la ilusion primera,
Frágil como ella y ligera
Cual ella fresca y graciosa!

Flor que de entreabrirse apenas
Esa mañana acababa,
Y de la vida gozaba
Las dulces horas serenas.

Por un antojo infantil,
Sin penar ni aun lo que hiciste,
En polvo la convertiste
De su vida en el abril.

Un instante en tu embeleso
A tus lábios la llevaste,
Y su perfume aspiraste
En un cariñoso beso:

Y cambiándose despues
En desprecio tu cariño,
La arrojaste como un niño,
Hecha trizas á tus piés....

Bien la pudo destrozar
Sin temor tu mano impía......
¡Ella espinas no tenía
Con que herir ni lastimar!

Emblema de la mujer,
Que resignada y doliente
Inclina humilde la frente
Bajo su hondo padecer;

Viendo pagada tan mal
Su inmensa y casta ternura
Cual la ofrenda suave y pura
De ese aroma virginal.

Y al ver su blanca ilusion,
Por siempre perdida y rota,

Deja caer gota á gota
Su llanto en su corazon;

Y muere sin exhalar
Una queja ni un gemido.....
¿Puede el corazon partido
Lamentarse y sollozar?

¡Pobre flor, sí, que vivió
Un momento solamente,
Cuya belleza inocente
Ni aun compasion inspiró!

¿Por qué destrozarla así?
¿Por qué, díme, no pensaste
Que cuando la flor hollaste
Me lastimabas á mí?

Nunca expresarte podré
La sensacion dolorosa,
La impresion viva y penosa,
Que al verlo experimenté.

Tal vez fué que el alma inquieta
Dos veces sufrió angustiada,
Al verla despedazada
Por la mano de un poeta:

Que al ver que sin compasion
Destrozarla así podía,
La casta flor que moría
Me mataba una ilusion.

Si es que otras flores querías,
Mil flores te hubiera dado
Porque hubieras respetado
La que en tu mano tenías.

Y no causarme el dolor
De verla morir así:
¿Por qué no pensaste en mí
Al despedazar la flor?

1860

Á MI AMADA HERMANA CLARISA.

¡Versos á tí! Las cuerdas de mi lira
No exhalarán jamas tan blando acento,
Que ese dulce, inefable sentimiento
Consiguiera espresar.
Se pinta la ilusion embriagadora;
La esperanza, la dicha, la tristura;
Pero el amor, hermana, la ternura,
No se pueden pintar.

Ni en el murmurio del arroyo manso,
Ni de paloma en el quejoso acento,
Ni en el suspiro lánguido del viento
Arrullando la flor;
Hay una nota tan suave y pura,
Un eco tan celeste y delicado
Con que pudiera el labio entusiasmado
Expresarte mi amor.

¡Con qué acentos cantarte, hermana mía!
A tí, mi amante y dulce compañera,
El blando sueño, la ilusion primera
Que mi vida doró;

El querubin de cabellera de oro,
Que mis juegos de niña embelesaba
El ángel que mis penas consolaba
Cuando el alma sufrió.

Por no ver nunca la funesta sombra
De hondo quebranto, de profunda pena,
En tu frente tan pura y tan serena
Sus alas extender;
Por no ver nunca bajo el negro influjo
De una angustia tenaz y despiadada,
Por tu fresca mejilla sonrosada
Las lágrimas correr;

¿Qué diera yo, mi bien? yo que quisiera
Que entre ilusiones blancas, peregrinas,
Sin conocer del mundo las espinas,
Sin probar el dolor,
Pasaras tu existencia venturosa,
En brazos de la dicha adormecida,
Por la esperanza celestial mecida
Con un canto de amor.

¡Oh! ven, no te separes de mi lado,
Mi dulce y afectuosa compañera:
Ven, cuando brame la tormenta fiera
Yo te defenderé.
De la penosa senda de la vida,
Sembrada de pesares y dolores,
Cogeré las espinas, y las flores
Para tí guardaré.

Ven y apoya tu frente cariñosa
En mi pecho que late conmovido;
Ven, en su tierno y rápido latido
Acabo de encontrar

Esa nota de amor pura y sonora,
Que no encierra del ave el blando acento.
Ni el manso arroyo, ni amoroso el viento
La flor al arrullar.

1860

A la Sta. Esther Tapia.

CONTESTACION.

Gracias, Esther, por tu afectuoso acento;
Por la expresion de tierna simpatía,
Con que llama tu voz al alma mía
Su llanto con tu llanto á confundir;
A levantar, uniendo nuestra pena
Un tierno monumento á la memoria,
De aquel que vino en su brillante gloria
Por una noble causa á sucumbir.

El canto que llegara á tus oidos,
No ha sido, Esther, á la verdad un canto;
Es una gota del sincero llanto
Con que esa tumba mi dolor regó.
La narracion de su funesta muerte
Hizo latir mi pecho conmovido,
Y en vez de una cancion, triste gemido
De mis trémulos lábios se escapó.

Sobre otra tumba santa y venerada
Iré á llorar contigo tus dolores;
Iré á poner, enternecida, flores
Junto á las flores que ofreció tu amor.
Sobre un sepulcro que tu dicha encierra,
Porque encierra á tu madre cariñosa;
Sobre la helada y funeraria losa,
Que empapas con tu llanto abrasador.

¡Oh! sí, bien desolada y bien amarga
Debe encontrar en su dolor la vida,
Como lo expresa tu dicción sentida
En un hondo gemido de pesar,
El triste sér que por el mundo vaga,
Sin el apoyo de una madre tierna,
Roida el alma por la pena eterna
De que nada le puede consolar.

Tienes razon: el llanto que derramas
De tu amargo dolor en el exceso,
No es bastante á llorar el tierno beso,
Que te diera su lábio maternal.
No es bastante á llorar las horas bellas,
De una dicha serena y luminosa,
Que pasaste á su lado venturosa
Y hoy encierra su losa funeral.

Gracias, mi buena Esther, gracias de nuevo
Por la expresion de tierna simpatía,
Con que llama tu voz al alma mía
A mezclar su dolor con tu dolor
Piensa cuando abatida y desolada,
Sobre el sepulcro de tu madre llores,
Que ofrezco un ramo de modestas flores
Con el que ofrece tu filial amor.

Octubre 16—1860.

DESPEDIDA.

Son mas de las once ya
De una noche pura y fresca,
De límpido firmamento,
De rutilantes estrellas.
Apoyada en los cristales
Miro envidiosa allá afuera,
Do salir no me es posible,
Porque han cerrado las puertas,
La blanca luz de la luna,
Que los árboles platea
Y baña la plaza toda
Con su claridad serena.
Ahí debiera estar yo.....,
¡Oh! ¡qué dicha si se hiciera
Todo aquello que se debe,
O al ménos lo que se anhela!
Ahí, si, debiera estar,
Cumpliendo con mi promesa,
Inspiraciones buscando,
Que traidoras me desdeñan;

Pero pues salir no puedo,
Aunque el alma lo desea,
Y la noche se adelanta,
Y me duele la cabeza;
Dejo caer la cortina,
Que alzada me permitiera,
Admirar el dulce cuadro
De una noche tan serena.
Me alejo de la ventana
Con disgusto y con tristeza;
Tomo un lápiz y un papel,
Me siento junto á la mesa,
Y apoyada la mejilla
En la mano, cual lo hiciera
Cierto Fábio que pensaba
En mil cosas nada buenas,
Aterrada me pregunto
Qué será de mi promesa,
Pues la inspiracion no viene,
Y son ya las once y media,
Y está mi frente abrasando,
Y mis sienes se revientan.
¡Oh! no puedo más, señores,
Tened piedad y paciencia,
Dispensadme de los versos,
Porque estalla mi cabeza;
Recibid en lugar suyo
Como he prometido á Loera,
No os riais, *mis bendiciones*
Y mi despedida tierna.
Que de peligros y males,
Piadoso el cielo os defienda,
Que al compasivo socorra,
Y que al valiente proteja;
Y haga que ya terminada

La desoladora guera,
Que lágrimas y dolores
Do quier implacable siembra,
Nos volvamos á encontrar,
Libres de angustias y penas,
Saludando embelesados
La aurora radiante y bella
De la paz, preciosa fuente
De felicidad inmensa.

Noviembre 1º de 1860.

A MI QUERIDA HERMANA JULIA

Pura cual la luz del cielo,
Fresca cual la fresca rosa,
Más risueña y más graciosa
Que un blando sueño de amor;
¿Qué pudiera yo decirte
De tu fiesta el grato día,
Cuando eres, hermana mía
Angel, ilusion y flor?

Julio 30 de 1861.

A mi muy amado padre, dedicándole el drama "LAS DOS FLORES."

Hoy, papá, con la más pura
Y dulce satisfaccion,
Mi primera produccion
Te dedica mi ternura.

Si cual yo lo deseara
En todo perfecta fuera,
Con más placer la ofreciera
Y á tu amor la dedicara;

Mas tal cual es, al mirar
Sus defectos, piensa en mí,
Y te olvidarás así
De los que puedas hallar;

Que nunca tu corazon.
Pudiera encontrarlo mal,
Siendo de mi amor filial
Tierna manifestacion.

Si la más dulce manera
No ha encontrado la voz mía,
Ni en prosa ni en poesía
Con que ofrecerla pudiera;

No lo debes extrañar
Sino pensar indulgente,
Que hay cosas que el alma siente
Y no las puede expresar:

Que no le es dado decir
A veces al torpe acento,
Lo que sabe el pensamiento
Atrevido concebir.

De mi cariño profundo
Mal la expresion te diría,
Que eres con la madre mía
Lo que más amo en el mundo;

Que en vosotros su ventura
Tierno ha cifrado mi pecho,
Y es el corazon estrecho
A contener su ternura;

Que sé bien que es vuestro amor,
Que nunca cambia ni olvida,
El mayor bien de la vida,
La felicidad mayor;

Y que no hay dicha tan pura
Que compensara en la tierra,
La dicha santa que encierra
Vuestra inmutable ternura.

Mas ¿dónde tan dulce acento
El corazon encontrara,

Que cariñoso expresara,
Padre mío, lo que siento?

Y si no lo he de expresar,
Tal como lo sé sentir,
Si bien no lo he de decir
Es preferible callar;

Pues viendo que no sabré
Expresar mi sentimiento,
Al hacer mi ofrecimiento
Solamente te diré:

Piensa que hoy ha dedicado
Mi afectuoso corazon,
Mi primera produccion
A mi padre bien amado;

Y si en ella no resalta
Gracia ó ingenio al exceso,
Con ella te ofrezco un beso
Que supla lo que le falta.

Noviembre 23 de 1860

A UN VETERANO.

Cuando en el triste invierno de la vida,
De una tierna familia rodeado,
Dirijas tu mirada hacia el pasado,
Queriendo tus hazañas recordar;
Mirarás conmovido tu muleta,
Apoyo respetable del anciano,
Y al sujetarla trémula tu mano,
Debes sentir tu pecho palpitar.

Eterna compañera de tu vida,
Tierno recuerdo de brillante gloria,
Página bella de tu bella historia
Que con tu noble sangre se escribió;
Mejor aún que el lauro inmarcesible
Que ceñirá tu encanecida frente,
Dirá al mundo: "Miradle es un valiente;
Nunca la espalda al enemigo dió."

Octubre—1860.

A UN POETA CIEGO.

Díme, poeta de armonioso acento,
Cómo en tu triste oscuridad hundido,
Con tanta perfeccion has concebido,
Lo que tu voz dulcísima cantó.
Cómo expresar sin conocer supiste
Con rasgos tan suaves y valientes,
Lo que yo siento como tu lo sientes
Y nunca el torpe lábio bosquejó.

Tú, que no has visto el rayo moribundo
Del sol que al ocultar su altiva frente,
La blanca nubecilla trasparente
Dora con su postrero resplandor;
Tú, que no has visto al espirar la tarde,
Cuando áun no alumbra la argentada luna
Las estrellas brotar una por una,
De la niebla entre el diáfano vapor;

Tú, que no has visto en noche deliciosa
El vago azul del trasparente cielo,
Ni entre flotante y vaporoso velo
La luna melancólica asomar;

Que no has visto la flor lozana y bella,
Tímida abriendo su virgíneo broche,
Al aura perfumada de la noche,
Que hace su tallo lánguido temblar;

Tú, que no has visto el rayo de la luna
Cómo el arroyo de cristal platea,
Cuando en sus límpias ondas juguetea
Su sereno y purísimo fulgor;
Tú, que no has visto las marchitas hojas
Por las brisas de otoño arrebatadas,
Por su luz melancólica bañadas,
Reverberar con blando resplandor;

¿Cómo has podido con tan tierno acento
Con tan dulce y divina melodía,
De esa hora que embelesa el alma mía
Los encantos suavísimos cantar?
¿Cómo, poeta, concebir te es dado
La celeste emocion que el alma llena,
En esa hora lánguida y serena
Que nadie supo como tú pintar?

Será tal vez que el alma del poeta,
Alma noble, grandiosa y elevada,
Por su sublime inspiracion llevada
Sube á más pura y divinal region;
Y lo que ver sus ojos no pudieron
En este mundo de miseria y llanto,
De una luz celestial el fuego santo
Se lo hace comprender al corazon.

Puede vivirse sin la luz del dia
Pero se muere sin la luz del alma:
Dice el amigo que afectuoso calma
De tus penas amargas el dolor;

Y dice bien, que á tus nublados ojos
No ha podido ocultar naturaleza,
Su sublime y espléndida belleza,
Su encanto misterioso y seductor.

¡Si tu supieras la impresion tan dulce
Que embelesado el corazon sentía
Cuando mi hora predilecta oía
Cantada con tan tierna inspiracion!
No encontraba mi lábio una palabra
Que fiel dijera mi emocion, mi encanto;
Péro una gota de expresivo llanto
En las notas cayó de tu cancion.

Es porque hay en tu sentida queja
Una expresion tan triste, tan doliente,
Que lo que el alma al escucharla siente
No lo pueden los lábios pronunciar;
Ese acento tan tierno y resignado
De inmensa, de mortal melancolía,
Como un gemido de dolor venía
En lo íntimo del alma á resonar.

¡Oh! no eres ciego tú, tú que has sabido
De ese modo sentir lo que no viste,
Que expresar con tal fuego conseguiste
Lo que tu mente inquieta concibió;
Que comprendiendo con *la luz del alma*
Lo que no has visto con *la luz del dia*,
Tan bien has dicho lo que yo sentía
Y jamas he podido decir yo.

Diciembre 24 de—1860

AL FRAILE DEL CARNAVAL.

Fraile, tú me suplicaste
Con empeño, que escribiera
En tu álbum de pergamino,
(Al ménos por la rareza
Será curioso) unos versos,
Que expresarte consiguieran,
Todo lo que me inspiraba
Tu aterradora careta.
¡Ay! yo quisiera decirte
Que tu fealdad estupenda,
Cual tú me lo sostenías
Con tal gravedad, encierra
No sé que gracia invisible,
No sé que oculta belleza.
Pero nada ¡esfuerzo vano!
Tengo la manía necia
De encontrar feas las cosas
Tan notablemente feas;

Y pidiendo á Víctor Hugo
Humildemente licencia,
Autoridad que citabas
A cada instante, cual prueba,
De que no sólo has leido
El breviario, con gran pena
Te declaro que á esas cosas
Espantosamente bellas,
No les encuentro lo hermoso
Por más hermosas que sean.
¿De dónde, fraile, sacaste
Esa cara que pudiera,
Como lo dice Rubí
En una de sus leyendas,
Asustar al miedo mismo
Si pasa del miedo cerca?
Pero en fin, si como dicen
Las personas circunspectas
Y de juicio, poco valen
Vanas, exteriores prendas,
Y pese á tu feo rostro
Mostraba tu reverencia
Tal apego á sus deberes,
Tal humildad evangélica,
Tal rigidez de costumbres,
Tal juicio tan á la prueba
De bailes y devaneos
Y mundanas lijerezas;
Que al ver por mis propios ojos
Que en tí quebraba la regla,
Y desmentía tu porte
El refran que nos enseña
Que es nuestro rostro el espejo
Donde nuestra alma se muestra;
No he tenido inconveniente

En cumplirte mi promesa,
Y el álbum de pergamino
Espero con impaciencia,
Para colocar mi nombre,
(Aunque no me linsonjea
Gran cosa este pensamiento),
Entre los de una docena
De escrupulosas beatas
Y de timoratas viejas
Que serán, yo me supongo,
Los únicos que se encuentran
En el álbum reverendo
De tu grave reverencia.
Mándamelo, pues, le espero,
Y al mismo tiempo recuerda
Que prometiste escribir
En el mío, aunque sea
Si otra cosa no te ocurre
Alguna cosa de iglesia.
De enviártelo no debo
Tomarme la inútil pena,
Pues tú que en él has leido
Lo que en él escribió Esteva,
Hombre galante, aunque fraile,
Te tomarás la molestia
De ir á buscarlo, sabiendo
Muy bien en donde se encuentra;
Si entre todas las virtudes
Que á un religioso hermosean
Tienes la más apreciable
Qne es ser fiel á tus promesas.

Marzo—1861.

En el álbum del fraile del carnaval.

No pierdas, fraile, la fama
Que opinion tan ventajosa,
De tu vida religiosa,
Hizo formar á una dama.

Tras las paredes sombrías
De tu arruinado convento,
En saludable aislamiento
Vuelve á sepultar tus días.

Ahoga el eco bullicioso
De la algazara mundana,
Con la voz de la campana,
Que llama al santo reposo.

Viendo en extásis fecundo
Toda la corte del cielo,
Olvida el amargo duelo
De este pernicioso mundo.

No dejes que tu memoria
Se fije un solo momento,

En el mezquino contento
De esta vida transitoria;

Y si algo llega á turbar
Tu meditacion divina,
Apela á la disciplina
No te canses de rezar.

Con ayuno, y oracion,
Y azotes desgarradores,
De los pobres pecadores
Pídele al cielo perdon;

Y en premio, Dios te haga un santo:
¿Qué otro deseo en conciencia,
Pudiera á tu reverencia
Aprovechar, fraile, tanto?

Marzo—1186.

INSPIRACION.

Era una voz que dulce resonaba
Dentro del corazon y le brindaba
Una dicha indecible, celestial;
Y al escucharla el corazon herido
A esa voz respondió con un gemido
De duda amarga y de dolor mortal.

¡Oh! calla, tus promesas son mentira;
No hará vibrar las cuerdas de mi lira
Tu delicioso aliento engañador:
Un mundo entero de ventura ofreces,
Y me harás apurar hasta las heces,
Tal vez un dia el cáliz del dolor.

Era una fuente limpia que corría
Sobre alfombra de flores, y ofrecía
Al abrasado lábio su cristal;
Cubierta por el fresco cortinaje,
Por el dosel gracioso del follaje.
Que agitaba la brisa matinal.

De ella aparté mi lábio que sediento
Iba á tocar sus ondas un momento,
Queriendo en ellas refrescar su ardor
Tal vez, me dije, su cristal sereno
Oculta inmundo y asqueroso cieno;
Y separé mi vista con horror:

Era una flor graciosa, soberana,
Que entre las otras se elevaba ufana,
Haciéndoles las frentes inclinar;
Y su aroma á lo léjos esparcía,
Cuando la brisa lánguida venía
Sus encendidas hojas á besar.

Quise el perfume respiraa ansiosa,
Que del nítido cáliz de la rosa
Se alzaba penetrante, embriagador;
Mas ¡ay! al punto de terror helada
¡Cuántas espinas, murmuré espantada,
Defenderán el tallo de la flor!

Era un destello de la luz del cielo,
Que Dios mismo, cual rayo de consuelo,
Compasivo nos manda en su bondad;
Del manantial encierra la pureza,
De la flor peregrina la belleza,
Y del sol la radiante majestad.

Quise un instante contemplarle osada;
Pero bajando al punto mi mirada
Ante su deslumbrante resplandor:
¡Oh¡ dije con amargo desaliento:
Plegue á Dios que te nubles al momento,
Me cegaría acaso tu fulgor.

Era que el alma que probado había
La hiel del desengaño, no podía
En tí, divina inspiracion, creer:

¡Cuántas penas; angustias y dolores
Bajo tu luz, tu aroma y tus fulgores
Me parecía á veces entrever!

Pero una mano amiga deteniendo
La rápida carrera, con que huyendo
De ese divino acento iba veloz:
"Oye esa voz me dijo melodiosa,
Calma el dolor, el corazon reposa:
No engañan las promesas de esa voz.

Tomó mi mano y me llevó á la fuente:
Mira, me dijo, es pura su corriente,
Bebe sus dulces aguas sin temor.
Y mostrando la flor: Véla, es divina;
¿Hay acaso en su tallo alguna espina?
Aspira el blando aroma de esa flor,

Y señalando el rayo refulgente,
Que iluminaba con su luz mi frente
Haciendo palpitar mi corazon:
Un destello de Dios es esa llama,
Me dijo, si su fuego tu alma inflama,
Sigue sin vacilar tu inspiracion.

No es de la gloria el áspero camino
Lo que te muestra el resplandor divino,
Que puro baña tu abrasada sien;
Nó, te ofrece del alma puros goces,
Placeres que hsata ahora no conoces,
De dicha inmensa delicioso Eden.

Y me arrulla esa voz con dulce canto,
Y no caen las gotas de mi llanto
En las ondas de limpio manantial;
Y me ofrece esa flor su casto aroma,
Cuando esa luz en el oriente asoma,
Y la droa con rayo celestial.

¡Inspiracion! Palpita satisfecho
Cuando te siente mi agitado pecho
Llenarle con divina sensacion;
Y cual de incienso trasparente nube,
Del corazon agradecido sube
Una tierna y sincera bendicion.

Por tus alas de fuego sostenida,
El alma de la tierra desprendida,
A mas pura region se siente alzar:
Cuando en tu encanto embriagador se encierra
Las mezquinas pasiones de la tierra
No osan hasta ella su furor llevar:

Nunca un suspiro de tristura y pena,
Ni una gota de llanto al alma llena
De tu dulce influencia arrancarás:
Como divina emancion del cielo,
Solo resignacion, paz y consuelo
Al corazon embelesado das.

Mayo 17—1861

LA PAZ.

SONETO.

Entre sangre y escombros y ruïna,
Tropezando con míseros despojos,
Triste cubriendo los llorosos ojos,
Se adelanta una blanca peregrina;
Al paso sin embargo que camina,
Brotan flores ahogando los abrojos,
Y un sol de fuego de reflejos rojos
Toma una luz purísima y divina.
Al llegar de mi patria á los umbrales,
Viéndose recibida con anhelo:
„En gozo eterno trocaré tus males„
Dijo elevando su semblante al cielo;
„Verteré sobre México á raudales
Con mi llanto de amor, dicha y consuelo„

Guadalajara Setiemre 14—1861

A MI EXCELENTE HERMANO

JUAN VALLE.

Hermano, es nuestra hora predilecta,
Derrama el sol su resplandor postrero,
Hace caer el viento pasagero
Las hojas que el otoño marchitó.
¡Tristes emblemas de ilusiones muertas,
Que va hollando mi planta en su descuido!
Siempre su melancólico crugido,
La queja de un dolor me pareció.

En el cielo purísimo de Octubre
Alza la luna su serena frente,
Y atraviesa su luz blanca y doliente
El oscuro follaje del vergel.
La brisa que los árboles agita,
Los capullos besando cariñosa,
Mezcla el dulce perfume de la rosa
Al perfume del nardo y del clavel.

El azulado velo de la noche
Va envolviendo la tierra lentamente,
Y esmaltan este cielo trasparente
Estrellas mil con blando resplandor.

Da el ave al sol su tierna despedida
En un canto tristísimo y sentido,
Antes de entrar á su abrigado nido
Y acariciar los hijos de su amor.

El silencio apacible interrumpiendo,
Que reinaba en el campo solitario,
Se escucha la campana del rosario
Vibrar con triste y misterioso son.
En esta hora solemne de recuerdos,
Trasportándome á una época lejana,
La triste vibracion de esa campana
De recuerdos inunda el corazon.

¡Cuántos cuadros distintos se presentan
En este sitio amado á mi memoria!
Página tierna y triste de mi historia,
Todo lo encuentra el corazon aquí.
El verde césped que sus calles orna,
Aun conserva las huellas de mi llanto;
De dicha inmensa al indecible encanto
Latir aquí mi corazon sentí.

Aquí, bajo estos árboles frondosos,
Por la primera vez brilló en mi mente
De inspiracion el resplandor ardiente,
Que el alma de la niña deslumbró.
En este mismo sitio, en esta hora,
De esta luna á los pálidos fulgores,
Tímidas se entreabrieron mis «Dos flores»
Que la brisa de Octubre acarició.

Tienes razon, al espirar la tarde,
Hermano, piensa en mí, porque esta hora
En que un recuerdo el corazon implora
Es hora de recuerdos en verdad.

Entregada al encanto doloroso
De una dulce, letal melancolía,
Se goza cual la tuya el alma mía
Del campo en la tranquila soledad.

Hoy vagando cual siempre solitaria,
De mi Escoba querida en la alameda,
Hallo bajo su espléndida arboleda
Una dulce y tristísima impresion.
Y en esta hora suave que pintara
Con tal dulzura tu sentido acento,
Ofrece cariñoso un pensamiento
A tu tierna amistad mi corazon.

Escoba, Octubre 13—1861.

A MARIA VIGIL.

Cándida flor por el aura
De la inocencia mecida,
Bella niña que á la vida
Acabas ahora de entrar;
A este mundo de pesares
Apénas del cielo vienes,
Cuando ya, mi vida, tienes
Motivos para llorar

Cuántas veces en tu sueño
Apacible y sosegado,
De tu padre bien amado
La tierna imágen verás;
E imaginando que sientes
Sus paternales abrazos
A sus cariñosos brazos
Tus bracitos tenderás.

¡Ay! y es tan sólo un ensueño,
Es tan sólo una quimera,

Que te halaga lisonjera
Con su hechizo engañador;
Y cuando tu tierno lábio
Aun se mueve balbuciente;
Tu corazon inocente
Ya ha conocido el dolor.

Tal vez, mi pobre paloma,
Por tu desventura eres
Uno de esos dulces séres
Nacidos para sufrir;
Una de esas almas tiernas,
Flores ¡ay! del sentimiento,
Que prueban el sufrimiento
Al empezar á vivir.

¡Oh! plegue á Dios que se canse
Presto la desdicha fiera,
Y que tu pena primera
Sea la última tambien.
Plegue al cielo que amorosa
Te contemple la fortuna,
Y te haga desde la cuna
De la existencia un Eden.

Dulce encanto del amigo,
Cuya ternura ferviente,
Fué para mí pura fuente
De dicha é inspiracion;
Realidad encantadora
De sus más dulces quimeras;
Aun antes de que nacieras
Te amaba mi corazon.

Hoy en estranjera tierra,
Por el pesar devorada,

Tiene el alma desolada
Un recuerdo para tí;
Y miéntras puedo estrecharte
Entre mis brazos un día,
Un tierno beso, María,
Hoy te envío desde aquí.

Marzo 19—1864.

AL DESGRACIADO AUTOR
DE
"UN TIPO DEL SIGLO."

Tú que así la mujer has concebido,
Y con tan negras sombras la has pintado,
¿No has sido, por tu mal, jamas amado,
Ni lo que es el amor has comprendido?
¿Una madre amorosa no has tenido
Que tu sueño infantil haya arrullado,
Ni el beso fraternal, puro y sagrado,
Del lábio de una hermana has recibido?
Si de una casta esposa la ternura,
De una madre el afecto sobrehumano
Hubieras conocido, en tu locura
No ultrajaras con lábio audaz, profano,
A la que es el consuelo y la ventura
Del niño, del adulto y del anciano.

UN RECUERDO.

Era una de esas noches templadas y serenas,
Reflejo de las noches de mi país natal,
De una tristeza vaga y misteriosa llenas,
Como el primer suspiro de un alma virginal.

Brillaban las estrellas cual pálidos diamantes,
De trasparente niebla bajo el ligero tul.
Y entre sus blancos pliegues perdidas por instantes,
Graciosas tachonaban el firmamento azul.

Lánguida y apacible la luna se refleja
En el inmenso espejo del azulado mar,
Y de chispeante plata una ancha franja deja
La espuma de sus olas brillante iluminar.

Cercanos á la orilla levantan arrogantes,
Sus mástiles esbeltos con gracia y magestad,
Los buques que dibujan sus formas elegantes.
Enmedio de esta blanca, serena claridad.

Parece allá á lo léjos que la ciudad dormida
Reposa ya en los brazos del sueño postrimer,
Y en medio del silencio y de la sombra hundida,
No encierra ya en su seno trabajo ni placer.

No llegan á esta altura sus voces animadas,
Los gritos del contento, las quejas del dolor;
Se escuchan solamente las olas agitadas,
Que azotan en la playa con lánguido rumor.

Es un paisaje lleno de calma y hermosura
Que inspira sentimientos de suave bienestar...
¡Por esta luz bañado tan apacible y pura
Pudiera tanta dicha hacerme recordar!

Mas no hay en este ambiente el penetrante aroma
De rosas y azahares, violetas y clavel,
Que la templada brisa de nuestra patria toma
A las fragantes flores de su eternal vergel.

El aire no atraviesan insectos á millares,
Su huella luminosa dejando tras de sí;
Ni se oyen esos vagos murmullos ó cantares
Que la natura toda alza armoniosa allí.

Nó, falta á este paisage magnífico la vida,
La vida que desborda con fuerza por doquier,
En esa bella tierra del cielo bendecida
Dó anhela con tal ansia mi corazon volver.

De súbito, el silencio profundo interrumpiendo,
Y de emocion haciendo el alma palpitar,
A su secreto voto por mágia respondiendo
De música se escuchan los ecos resonar.

Cual si de un bello cuadro cubierto con un velo,
Rasgárase de pronto al lúgubre crespon,
Hallé cual nunca bello purísimo este cielo,
Cual nunca en esta tierra gozó mi corazon.

Es que memorias dulces vinieron á millares
En su gracioso vuelo el alma á arrebatar;

Que en alas de esas notas atravesé los mares,
Y me encontré dichosa en mi risueño hogar.

Y ví los corredores bañados por la luna,
Mis flores tan queridas, la fuente y el jardin;
Y ví sombras amadas pasar una por una,
Dando la ansiada dicha al corazon al fin.

Y ví tambien la noche tan bella.. ¡Oh! No abandona
El alma este recuerdo que siempre dulce halló,
En que ciñó mi frente de artista la corona,
Que tierna é indulgente mi pátria me ofreció.

Que de esa recompensa tan poco merecida,
A los débiles ecos de mi humilde laúd,
Conservará por siempre el alma conmovida,
Recuerdos de profunda, sincera gratitud.

Y de esas dulces notas los mágicos acentos,
Me han hecho tan queridas memorias evocar...
¡Oh! gracias al amigo que hiciera esos momentos
Del sueño del pasado tan bellos despertar.

Y á esa naturaleza que desolada y fría
En sus amargas horas el corazon halló.
Con esa deliciosa dulsícima armonía
El misterioso encanto de la ilusion prestó,

Adios. Si en algun tiempo tu anhelo ó tu destino
Los juveniles sueños de fama ó de ambicion,
Te llevan en su raudo violento torbellino
A ese país tan bello, tan caro al corazon;

Busca mi hogar modesto do reina lo ventura
De do se alejan tristes la pena y el afan,
Que allí hay un paraiso de calma y de frescura
Do manos afectuosas la tuya estrecharán.

San Francisco, Setiembre,—1864.

A MI AMADA HERMANA CLARISA.

Cual talisman que en la fortuna varia,
Del dolor te defienda decidido,
Mi corazon te ofrece enternecido,
Esta humilde y modesta trinitaria.
De rocìo una gota solitaria
Como gota de un llanto contenido,
Temblorosa en su cáliz se ha escondido....
Es la voz de mi férvida plegaria.
En esta hora solemne de tu vida,
Que ella te exprese, hermana, lo que siento
De contrarios afectos combatida;
Y recuerdo eternal de este momento,
Doquier ¡ay! que la suerte nos divida,
Te lleve de tu hermana un pensamiento.

Mayo 17.—1866.

A MI HIJO.

¡Hijo! prenda de amor santa y querida,
Encanto delicioso de mi vida,
Luz de mi corazon;
Déjame contemplarte en mi embelnso,
Acércate, mi bien, dame otro beso....
¡Cuán dulces hijo son!

Refresca el corazon tocar tu frente;
Hace tu alma serena é inocente
A la mia sentir
Esa calma apacible de la infancia,
Tan llena de candor y de ignorancia
Del mundo y del vivir.

¡Gracioso querubin de faz divina,
Puro como la estrella vespertina,
De nítido fulgor;
Tierno como el cantar de la paloma,
Cándido y virginal como el aroma
De inmaculada flor!

Si ha sido muda para tí mi lira,
Es que el sublime afecto que me inspira
Inmenso celestial,
Encuentra la palabra débil, fria....
¡Oh! no puede expresarse, vida mia,
El amor maternal.

Ante el goce sereno é infinito,
Que ese amor inmortal, santo, bendito
Hace al alma probar,
Enmudece la lira del poeta....
Una dicha tan pura, tan completa
No se puede cantar.

¡Hijo!......¿ En esa palabra no se encierra
La armonia mas dulce de la tierra?
¡La del cielo tambien!
¡Hijo! á este nombre el corazon agita
Una emocion tan pura é infinita....
¡Ven á mis brazos, ven!

Ni la luz apacible de la aurora,
Cuando las nubes en Oriente dora
Con tintas de coral;
Ni el capullo fragante de la rosa,
Que inclina con un beso cariñosa,
La brisa matinal;

Ni de la luna el rayo trasparente,
Que platea las aguas de la fuente
Con blanco resplandor;
Ni de la tarde el diáfano celaje;
Ni el aura que murmura entre el follaje
Un suspiro de amor;

Son tan bellos al alma enagenada
Como tu voz, tu risa, tu mirada,
Tu alegria infantil....

¡Oh! tú eres para mí la luna bella,
El fragante boton, la blanca estrella,
La mañana de Abril.

Cuando tu padre sobre mí inclinado
Te contempla en mis brazos extasiado,
Y no vé mas allá;
Mientras tú, sonriendo dulcemente,
Le diriges con labio balbuciente
Un armonioso *¡Pá!*

Cuando tus brazos hacia él tendiendo,
Tus confusos acentos repitiendo
No le dejas partir,
Humedecerse su mirada veo,
Y una dicha tan pura en ella leo.....
¡Hijo amar es vivir!

Tal vez llegará un dia en que las penas
Empañarán las horas, hoy serenas
De tu vida feliz;
En que el soplo letal de los dolores
Despojará de tu ilusion las flores
De aroma y de matìz.

Plegue al cielo que entónces en tu duelo
Puedas, hijo, cual hoy, paz y consuelo
En mi seno encontrar;
¡Oh! plegue á Dios que tu angustioso llanto
Pueda yo, como hoy, mi dulce encanto,
Con un beso enjugar.

Pero hoy que aun limpio el firmamento ostenta
Para tí su zafir, que la tormenta
Aun no brama cruel;
Hoy que estás en el puerto todavía,
Hoy que aun no lanzas á la mar bravía
¡Ay! tu frágil bajel;

Duerme sobre mi seno reclinado,
Duerme miéntras te arrullo, hijo adorado,
Con un canto de amor....
¿Te sonries?... Sin duda entre tu sueño
Ves un angel radioso y halagüeño,
Que te ofrece una flor.

No tiembles... Esa lágrima, hijo mío,
Que ha caido en tu frente, es el rocío
Puro del corazon;
No la arranca una pena imaginaria......
Esta lágrima al par que una plegaria
Es una bendicion.

Setiembre 7.—1867.

A una artista.

—¿Adónde vas, graciosa peregrina,
Por esa senda estéril y pendiente?
¿Adónde vas trocando dulcemente,
En una flor fragante cada espina?
Un destello purísimo ilumina
Tu magestuosa y elevada frente....
¿Dónde vas sonriendo blandamente?
—Voy á cumplir una mision divina
—Y ¿cuál es tu mision, hermosa hada?
—Calmar las penas, enjugar el llanto,
Hacer dulce al mortal esta morada.
Al encender en mi alma el fuego santo,
Para cumplir esa mision sagrada,
Me ha dado Dios las notas de mi canto.

Guadalajara, Enero 28.—1868.

A MI APRECIABLE Y BUEN AMIGO

EL SR. DR. D. JUAN B. HIJAR Y HARO.

Dedicándole el Drama "Espinas de un Error."

Hoy mi modesta ofrenda te presento,
De emociones profundas agitada,
Pobre como es el don, es delicada
Y sincera expresion de un sentimiento.
Aunque expresarlo bien en vano intento,
No arrojaré mi lira desolada,
Tu alma do arde esa llama inmaculada
Comprende de amistad el tierno acento.
¡Pura y santa amistad! Yo la bendigo,
Ella es en el desierto verde palma,
Puerto do se halla en el dolor abrigo,
Bálsamo dulce que las penas calma.....
¡Oh! tú sabes muy bien, mi buen amigo,
Que el amigo es el médico del alma.

HIMNO
A LA CARIDAD.

¡Caridad, hija santa del cielo,
Que en la tierra bendice el mortal!
¡Manantial de celeste consuelo;
De infinito placer manantial!

¡Oh! ¿quién es esa cándida vírgen,
De faz dulce, purísima y bella,
Que doquier va dejando en su huella
Blando aroma y sereno fulgor?
En su frente apacible y hermosa,
Por la luz de los cielos bañada,
Se refleja de Dios la mirada
En un rayo de paz y de amor.
Caridad etc.

A su vista la madre infelice
Que sintiendo su seno agotado,
En la frente del hijo adorado
Deja el llanto de angustia caer,

Se arrodilla, sintiendo que enjuga
Esa mano piadosa su llanto,
Que en la herida de su hondo quebranto
Viene un bálsamo dulce á verter.

Caridad etc.

Esa jóven que gime y solloza,
Ante un lecho de muerte postrada,
A su madre contempla angustiada
De dolor y miseria espirar.......
Caridad, tu divina sonrisa
Ese mísero lecho ha bañado,
Y á la triste mansion has logrado
La salud y la dicha llevar.

Caridad etc.

Solo y débil se encuentra en el mundo
Sin asilo y sin pan ese anciano,
La piedad solicita su mano,
Que una espada sostuvo tal vez;
Pero un ángel de diáfanas alas
Hacia él tiende su rápido vuelo;
Un alivio ha encontrado en su duelo,
Un apoyo en su triste vejéz.

Caridad etc.

Esos niños, que huérfanos lloran,
De hambre y frío temblando aterrados,
¿Morirán por el mundo olvidados?
¿Morirán, celestial caridad?
Nó, ya el ángel que escucha su queja
Los estrecha en purísimo abrazo,
Los abriga en su blando regazo,
Les sonrié con tierna bondad.

Caridad etc.

Sí, bendita, bellísima vírgen,
De faz dulce, apacible y serena,
Que doquier vas calmando la pena
Y ahuyentando el amargo dolor;
En tu frente tranquila y hermosa,
Por la luz de los cielos bañada,
Se refleja de Dios la mirada
En un rayo de paz y de amor.

Caridad etc.

Junio 29—1868.

A UNA VIOLETA.

Dulce y tímida violeta,
Que te cubres de tus hojas
Con el manto,
Y velas tu faz inquieta
Cual si temieras congojas
Y quebranto;

Del alma pudor emblema,
Huyes del sol esplendente
La mirada;
Que el sol ¡ay! las flores quema.......
Y amor quema al alma ardiente
Delicada.

Cuando en el límpido espejo,
Que le ofrece sosegada
La laguna,
Se mira en blanco reflejo
La tibia luz argentada
De la luna;

Alzas la faz dulcemente,
Tus perfumes á la hermosa
Enviando;
Miéntras te dice el ambiente
Lánguida queja amorosa,
Suspirando.

Y cuando la blanca aurora
Diáfanas perlas derrama
En tu frente;
Cuando el cielo aun no dora
Del sol la ardorosa llama
Refulgente;

De tu dosel de follaje,
La verde bóveda umbría
Penetrando,
En tu divino lenguaje,
Un saludo das al dia
Triste y blando.

Pálida flor misteriosa,
Cuya frágil hermosura
Me enagena;
Junto á tí la altiva rosa
Y la perfumada y pura
Azucena,

Hacen de su fresco brillo,
De sus colores y aroma
Vano alarde;
Que tu atavío sencillo
Las tintas al cielo toma
De la tarde.

Por eso la sombra vaga,
Que roba de tu semblante
Los colores,

Dulce el corazon halaga
Más que la tinta brillante
De otras flores.

Yo no sé donde he leido
Sobre tí, flor inocente,
Triste historia,
Que guarda como un gemido
Melancólica y doliente
La memoria.

Dicen que tu blanda esencia,
Que tu purísimo aliento
Perfumado,
De una mezcla de inocencia
Y amargo arrepentimiento
Se ha formado.

Si es eso cierto, por eso
Hay en tu dulce belleza
Tal encanto;
Por eso hay tanto embeleso
En tu lánguida tristeza
Y en tu llanto.

Por eso, flor solitaria,
Cuando te mece la brisa
Amorosa,
Es tu aroma una plegaria,
A la par que una sonrisa
Deliciosa.

Recuerdo que allá en mi infancia,
Al verte lozana y pura,
Yo creia

Que era tu dulce fragancia
Un perfume de ventura
Y alegría.

Porque en esa edad serena,
En que el alma sosegada
Y tranquila,
Ignora la amarga pena,
Que deja en llanto arrasada
La pupila;

No comprendiendo ¡inocente!
El dolor que un dia, impío
Nos devora,
Al ver tu llanto doliente
Creí ¡ay! que el rocío
De la aurora.

Hoy han pasado los años,
Y la senda recorriendo
De la vida,
Han ido los desengaños
En el corazon abriendo
Honda herida;

Hoy, cual entónces, no ignoro
Las penas, que ya he probado
Su amargura;
Hoy comprendo bien tu lloro,
Que yo tambien he llorado
Con tristura.

Hoy encuentro en tu fragancia
Esa expresion de tristeza,
De quebranto,
Que no encontraba en mi infancia,
Y que presta á tu belleza
Tal encanto.

Por eso, flor solitaria,
Cuando te mece la brisa
Cariñosa,
Hoy comprendo tu plegaria,
Como entónces tu sonrisa
Deliciosa.

Guadalajara, Julio 12 de 1868.

A UNA MARIPOSA.

¿Adónde el rápido vuelo
Tendiendo vas, mariposa?
¿Por qué desdeñas la rosa,
Gala del fresco pensil?
¿Por qué miras con desvío
El lirio de pura frente,
Y la azucena inocente,
Blanca corona de Abril?

¿Adónde vas desplegando
Tus alas de mil colores?
¿Qué buscas entre las flores
Que no puedes encontrar?
Dicen que inconstante y loca,
Siempre en pos de falsos goces,
La ventura no conoces
Que puede el cariño dar.

¿Pero eso es cierto? ¿Qué saben
Los que te juzgan ligera
Si eres la fiel compañera
Del objeto de tu amor?
¿No dices al alejarte
De la azucena y la rosa,
Que no encuentras, mariposa,
Tus amores en la flor?

Yo no te juzgo como ellos
Emblema de la inscontancia......
De los sueños de la infancia
Eres la imágen tal vez.
De esos sueños peregrinos,
Frágiles como tus alas,
Que ornan con sus frescas galas
La senda de la niñez.

Así como tú brillantes,
Y como tú pasajeras,
Las ilusiones primeras
Que embriagan el alma son:
Y al buscar en la existencia
Esa sombra vaporosa
Halla el alma, mariposa,
Que fué solo una ilusion.

Cual huyes tú presurosa,
De flor en flor revolando,
El cruel afan burlando
De la codicia infantil,
Huyen los sueños dorados,
Las deliciosas quimeras,
Que sonrien placenteras
De la vida en el Abril,

Caprichosa flor alada,
Que vives sólo un instante,
Tu fresco adorno brillante
Debes bien presto perder....

Si toda dicha en la tierra
Es una dicha ilusoria,
Tu belleza transitoria
Es la imágen del placer.

¿Adónde vas desplegando
Tus alas de mil colores?
¿Qué buscas entre las flores,
Que no puedes encontrar?

¿Por qué indecisa diriges
A cada arbusto tu vuelo,
Y luego te alzas al cielo
Cual si á él quisieras llegar?

Algo al corazon le dices
Tan dulce, que si te miro,
No es tu gracia lo que admiro
Ni tu brillante color;

Porque en los vagos delirios
Que forja la mente inquieta,
Para el alma del poeta
No eres insecto ni flor.

Eres un alma que vuelve
De un mundo desconocido,
Llamada por el gemido
De otra alma que aquí dejó;

Y entre la tierra y el cielo,
Por su esencia suspendida,

Busca la dicha en la vida
Del cielo que abandonó.

Por un recuerdo acosada
De más completa ventura,
Hacia otra region más pura
Intenta el vuelo elevar;
Y por la voz cariñosa
Hacia la tierra atraida,
El cielo de nuevo olvida
Y vuelve al mundo á bajar.

Yo comprendo bien que un alma
Se encuentre en el cielo inquieta,
Si por su mal incompleta,
Aquí dejó su mitad;
Que para hacerla olvidarse
De ese irresistible anhelo,
La felicidad del cielo
Es débil felicidad.

Mariposa, si es un sueño
Extravagante esta idea,
Al corazon que la crea
Es dulce y consolador
Pensar que puede la fuerza
De un sentimiento profundo,
Volver un alma á este mundo
En las alas de ese amor.

Pero ya entre nubes rojas
Se hunde el sol en Occidente,
Y la niebla trasparente
Tiende su diáfano tul.

Seguir no puede mi vista
Tu vago, indeciso vuelo......
Se confunde con el cielo
De tus alas el azul.

Julio 31.—1868.

EL CORDERILLO.

A MI HIJO

Oye al pobre corderillo
Cómo bala tristemente;
Ven á acariciar su frente
Con tus labios de coral.
Ven á hacerle un tierno halago....
¿Sabes, hijo, por qué llora?
Le arrâncó mano traidora
Del regazo maternal.

Mira, sus lánguidos ojos
Te contemplan con tristeza,
Cuando tu rubia cabeza
Tierno apoyas sobre mí;
Es, tal vez, que el inocente
Recuerda el dichoso día
En que una madre tenía,
Que le amaba cual yo á tí.

Toma el pan en tu manita
Y dáselo sin recelo;
Míralo, es tan pequeñuelo......
Acércate sin temor.
Parece que te lo pide
Su suplicante mirada....
No temas, no temas nada,
Querubin encantador.

¿Imaginas un instante
Que tu madre permitiera,
Si hacerte algun mal pudiera,
Que te acercaras á él?
Hijo, tal vez algun día
Te enseñe el destino fiero
Que puede ser un cordero
¡Ay! el amigo más fiel.

Este pobre animalillo,
Que hoy temeroso te mira,
Cual por su madre suspira
Por tí suspira tal vez;
Y mas que de un ser humano
Puedes fiar ciegamente
En su cariño inocente
Sin engaño y sin doblez.

Ven, alisa con tu mano
Su suave lana sedosa,
Y un lazo color de rosa
En su blanco cuello pon;
Llévalo á jugar contigo
Sobre la yerba del prado,
Para que olvide á tu lado
Que sufre su corazon.

Llámalo, que de tu acento
La deliciosa armonía
Es más dulce, vida mía,
Que el canto de un serafin;
Y á tu madre le parece
Que esa voz de encanto llena,
Puede, en su magia, á la pena
Más amarga poner fin,

¿No quiere ir? Es que teme
Que en tu indolencia de niño,
Pagues su tierno cariño
Con desden ó crueldad,
Teme que un dia llevado
De la humana lijereza,
Con desdeñosa esquiveza
Respondas á su amistad.

¡Pobrecillo! ¿No consigues
Mitigar su pena fiera?
¿Quieres hallar la manera
De hacer su llanto cesar?
Ven conmigo y buscaremos
A su madre....¡Qué! ¿No quieres?
¿No quieres, hijo; prefieres
Verle sufrir y llorar?

¿Qué hicieras, angel querido,
Si á tu madre te arrancaran,
Si de ella te separaran
Para no volverla á ver?
¿Qué hicieras sin sus caricias,
Sin su armonioso cuidado,
Sin su cariño acendrado,
Dulce parte de mi sér?

¿Qué hicieras si al despertarte,
Cual las aves, con la aurora,
A tu madre que te adora
No hallaras cerca de tí?
¿Si no sintieras sus labios,
Con maternal embeleso,
Deslizar un casto beso
En tus labios de rubí?

¿Quién tu pacífico sueño
Arrullara con su canto?
¿Quién secaría tu llanto
Con sus sonrisas de amor?
¿Quién en tus juegos de niño
Tomara parte gozosa,
Volviendo á esa edad dichosa
De inocencia y de candor?

¿Quién te diría esa historia
Del niño obediente y bueno,
Que de la ira el veneno
No encierra en su corazon;
Para quién su ángel custodio,
Que entre sus sueños divisa,
Tiene simpre una sonrisa
Y una tierna bendicion?

¿Comprendes ya cuan amarga
Fuera para tí la vida,
Si de tu madre querida
Te alejaran por tu mal?
Hijo, la dicha más pura
E infinita de la tierra,
Tanta dulzura no encierra
Como un beso maternal.

Lleva, pues, el corderillo
A su madre que lo espera....
¡Cuál corre por la pradera!
Ya mira á su madre allí.
Ella le llama gozosa
Con balidos cariñosos....
Míralos ¡son tan dichosos!
¿No es mejor verlos así?

¿No es mejor darle esa dicha
Que le aleja de tu lado,
Que haciéndole desgraciado,
De su presencia gozar?
El placer más delicioso
No es placer, hijo querido,
Si puede un solo gemido
A otro corazon costar.

Ven....¿No respondes? ¿Qué tienes?
¿Estás llorando, mi vida?....
¡Es ya una ilusion perdida
Y aun no empiezas á vivir!
¡Prenda del alma adorada,
Plegue á Dios que siempre ignores
Que del mundo en los dolores
Van los sueños á morir!

Seca tu llanto, inocente;
Me está el alma lastimando....
Si sigues así llorando
Voy á llorar yo tambien....
¡Te sonries y rodeas
Tus bracitos á mi cuello!....
¡Hijo, es á veces más bello
Este mundo que el Eden!

Escoba Agosto 30—1866

EN LA MUERTE

DE MI SOBRINA.

Cándido boton de lirio,
Que perfumando el ambiente,
Presentabas tu alba frente
A la brisa matinal;
¿Por qué en tu tallo flexible
Marchito te encuentro ahora,
Si aun brilla blanca la aurora
Y aun no sopla el vendabal?

¡Ay! tal vez tú comprendiste,
Flor inmaculada y pura,
Que encierra un mar de amargura
Este mundo de dolor;
Y ántes de llegar tu labio
A su copa envenenada
Tu suplicante mirada
Húmeda alzaste al Señor.

"Padre, dijiste, mi planta
Halla muy rudo el camino;
Sufrir me grita el destino
¡Y es tan horrible sufrir!
Padre, separa este cáliz
Que mi débil labio quema;
Rompe el terrible anatema
Que me condena á vivir."

Y Dios escuchó clemente
Tu fervorosa plegaria,
Y hoy reposas solitaria
A la sombra de una cruz.
Hoy desde el límpido cielo
Melancólica la luna
Derrama en tu helada cuna
Su tibia, argentada luz.

Hija, descansa tranquila
En ese lecho de flores:
De esta vida los dolores
No irán á buscarte allí.
Duerme envuelta entre los pliegues
De tu velo de inocencia......
¡Ay! ¿merece la existencia
Que te lloremos así?

Pura, inocente paloma,
Que alzando rápido el vuelo,
Nos dejaste por el cielo,
Tu primitiva mansion:
Un solo instante en la tierra
Las blancas alas plegaste,
Y por el mundo pasaste
Como celeste vision.

¿Por qué este llanto de angustia
Que el corazon nos abrasa,
Si cada instante que pasa
Ha de acercarnos á tí?
No es tu ausencia momentánea
Una eterna despedida......
¡Despues de esta triste vida
Nos reuniremos allí!

Yó sé entretanto que vela
Por nosotros, de la altura,
Con infinita ternura
Tu alma pura y virginal;
Que el amor, dulce querube,
Sobrevive á la existencia,
Porque su divina esencia
Es como el alma, inmortal.

¡Dichosa tú que ignoraste
Lo que es la vida y la muerte,
De tus padres al perderte,
El infinito dolor!
¡Feliz tú, fresco capullo,
Que un solo instante viviste,
Y el blanco cáliz abriste
En otro mundo mejor!

Guadalajara, Noviembre 22.—1859.

EL PRISIONERO Y LA GOLONDRINA.



MI QUERIDA TIA MADRE.

La Golondrina.

Ya el cielo se tiñe
De fuego y de grana,
Risueña y galana
Se entreabre la flor;
El árbol sacude
Su verde atavío
Do brilla el rocío
Del alba al fulgor.

De tintas rosadas
Se cubre el Oriente
Cual púdica frente
De virgen beldad;
Las fuentes, las aves,
La brisa ligera
Murmuran do quiera
Dicha y libertad.

El Prisionero.

Va á amanecer; el indeciso rayo
De blanca luz, que anuncia la mañana,
Juega en la estrecha y mísera ventana
De mi oscura prision,
El concierto inefable y melodioso,
Que de Dios alabando la grandeza,
Eleva al despertar naturaleza,
Escucha el corazon.

¡Cuán bella debe estar iluminada
Por el alba serena la pradera;
La sonrisa esperando placentera
Del padre de la luz!
¡Cuán bello desde un lecho de celajes
Debe elevarse el sol en el Oriente:
Magestuoso apartando de su frente
El lijero capuz!

La Golondrina.

Ave errante é indolente,
Nadie siente
Cual yo la felicidad.
Sublime naturaleza,
Tu belleza
¿Qué vale sin libertad?

El Prisionero.

¡Oh! ¡quién pudiera contemplar al ménos,
Limitando á mi vista el horizonte,
La verde cumbre del lejano monte
Bañada por el sol!

Un errante celaje ¡ay! un fragmento
De ese cielo tan puro y trasparente,
Por la rosada luz del sol naciente
Teñido de arrebol!

La Golondrina.

La traviesa
Mariposa
Que á la rosa
Y al clavel,
Con un beso
Viva, ingrata,
Arrebata
Dulce miel,
Es ménos dichosa
Que el ave lijera,
Que la primavera
Sabe siempre hallar;
Y tendiendo airosa
El rápido vuelo,
Pudiera hasta el cielo
Osada llegar.

El Prisionero.

¿Qué canto suena en mi cansado oido?
¡Ay! es de un ave el melodioso acento......
¡Oh! no partas por Dios, calma un momento
Mi pena con tu voz.
Déjame contemplarte un solo instante,
En las barras posada de mi reja,
Unico sér que escucharás la queja
De mi tormento atroz.

¿Eres feliz, graciosa golondrina,
Que cantas la sonrisa de la aurora,
Miéntras el triste prisionero llora
De tu voz al compas?
¡Ay! tú recorres el espacio libre;
Tú ves el bosque, la montaña, el prado,
Mientras repito en lágrimas bañado:
¡No los veré jamás!

La Golondrina.

Hombre, díme:
¿Por qué lloras?
No las horas
Desperdicies del vivir;
Ven conmigo
La mañana
Se engalana
Con manto de oro y zafir.

Ya el sol dora
La pradera,
Por do quiera
Hay vida y felicidad;
Canta el ave
Su ventura....
Tú lloras con amargura....

El Prisionero.

¡Mi perdida libertad!

La Golondrina.

!Ah!

El Prisionero.

Yo en oscuro calabozo hundido,
Mientras tú admiras la natura bella,
Ni alzar puedo mi lánguida querella,
¡Que debe ahogarse aquí!
Miéntras me pintas el risueño cuadro
Que me arrebata esa pared sombría,
¡Ignoras que ni dicha ni alegría
Existen para mí!

¿Qué me importa que el sol resplandeciente
Tiña de nacar y oro el limpio cielo,
Que apacible murmure el arroyuelo,
Que se entreabra la flor;
Si se detienen mis nublados ojos
De mi prision en la pared oscura;
Si en mi oido una voz sólo murmura
Desaliento y dolor?

La Golondrina.

¡Oh! yo tambien he llorado
Desolada y prisionera,
Mi suerte enemiga y fiera
Y del hombre la maldad;
Por eso cual nunca ahora,
Escuchando tu lamento,
La dicha inefable siento
De mi cara libertad.

El Prisionero.

¡Dichosa tú que recobrar pudiste
Un bien por siempre para mí perdido,
Tú, que has cambiado en canto tu gemido,
Tu pena en goces mil!

¡Tú, que tendiendo el caprichoso vuelo,
Do quiera libre é indolente giras,
Y el aura tibia y deliciosa aspiras
Del perfumado Abril!

La Golondrina.

¡Ah!.... ¿No oyes?.... Adios.

El Prisionero.

¿Te alejas?

La Golondrina.

Oye ese canto quejoso
Tan suave y armonioso....

El Prisionero.

¡No me abandones cruel!

La Golondrina.

Es mi dulce compañera,
Que mis caricias reclama,
Y que amorosa me llama
Desde el cercano verjel.

Son mis hijuelos amados,
Deslumbrados
Por la matutina luz,
Que me llaman con sus trinos
Argentinos
Desde ese verde sauz.

El Prisionero.

¡Oh! ¡calla por piedad! ¡Calla!.... No sabes
Que en el alma un puñal me estás clavando,

Esos tiernos recuerdos evocando
Que atroz tormento dan.......
¿Dónde están ¡ay! los séres que idolatro?
El hijo de mi amor, prenda querida,
La dulce compañera de mi vida,
¿En dónde, en dónde están?

¡Oh! ya la fuerza de sufrir me falta
Tan espantosa y desdichada suerte.....
¡Si escuchara benéfica la muerte
La voz de mi afliccion!
¡Ay! ¡hijo, esposa! ¡objetos adorados!
Vosotros, dicha de mi vida un día,
Arrancais el sollozo de agonía
Que rompe el corazon.

La Golondrina.

¡Desdichado! ¡quién pudiera
Calmar tu acerbo quebranto!
¡Quién pudiera de tu llanto
La amarga fuente secar!
¡Una gota de consuelo
Derramar en tu alma herida;
En tu desolada vida
Una esperanza sembrar!

El Prisionero.

¡Oh! no podria el corazon ya muerto,
En la dicha esperar,
Cual no puede en la arena del desierto
Verde yerba brotar.

La Golondrina.

¡Oyes? De mi tierna esposa,
Cariñosa

Llega la voz hastá aquí.
Me llama......... Vuelo al momento......

El Prisionero.

¡Qué tormento!

La Golondrina.

Parto...... Adios....

El Prisionero.

¡Triste de mí!
¿Por qué te alejas dí, por qué te alejas?

La Golondrina.

En busca de mi bien.

El Prisionero.

De nuevo solo á mi dolor me dejas,
¡No me abandones!......¡ven!
Tú que un instante mi pesar calmaste,
Rayo de luz en mi prision caido,
Escucha compasiva mi gemido
¡No te alejes de mi!
¡Es tan triste vivir solo en la tierra
Sin un sér ¡ay! que enjugue nuestro llanto!
Alza de nuevo tu armonioso canto......

La Golondrina,

Mi amada espera allí.

El Prisionero.

¡Oh! ya tendiendo tus lijeras alas
A partir te preparas inclemente....
¿No te mueve mi súplica doliente?

La Golondrina.

¡Voy de mi amor en pos!

El Prisionero.

¡Adios! Recuerda al prisionero triste,
Que un instante te debe de consuelo....

La Golondrina.

¡Adios!

El Prisionero.

Ya elevas presurosa el vuelo......
¡Ave feliz...... adios!

Marzo 29.—186v.

A UNA YEDRA.

Entre los rotos cristales
De mi derruida ventana,
Se introducen de una yedra
Las verdes flexibles ramas,
Que alzándose cariñosas
A los maderos se enlazan,
Formando verdes festones
Y encantadoras guirnaldas.
Risueñas flores azules
El tallo frágil esmaltan,
Siempre mirando á los cielos
Con cuyo azul se engalanan;
Y en la gota de rocío
Que su fresco cáliz baña
Parece que lo reflejan,
Parece que lo retratan.
¿Qué buscas bajo mi techo,
Florecilla delicada,
Que parece que un abrigo
Con tierno idioma demandas?

¿Temes acaso que sople
La tempestad despiadada,
Y arrebate tus primores
Y despedace tus galas?
¿Temes que el ardiente rayo
Que fulgente el sol derrama,
Tu fresco color marchite
Y tu blando aroma esparza?
¿Temes que la mariposa
Que por los pensiles vaga,
Robe la miel de tu seno
Abandonándote ingrata?
¿Temes que mano atrevida,
Con indolencia tirana,
Del verde tallo te arranque,
Y apurando tu fragancia
Te arroje despues al suelo
Marchita y despedazada?
Flor tan frágil y tan bella
Como los sueños que vagan
En los floridos verjeles
Que recorre nuestra infancia;
¡Cuánto gozo al contemplarte
Escalando mi ventana,
Para venir á ofrecerme
En tu corola azulada,
Una promesa de dicha
Que en tu fresco cáliz guardas,
Y cual tímido suspiro,
Con tu dulce aroma exhalas!
Así una tierna creencia
Te hace al corazon más grata,
Flor azul como los cielos,
Que de esperanzas me hablas;
Que el azul es para mí

El color de la esperanza,
Desde qne toda la dicha,
Qne dulce la vida embriaga,
En unos ojos azules
Halló satisfecha el alma.

Guadalajara, Febrero 16.—1869.

AL AUTOR DE GRACIAS DE LAS HEMBRAS.

SONETO.

Si es la mujer tan vana como necia,
Si de su propio hechizo se enamora,
Si díscola riñendo se desdora,
Si ignorante confunde Roma y Grecia;
Si aprecia siempre á aquel que no la aprecia
Y sin motivo rie, goza ó llora;
Si desprecia cruel al que la adora
E idolatra al que altivo la desprecia;
¿No merece de necio el justo apodo
El que buscando amor, dicha y placeres,
Siembra sus ilusiones en el lodo
Cifrando su ventura en las mujeres?
Filósofo, poeta, y sabio, y....todo
¿Por qué por monstruo tal, de amor te mueres?

México Diciembre 20—1869.

El Alba.

Diáfana luz indecisa
Ilumina el firmamento
Blandamente;
Como lánguida sonrisa
Del corazon, que un tormento
Crudo siente.

El azul denso del cielo.
Una tinta mas suave
Va tomando:
Su manto de terciopelo
Va la noche austera y grave
Replegando.

El blanco velo de encaje,
La niebla en pliegues graciosos
Recojiendo.
Con el nítido celaje,
Se va en giros caprichosos
Confundiendo

Fajas de un pálido rosa
Se extienden por el oriente,
Que ilumina
La tenue luz misteriosa,
Risa del alba naciente,
Peregrina.

Palidecen las estrellas
Cuando esa luz nacarada,
Vencedora
Borra las últimas huellas
De la noche, destronada
Por la aurora.

Nubes de púrpura y grana
Tiñe ese rayo brillante,
Delicioso,
Y forman á la mañana
Un rico dosel flotante,
Magestuoso.

Se enciende el límpido cielo,
Que un vivo reflejo ardiente
Tornasola;
Rasgando el diáfano velo,
Muestra el sol resplandeciente
Su aureola.

Entónces naturaleza,
Hasta ese instante adormida,
Silenciosa,
Desplegando su belleza,
Aspira esa nueva vida
Anhelosa.

Se agita el verde ramaje
Con grato estremecimiento
De alegría......
Tiene una voz el follaje
Que entona con dulce acento
Su himno al día.

Abre el lirio su corola,
Y alza de perlas la frente
Coronada;
Y se enciende la amapola,
Al sentir del sol naciente
La mirada.

Ostenta la fresca rosa
Con vivo placer intenso
Su hermosura,
Exhalando ruborosa,
De su aroma el puro incienso
Con ternura.

Ráfagas vivificantes
De la brisa perfumada
Matutina,
Hacen temblar por instantes
Las ondas de la cascada
Cristalina.

El arroyuelo murmura
Con voz argentina y quieta,
Mientras baña
Su linfa serena y pura,
En su margen la violeta
Y espadaña.

El nido abandona el ave,
Do su tierna prole amada
Aun reposa,

Con dulce trino suave
Saludando la alborada
Deliciosa.

Triscando con planta leve,
De la colina en la falda
Placenteros,
Semejan copos de nieve
Sobre alfombra de esmeralda
Los corderos.

Resuena allá en la campaña
Del pastor el canto agreste,
Favorito,
Débil nota que acompaña
Ese concierto celeste
E infinito.

La naturaleza entera,
Palpitante, con delicia
Se engalana
Del sol á la luz primera,
A su primera caricia
Soberana.

Todo goza y se estremece,
Nuevo indefinible encanto
Todo toma:
La sombra desaparece;
Todo es risa, amor y canto,
Luz y aroma....

Así en la vida del hombre,
Al primer rayo del alba,

Todo es flores y sonrisas,
Todo ensueños y esperanzas.
Muy presto del sol el fuego,
Las marchita y las abrasa,
Dejando troncos desnudos
Desilusiones amargas.
O el crepúsculo que viene,
Tendiendo su sombra parda,
Envuelve sueños y flores
En su sombría mortaja.
Mas ¡ay! el sol que se oculta,
Vuelve á aparecer mañana,
Dando á la naturaleza
De nuevo encantos y galas;
Pero la dicha no vuelve,
Cuando una tumba la guarda,
Que las flores de las tumbas
Son bien tristes y bien pálidas.
Era mi vida tan bella
Como esa bella alborada....
Hoy la losa de un sepulcro *
Pesa cruel sobre mi alma.

México Diciembre 29 de 1869.

* Mi padre había muerto ya.

A MI TIO JUAN,

OFRECIÉNDOLE UN EJEMPLAR DE "LAS DOS FLORES.

¿No te acuerdas, mi buen tío,
De los tiempos de mi infancia,
En que cual sobrina tierna
Y afectuosa, que cuidaba
De la salud, del reposo
Y del provecho de tu alma,
A toda hora del dia,
Con voluntad ó sin gana,
Te obligaba á que escuchases
Las edificantes máximas,
Los saludables preceptos
De la doctrina cristiana?
Me acuerdo como si ayer
Hubiera pasado; armada
Con un catecismo viejo
Del venerable Ripalda,

Tras de tí, sin compasion
Iba por toda la casa,
La salve y el padre nuestro
Recitándote en voz alta.
¡Y aun no tenía seis años!
¿Y dirás que no te encanta,
Que siendo tan pequeñuela
Con tal empeño tratara
De hacerte entrar en la senda
De perfeccion y de gracia?
Ningun chiquillo de escuela,
Ninguna vieja beata,
Estarían tan al tanto
De todas las cosas santas,
Como tú, si hubieras puesto
La atencion que demandaba
Mi respetable lectura,
Mis sermones....Pero nada!
Tómese vd. el trabajo.
¡Ay! de escribir en el agua,
De predicar en desierto,
Tarea inútil y vana.
De esos tiempos en memoria,
Si el recuerdo no te espanta,
El ejemplar que te ofrezco
Hoy de "Las dos Flores," guarda,
Con el esmero y cariño
Con que á Luisillo cuidaras,
Pensando, que si es Luis,
El hijo de tus entrañas,
"Las dos Flores," es el hijo
Primogénito de mi alma.

LA MADRE Y EL NIÑO.

Era una deliciosa, purísima mañana,
De esas mañanas bellas del hechicero Abril,
En que naturaleza risueña se engalana
Ciñendo su florida corona juvenil.
Sentada bajo un árbol, cnyo follaje espeso
Semeja de esmeraldа flotante pabellon,
La tierna madre cierra los ojos, con un beso,
Del hijo á quien arrulla con lánguida cancion.

Duerme, hijo mio, tranquilo,
En mi seno reclinado,
Por mis besos arrullado,
Defendido por mi amor;
Duerme al abrigo del puerto,
Ignorando en tu inocencia

La irresistible violencia
Del huracan del dolor.

Esta serena mañana
Es la imágen de tu vida,
Fresca, risueña, teñida
De púrpura y de coral.
Duerme; el sol de tu existencia,
Tan sosegada y tan pura,
Es hoy mi inmensa ternura,
Mi cariño maternal.

Ótro amor vendrá algun día
A agitar tu inquieta mente,
Pero será el rayo ardiente
Del sol que al zenit llegó;
No tendrá el encanto dulce
De esa luz que blanca asoma,
Ni el casto y divino aroma
Del amor que te doy yo.

¡Hijo! absorta te contemplo
En tu sereno reposo,
Y te encuentro más hermoso
Que esta mañana de Abril.
Ménos bella es la sonrisa
De la aurora nacarada,
Que tu límpida mirada
Y tu sonrisa gentil.

¿Despiertas? Me miran
Tus ojos de cielo,
Con grata sorpresa,
Con tierna expresion.

Ocultas jugando
Tu rostro en mi seno,
Que late agitado
De viva emocion.

Tus labios balbucen
Tan dulces acentos,
Que el alma me llenan
De goce sin fin.
Enlazan mi cuello
Tus brazos de nieve......
¡Mi vida, mi encanto!
¡Querub, serafin!

Traviesa tu mano
Mis párpados cierra
Con dulce malicia,
Con gracia infantil;
Se apoya en mi labio
Tu labio de rosa,
En él imprimiendo
Mil besos y mil.

¿Adonde diriges
Tus trémulos pasos?
¿Por qué vacilante
Te alejas de mí?
Ya vuelves; te arrojas
Riendo en mis brazos....
Más bello que un ángel
Pareces así.

Ya de nuevo fatigado
Por tu alegría inocente,

Reclinas tu pura frente
En mi regazo de amor;
De nuevo baña tus ojos
Blando, apacible beleño,
De nuevo te envuelve el sueño
En su manto bienhechor.

¡Qué sueñas que así sonries
Con esa expresion radiosa?
¿Qué vision fresca y graciosa
Cruza tu mente infantil?
¿Es quizá un hada esplendente,
Que de perlas y topacios
Te forma bellos palacios
Con su mano de marfil?

¡O acaso ves en tu sueño
Un ángel de paz divina,
Que tu sendero ilumina
Con la luz de su mirar;
Y tejiéndote guirnaldas
De claveles y de rosas,
Te ofrece las mariposas
Que anhelas aprisionar?

Duerme; tu sueño guardando
Callan las aves canoras,
Las brisas murmuradoras
Y el cristalino raudal.
Duerme, encanto de mi vida;
Duerme, mi dulce embeleso;
No despiertes á este beso,
Prenda de amor maternal.

México Enero 5 de 1870.

A MI PAYE.

Escrita en nombre de mi hijo, ofreciéndole un reloj, el dia de su fiesta.

Mi obsequio te presento,
Paye adorado,
Y en verdad nó lo juzgo
Muy buen regalo;
Que en una vida
Tan serena y tan dulce,
Como la mia;

Detener su carrera
Deben las horas,
Como mi alma, tranquilas,
Puras y hermosas;
Que al alejarse,
Cada una, de mi dicha
Se lleva parte.

Déjame disfrutarlas
Hoy que son bellas,
Hoy que á la yedra el árbol
Su sombra presta,
Hoy que ella enlaza
Con sus tiernos renuevos
Las fuertes ramas.

Hoy que el sol ardoroso
Quemar no puede
De la azul florecilla
La tersa frente;
Que el árbol guarda
Del sol y de la lluvia
La débil planta.

Mi obsequio te presento;
Abre los ojos......
Cuando cumpla quince años
¿Me darás tú otro?
A esa edad, *paye*,
Este objeto es preciso,
Indispensable.

Levántate; ya brillan
Del sol los rayos,
Cual la luz de mis ojos
Puros y claros.
Hoy es tu fiesta......
¡No tengas por tu vida
Tanta pereza!

México, Enero 28.—1870.

A MI ESPOSO.

Triste es medir el paso de las horas,
Cuando cada una de ellas, que adelanta,
Deja impresa la huella de su planta
En lágrimas de angustia abrasadoras;
Cuando al pasar nos roban destructoras,
De nuestra edad primera la fe santa,
La risueña ilusion que nos encanta,
Las bellas esperanzas seductoras.
Pero es dulce contarlas cuando llenas
De recuerdos radiosos y queridos,
Se deslizan tranquilas y serenas;
Y de dos corazones, bien unidos
Por un amor, alivio de sus penas,
Señalan los unísonos latidos.

México, Enero 20 de 1870.

A MI APRECIABLE Y BUEN AMIGO

EL GENERAL POETA.

Cuando la blanca estela plateada
Surque, de tu bajel, los anchos mares,
Y oigas del marinero á los cantares
Mezclar su rnda voz la ola agitada;
Cuando las costas de la patria amada,
De tus hermosos y risueños lares,
Vagas perderse con dolor mirares
Entre un velo de niebla sonrosada;
Piensa en que los amigos que aquí dejas,
Te ofrecen cariñosa una memoria,
Miéntras con rapídez de ellos te alejas;
Piensa que aun la desgracia es transitoria.....
Piensa que noble ante el deber no cejas,
Puro guardando el lauro de tu gloria.

México, Julio 7 de 1870.

JUVENTUD.

A ELISA.

En fresco prado gentil,
Tapizado de esmeralda,
De una colina en la falda,
Una mañana de Abril,

Bajo la sombra eternal
Del naranjo perfumado,
Del arroyo plateado
Junto al limpio manantial;

Duerme una niña inocente
En blando lecho de flores,
De la aurora á los fulgores
Y al murmullo de la fuente.

Es bella con la belleza
Dulce, diáfana, divina,

De la infancia que termina
Y la juventud que empieza.

El colibrí del verjel
No le hizo al clavel agravio,
Al tomar su rojo labio
Por un fragante clavel;

Ni la alegre mariposa,
Que en torno vuela sencilla,
Al confundir su mejilla
Con la nacarada rosa.

Es el marco más completo
De tan graciosa figura,
Ese sol, esa verdura,
Ese arroyo manso y quieto

Con su dulce murmnrar,
El cielo con sus reflejos
Tornasolados, y al léjos
La azul llanura del mar.

Mas la expresion deliciosa,
El resplandor halagüeño,
Que el grato, apacible sueño
Daba al rostro de la hermosa,

Se disipó en un instante,
Trocando su tierno encanto
Por una gota de llanto
Sobre aquel bello semblante.

La pobre niña soñaba
Que allá del mar en la orilla,
Descubria una barquilla,
Que á alejarse se aprestaba;

Y en ese frágil bajel,
Pese á su angustiosa instancia,
Partia su alegre infancia
Con sus ensueños de miel.

De su amarga pesadilla
La arrancó súbitamente,
La impresion de un beso ardiente
Sobre su húmeda mejilla,

Despertóse estremecida,
Y con pasmo sin igual,
Vió una vision celestial
A su blanca mano asida.

Era una vírgen hermosa.
De dulce faz hechicera,
De alba túnica lijera,
De alas suaves de rosa.

Fresca corona de flores
Sujetaba sus cabellos,
Y de sus ojos destellos
Brotaban deslumbradores.

La niña con inquietud
Fijó en ella su mirada.
—"No temas, le dijo el hada,
Niña, soy tu juventud.

"Tu alegre infancia se aleja
De tu lado con tristura,
Y por órden de natura
Hoy en mi poder te deja."

La niña con faz doliente
Miró de la mar la orilla,
Y vió la blanca barquilla
Alejarse lentamente.

En su dolor infantil
Dejó un sollozo escapar,
—"Niña, no debes llorar,
Le dijo el hada gentil.

"En cambio de tu ignorancia,
De tus juegos, mi querida,
Los ensueños de la vida
Te efrezco"—"Quiero mi infancia."

—"La risueña esplendidez
De esos sueños juveniles,
Te ofrecen goces á miles."
—"Hada, quiero mi niñez."

—"Calma, niña, ese dolor
Tan injusto cual tenaz;
De tu iudolencia y tu paz
Te doy en cambio el amor"

La niña tembló agitada,
Sonriendo entre su llanto,
Y con indecible encanto
Se arrojó en brazos del hada.

Luego volviendo la faz,
Del mar azul á la orilla,
Vió la lijera barquilla,
Que se alejaba fugaz.

México Marzo—1871.

GUADALAJARA.

A MI MADRE MUY AMADA.

Dulce patria idolatrada,
Que tantos séres encierras,
Objetos de una ternura
Profunda, ardiente é inmensa;
Dulce patria, de tí ausente
Suspiro en honda tristeza,
Que lejos del suelo patrio
El alma suspira inquieta.
Este sol que no es el tuyo,
Tan viva luz no me presta,
Y el azul del firmamento
No tiene tanta pureza.
Me parece que no brillan
La luna ni las estrellas,
Cual brilla tu blanca luna
En esas noches serenas,
Bellas como la esperanza,

Y como el recuerdo bellas,
Que ornan tu diáfana frente
Con la brillante diadema
De luceros que deslumbran
La vista que los contempla.
Ameno jardin de flores,
Donde la naturaleza
Ostenta las ricas galas
De una eterna primavera;
¡Cuántas veces me parece
Que al triste corazon llega
En ráfagas perfumadas,
Que aspiro con ansia extrema,
De la brisa de la tarde
En el blanco manto envuelta,
La fragancia de tus rosas,
De tus nardos y violetas,
Cuando el crepúsculo tiende
Su meláncolica niebla!
Blando nido do mi infancia
Pasó tranquila y risueña,
Bajo el velo inmaculada
De candorosa inocencia,
Con el hechizo divino
De la vida que comienza
Entre el cariño de un padre
Y la ternura materna;
Entre esa amistad sagrada,
Que el lazo fraterno estrecha,
Flor la más fresca y suave
De la mudable existencia;
Do pasó mi juventud
Con sus doradas quimeras,
Sus ilusiones radiosas,

Sus ensueños de poeta,
Bellos cual leve celaje,
Que el firmamento atraviesa,
Y del sol en occidente
El postrer rayo refleja.
Mi dulce hogar, mi memoria,
Tu grata imágen recrea,
Y con los ojos del alma,
Cuya inmaterial esencia
Traspasa el espeso muro
Y las distancias acerca,
Te contemplo veces mil
Del sol á la luz postrera,
Y veo á mi madre amada,
Cuya adorada cabeza
Amarguísimos pesares
Rapidamente platean;
Mis hermanos, mis hermanas,
Las queridas compañeras
De esas horas luminosas
Cuya esplendorosa huella
No logran borrar del alma
Ni los años ni las penas;
Y esa tropa de querubes,
De risada cabellera,
Coro de ángeles do mi hijo
Un lugar vacío deja,
Retozando bulliciosos
Bajo la bóveda espléndida
De ese cielo de zafiro
De incomparable belleza.
¡Madre! el ángel de mi guarda
Que vela á mi cabecera,
Ha tomado tus facciones

Para aliviar mis tristezas;
Y en esas noches de insomnio,
Do el blando sueño se aleja
De mis párpados que sólo
Lágrimas ardientes cierran,
El ángel las alas tiende,
Mi frente abrasada besa,
Y el soplo de una esperanza
En mi corazon penetra,
De volver al dulce nido
Do pasó mi infancia bella
Entre el cariño de un padre
Y la ternura materna;
Entre esa amistad sagrada
Que el lazo fraterno estrecha,
Flor la mas fresca y suave
De la mudable existencia.
¡Padre! como una plegaria
Mi voz al cielo se eleva
Cuando pronuncio tu nombre
Que el alma afligida llena
....
Mi dulce Guadalajara,
¡Plegue á Dios que á verte vuelva!
Es mi tenaz pensamiento,
Es mi delirio esta idea,
Que dormida me persigue
Y me acompaña despierta.
Tú eres altar de mi dicha,
Que la bendicion suprema
Que al esposo que idolatro
Me liga en union eterna,
Y enlaza nuestras dos vidas
Con su florida cadena,
La escuchó tu sol radiante
Con sonrisa placentera,

La repitieron tus ecos,
Y en el fresco aroma envuelta
De tus flores á los cielos
Se elevó cual santa ofrenda.
Tú eres la cuna do mi hijo
Vió del sol la luz primera,
Donde *Maye* balbucía
Con su vocecita tierna;
Tú eres la tumba sagrada
Que mi corazon encierra,
Porque el corazon de un hijo
Muerto y sepultado queda,
De un sepulcro venerado
Bajo la insensible piedra......
Mi dulce Guadalajara
¡Plegue á Dios que á verte vuelva!

México.—1871.

A Ti.....

CONSOLATION, FOI, ESPOIR.

———

Es del risueño Abril fresca mañana:
Leves celajes de violeta y grana
Siembran el cielo azul;
Elevándose el sol en el oriente,
Tiñe con un reflejo incandescente
Su delicado tul.

De niebla de oro luminoso velo,
Envuelve en occidente el límpio cielo
Con diáfano capuz;
La graciosa colina, el alto monte
Se destacan cerrando el horizonte
En medio á un mar de luz.

Los fresnos, cuya verde cabellera
Ha renovado ya la primavera
Con soplo bienhechor,
Sacudiendo su espeso cortinaje,
Ostentan de su espléndido follaje
El lustre y el verdor.

Del sol al rayo oblicuo, vacilantes
Las sombra de los árboles gigantes
Sobre el césped se ven;
Juega la luz sobre la verde alfombra,
Y hace á intervalos decrecer la sombra
Con gracioso vaiven.

Aspirando la brisa matutina,
Gozosa el ave sobre el borde trina
De su nido gentil;
Las alegres pintadas mariposas
Murmuran al oido de las rosas
Que ha vuelto el mes de Abril.

En cascadas la fuente se desata,
Cayendo en cintas diáfanas de plata,
Que en vivo tornasol,
Reflejando del cielo los fulgores,
Roban al arco-íris los colores
Con brillante arrebol.

Hay algo de sereno, de sencillo
En este cuadro de esplendente brillo
De armonía y de paz;
Imágen de esas horas de la vida;
De esa época tan dulce, tan florida
Al par que tan fugaz.

Entra un rayo de sol por mi ventana
Y el modesto aposento se engalana
Con su alegre fulgor;
En su jaula gorgea la avecilla,
Y su plumaje matizado brilla
Con tenue resplandor.

El fragante heliotropio, la violeta,
Dulces flores amadas del poeta
Que adornan mi balcon,
A los besos del aura se estremecen,
Y al Creador en su perfume ofrecen
Su humilde adoracion.

¡Cuán bella esa sonrisa matutina,
El santuario pácifico ilumina
De nuestro inmenso amor!
¡Con qué elocuencia muda y soberana
Hablan de dicha el sol de la mañana,
El pajaro y la flor!

De una dicha infinita, santa y pura,
Que sólo puede dar una ternura
Profunda é inmortal,
Cuyo amoroso y perfumado aliento
Derrama en todo humano sufrimiento
Bálsamo celestial.

Si es de males la vida una cadena;
Si está su senda por do quiera llena
De abrojos de dolor;
Hay al ménos un bien, hay un consuelo,
Un dulce rayo de la luz del cielo,
Pues que existe el amor.

Dos corazones por su encanto unidos
Oponen á los golpes repetidos

De ruda adversidad,
El escudo de un mutuo sentimiento
Que les presta valor, fuerza y aliento
Contra la tempestad.

¿Por qué inmóvil tu pluma, amigo mio,
Queda sobre el papel? ¿Por qué sonrío
Y olvido mi labor?
¿De quién es ese acento que resuena
En el fondo del alma. y la enagena
Dulce y embriagador?

Es de un ángel de rubia cabellera,
De tez de lirio, risa placentera
Y labios de coral.
El sol bañando sus dorados rizos,
Circunda deslumbrante sus hechizos
De aureola ideal.

¡En medio de ese marco luminoso
Se desata tan fresco y tan gracioso
Ese rostro infantil!
¡En su espontánea y candida alegría
Hay un encanto tal, tal poesía....!
Tierno boton de Abril.

Paye, maye, su voz dulce murmura,
Y en su inquieta y gozosa travesura,
Nada hay seguro ya;
Colgándose á mi cuello en tiernos lazos,
Pasando de mis brazos á tus brazos,
Del uno al otro va.

La ilusion, la esperanza y el contento,
Penetran á la vez al aposento
Con su alegre rumor;

Su riza melodiosa y argentina
Hace al ave cantar, miéntras se inclina
Sonriendo la flor.

Dí lo que tu alma embelesada siente,
Al imprimir en su serena frente
Un beso paternal;
Al sentir la impresion blanda, amorosa
De su labio purísimo de rosa,
Tan fresco y virginal.

Inmaculado corazon de armiño
Te ofrece las primicias de un cariño
Tan puro como él;
De una de sus caricias la ambrosía,
A endulzar deliciosa bastaría
Todo un cáliz de hiel.

El es nuestro placer, nuestra ventura,
Lazo que hace inmortal una ternura
Que ha venido á estrechar;
El es nuestra esperanza más querida....
Ilumina radioso nuestra vida
La luz de su mirar.

De su afecto la ángelica pureza
Del corazon destierra la tristeza,
La inquietud y el afan;
Prenda de nuestro amor, su complemento,
Contra el agudo dardo del tormento
Es nuestro talisman.

Mírale, y con tu mano entre mi mano,
Contemplando su encanto soberano,

Extasiados los dos,
Sobre esa frente pura y sonrosada
Haga caer nuestra húmeda mirada
La bendicion de Dios.

Abril.—1871.

A JORJE Y DANIEL.

Amistad de Infancia.

Niños de risa inocente,
Cuya frente
Brilla con el resplandor
De la aureola radiosa,
Misteriosa
De inmaculado candor.

Disfrutad entre caricias
Las primicias
De las flores del pensil;
Gozad, almas de paloma,
Del aroma
De esta amistad infantil.

Amistad pura, divina,
Que ilumina
Con reflejo virginal,

El pedregoso sendero
Que el viajero
Sigue despues por su mal.

Afecto sereno y santo
Que el encanto
Conserva de la ilusion,
Al venir los desengaños
Tras los años,
Destrozando el corazon.

Planta de dulce fragancia
Que en la infancia
Echa su eterna raiz,
Y en la edad de los dolores
De sus flores
Aun guarda el vivo matiz.

Jugad sobre verde alfombra
A la combra
De árbol frondoso y gentil;
Jugad, que el alba serena
De luz llena
El limpio cielo de Abril.

Risueña vuestra mañana
Se engalana
Con celajes de coral;
Y aparece en lontananza
La esperanza
Tras el velo matinal.

En esa senda florida,
Vuestra vida
Es un sueño de placer:
No podeis entre las flores
Los horrores
Del oscuro abismo ver.

En el tallo de la rosa
Primorosa
Aun no veis abrojos mil;
Ni entre la espesa enramada
La mirada
De venenoso reptil.

No veis en el denso velo
Con que el cielo
Se envuelve en su majestad,
Una nube bramadora,
Precursora
De terrible tempestad.

El prisma de la inocencia
La existencia
Os hace bien dulce ver:
Sí, la existencia es hermosa,
Luminosa
Cuando empieza á amanecer.

¿Qué os dice el céfiro blando,
Que jugando
Acaricia vuestra faz?
—"Gozad niños de la aurora,
Es la hora
De la inocencia y la páz"

¿Qué os dice el sól esplendente,
Cuya frente
No empaña negro capuz?
—"Gozad de la primavera
Placentera,
En que todo es vida y luz"

Corriendo entre la espesura
¿Qué murmura

El arroyo con amor?
—"Gozad, niños, de la infancia;
Su ignorancia
Os defiende del dolor"

Amaos con la ternura
Fresca y pura
De vuestra cándida edad;
En afectuosos abrazos
Esos lazos
Inocentes estrechad.

Sí, gozad entre caricias
Las primicias
De las flores del pensil:
Gozad, almas de paloma,
Del aroma
De esa amistad iufantil.

Tacubaya Noviembre 12 de 1871

EL NO ME OLVIDES.

A MI HIJO.

Hijo ¿por qué has arrancado
Esa pobre florecilla?
Por qué cruel la separa
Tu preciosa manecita,
Del verde tallo en que alegre
Y lozana se mecía?
Hace un instante tan sólo,
Llena de encanto y de vida,
Al rayo del sol naciente
Que prestaba blandas tintas
A sus pétalos azules,
Amorosa sonreia.
Hace un instante que fresca
Y embalsamada la brisa,
Besaba con un suspiro
Sus delicadas hojillas;

La fuente murmuraba
No sé que cancion sentida,
Presentándole el espejo
De su trasparente linfa,
Y ella coqueta y graciosa
En el cristal se veía,
Con la corona de perlas
La pura frente ceñida,
Que en el cáliz de las flores
La mañana deposita.
El colibrí que jugando
La miel de las flores liba,
Mil cariñosas protestas
Apasionado le hacia;
La traviesa mariposa
Que en torno del pensil gira,
Al detenerse á su lado
La miraba con envidia
Al ver que de sus colores
El brillo palidecía
Ante esa flor, que á los cielos
Robó la suave tinta
Del limpio azul que reviste
En nuestra patria querida
En esas noches de otoño
Embalsamadas y tibias.
Era su vida la imágen
De tu existencia tranquila,
Por la luz iluminada
De mi ternura infinita,
De las caricias paternas
Al blando aliento mecida....
Y como la dulce flor
En el arroyo se mira,

Tú te miras en mis ojos,
Vida de la vida mía.
—Madre, era para adornarte,
Clama fijando la vista,
En la mústia flor el niño
Con voz dulce y compungida
—Hijo, mi mejor adorno
Son tus alegres sonrisas,
Tus apacibles miradas,
Tus candorosas caricias,
Tus virtudes inocentes,
Y tu amor, prenda bendita,
Que es mi joya mas preciosa,
Es mi presea mas rica.
De tu inocencia el destello,
Dulce mi frente ilumina
Y ni diamantes, ni flores
Su brillo igualar podrian
Una madre, alma de mi alma,
De adornos no necesita
¡Qué mas adornos que un ángel
Que el cielo mismo le envía!
¡Prbre flor! hace un momento
Feliz en tu tallo erguida
De Dios la bondad inmensa
Afectuosa bendicía;
Porque su aroma suave,
Su belleza peregrina,
Son el himno reverente,
Que elevan á Dios las flores
Humildes y agradecidas.
¡Pobre flor tímida y dulce
Que el recuerdo significa!
Y "no me olvides" repite
Con su tierna vocesita,

Muy bajo al sol que se esconde
Cuando la tarde declina.
¡"No me olvides"! Tú no sabes
La deliciosa armonía,
Que encierran esas palabras
En su elocuencia expresiva.
¡No me olvides! Los ausentes
Murmuran con ansia viva
Estas palabras tan tiernas
Que entre el llanto se deslizan;
Y los séres adorados
Que bajo la losa fria
De su sepulcro reposan,
Desde la mansion divina
Do vive gozosa el alma
Libre de mundanas ligas,
Esos sentidos acentos
Tiernamente nos envian
En el canto de las aves,
En el soplo de la brisa,
Y en el susurro armonioso
De la fuente cristalina.
¡Pobre flor ántes tan bella,
Que ahora mústia y marchita
Sobre tu mano de nieve
Se dobla descolorida!
De la brillante diadema
Con que su frente ceñia,
Queda nna perla tan sólo
Que en su cáliz escondida,
Es una lágrima dulce
Con que llora su agonía;
Y su perfume ya vago
E imperceptible, suspira
Un sollozo contenido,

Una queja dolorida.
"¡Pobre flor! exclama el niño
Con expresion pensativa;
¡Pobre florecita azul
Tan delicada y tan linda!
Yo no quiero que se muera,
Yo no quiero......Madre, mira,
Voy á ponerla de nuevo
En su rama....no te aflijas"
Y en la esperanza risueña
Que su inocencia le inspira,
Junto á la modesta planta
Poniéndose de rodillas,
Al tallo despedazado
La flor moribunda aplica.
Sus inútiles esfuerzos,
Hondamente conmovida,
Observa la madre absorta
Con inefable sonrisa;
Hasta que viendo imposible
Lograr lo que pretendía,
El pobre niño angustiado
La rubia cabeza inclina,
Y cruzando sobre el pecho
Afligido las manitas,
Lleva la flor macilenta
A su boca purpurina,
Mientra una gota de llanto
Humedece su pupila,
Y rodando lentamente
Por su rosada mejilla,
Cae en las azules hojas
De la dulce florecita.
Al embalsamado soplo
De esa cándida caricia,

A la frescura celeste
De esa gota diamantina,
Rocío refrijerante
Que del corazon destila,
Y la ternura demuestra
De esa alma serena y limpia,
La mustia flor se estremece,
Apura la perla nítida,
Que sus agotadas fuerzas
Blandamente reanima,
Y enderezando su tallo
Cobra la color perdida.
La madre estrechando al hijo
En sus brazos con delicia,
Imprimiendo un tierno beso
En su frente alabastrina,
Murmura con un acento
En que confundidas vibran,
De su seno conmovido
Las emociones distintas:
Hijo, una lágrima pura
El mal más acerbo alivia.....
Cuando los ángeles lloran
Nuestros dolores mitigan.

Tacubaya, Noviembre 26 de 1871.

La Vuelta de las Golondrinas.

A mi hijo.

—Madre querida,
Madre del alma,
A la ventana ven del jardin;
Ven paso á paso,
No hagas ruido....
—¿Qué quieres, mi ángel, mi serafin?

—¡Si adivinaras
Lo qne yo he visto!
Dí, madre mia, dime lo que es.
—Será esa rosa
Fresca y lozana
Que del follaje miro al traves?

—Nó, no es la rosa.
—¿Será ese lirio
Que al alba el cáliz nítido abrió;
Cándida imágen
De tu pureza.....?
—Nó, no es el lirio, no aciertas, nó.

—¿Será sin duda
La mariposa
Que revolando de flor en flor
Al sol extiende
Sus alas de oro,
Do se refleja su resplandor?

—No aciertas, madre.
—¿Será ese alado,
Ese viviente veloz rubí,
Que el aire cruza
Como un suspiro,
Raudo pasando cerca de mí?

—Nó, madre, mira,
Vuelve los ojos
A ese columna que oculta está
Tras fresco manto
De verde yedra.....
¡Las golondrinas han vuelto ya!

¡Madre, ya han vuelto!
—La primavera
Vendrá muy presto de ellas en pos.
—¿Acaso, madre,
Para anunciarla
Las dulces aves nos manda Dios?

Cómo revuelan
Entre las flores!
Cómo recorren todo el verjel!
Y se detienen
Junto á su nido,
Allá en el borde del capitel.

¡Cómo gorjean.....!
Madre, ¿qué dicen?
—A Dios alaban cantando así,
Le dan las gracias
Del limpio cielo,
Del sol que encuentran de nuevo aquí.

Del triste invierno
La faz sombría
En otros climas vieron quizá:
Y huyendo raudas
Su saña fiera,
A sus hogares volvieron ya.

Y á Dios bendicen
Por el follaje
Que abrigo y sombra les va á prestar:
Por el arroyo
De clara linfa,
Do irán su ardiente sed á apagar.

Por la sonrisa
Con que natura
De Abril la vuelta celebra fiel:
Por su risueño
Nido de amores
Que no ha tocado mano cruel.

De nuevo miran
Su patria bella,
Su blanda cuna, su caro hogar,
Do entre las ramas
De los jazmines
Su alba primera vieron brillar.

Do las primeras
Tiernas caricias
Les dió el inmenso, materno amor;
Donde ensayaron
Su primer vuelo
Hasta ese fresco rosal en flor.

¡La patria! ¿Sabes,
Luz de mis ojos,
Lo que es la patria? ¿Lo sabes bien?
—Sí, madre mia,
Guadalajara,
La que tú llamas florido eden.

—Hijo, la patria
Es el santuario
Do guarda intactas el corazon
Esas reliquias
De los recuerdos,
Que siempre al alma tan dulces son.

Allí do vimos
La luz primera;
Do nuestra infancia feliz pasó.
Donde aun resuena
El tierno arrullo,
Que nuestra cuna blando meció.

De los primeros
Sueños de dicha
Flores ciñeron á nuestra sien;
Do de las penas
El primer dardo
Nuestra alma vírgen hirió tambien.

Allí do afectos
Santos, profundos
Tienen benditos su eterno altar;
Donde se calman
Los males fieros
Al dulce fuego del dulce hogar.

Donde el follaje
Del cementerio
Sombra á sepulcros amados da;
Y en cada rosa
Que orna la piedra
Envuelta en llanto nuestra alma está

—No llores, madre,....
—Las golondrinas
Por eso vuelan, mi bien, aquí.
Esta es su patria......
—Si la dejaron
Es que no la aman..... —No hables así.

Cuando el otoño
Amarillento
Roba al follaje vida y verdor,
Y á tierra caen
Las hojas muertas
Dan un suspiro desgarrador.

Cuando á los rayos,
Del sol ya tibios
No quiere el cáliz la flor abrir,
Y entre las ramas
Secas, desnudas,
Se oye la fresca brisa gemir;

Buscando ansiosas
Auras más tibias,
Flores, verdura, luz y color,
Dejan su patria
Las dulces aves,
El nido dejan abrigador

—¡Aves ingratas!
—Hijo, algun dia
Al soplo ardiente de juventud,
Entre mis blandas,
Tiernas caricias
Sentirá tu alma viva inquietud.

De mil ensueños
Color de rosa
Vendrá á buscarte fresco tropel;
Y abandonando
Mi seno amante
Léjos, muy léjos irás tras él.

Como á estas aves
De pardas alas
Que Abril arastra detras de sí;
La primavera
De tu existencia
Ha de arrastrarte, mi bien, á ti.

De otros afectos
La ardiente llama,
El rayo vivo y abrasador,
Te harán lanzarte
A extraños climas
Tras otro cielo, tras otro amor....

¡Ay! á Dios plegue
Que si el invierno
Del desengaño te alcanza allí,
Cual golondrina
Que al nido vuelve
Tú, vida mia, vuelvas á mí.

Mi amor inmenso
Será el follaje
Que abrigo y sombra te prestará;
Será mi llanto
La clara linfa
Que tus dolores mitigará.

Serán mis besos
Las frescas galas
Con que Abril orne prado y verjel;
Será mi seno
Tu blando nido
Que nunca toca mano cruel.

—Madre, si parten
Las golondrinas
Buscando ansiosas luz y calor,
Es que no tienen
Cual yo una madre,
Es que no tienen cual yo tu amor.

Ellas adoran
La primavera,
Van á buscarla léjos de aquí;
Mas yo la encuentro
Siempre en tus brazos.....
Tu amor es, madre, sol para mí

Y el rubio niño
De faz de rosa
Cubre á la madre de besos mil,
Y se reclina
Sobre su seno
Con hechicera gracia infantil.

Vuelan en tanto
Las golondrinas
Atravesando todo el verjel;
Y se detien[illegible]
Sobre el ramaje
Que al grupo forma verde dosel.

Y alzan su canto
Vivo y sonoro,
Con el que mezclan en blando son
El su argentina
Risa inocente
Y ella un suspiro del corazon.

Tacubaya, Febrero, 1872.

DES BAS ET DES VERS

A LA DISTINGUIDA POETISA

LA SEÑORA

DOÑA SILVERIA ESPINOSA

DE RENDON.

¡Ay! Silveria! Yo contigo
Digo y siento,
Que hombre del bien enemigo,
Merece en justo castigo,
Por compañera un jumento.

Bien haya tu pluma airosa,
Bien cortada,
Que combate valerosa,
Del sexo feo la prosa,
Sacando en verso la espada.

Hombres, tened la leccion
Bien presente,
Sabed que de inspiracion
Halla la mujer la fuente
En su propio corazon.

Temeis que no haga calceta,
Si hace un drama,
La mujer, y eso no os peta....
La mujer nace poeta,
Pese á vuestra augusta fama.

Y es á fé la maravilla
Más sencilla,
Cuando la musa la asedia,
Que haga, al surcir una media,
Un drama ó una letrilla.

¿Suponeis que grave y tiesa
A una mesa
Se sienta con rostro fiero
Y del fondo del tintero
Evoca su musa presa;

Y con expresion airada,
Faz severa,
Sobre una mano apoyada,
El soplo de Apolo espera,
Con la pluma enarbolada?

¡Dios la libre! Perlesía
Le daría
Con tales precauciones....

Al remendar los calzones
Avanza la poesía.

Nada á caseras labores,
¡Oh censores!
La mujer poeta roba......
Se pueden hacer primores
Mientras se mueve la escoba.

Sabed, ¡derrota completa
De opinion
Tan absurda é indiscreta!
Que puede aun junto al fogon
Ser una mujer poeta.

Y al cuidar al tierno infante,
Que los lazos
Estrecha de union amante,
¿Raro es que una madre cante
Si tiene al cielo en sus brazos?

Sé que un sabio atrabiliario,
Necio opina,
Que abre inspiracion divina
A la mujer el santuario,
Del vicio por la sentina.

¿Es mala fé ó es error?
Es.....¡veneno!
¡Decir que ordene el Creador
Que sólo en inmundo cieno,
Brote la más bella flor!

¡Ay Silveria! Yo contigo
Digo y siento,

Que hombre del bien enemigo
Merece en justo castigo,
Por compañera un jumento:
Si se obstina en no creer,
Con injusticia notoria,
Que sensata una mujer
Prefiere á toda otra gloria,
La de cumplir su deber.

Tacubaya, Agosto de 1872.

A MI HIJA.

Bien venida, mi cándida paloma,
Mi capullo gentil de blando aroma,
Mi lirio virginal,
Sonrisa del Señor, que desde el cielo,
Manda un ángel de luz para consuelo
Del mísero mortal.

Bien venida, mi bien, ¡ay! bien venida
A este penoso valle de la vida,
Que vas á atravesar.....
¡Si pudiera hasta el fin de tu jornada,
Conducirte en mi seno reclinada,
Conjurando el pesar!

¡Si pudiera evitar, luz de mis ojos,
Que punzaran tu planta los abrojos,
Que has de hallar por doquier!
¡Si pudiera evitarte llanto y penas,
Y tus horas guardar siempre serenas,
Libres del padecer!

Al mirarte tan pura y tan graciosa,
En mi seno apoyar tu faz de rosa
Con blando sonreir,
Débil planta que hoy brotas en el mundo,
Y el dulce fuego de mi amor profundo
Hace sólo vivir;

Me detengo á pensar en lo futuro,
Y el temor de que pueda triste, oscuro,
¡Ay! tu destino ver,
Hace latir mi pecho acongojado,
Y exclama en un suspiro sofocado:
¡Oh! ¿por qué eres mujer?

Mas nó, mi dulce encanto, esa tristeza
Que de mi deber mismo la grandeza
Hace al alma abrigar,
No es un presentimiento de dolores......
Que puede nuestro amor de dicha y flores
Tu camino sembrar.

Yo he sido en este mundo tan dichosa
Como hija, como madre y como esposa,
Cuanto se puede ver;
Si aun conservara el paternal cariño
Fuera tan venturosa como el niño
Que acaba de nacer.

Pero una tumba por mi mal avara,
De una dicha completa me separa

Con su fúnebre cruz;
Sobre todas mis bellas ilusiones
Extienden de ese duelo los crespones,
Su sombrío capuz.

¿Lo ves? Aun al cantarte mi ternura
Viene esa densa sombra de amargura
Mi voz á sofocar:
Es que hay fibras del alma dolorida,
Que penas ó placer, hija querida,
Hacen siempre vibrar.

Mi paloma del arca, mi hechicera,
Mi inocente y bendita mensajera
De paz y bienestar;
Tú has venido, cual la otra, blanca y pura,
Trayendo por olivo la ventura
Más completa á tu hogar.

Como un rayo de sol que inunda el cielo
Desvaneciendo el tenebroso velo
De oscura tempestad,
Al traves de mil penas y dolores,
Nos bañas con los blancos resplandores
De la felicidad.

Hijos mios, mis hijos adorados,
Deliciosos capullos enlazados
De mi cuello en redor;
Vosotros sois la luz del alma mia,
Mi esperanza, mi dicha, mi alegría,
Mi presea mejor.

Ven, hijo mio, y con tus tiernos brazos
Forma á tu hermana fraternales lazos,
Sostenla bien.... así.
Mira cual te sonrie cariñosa,

Con sus manitas de jazmin y rosa
Asiéndose de tí.

Venid, prendas del alma que os adora,
Y por su dicha inmensa á toda hora
Tierna bendice á Dios;
Venid, que mi ternura en su embeleso
En el más dulce y cariñoso beso
Os confunda á los dos.

México, Julio de 1873.

A MI HIJO DANDO LIMOSNA.

Dios te bendiga, arcángel adorado,
Por la dulce bondad que tu alma llena,
Y te hace, compasivo, toda pena
Con cariñoso anhelo consolar;
Encanto y embeleso de mi vida,
En cuya dulce faz se mira el cielo,
Presto la flor divina del consuelo
Logra en tu tierno corazon brotar.

Cuando al través contemplas de la reja
Al ser desventurado que te implora,
—*¡Oh! madre!* me preguntas, *¿por qué llora?*
Con tu argentina y armoniosa voz.

Y al ver al niño que desnudo, hambriento,
En tí fija sus ojos con angustia,
Y en su faz débil, macilenta y mustia
El sello lleva de miseria atroz:

—*Madre, tiene hambre*, tu purpúreo labio
Con tierno acento de piedad murmura;
Y una perla del alma fresca y pura
Humedece tu rostro encantador.
Y tendiendo tus blancas manecitas,
Tu ofrenda presentando con cariño,
Das sonrisas y pan al pobre niño,
Y al desgraciado caridad y amor.

¡Es un cuadro tan bello! No podrian
Los sueños del artista y del poeta
Arrancar á su lira ó su paleta
Una imágen más fresca é ideal,
Que ese querub de rubia cabellera
La indigencia afectuoso consolando,
Sus dulces ojos húmedos alzando,
Sonriendo sus labios de coral.

Hijo, en esos instantes me pareces
Más que los mismos serafines bello;
Brilla en tu faz el fúlgido destello
De la santa y sublime caridad.
Tu ángel custodio al verte se sonrie,
Y extendiendo sus alas dulcemente,
Cubre con ellas tu rosada frente,
Formando una aureola á tu beldad.

¡Hijo, es tan dulce al alma de tu madre
Contemplar al través de tu belleza,
La generosidad y la grandeza
De tu tierno, inocente corazon!
¡Le es tan dulce sentir que tu alma pura,

Que aun no desciende al fango de la tierra,
Esa infinita compasion encierra,
Del cielo mismo inapreciable don!

Y no obstante, una idea dolorosa,
Un triste pensamiento, vida mia,
Empaña con su sombra esa alegría,
Destello de mi orgullo maternal.
¿Qué harás en las borrascas de la vida
Que el porvenir envuelven inclementes,
Cuando á su embate tu bondad presentes
Como escudo á tu seno virginal?

Apénas has cumplido tres abriles,
Y comprendiendo el mundanal quebranto,
Las cándidas primicias de tu llanto
Ofreces al ageno padecer.
¡Ay! apénas al cáliz de la vida
Pretendes acercar tus labios rojos,
Y empiezan á punzarte los abrojos
De la senda que debes recorrer.

¡Y estás en el umbral! En este instante
Sólo alcanza tu vista una llanura,
Que cubierta de flores y verdura
La imágen muestra del perdido Eden.
El cielo es siempre azul; el sol naciente
Con blondos rayos el paisaje dora;
De celajes de púrpura, la aurora
El velo arranca á su rosada sien.

Todo es frescura, aromas y armonía;
En derredor de tí se abren las flores,
De la luz matutina los albores
Se miran en el lago de cristal.
Inocente, risueño jugueteas

Sobre esa verde y perfumada alfombra;
Duermes tu sueño á la bendita sombra
Del inmenso cariño paternal.

Eres feliz, mi bien....¡Ay! es la hora,
La hora de la indolencia y la alegría;
Es el amanecer de un bello dia....
Hijo, ¡bien corto ese momento es!
Presto se nubla el luminoso cielo;
Brama la tempestad con sus horrores....
Hoy yo sufro al pensar en los dolores
Que romperán tu corazon despues.

Es la suerte comun de los mortales,
Y es inútil luchar contra la suerte;
Al abrigo tan solo de la muerte
Se libra de sufrir el corazon.
Y es bien larga la senda de la vida,
Y por tumbas queridas señalada,
Se llega siempre al fin de la jornada
Encerrando en el pecho un panteon.

¡Oh! ¿Por qué hablarte así? ¡Pobre ángel mio!
¿Por qué la amarga voz de la experiencia
Ha de mostrarte del dolor la ciencia,
Que presto por tu mal conocerás?
Sé bueno y haz el bien; un lenitivo
Dará á tus penas el placer ageno:
Hijo del corazon, haz bien, se bueno,
Y un goce en tus pesares hallarás.

Hijo, mi bien, mi hechizo, mi esperanza;
Realizacion de mi ilusion más bella;
Diáfana luz de inmaculada estrella,
Que lo ilumina todo en mi redor:
Pura gota de nítido rocío.
Que del alma refrescas la dolencia,

Blanca flor que embalsamas mi existencia
Con el casto perfume de tu amor.

¡Hijo!..¿A qué decir más? ¡Hijo! Este nombre
Lo dice todo en su inefable encanto:
Es la voz de un afecto inmenso y santo
Como no existen en la tierra dos.
Este nombre es un beso, una sonrisa,
Una plegaria tímida y ferviente;
Es un himno de amor, que reverente
Eleva el alma agradecida á Dios.

Ven, acércate á mí, tu frente pura
Apoya con amor sobre mi seno,
Fija en mis ojos tu mirar sereno;
Sonríeme.......¡Cuán bello estás así!
¡Cuán dichosa me siento en este instante!
Dame un beso, otro aún, otro...¿Me quieres?
Sé bendito, mi bien, porque tú eres
La bendicion del cielo para mí.

¡Oh Patria mia!

Era una tarde como mi alma triste;
De espesa niebla el cielo se cubria,
La ciudad á lo léjos se perdia
Medio envuelta en su lúgubre cendal
El mar color de plomo reflejaba
El oscuro y pesado firmamento
Soplaba frio y penetrante el viento
Murmurando una queja funeral.

Abrumada de pena y desaliento
El sombrío paisaje contemplaba,
Y el llanto que mi pecho sofocaba
Dejé un instante en libertad correr.
Los recuerdos queridos de la patria
Evocaba uno á uno en mi amargura....

Cuando ví en medio de la niebla oscura,
De súbito mi musa aparecer.

Con la fresca guirnalda desprendida,
A la tierra las alas inclinadas,
Húmedas y abatidas sus miradas
Se acercó triste y cariñosa á mí.
"Adios," me dijo con acento blando,
Poniendo un beso en mi abatida frente:
"Si sufre aquí tu corazon doliente
Tambien mi corazon padece aquí.

"Más dichosa que tú, tendiendo el vuelo
De nuevo voy á atravesar los mares;
Voy á esperarte á tus amados lares;
Voy á sentarme á tu desierto hogar.
"Yo no puedo vivir entre estas nieblas
Que me sofocan en su denso velo;
De nuestra patria el trasparente cielo
Siempre limpio y azul voy á buscar.

"Voy á decir á los que tanto te aman
Y lloran tanto tu penosa ausencia,
Que si es triste y amarga su existencia,
Triste y amarga tu existencia es;
"Que te mueres aquí cual yo me muero,
Devorada de angustia y de tristura;
Que todo envuelto con la sombra oscura
De tu profundo desaliento ves.

"Cuando del sol los últimos reflejos
Rosada nube en Occidente guarde;
Cuando la brisa al espirar la tarde
Murmure con dulcísimo rumor;
"Cuando se exhale el lánguido perfume
Del cáliz inclinado de las flores

E ilumine los anchos corredores
De blanca luna el pálido fulgor;

„Yo estaré allí vagando entre las ramas
Del verde enebro y del rosal florido;
Yo estaré en el tristísimo gemido
Del aura suave que suspira allí;
„Yo vagaré en el rayo de la luna
Más puro haciendo su fulgor plateado....
Recorreré tu hogar abandonado
En esa hora tan dulce para tí.

„Y llevando en mis alas tu recuerdo
A los seres que te aman, en su oido
De tu dolor el lánguido gemido
Y tu esperanza fiel murmuraré;
„Y para ellos seré como una parte
De tu alma misma que en su busca vuela,
Y cariñosa por su dicha vela
Y sus pesares invisible ve.

„¡Adios! cuando al volver á nuestra patria
Oigas el noble grito de victoria,
Y el resplandor inmenso de su gloria
Enagene tu ardiente corazon;
„Cuando veas flotar en las alturas
De libertad al soplo balanceado,
Triunfante, aunque sangriento y desgarrado
De México glorioso el pabellon;

„Olvidarás que tímida cantora
Apénas osas elevar tu acento,
Dará á tu voz un noble atrevimimiento
De ese triunfo la santa magestad;
„Y pulsando la lira del poeta
Que las hazañas del valor pregona,

Dando á los heroes inmortal corona
El himno entonarás de libertad."

Dijo, y tendiendo sus azules alas
Rápida atravesó la niebla espesa,
Como el rayo de luz que la atreviesa
Cuando el arco-iris sobre el mar se ve.
Yo al contemplar su huella luminosa
Que entre las pardas nubes se perdia,
Sobre mi inspiracion que rauda huia,
Más amargo mi llanto derramé.

San Francisco California, Abril 8 de 1864.

A MI HIJO RAUL.

Al viajero sediento y fatigado,
Cuya trémula planta ha desgarrado
La larga senda erial,
Ofrece Dios en el desierto ardiente
De un árbol el follaje, y de una fuente
El limpo manantial.

Al marino infeliz á quien violenta,
Hace en su furia horrible la tormenta
Pedazos el bajel,
Ofrece Dios en su camino incierto,
La salvadora luz que indica el puerto,
Y le conduce á él.

Cuando agobiado el corazon apura
Hasta la hez el cáliz de amargura,
De profunda afliccion,
Dios un ángel del cielo nos envía

A consolar piadoso la agonía
Del triste corazon.

Tropezando en las zarzas del camino,
Seguia yo, cansado peregrino,
Mi senda de dolor,
Temiendo sumergirme á cada instante
Luchaba yo, perdido navegante,
Del mar con el furor.

Herido el corazon y hecho pedazos
Al destrozarse los amantes lazos
Que la muerte rompió,
Era ese corazon la tumba fria,
Donde su sueño prostrimer dormia
La que al cielo partió.

Y tú has venido en mi mortal quebranto
A enjugar con tu labio el triste llanto
De mi angustia cruel;
Y has sido tú la fuente del desierto,
La salvadora luz que muestra el puerto
Al perdido bajel.

Tú has sido el ángel que el Señor envía
A consolar piadoso la agonía
Del triste corazon;
Tú mi horrible pesar has adormido
Murmurando dulcísima á mi oido,
Del cielo una cancion.

—"¿Recuerdas, tú me has dicho, madre mia,
Aquel tremendo y espantoso dia
En que te abandoné?
"Fué la órden del Señor que me llamaba;

Yo entre el cielo y mi madre vacilaba,
Y al dejarte lloré.

"Tras ese azul y esplendoroso velo,
Allá en mi patria primitiva, el cielo,
Suspiraba sin tí.
"Tu inefable ternura me faltaba,
Y con húmedos ojos murmuraba:
No está mi madre aquí.

"Y el Señor viendo tu dolor profundo,
Y que nada podia en este mundo
Tu pena mitigar,
Dió á tus fervientes súplicas oido,
Y—"Vuelve, dijo al fin compadecido,
"Esa angustia á calmar.

"A ese valle de lágrimas, la tierra,
"Por la segunda vez hoy te destierra
"De tu madre el amor.....
"La mision de los ángeles del cielo
"Es dar alivio del mortal al duelo,
"Consolar el dolor."

"Y aquí estoy, madre, á consolar tu pena,
A hacer tu vida plácida y serena
Con mi dulce mirar;
"A embellecer la senda en que caminas
Trocando en frescas flores las espinas
De tu amargo pesar.

"Del triste llanto que del alma brota
En sus horas de angustia, cada gota
Una plegaria es;
"Yo las tuyas, ¡oh madre! he recogido,
Y en mis alas de arcángel han subido
Del Señor á los piés.

"Aquí estoy, madre, tu dolor olvida:
Si es un valle de lágrimas la vida,
Puede hacerse tambien,
"Por un amor inmenso iluminada
De la dicha más pura la morada,
Tralado del Eden."

¡Si tu supieras, hijo, lo que siento
Al resonar tu delicioso acento
Dentro del corazon!
Ven á apoyarte en él, bien de mi vida,
Tú me has vuelto la dicha ya perdida.....
¡Mi luz, mi bendicion!

Al través de tu risa encantadora,
Puro y rosado rayo de la aurora
Que hace la noche huir,
Me parece al besar tu blanca frente,
Ver en vaga vision la patria ausente
Al léjos sonreir.

En tí ha hablado de nuevo la esperanza,
La maternal bendita bienandanza;
La inspiracion, la fe.....
Léjos, muy léjos de la patria amada,
En la luz de tu límpida mirada
Hallo la luz del cielo que dejé.

Hamburgo, Febrero 28 de 1873.

ESPERANZA.

La blanca luz de la aurora
Que vaga el Oriente dora.
Y tímida aún no alcanza,
A vencer la noche oscura,
Dulce á mi oido murmura:
¡Esperanza!

El tenue celaje leve,
Que en tintas de rosa y nieve
Por el limpio azul avanza
De fresca briba impelido,
Dulce murmura á mi oido:
¡Esperanza!

El arroyo plateado
Que riega apacible el prado
Y de súbito se lanza
En cascada cristalina,
Dice con voz argentina:
¡Esperanza!

La pura entreabierta rosa,
Que se esquiva pudorosa
Con casta desconfianza
De la luz del sol, murmura
En su brillante frescura:
¡Esperanza!

El blando beso de amores,
Que da el céfiro á las flores,
Uniendo en tierna alianza
De unas y otras el aroma,
Voz para decirme toma:
¡Esperanza!

El ave que de su nido,
A un arbusto suspendido,
De Dios en dulce alabanza
Alza su sonoro canto,
Dice al alma en su himno santo:
¡Esperanza!

El tibio rayo doliente
De la luna en Occidente,
Que dibuja en lontananza
Las sombras de la colina,
Dice en su magia divina:
¡Esperanza!

Toda la naturaleza
Con su sublime belleza
Alienta mi confianza,
Y al corazon dolorido
Con acento conmovido
Repite.·. Fe y Esperanza!

México, Junio 8 de 1877

A mi querida hermana

MATILDE LANDÁZURI.

Bella es á tu edad la vida;
Porque el corazon sereno
No prueba aún el veneno
De desengaño ó dolor.
Dulce la ilusion tendiendo
Su velo color de rosa
Baña tu senda radiosa
Con su sonrisa de amor.

No hay en tu fácil camino
Mas que flores peregrinas,
Pero pueden las espinas
Entre las flores brotar.

Hoy ensueños deliciosos
Te embelesan halagüeños......
Pero se pueden los sueños
En realidades trocar.

No escuches las tiernas quejas
De rendidos trovadores,
Que te cantan sus amores
Y te juran su pasion.
El amor, blanda quimera
Que engalana nuestra vida,
Es á veces, mi querida,
Verdugo del corazon.

Vive feliz y risueña;
Goza tu dulce mañana;
La luz de la aurora, hermana,
Es la mas hermosa luz.
¡Plegue á Dios que ignores siempre
De la vida el hondo duelo!
Nunca el fulgor de tu cielo
Nuble de pena el capuz.

México, Enero 14 de 1870.

LAS DOS PRIMAVERAS.

A dos hermanas un dia
Dió dos flores un poeta,
Roja cual coral la una,
Blanca la otra como perla.
Entrambas al recibirlas
Sonrieron á la ofrenda,
Y la más jóven tomando
La roja flor con presteza,
Ornó con ella los rizos
De su negra cabellera.
La otra en un vaso la puso,

Junto á la cuna modesta,
Donde de su amor dormia
La dulce y querida prenda.
Al ver la flor encarnada
En la juvenil cabeza,
Brillando su roja tinta
Entre las oscuras trenzas,
El poeta entusiasmado
Dijo: "Es la mejor manera
De agradecer el obsequio
Que la amistad os presenta."
Al oir estas palabras,
La más jóven satisfecha
Se inclina miéntras al labio
De la otra por respuesta
Animaba indefinible
Una sonrisa lijera....
A la mañana siguiente
La flor roja estaba muerta;
Y en el humilde retrete,
Donde mi musa benévola,
A templar mi tosca lira
Algunas veces se presta,
En su cristalino trono,
Una blanca primavera
Aun exhala su perfume
Graciosa, lozana y fresca.
Cuando la frente levanto,
Cansada de mi tarea,
La dulce flor me sonrie
Y cariñosa me alienta;
Porque una flor para el alma
Que comprende su belleza
Tiene un lenguaje secreto

Que de embeleso la llena.
Ahora ven aquí un instante
Y dime, amigo poeta,
De agradecer tu recuerdo
¿Cuál es la mejor manera?

México, Marzo 10 de 1870.

LA PLEGARIA

A MI HIJO.

Antes de dormir, bien mio,
Cruza tus manitas blancas,
Y con tu voz de querube
Eleva á Dios tu plegaria.
La oracion del inocente,
Serena é inmaculada
Sube más presto á los cielos
De su pureza en las alas.
Es una hora muy dulce:
Tendió ya la noche clara
Su azul y diáfano velo
Que las estrellas esmaltan.
La tibia luz de la luna

Ilumina el panorama
Y en las aguas de la fuente
Deja una huella de plata.
Uno de sus blancos rayos
Penetra por la ventana,
Y atravesando los pliegues
De la trasparente gasa,
Que envuelve tu blando lecho
Como una nube argentada,
Con una dulce caricia,
Tu frente de rosa baña.
Vamos á orar, hijo mio,
Que ya á la oracion te llama
El armonioso concierto
Que la natura levanta
En esta hora solemne,
Misteriosa y sosegada.
Oye: el rumor del arroyo,
Del aura la queja blanda,
Que acariciando las flores
Susurra entre la enramada;
Del postrer trino del ave
La nota indecisa y vaga,
Que en sus alas de zafiro
Tibia la brisa arrebata;
Es una oracion, mi vida,
Que pura y ferviente alzan
Los cefiros y las flores,
Los árboles y las aguas,
Las aves y los insectos
Que zumban entre las ramas.
Fija en el cielo un instante
Tu trasparente mirada,
Y admira el fulgor sereno
Que las estrellas derraman.

Es el lenguaje sublime
Con que al Creador alaban,
Y su grandeza pregonan,
Y su omnipotencia aclaman.
Es su oracion, hijo mío,
Que en luz los astros exhalan,
Como en aroma las flores,
Como en suspiros las auras.
Vamos á orar.....no te duermas,
Cruza tus manitas blancas,
Y con tu voz melodiosa
Eleva á Dios tu plegaria.
La oracion es el perfume
Más delicado del alma,
La esencia del sentimiento
Hondamente concentrada.
Es la súplica más tierna,
El himno de la esperanza,
La bendicion del dichoso,
Del desdichado la lágrima,
La ofrenda de la inocencia,
A Dios tan dulce y tan grata,
Que la plegaria de un niño
Puede lavar muchas manchas.
Vamos á orar; Dios te escucha,
Rápida la noche avanza,
Y para llevarla al cielo
Tu ángel tu oracion aguarda.
—"Madre, el niño le contesta,
Despues de una corta pausa,
Miéntras con sus dos bracitos
El materno cuello enlaza.
"Tú quieres que con Dios hable
Y Dios á mí no me habla,
Y pues que no me responde,

Es que no oye mis palabras."
Selló un beso de la madre,
La boquita nacarada
Que su candorosa queja
Gravemente pronunciaba.
—"Dios te habla siempre, alma mía,
Do quier su voz soberana,
A tu oracion respondiendo
Se escucha elocuente y clara,
En el sol que te calienta,
En las sonrisas del alba,
En el aire que respiras,
En los goces de tu infancia,
En los besos cariñosos
Del padre que te idolatra,
Y en el amor infinito
Que mi corazon te guarda.
Dios á las madres inspira
La inmensa ternura santa
Con que al hijo tierno adoran
Desde que á la tierra baja;
Dios á las madres ha dado
La prevision delicada
Con que comprenden al niño
Que su auxilio les demanda
En ese mudo lenguaje
Que en un sollozo se escapa.
Mil veces cuando en tu lecho
Tranquilamente descansas,
Sabiendo que sientes frío,
Por intuicion sobrehumana
Vengo á cubrirte anhelosa
Desde la próxima estancia
Es que una voz de los cielos,
Que sólo una madre alcanza,

Le advierte cuando padece
El hijo de sus entrañas.
Cuando te digo: hijo mío,
Sé bueno, al prójimo ama,
Socorre al necesitado,
Piadoso los males calma,
Dios por mi labio, alma mía,
Estos preceptos te manda,
Que por la voz de una madre
Dios siempre á los hijos habla....
Así, ponte de rodillas,
Dame tus manos cruzadas,
Reclina en mi hombro tu frente
Que blando beleño empapa,
Y comienza." Con voz dulce,
Que el sueño en su sombra apaga
El rubio niño repite:
—"Dios mío, yo te doy gracias,
Porque de tí todo bien
Y toda dicha dimanan.
Como eres padre de todos,
Con sencilla confianza
Mi súplica fervorosa
A tí el corazon levanta.
Te pido por el que sufre
Sumergido en la desgracia;
Te pido por el culpable
Que tus preceptos quebranta;
A mis padres que me adoran,
Cuida, Dios mío, y ampara,
Que ser huérfano es bien triste
Me ha dicho mi madre amada.
Hazme bueno y obediente
Y perdóname mi faltas.
Y ántes que me entregue al sueño,

Que ya mis ojos empaña,
Tu bendicion, Dios piadoso,
Que del mal defiende y salva,
En los besos de mi madre
Sobre mi frente derrama.»
Al terminar débilmente,
Estas últimas palabras
En los maternales brazos
Dormido el niño resbala.
El ángel custodio entónces
El blanco lienzo separa,
Y contemplando á la madre,
Que sobre el hijo inclinada,
Su dulce y tranquilo sueño
Con débil canto arrullaba,
Sobre el cariñoso grupo
Tendió las diáfanas alas;
Y de los labios del niño
Recogiendo la plegaria,
Cuyos últimos acentos
Aun indecisos vibraban,
Alzando el vuelo murmura
Con voz apacible y blanda:
—«Voy á llevar á los cielos
Tu oracion inmaculada;
Pero me alejo tranquilo
Pues que tu madre te guarda.»

RECUERDO DE GRATITUD

¿Por qué cuando es tan dulce el sentimiento
Que llena el corazon en este instante,
Es débil el acento
Con que expresarlo intento
Y se detiene el labio vacilante?
¿Por qué si es mi emocion tan verdadera,
Tan profunda y tan pura,
No hay en mi voz la nota melodiosa
Con que expresar quisiera
De esa emocion la celestial dulzura?
¡Qué noche! Su memoria deliciosa
Guardará siempre el alma agradecida
Al recibir la ofrenda delicada
Que mi patria querida

Me presentaba de indulgencia llena,
El corazon de gratitud henchido
Solo pudo en su rápido latido
Expresar la emocion que sofocaba
En mis labios la voz; pero ¿diria
De elegante discurso la elocuencia
Tanto como un silencio que causaba
De tan honda impresion la fuerza misma?
Como prenda de dulce
Grata benevolencia,
De bondadosa y tierna simpatía,
Toda mi vida guardaré estas flores
Y esta bella corona de armonía,
Que tan dulces acentos me formaron,
Y en mi tímida frente colocaron
Los tiernos vates de la patria mía.
Con las guirnaldas de laurel y rosas
Que amigas cariñosas
Con amor me ofrecieron,
Adornaré mi frente envanecida,
Que ofrenda, cuanto grata inmerecida,
De una tierna amistad la prenda fueron.
Esta medalla de sentido lema
Que con tanta bondad me dedicaron
Jóvenes y entusiastas corazones,
Que con su tierna estimacion me honraron
Y en sus gratas, sencillas expresiones
Me declararon su afectuosa hermana,
Será de hoy más mi adorno más preciado,
El más noble y más bello,
Que aunque un día brillaran á mi cuello
Cadenas de rubies ó diamantes,
Ofuscara sus luces centellantes
De esta medalla el fúlgido destello.
Bella promesa de renombre y gloria,

Cual si capaz me hallara de obtenerla
La acepta agradecida el alma mía;
La querida memoria
De aquella noche luminosa encierra,
Y por cuanto de hermoso hay en la tierra
Este precioso dón no cambiaría;
Y tantos lisonjeros testimonios
De viva estimacion, las delicadas
Sinceras atenciones
Que esa noche encontre manifestadas
Con la dulce expresion del sentimiento;
El cordial interes que en las miradas,
En las sonrisas todas
Brillaba cariñoso,
Han dejado en mi pecho la honda huella
De un agradecimiento
Que nada borrará, que eternamente
Guardará el corazon. Si temblorosa,
Agitada no tuve
Una sola palabra que dijera
Lo que el alma sentía en ese instante,
Es porque una emocion tan poderosa,
Tan fuerte, tan sincera
No tiene acentos que expresarla logren.....
¡Oh! ¿por qué esa impotencia dolorosa?
Si por dicha me fuera concedido
Lo que siento expresar, tal cual lo siento,
¡Cuán dulce fuera el afectuoso acento
Que alzara el corazon agradecido!
Pero si no me es dado,
Con una voz suavísima y vibrante
Elevar mi cancion, los corazones
Que una viva emocion hayan probado
Comprenderme sabrán, habrán leido
Bajo la turbacion que me agitaba,

En las palpitaciones
Del pecho conmovido
Lo que decir el labio no lograba;
Que de dos tiernas lágrimas, esencia
De sentimiento puro é indecible,
Sabe apreciar el corazon sensible
La delicada y tímida elocuencia.
En prenda pues de gratitud sincera
No ofrezco el eco de mi débil canto,
Sino la honda emocion que me impidiera
Lo que siento decir, sintiendo tanto;
Del corazon turbado los latidos
Qne mi voz apagaron,
Y esa gota de llanto
Que esas demostraciones afectuosas,
Que esos acentos dulces y sentidos,
De lo íntimo del alma me arrancaron.

Guadalajara, Enero 1 º de 1862.

A MI MAMA ABUELA.

Pluguiera al cielo, Mamá,
Que realmente poseyera
Las brillantes cualidades,
Las recomendables prendas,
Que tu indulgente cariño
Liberalmente me presta.
Pluguiera á Dios que mi lira,
Que tan armoniosa encuentras,
Acentos bastante dulces
Y melodiosos tuviera
Para expresar cual la siento,
La impresion tan viva y tierna
Con que tu cancion sentida
El alma toda me llena;
Para expresar mi cariño
Tierno por mi Mamá abuela,
Y la gratitud profunda

Que mi corazon penetra
Al recorrer esas líneas
En que tu afecto me expresas.
Siempre leeré esos versos
Conmovida y satisfecha,
Recordando que has tenido
La bondad y complacencia,
Pese á tu cansada vista,
De escribirlos de tu letra;
Que cual chiquilla mimada
Y exigente como nieta,
Si así no lo hubieras hecho
No habria estado contenta.
Desde este Eden delicioso,
Do se pasa la existencia
Risueña como sus flores,
Como su cielo serena;
Donde al tibio y perfumado
Soplo de la primavera
Abren su cáliz las rosas,
Y la tímida violeta
Su blando aroma derrama
Ocultándose modesta;
Do con rayos más suaves
Parece que el sol calienta,
Y es más limpio el firmamento,
Y las brisas son más frescas,
Y es más puro y apacible
El fulgor de las estrellas;
Te envío un tierno recuerdo,
Que entre sus alas te lleva
Esta brisa embalsamada
Que murmura en la arboleda
Ya cual suspiro amoroso,
Ya como doliente queja.

DESALIENTO.

¡Cuán bella está la noche! ¡Cuán bella es esta hora!
¡Cuán grato es el silencio que reina por doquier,
Cuando abatida el alma sobre el pasado llora
Y evoca las memorias dulcísimas de ayer!

La noche está tranquila, murmura blando el viento
Cual queja misteriosa con tímido rumor;
Y baña las paredes antiguas del convento
De la apacible luna el tibio resplandor.

Se escucha allá á lo lejos la voz de una campana,
Mezclarse en vagas notas del céfiro al gemir;
Contemplo tristemente sentada á mi ventana,
Las nubes que atraviesan un cielo de zafir.

Asi los sueños pasan de nuestra edad primera,
Graciosos, fugitivos, cual mágica vision;
Asi los arrebata la brisa pasajera,
Y ni memoria dejan despues al corazon.

No sé que vaga sombra de triste desaliento
Extiende á los objetos su velo funeral:
No sé; mas de esta noche purísima no siento
Llenar cual siempre al alma la influencia celestial.

Allá en el limpio cielo la blanca estrella brilla,
Que me ha causado siempre tan dulce sensacion;
Y siento aquí una gota de llanto en mi mejilla,
Y siento que oprimido palpita el corazon.

Será que recordando el tiempo que no existe
Fatal presentimiento me oprime á mi pesar;
Acaso es una idea desoladora y triste
Que en lo íntimo del alma se viene á deslizar.

Si nada hay en el mundo estable y duradero;
Si todo es en la tierra relámpago fugáz;
Si no hay un sentimiento tan puro y verdadero
Do el tiempo no coloque su triste huella audáz.

¿Por qué se apega siempre el alma en su delirio
á tan fugaz afecto al deleznable bien?
¿Por qué si ha de causarle angustias y martirio,
Soñar en su locura de dicha bello Eden?

¿Por qué, si todo pasa, vivir de un sentimiento?
¿Hacer de esa ternura la luz del corazon?
¿Por qué, si al fin un dia ha de llevarse el viento
Recuerdos, esperanzas, afectos, ilusion?

Si la inflexible mano del inclemente olvido
Estampa por doquiera su sello destructor;
Si olvida sus dolores el corazon herido;
Si olvida el alma ardiente sus goces y su amor;

¿Por qué gozar, si pasa la dicha como un sueño?
¿Por qué llorar, si agota el llanto su raudal?
¿Por qué anhelar ansiosos, un porvenir risueño,
Si todo es pasajero, si nada es inmortal?

Llevada, sin embargo, de arranque irresistible,
De afectos eternales en busca el alma va....
¡Quién sabe! Si en el mundo hallarlos no es posible,
Acaso los encuentre por dicha más allá.

Consolador, sereno y dulce pensamiento,
Que llena el alma toda con su divina luz,
Y aparta la honda sombra de amargo desaliento
Como la luna rompe de nubes el capuz.

Que si en el triste mundo á realizar no alcanza
El alma dolorida su noble aspiracion;
Si alumbra su camino la luz de esa esperanza,
Ella le da consuelo, valor, resignacion.

Octubre 16 de 1862

A LAS ALMAS SENSIBLES.

¡Cuán triste es ese cuadro de angustias y de horrores
Que negro se despliega hiriendo el corazon!
¿Será acaso imposible calmar esos dolores?
¿Su voz alzará inútil la dulce compasion?

Hay madres qne espirando, con su mirada incierta
Comtemplan á sus hijos que en vano piden pan;
Su alma inquieta se apega á su mortal cubierta....
Sin ellas en el mundo sus hijos ¡ay! ¿qué harán?

Y pasan largas horas en ansiedad impía,
Sintiendo que se apaga su débil pulsacion;
Sintiendo que ya el velo mortal de la agonía
Envuelve su existencia, les hiela el corazon.

Y el hambre, el hambre horrible espera á esas criaturas,
Que quedan en la tierra en mísera orfandad;

Tremendos sufrimientos, terribles amarguras......
¿Dó estás en este instante, divina Caridad?

Ved á ese pobre padre sombrío, cabizbajo;
La enfermedad agota su fuerza y su valor;
¡Es tan mezquino el premio que alcanza su trabajo.
Es tan amargo el fruto de su tenaz labor!

Con paso vacilante se acerca á su morada,
Do habitan pertinaces la angustia y el pesar......
Le espera su familia que inquieta y desolada,
Sin luz, sin alimento, solloza ante el hogar.

La triste madre arrulla al hijo más pequeño,
Y en medio de su llanto murmura una cancion:
No quiere que se turbe del inocente el sueño......
¡Su leche han agotado miseria y afliccion!

El desdichado padre que sufre tales penas;
A quien la suerte abruma con tanta crueldad;
A beber les daria la sangre de sus venas.....
¿Te has vuelto acaso al cielo, sublime Caridad?

Ved á esa tierna vírgen, que pálida y llorosa,
Se encuentra abandonada del mundo en la extension;
Perdieron sus mejillas las tintas de la rosa,
Oprime la tristeza su limpio corazon.

Pobre,, huérfana, sola, ¿qué espera á esa inocente?
La seduccion camina de su virtud en pos;
Muy cerca está del hambre, del vicio la pendiente....
¡Que salve á esa infelice compadecido Dios!....

¿Dó están ¡ay! el esposo, el hijo y el hermano,
Apoyo de esos séres; en dónde, en dónde están?
No ha resonado el grito de nuestra patria en vano;
Partieron al combate; partieron....¿Volverán?

A derramar su sangre por defender ansiosos
La patria amenazada, la santa libertad,

Su hogar abandonando marcharon presurosos...
¡Conmigo á esos valientes soldados saludad!

¡Partieron! y muy léjos de su familia amada,
El último suspiro exhalarán tal vez;
No encontrarán sus ojos en su postrer mirada,
El rostro que velaba su cándida niñez.

No apoyarán su frente sobre su amante pecho,
Sintiendo el dulce llanto de la amistad correr;
Nadie que arrodillado junto á su humilde lecho,
Recoja de sus labios la queja postrimer.

No habrá una mano amiga que cierre cariñosa
Sus párpados que hinchara el llanto del dolor;
Nadie que se posterne sobre su helada loza,
Alzando una plegaria por ellos al Señor.

Vosotras, almas tiernas, que entrais en la existencia.
No habiendo aún probado la sombra de un pesar,
Calmad de esos dolores la bárbara violencia;
Es dulce ¡oh! sí, muy dulce los males aliviar.

Heridos corazones, que en vuestro amargo duelo
Llorais del desengaño la ingrata realidad,
¿Quereis sentir la dicha purísima del cielo?
Cumplid la mision santa de amor y caridad.

Buscad al que agobiado por el dolor suspira;
Do quier al desvalido piadosos socorred;
Dad pan al desdichado que de miseria espira;
El bálsamo en las llagas del corazon verted.

Pensad en los valientes que marchan decididos
Del estranjero yugo la patria á defender,
Oid los tristes ayes que lanzan los heridos,
Jurando todavía triunfar ó perecer.

Miradlos allí en medio del campo de batalla;
Oid el estampido terrible del cañon....

Él golpe de enemiga mortífera metralla
Destroza mas de un noble, valiente corazon.

Pensad ¡ah! de esas madres en el dolor profundo;
Contemplad angustiados su horrible intensidad...,
Para que tenga al menos un lecho el moribundo,
Llamemos en su auxilio la duice Caridad.

¿Habrá quien desatienda su ruego cariñoso,
Cuando habla de los seres que sufren en favor?
¿Habrá quien no comprenda cuán grato y delicioso
Es enjugar el llanto acerbo del dolor?

Almas puras que apénas entrais en la existencia;
Heridos corazones que destrozó el pesar;
Calmad de esos tormentos la bárbara violencia:
Es dulce ¡oh! sì, muy dulce las lágrimas secar.

Guadalajara, Agosto 22 de 1862.

EL TALLO ROTO.

Las nubes se amontonan oscureciendo el cielo
Y sopla desatado, furioso el aquilon;
La tempestad extiende su tenebroso velo
Y envuelve la natura con lúgubre crespon.

Los árboles inclina el impetuoso viento
Y azota su follaje con furia sin igual....
Se escucha allá á lo léjos el lánguido lamento
Que exhala de su cáliz un lirio virginal.

¿Cómo su débil tallo resistirá, ¡Dios mio!
Los hórridos vaivenes de airada tempestad,
Si sostener no puede la gota de rocío?....
¡Con qué dolor murmura:—Piedad, piedad, piedad!

La tempestad.—"No hay piedad; hasta la encina
Su frente altanera inclina

A mi soplo aterrador"
El lirio.—"¡Oh piedad!.... ¡Padezco tanto!
¡Ten compasion de mi llanto!......"
¡Pobre flor!
La tempestad.—"Yo desgajo poderosa
El cedro altivo que osa
Desafiar la tempestad"
El lirio.—"Pero yo.... ¡cruel martirio!
Soy sólo un humilde lirio....
¡Ay piedad!
La tempestad.—"Oye, ese trueno rugiente
Es la voz omnipotente
De mi indomable furor."
El lirio.—¡Oh! .... la tierra se estremece...
Más el cielo se oscurece....
¡Pobre flor!
La tempestad.—"Escucha, á esa catarata
Que furiosa se desata
¿Qué le importa tu beldad?"
El lirio.—"Esa lluvia.... cada gota
Helada mi frente azota......
¡Ay piedad!"
La tempestad.—"El relámpago azufrado
Baña el cielo encapotado
Con rojizo resplandor".
El lirio.—"¡Oh! me hace temblar su fuego . .
Deslumbra, deslumbra. . . y luego. . ."
¡Pobre flor!
La tempestad.—"Es la furiosa centella
Que deja tras de su huella
Destruccion y soledad."
El lirio.—"¡Oh! ¡que respete clemente
La humilde flor inocente!....
¡Ay piedad!"
La tempestad.—Paso! En louonelrtobirda

Veloz sigo mi camino
Entre lágrimas y horror."
El lirio.—¡Ay!. . . .¡piedad! tu soplo airado
Mi seno ha despedazado. . . ."
¡Pobre flor!
La tempestad.—"No hay piedad; mis negras alas
Arrebatarán tus galas. . . . .
¡Muere!. . . . Es la fatalidad. . . . "
El lirio.—"¡Oh. . . . piedad, aquilon fiero!. . . .
¡Piedad!.... ¡Oh!.... sufro.... ¡me muero!....
¡Ay!. . . .¡pie. . . . dad!. . . ."

Siguiendo su camino en su furor insano,
Las quejas desoyendo impávida y cruel,
La tempestad convierte con inclemente mano
En pálidos despojos las galas del vergel

Pasó la oscura noche; serena la mañana
De nácar tiñó el cielo con su primer albor,
Y alumbra sobre el césped su vaga luz temprana
Los pétalos marchitos de la inocente flor.

En su corola rotas dos gotas de rocío
Reflejan de la aurora la blanca claridad,
Y entre las mustias ramas privadas de atavío
El céfiro aun murmura:—¡Piedad, piedad, piedad!. .

Guadalajara, Octubre 25 de 1865.

16 DE FEBRERO

Al que despues fué mi esposo.

Imágen fiel de la vida,
Donde la dicha y la pena
Forman la misma cadena
En desigual eslabon,
Mezcla este dia un recuerdo
De dicha pura, esplendente,
Con el recuerdo doliente
De una tremenda afliccion.

En la sombra del pasado
Se desata luminoso
El instante más dichoso
Que pudo el alma gozar;
Y de un peligro terrible
Cuya idea sola espanta,
La memoria se levanta
Y hace el corazon temblar.

Tal vez ¡ay! para que sea
La semejanza cumplida,
Una esperanza perdida
Hoy el alma llorará;
Tal vez la dulce quimera
Que hoy soñamos realizada
Para siempre destrozada
Hoy el corazon verá.

¡Quién sabe! Nubes espesas
Entoldan el firmamento,
La sombra del desaliento
Se extiende en mi derredor......
¡Oh! plegue al cielo que vea
Brillar presto en lontananza
Del sol y de la esperanza
El rayo consolador!

Por una dicha infinita,
Por un agudo tormento,
Te ofrece este pensamiento
Conmovido el corazon.
Lleva á tu labio un instante
Esa flor que dice tanto.......
Empapada con mi llanto,
¿Te expresa bien mi emocion?

1865.

¡NO ME CASO!

A D. Manuel Breton de los Herreros.

Que me case me dice
Doña Ana Encarnacion,
Porque es el matrimonio
El estado mejor.
Lo dice una beata;
Mas pese á su opinion,
Que se case quien quiera;
Yo no me caso, nó.

En el mundo se debe
Esperar lo peor,
Y yo sé que la dicha
Vieja no se casó.

Tal vez hallar no pudo
Ningun santo varon.
Que se case quien quiera;
Yo no me caso, nó.

Dizque el hombre casado
La libertad perdió,
Y es mentira más grande
Que bala de cañon;
La mujer es la esclava
De un tirano feroz....
Que se case quien quiera;
Yo no me caso, nó.

Si el marido es celoso
¡Divino Redentor!
Es capaz de agotar
La paciencia de Job.
"¿Qué haces en la ventana?
No vayas al sermon"....
Que se case quien quiera;
Yo no me caso, nó.

Si infiel ....y con la mano
Puesta en el corazon
Diga alguno si puede
Responderme: yo nó.
Si infiel ... yo lo querría
Tirar por el balcon....
Que se case quien quiera;
Yo no me caso, nó.

Y si el pan á sus hijos
Arranca sin rubor
Para dar lujo y coche
¡Ay! á algun serpenton;

Si te deja en ayunas
Por dar á otra reloj . . .
Que se case quien quiera;
Yo no me caso, nó.

Mas que sea constante
Amable, humilde, doy;
¿Y si salimos luego
Con que es necio y gloton?
¿Si te hace todo el día
Cocinar? . . . ¡Ay! ¡qué horror!
Que se case un demonio;
Yo no me caso, nó.

Luego vienen los nenes
Y el hombre papalon
Exclama: ¡Que fastidio!
¡No permitiera Dios
Que sufrieran al ménos
La mitad del dolor!
Que se case quien quiera;
Yo no me caso, nó.

Bien seguro es que pase
La noche cual farol,
Velando al angelito
Majadero y lloron:
A pierna suelta duerme
Bendito del Señor. . . . . .
Que se case quien quiera;
Yo no me caso, nó.

Y como salir puede
Por una maldicion
A un tiempo infiel y necio,
Y celoso feroz,

De humor atrabiliario,
Enfermizo y gloton......
Y... Cásese quien quiera;
¡Pero casarme yó!

Así, con el permiso
De D. Manuel Breton,
Que escribió una letrilla
De una injusticia atroz,
Digo que el hombre puede
Casarse sin temor;
Mas la muejr... ¡San Rufo
Yo no me caso, no.

Noviembre de 1867.

A VICTOR HUGO.

Poeta, tú que llenas con tu inspirado acento,
De un goce indefinible, inmenso el corazon;
Que haces vibrar la cuerda de cada sentimiento,
De tu divina lira con el divino son:

Tú que haces que se inflame en entusiasmo ardiente,
Con las heroicas notas de tu cancion marcial,
El alma que conmueve tu cántico doliente
Y hechiza con su gracia tu mágica oriental:

Tú que tan bien expresas del alma la agonía,
Luchando entre las garras del infernal dolor;
Del corazon serena la cándida alegría;
Los indecibles goces de un comprendido amor;

En medio á los aplausos que arranca al mundo entero
Con sus sublimes obras tu genio colosal;
En medio al entusiasmo tan justo y verdadero
Que circunda tu nombre de aureola inmortal;

Ignoras que del mundo en un rincon lejano
Del mexicano cielo bajo el azul dosel,
En esa bella tierra, do con potente mano
Naturaleza ha hecho un eternal verjel;

Dos séres para un genio cual tú desconocidos
Devoran tus cantares con férvida emocion;
Dos sorazones beben absortos, conmovidos
El néctar de tu dulce, soberbia inspiracion.

¡Oh! sí, desde tu altura el homenaje ignoras
Que te consagran tiernas dos almas desde aquí......
No obstante, dar tan dulces, tan deliciosas horas,
Debe ser una dicha, poeta, para tí.

Cuántas veces á la hora en que la tarde espira
Y empiezan las estrellas serenas á brillar;
Cuando la brisa triste y lánguida suspira,
Haciendo á los naranjos las copas inclinar;

Cuando sobre la yerba la luciérnaga brilla
Una huella de fuego sembrando en su redor,
Y á su nido se acoge gozosa la avecilla,
Dando su adios al día en su canto de amor;

Ese libro cerrando, tesoro de armonía,
El adorado objeto de mi justa eleccion,
Silencioso estrechando en su mano la mia,
Reflejaba en sus ojos mi profunda emocion.

Es que hay en los acentos de tu canto sonoro
La magia que hace al labio de asombro enmudecer;

Es que las puras notas de tu laud de oro
Revelan del artista la fuerza y el poder.

Y al corazon arrancan con su imperioso acento
Un ahogado suspiro de angustia y de terror,
Una dulce sonrisa, una gota de llanto,
Y un grito de entusiasmo inmenso, embriagador.

¡Oh! sí, ese libro un mundo de sentimiento encierra,
Que embriaga, que conmueve y entusiasma á la par:
Es el genio que roza con sus alas la tierra,
Y hace con él las almas á otra region volar.

¡Oh! poeta, poeta, yo querría
Que pudiera expresarte la voz mía
Lo que me haces sentir;
¡Pero es siempre tan débil el acento
Cuando intenta el profundo sentimiento
Del alma traducir!

Cuando quiero expresar lo que me inspira
Tu genio soberano, de mi lira
Con el tímido son,
Comprendo que hace á la emocion agravio
Cuando pretende interpretar el labio
La voz del corazon.

Quisiera que en la noche sosegada,
Al traves del espacio, tu mirada
Pudiera penetrar,
Cual genio fabuloso é invisible
En el santuario dulce y apacible
De mi tranquilo hogar.

En medio de ese cuadro de ventura
Tan completa, tan mística y tan pura

Que encontraras allí,
Si un instante prestaras el oido
Escucharas tal vez enternecido
Que se hablaba de tí.

Por la luz de la lámpara bañado
Ante un hombre en la mesa reclinado
Un libro abierto está......
Acércate, poeta, sin ruido,
Un poco más... ¿el titulo has leido?
¿Lo has conocido ya?

Una mujer escucha conmovida
Con su alma entera, absorta, suspendida
A la voz del lector.
Más de una vez de su emocion llevada
Ha dejado su mano descuidada
Escapar la labor.

Afuera el viento de Diciembre helado
En los cristales del balcon cerrado
Bate en son desigual;
Y un rayo de la luna trasparente
Entra en el aposento dulcemente
A traves del cristal.

Absortos en la mágica lectura,
No escuchamos el viento que murmura
Con destemplado son,
Ni la furiosa voz de la tormenta
Pudiera distraer el alma atenta
De tu bella cancion.

Si apurando el raudal de melodía
Que exhala esa divina poesía

Nos pudieras mirar,
La expresion te dijera del semblante
Lo que trémulo el labio y palpitante
No te puede explicar.

Vieras brillar dos húmedas miradas.
Buscarse y encontrarse iluminadas
De una viva emocion;
Y en medio de un silencio reverente
Escucharas tal vez distintamente
Latir el corazon.

¡Oh! debe ser, poeta, dulce y bello
Arrojar el magnífico destello
De una gloria inmortal,
Hasta el hogar modesto y apacible
Do enciendes de entusiasmo inextinguible
El fuego celestial.

Debe ser dulce al alma del poeta
Saber que hace la fibra más secreta
De otras almas vibrar.
Que al traves de dos mundos, poderosa
Puede la voz sublime y armoniosa
Goces inmensos dar.

Por esto quiso mi modesta lira
Hoy expresar lo que tu voz me inspira;
Y fué en vano. ¡Ay de mí!
Pero aunque en tosco y pálido lenguaje
Hoy ofrecen al genio su homenaje
Dos almas desde aquí.

Y pues las bellas notas de tu canto
Han hecho derramar tan dulce llanto
Del espacio al traves,
Ese llanto tu merito pregona,
Que la perla mejor á tu corona
Una lágrima es.

Guadalajara, Agosto de 1866.

LA ABUELA.

¡Oh! guárdate del amor,
La anciana abuela decía;
El amor es, hija mía,
Un manantial de dolor.
—¿No es, pues, la dicha mayor,
Madre?—Nó, nó ciertamente.
La niña inclinó la frente
Y murmuró suspirando:
—¿Por qué me dice Fernando
Que es de la ventura fuente?

—Tan fresca como la aurora,
Tan pura como una estrella

Se conserva la doncella
Que ese sentimiento ignora.
Mil tormentos atesora
Esa funesta pasion
Que con aguuo teson
Van el alma destrozando......
—¿Por qué me dice Fernando
Que es la luz del corazon?

—¿Por qué es, madre, tan terrible
El amor? —Porque arrebata
La paz y el reposo mata
Del alma tierna y sensible.
Su poder irresistible
Lanza al corazon ansioso
En medio á un mar borrascoso
Do en vano el puerto anhelando....
—¿Por qué me dice Fernando
Que es el puerto del reposo?

—¿Ves, hija mía, esa rosa,
Del jardin ornato y gala,
Que grato perfume exhala,
Que besa el aura armoniosa?
¿La ves levantar airosa
Su frente púdica y bella
Que entre las flores descuella,
Su fresca pompa ostentando......?
—A mí me dice Fernando
Que soy hermosa como ella.

—Si un instante el sol ardiente
La acaricia apasionado
Su cáliz embalsamado
Se marchita tristemente.

Mustia se inclina su frente
Ante el rayo abrasador,
Fiel emblema del amor
Que el corazon agostando....
—¿Por qué me dice Fernando
Que es de la vida la flor?

—¡Una ilusion deshojada
Hace tan terrible daño!
¡Es la faz del desengaño
Tan fría y tan descarnada!
No queda al alma angustiada
Despues de tanto sufrir
Más consuelo que gemir
Su muerta dicha llorando....
—¡Ay! ¿Por qué dice Fernando
Que sólo amar es vivir?

Calló la anciana, y llorosa,
Desconsolada la niña,
Fijó en la fresca campiña
Una mirada angustiosa;
Una lágrima preciosa
Como perla sin mancilla
Por su rosada mejilla
Va lentamente rodando......
Cuando descubre á Fernando
Del arroyuelo á la orilla.

Era hermosa la mañana
Cual de un niño la sonrisa;
Pura y amante la brisa
Besaba á la flor galana;
El ave cantaba ufana
Sus amores en su nido,

Y agitado, conmovido,
De esperanza palpitando,
Miraba á Clara Fernando
En su hermosura embebido.

No sé lo que le diría
Esa mirada anhelante;
Mas de la niña el semblante
Perdió la expresion sombría;
Volvió á su alma la alegría,
Volvió á su faz el color,
Y con virginal candor
Murmuró en acento blando:
—¡Oh! tiene razon Fernando,
Si lo que siento es amor.

Noviembre de 1867.

EL ANGEL Y EL NIÑO.

(A MI HIJO.)

Era una noche perfumada y tibia,
Noche de otoño de indecible encanto,
Que de crespon azul en rico manto
Majestuosa y serena se envolvió.
Ni el celaje mas leve y delicado
A estampar se atrevió sus blancas huellas
En la corona fúlgida de estrellas,
Que en su diáfana frente colocó.

La blanca luna desde el limpio cielo,
Con su luz apacible y argentina,
Los campos melancólica ilumina
Y atraviesa el follaje del jardin.

Se desprenden las hojas amarillas
Con un rumor doliente y misterioso,
Y se exhala un perfume delicioso
De las flores de nieve del jazmin.

¡Es tan dulce esa calma de la noche,
En que el alma serena y recogida,
El misterio insondable de otra vida
Pretende comprender y adivinar!
¿Qué hay más allá del azulado velo
Que del mortal detiene la mirada,
Y no puede la vista deslumbrada
Ni por un solo instante penetrar?

Al traves del cristal de una ventana,
El pálido destello de la luna
Baña de lleno la graciosa cuna
Do duerme un niño de rosada faz.
Al resbalar el argentado rayo
Por su serena y apacible frente,
Parece circundarla dulcemente
De una aureola de inocencia y paz.

Una sonrisa pura y candorosa
Entreabre su labio nacarado,
Fresco como el aliento perfumado,
Que se exhala del cáliz de la flor.
¡Cuán bello es ese sueño de la infancia,
Lleno de confianza y de pureza!
El corazon que á palpitar empieza
Ignora los latidos del dolor.

De súbito un celaje trasparente
Empañó el blando rayo de la luna,
Como empaña el cristal de la laguna
El soplo de la brisa matinal;
Un rumor se escuchó lánguido y vago,
Como el rumor del viento entre el follaje......
Miéntras tomaba el diáfano celaje
Una forma divina é ideal.

Era un ángel de faz pura y suave,
De alas azules del azul del cielo,
De luz envuelto en deslumbrante velo,
A la cuna del niño se acercó;
Apartando la blanca muselina
Sobre el niño inclinó su tersa frente,
Y con acento al par dulce y doliente
Suavemente entre un beso murmuró:

—"Duerme, querube de cabellos de oro,
El sueño celestial de la inocencia;
Duerme, que en el umbral de la existencia
Dulce y tranquila la existencia es.
"Duerme ántes de llegar tu puro labio
A un cáliz de amargura y sinsabores;
Antes que se marchiten esas flores
Que alfombran el abismo ante tus piés."

—"Hermano, no comprendo tus palabras...
¿Qué llamas tú pesares y tormento?
¿Qué llamas tú sufrir? Feliz me siento;
¿Por qué me hablas así?
"¿Por qué dices que males solamente,
Sólo males sin fin el mundo encierra?
Yo no puedo encontrar triste la tierra,
¿No está mi madre aquí?"

—"Abandonaste una region más pura,
Do no llegan jamas pena y quebranto,
Para venir á derramar tu llanto
Del llanto y del pesar á la mansion.
"Pronto verás perderse en lontananza
La blanca faz de tu ilusion divina;
Sentirás del dolor la aguda espina
Desgarrar tu inocente corazon."

—"El mundo es un verjel, hermano mío,
Lleno de frescas y fragantes rosas,
De pintadas, lijeras mariposas
Con alas de rubí.
"De aves de canto melodioso y dulce
Que llenan con su voz el bosque umbrío....
El mundo es muy hermoso, hermano mío,
¿No está mi madre aquí?"

—"¡Pobre capullo que la frente elevas
Perfumada, purísima y graciosa,
A los besos de la aura cariñosa,
A los rayos de un sol primaveral!
"Pronto verás nublarse el firmamento,
Y soplando con ráfaga violenta
Airada é implacable la tormenta
Destrozar tu corola virginal."

—"Está límpido el cielo, hermano mío,
Y es tan brillante el sol, y son tan bellas
Esa pálida luna, esas estrellas
Que me hablan desde allí!
"¡Oh! Yo no temo el huracan que lleva
Doquier espanto y destruccion consigo......
Los brazos de mi madre son mi abrigo,
¿No está mi madre aquí?"

—"Ven, abandona un mundo de dolores,
Vuelve conmigo á tu mansion primera;
Una dicha sin fin allí te espera
Que ni una leve sombra turbará.
"Ven, partamos, es la hora más propicia
Hoy que aun ciñe tu cándida cabeza
La virginal corona de pureza
Que un día ¡ay! el mundo empañará."

—"¡Oh! No puedo partir.... es imposible..
Dulce el recuerdo el corazon agita
De esa dicha inefable é infinita
Que en un tiempo sentí;
"Pero partir.... perdon, hermano mío,
Yo no puedo sentir tu vivo anhelo:
Aunque una dicha inmensa haya en el cielo
¡No está mi madre allí!"

Al pronunciar las últimas palabras
Agitóse en su sueño levemente,
Y sintió al punto por su pura frente
Como una hoja de rosa resbalar.
Entreabrió su párpado de nieve,
Y halló gozosa su primer mirada
A su madre ante el lecho arrodillada,
Sonriendo del niño al despertar.

Entre esa dulce y plácida sonrisa,
Que asomaba á su labio en su embeleso,
Aun palpitaba el cariñoso beso,
Prenda inefable de materno amor.
Tendió el niño los brazos anheloso,
De su madre enlazándolos al cuello....
Y de la luna el pálido destello
Alumbraba ese cuadro encantador.

Lentamente una sombra indefinible
Que comprender la madre no podía
Sobre la faz del niño se extendía,
Y su mirada límpida empañó:
Era que el angel á partir cercano,
En el cielo fijando su mirada,
Con tristeza profunda y resignada
Como un canto de adios su voz alzó:

—"Cumple pues la mision que has elegido,
Una ley inmutable así lo ordena,
Ese amor inmortal es la cadena
Con que al mundo te liga el mismo Dios;
"Lazo que une dos almas desde el cielo
Para que una en la otra confundidas,
Más allá de la muerte siempre unidas
Por una eternidad vivan las dos.

"¡Adios! mi amable y dulce compañero,
No volverás á verme; la existencia
Presto mancha ese velo de inocencia
Que aun me permite presentarme á tí;
"Pero invisible me hallaré á tu lado,
Seré tu apoyo, tu consuelo y guía,
Tu conciencia será mi voz un dia
Miéntras tu madre te hablará por mí."

Al terminar su tierna despedida,
Una lágrima pura y trasparente
Cayó del niño en la rosada frente,
Una huella de luz dejando allí.
Tembló el angel "Artista" murmurando
Al contemplar el fúlgido destello:
"Llevas del genio el deslumbrante sello,
¿Será ménos cruël tu suerte aquí?"

Dijo; y lloroso desplegó las alas;
Otra vez se inclinó sobre la cuna
Y en el pálido rayo de la luna
Se elevó con graciosa languidez.
Juntó el niño las manos sollozando
Al ver al ángel elevar el vuelo......
"¡Ay! exclamó, para olvidar el cielo,
¡Oh! madre mía, bésame otra vez."

Guadalajara, Enero 24 de 1868.

LA TARDE.

Está la tarde tibia, hermosa y sosegada;
Sereno el firmamento ostenta su zafir;
Con el flotante manto de nube sonrosada,
El sol cubre su frente, ya próximo á morir.

Celajes de brillantes, vivísimos colores
Reflejan en oriente su postrimera luz,
El cielo se ilumina de ardientes resplandores
Que envolverá bien presto la noche en su capuz.

Así la casta vírgen, al cielo consagrada,
Lleva al umbral del claustro la pompa mundanal
Para cubrir sus galas, sumisa y resignada,
Bajo los toscos pliegues del áspero sayal.

Los árboles elevan sus copas de verdura,
Formando impenetrable, espeso pabellon;

El ave entre el follaje, dulcísima murmura
Las indecisas notas de lánguida cancion.

El lago reproduce en movedizo espejo
El bosque, las colinas, el firmamento azul;
Del sol en occidente el último reflejo,
Del diáfano celaje el trasparente tul.

La brisa vespertina del blando aroma llena
Las quietas aguas riza con soplo halagador;
Las olas apacibles espiran en la arena,
Que besan cariñosas con tímido rumor.

Las flores enderezan la perfumada frente
Que espera del rocío las gotas de cristal,
Y cual plegaria tierna, suavísima y ferviente,
Envian á los cielos su aliento virginal.

El ave soñolienta entre el follaje trina
Buscando presurosa el nido abrigador;
Ya vienen los rebaños bajando la colina,
Guiados por el canto quejoso del pastor.

De la labor se vuelve el labrador cansado,
Y hace á los tardos bueyes el paso apresurar;
Le indica del reposo el puerto deseado
El humo que se eleva del fuego de su hogar.

La tarde está espirando: su trasparente velo
Comienza blanca niebla, flotante á desplegar,
En tintas más oscuras su azul condensa el cielo,
La magestuosa frente ya el sol hundió en el mar.

Las nubes han perdido sus fúlgidos colores,
Trocando en vagas sombras sus tintas de coral.....
Así se desvanecen los sueños seductores
Que el corazon abriga del mundo en el umbral.

Apuran el rocío las plantas anhelantes
Que mustias inclinára un día abrasador,

Ciñendo esa diadema de líquidos diamantes
Sus pétalos repliega con languidez la flor.

Perfumes penetrantes, vivos y embriagadores,
El apacible ambiente impregnan por do quier;
Se escuhan esos vagos, dulcísimos rumores,
Suspiros de la tarde en su hora postrimer.

Las luciérnagas vuelan en las hojas brillando
En giros desiguales, fantásticos, sin fin,
Cual leve polvo de oro lijeras salpicando
La yerba de los prados y el césped del jardin.

Ya eleva su alba frente purísima la luna,
Bañando el panorama con su argentada luz;
Radiantes las estrellas asoman una á una,
Sembrando de topacios el pabellon azul.

Al traves del follaje los campos ilumina
De la nocturna reina el pálido fanal,
Y en la tendida falda de la verde colina
Se mira del arroyo en la onda de cristal.

Es una hora solemne, deliciosa y bendita,
Llena de suave encanto, de profunda emocion;
De una melancolía serena é infinita,
La sombra vaporosa envuelve el corazon.

Es mi hora predilecta; es la hora misteriosa
De aspiraciones vagas á una dicha ideal;
Es la hora en que parece que nuestra alma reposa
Alzando del pasado el velo funeral.

Entónces del recuerdo la vaga luz velada
La senda recorrida nos hace hermosa ver,
Y pierden los dolores su espina envenenada,
Y más bellas parecen las horas del placer.

Entónces una tierna, dulcísima memoria,
Que cual reliquia santa el alma conservó,

Que forma por sí sola del corazon la historia,
Cándida flor que el cierzo helado respetó;

Derrama en nuestro seno su mágico perfume,
Meciéndonos con blando arrullo embriagador;
Y si el dolor amargo el corazon consume,
Con su divino aliento adormece el dolor.

En esa hora parece que la natura entera
Nos hace su sublime idioma comprender;
Sentimos que del aura la queja lastimera
Hace en su verde tallo la flor estremecer.

Del ave que sacude graciosa su plumaje
El himno comprendemos de penas ó de amor....
Y las estrellas tienen su mágico lenguaje,
¡Un lenguaje bien dulce, tierno y consolador!

Hora suave en que el alma al espacio se lanza
En alas de sus sueños, su plegaria ó su fe,
Y á la luz misteriosa de una vaga esperanza
Horizontes más bellos en lontananza ve.

Hora de delicioso, santo recogimiento,
En que siempre una dicha indecible sentí....
¡El instante en que exhale mi postrimer aliento
Debe ser esa hora tan dulce para mí!

Escoba, Agosto 17 de 1868.

LA CAIDA DE LAS HOJAS

A mi amable amiga Teresa Gomez de Menocal.

Hojas del árbol caidas
Juguetes del viento son:
Las ilusiones perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazon.

Espronceda.

Es una tarde de otoño
Melancólica y serena;
El límpido firmamento
Su azul deslumbrante ostenta;
Un fugitivo celaje
Por instantes lo atraviesa
Dejando tras sí graciosa,
Leve, imperceptible huella,
Cual blanco copo de espuma,
Que cruza la mar inmensa

Y entre sus ondas azules
Termina al fin su carrera.
Comienzan una por una
A aparecer las estrellas,
Celestiales caracteres
En que el alma grande y tierna,
Patentemente grabada
Ve de Dios la omnipotencia,
Como en su obra más grandiosa,
Más sorprendente y más bella.
Solemne y hondo silencio
En todos los campos reina,
Solamente interrumpido
Por el rumor que en la arena,
Hacen al caer gimiendo
Las hojas amarillentas,
Que de su tallo desprende
La brisa de Octubre fresca.
Es como un triste suspiro,
Como una doliente queja
Que del alma lastimada
En lo más hondo resuena.
Sus ilusiones perdidas
Triste queja le recuerda,
Y sus amargos dolores,
Sus abrumadoras penas.....
Es una voz misteriosa
Que sale de la arboleda,
Y melancólica y dulce
En el silencio se eleva.

"De mi tallo desprendida
A la vida
Eterno adios debo dar.

¿En dónde están mi hermosura,
Mi frescura
Que un día logró empañar?

"Ayer la verde guirnalda
De esmeralda
Completaba del verjel;
Hoy entre el polvo del suelo
Sin consuelo
Lloro mi suerte cruël.

"Fresca, risueña y lozana
La mañana
De mi existencia pasó .....
¡Todo en este mundo pasa!
Hoy me abrasa
El sol que vida me dió.

"De los divinos ensueños
Que halagüeños
Embelesan al mortal,
Y la realidad sombría
Cubre un día
Con su velo funeral;

"Soy ¡ay! el emblema triste ....
Cual yo existe
Solo un día la ilusion,
Que al soplo de la tormenta,
Macilenta
Se arranca del corazon.

"Ayer la luz matutina,
Purpurina
Mi fresca faz inundó,
Y en mi gracioso atavío

De rocío,
Dorada se reflejó.

"Ayer el céfiro blando
Suspirando,
Me acariciaba al pasar;
Y era su queja amorosa,
Deliciosa
Como un lánguido cantar.

"Ayer colocó radiante
Su diamante
La luciérnaga gentil
Como diadema en mi frente,
Blandamente
Bañada por rayos mil.

"En esa frente amarilla
Hoy no brilla
Dulce el rayo matinal;
Que entre el polvo confundida,
De la vida
Me hallo en el opuesto umbral.

"Hoy la brisa fresca y pura
No murmura
Amores en mi redor......
¡Mal sobre una tumba suena
Cantilena
Embriagadora de amor!

"El insecto luminoso,
Presuroso
Pasa y se aleja de mí;
Rápido elevando el vuelo
Se alza al cielo
Miéntras yo sollozo aquí.

"Adios, mi fresca mañana,
Mi galana
Y encantadora beldad .....
La dicha que diera un día
¡Suerte impía!
Es triste felicidad.

"Presto con soplo violento
Rudo el viento
Me arrebatará cruël;
Y á morir abandonada,
Destrozada
Iré léjos del verjel.

"El perfume de las flores
Mis dolores
A consolar no vendrá;
Ni del alba el dulce llanto
Mi quebranto,
Ni mi sed mitigará.

"En alas del torbellino,
Mi camino
Desolado á recorrer,
A cada paso dejando
Sollozando,
Un pedazo de mi sér;

"Iré léjos de este nido,
Tan querido
A mi pobre corazon.....
¡Ay! ¡si al ménos la fortuna,
De mi cuna
Hiciera mi panteon!

"Adios; ya el verde plumaje
Del follaje

Hace la brisa gemir.....
¡Oh! ya el viento se desata.....
Me arrebata....
¡Ay! ¡es bien triste morir!

Pobre hoja desprendida del tallo por el viento;
Imágen de la suerte del mísero mortal.
Un día de ilusiones, de sol y de contento;
Despues la fría sombra de losa sepulcral.

Un día una ventura que el alma toda llena;
Un día entre las flores al cielo sonreir;
Y luego, destrozada sobre infecunda arena,
Sin un acento solo de compasion morir.

México, Octubre de 1869.

El Plagio del Corazon

Tened cuidado, niñas,
Por el amor de Dios,
Que el corazon es joya
De infinito valor,
Y en tiempos tan fatales
Cual son los tiempos hoy,
Es cosa muy sencilla
Plagiar un corazon.

Desconfiad del chico
De lente y de reloj,
Que con trágico paso
Ronda al pié del balcon,
Y al suspirar parece
Máquina de vapor;

Que es la cosa más fácil
Plagiar un corazon.

Temed al petimetre
Que os habla del *Galop*,
Del zócalo y la plaza,
E ignora si hacen dos
Uno y uno, y si México
Es parte del Mogol.
¡Cuidado! que no falta
Quien plagie un corazon.

Desconfiad del viejo
Beato y rezador,
De capote increible
Y sombrero feroz,
Que tomando un polvito
Dice: "Entre col y col,
No encuentro muy difícil
Plagiar un corazon."

Y arregla su peluca
Diciéndoos una flor;
Y os habla de su hacienda,
Sus coches y su arcon;
Y os mira de soslayo
Conteniendo la tos......
¡Cuidado! No os dejeis
Plagiar el corazon.

Desconfiad del hombre
Que cuarenta cumplió
Y habla sólo en negocios
Leyes, constitucion,
Y os pasea la calle
En soberbio *landó*

Que es cosa muy sencilla
Plagiar un corazon.

Desconfiad del jóven
Y amante trovador
De lánguida mirada
Y de armoniosa voz,
De tiernos juramentos,
De tristes quejas.... ¡Oh!....
Es plagiario terrible,
Cuidad el corazon.

Desconfiad del poeta
Tan pobre como Job,
Que es nieto, al fin, de Apolo,
Y Apolo es gran Señor;
Y dicen que un soneto
Las piedras ablandó,
Es la cosa más fácil
Plagiar un corazon.

Desconfiad del hijo
De la brumosa Albion,
Que serio, tieso y grave
Con un *spleen* atroz,
No acierta en castellano
Con la palabra amor....
¡Cuidado! Que no falta
Quien plagie un corazon.

Desconfiad del yankee,
Del frances invasor,
Del tranquilo tudesco,
Del hidalgo español,
Del ruso, del austriaco,
Del turco...... ¡qué sé yo!

De todos, que es muy fácil
Plagiar un corazon.

Gracioso ramillete
Do se unen con primor
La rosa y la azucena
En nítido boton,
La violeta sencilla
Y el nardo embriagador,
Ten cuidado, que pueden
Plagiarte el corazon.

Jacinta, tú conservas
Un recuerdo de amor;
Pero el ciego Cupido
Tiene más de un arpon,
Y es niño y es travieso,
Y vuela el muy traidor....
Pese al recuerdo, pueden
Plagiarte el corazon.

Lamentas, Manuelita,
Con infantil candor
La abrasadora llama
De una infeliz pasion;
Mas se convierte el fuego
Bien pronto en humo... ¡Ay Dios!
Esa pasion no libra
Del plagio al corazon.

Tú, Jesus, apartando
La sombra del dolor,
Que tu temprana vida
Inclemente envolvió,
Gozas de un sueño bello
Como un rayo de sol;

¡Cuidado! Está en peligro
De plagio el corazon.

Tú, Matilde, diablillo
Travieso, vas en pos
De una vaga quimera,
De una fresca ilusion
Que tu vida ilumina
Con dorado arrebol....
Yo tiemblo; ya te miro
Plagiado el corazon.

¡Alerta bellas niñas!
Desechad con horror
Los tiernos homenajes
Del sexo papalon,
Que astuta red tendiendo
Al juvenil candor,
Satisfecho y triunfante
Os plagia el corazon.

A ménos que prudentes
Opineis como yo,
Que cadena de flores
No es grillo ni prision.
Si un dueño como el mío
Hallais, licencia os doy
De que os dejeis sumisas
Plagiar el corazon.

México, Noviembre 11 de 1869.

El Gorrion Muerto.

(A MI HIJO.)

—Madre, madre de mi vida,
¿En donde está el pajarillo?
Le busco, le busco en vano
Y está solitario el nido.
Aun el algodon caliente
De su tierno cuerpecito
Conserva las huellas...Madre,
¿En donde está el pajarillo?
—Muy léjos, mi bien.
—¿Muy léjos?
¡Ingrato!
—No llores, hijo.
Desde el follaje esmeralda
De ese verde bosque umbrío
Escuchaba de su madre

Los dolorosos gemidos.
Era huérfano á tu lado,
Y ser huérfano, amor mío,
Es un dolor tan horrible
Que ni aun puedes concebirlo.
Cuando la risueña aurora
Con vagos tintes rojizos
Baña el espeso follaje,
Y con el placer más vivo
De la corona de perlas
Que les ofrece el rocío
Ciñen su frente las flores
Del sol á los rayos tibios,
Para que á Dios elevara
De gratitud dulce himno,
Llamaba la madre inquieta
A su polluelo querido.
Y cuando del melancólico
Crepúsculo vespertino
Se confunden los objetos
En el ropaje indeciso;
Cuando las flores exhalan
Con su perfume un suspiro
Tan dulce como esa hora
Llena de encanto infinito;
Cuando es más suave el rumor
Del arroyo cristalino,
En cuyas ondas se mira
De la luna el blanco disco;
Cuando las aves entonan
Con melancólicos trinos
Una despedida al sol
Que se hunde en ocaso altivo;
En esa hora, mi vida,

Al recojerse en su nido
La triste madre angustiada
Llama con dolientes píos,
Con lamentos cariñosos
A su pobre pichoncillo.
¿Quieres saber lo que dice
Con sus acentos sentidos?
—"¿Qué haces, mi dulce embeleso,
Léjos del materno abrigo,
Sin mis amantes caricias,
Sin mis cuidados solícitos?
Hijo del alma adorado,
¿Tienes hambre? ¿tienes frío?"
—Madre, con voz temblorosa
Dijo interrumpiendo el niño,
Yo tambien mucho le quiero,
Yo tambien mucho le cuido;
Y me deja....
—Por su madre,
Mi dulce arcángel bendito.
Si léjos de mí te hallaras
En el palacio más rico,
Con primorosos juguetes,
Con elegantes vestidos,
Dueño de un potro brioso
Con brillantes atavíos,
¿Podrías sin mí encontrarte
Satisfecho y complacido?
Quedóse el niño un momento
Hondamente pensativo;
Luego enjugando una perla
Cuyo trasparente brillo
Reflejaba su alma pura
Su cándido pecho limpio,

En los brazos maternales
Arrojóse conmovido.
—Nó, dijo con el acento
Más tierno y más expresivo,
En cuyas notas vibraba
Un inefable cariño.
Sin tí me hallaría triste,
Madre, hasta en el cielo mismo.
La madre cubrió de besos
Aquel rostro peregrino,
Copia perfecta de un angel
En su virginal hechizo;
El sonrió á esas caricias
Con infantil regocijo;
Y en su inocencia bien presto
Dando su pena al olvido,
Del regazo cariñoso
Arrancóse fugitivo,
Un corcel imaginario
Azuzando con gran brío.
. . . .
La madre al verle alejarse
Tan confiado y tranquilo,
Dando á los gratos ensueños
Tan presto desvanecidos
De aquel querub inocente
Enternecida un suspiro,
Sacó del pecho el cadáver
Del infeliz pajarillo,
Y le sepultó piadosa
Al pié de un rosal florido.

México, Julio 14 de 1870.

EL COLIBRI.

Hijo mío, no te muevas,
No te muevas, porque espantas
Ese lindo pajarillo....
¡Oh! mírale entre las ramas
De esa espesa enredadera.....
¡Cómo le brillan las alas
Y el pecho! Es un ramillete
De rubíes y esmeraldas
Que en el aire perfumado
Se balancea con gracia,
Lanzando vivos destellos
Del sol á la ardiente llama.
Mírale junto á esa rosa
Que sacudiendo gallarda
Los diamantes del rocío
Que sus pétalos esmaltan,

Parece que le sonríe
Ruborizándose casta,
Al ofrecerle en un beso
La miel que su cáliz guarda.
El rojo clavel parece
Que sus amores le canta,
Cuando la alegre avecilla
Cerca de su lado pasa;
Y la tímida violeta
La frente modesta alza,
Y en su celeste perfume
Un blando suspiro exhala.
Miéntras tanto el ave inquieta
El verjel recorre rauda,
Y enamorando las flores,
De una flor á la otra vaga.

* * *

¿A dónde vas, inocente
Avecilla descarriada?
¿Por qué el verjel abandonas?
¿Qué buscas en esta estancia?
¡Ay! la realidad dejando
Por una quimera vana,
Dejas el pensil florido
Y en tu loca petulancia
A una prision te introduces
Que te acongoja y te espanta.
Entre estas cuatro paredes
El aire libre te falta
Y salir no puedes de ellas
Por mas que de salir tratas.
En redor del aposento
Revuelas desesperada,

Y vuelves al mismo punto
Que de abandonar acabas.
Tendiendo hácia arriba el vuelo
Te alejas de la ventana
Cerrándote la salida
En tu ansiedad de buscarla;
Y ciega, inquieta, jadeante
Hasta el techo te levantas,
Y contra él en tus angustias
Tu cuerpecillo maltratas.
Así el corazon herido
Por experiencias amargas
En un círculo de hierro
Se agita con furia insana;
Y pretendiendo librarse
Del torcedor que le mata,
En esa lucha impotente
Más hondo el puñal se clava.
. . . .
Tierna, infeliz avecilla,
Tu agudo tormento calma. .
No te asuste ni te alarme
La oscuridad momentánea.
Voy á salvarte...no tiembles,
Es crueldad necesaria;
Y el leve mal de un instante
Tu bien duradero labra.
¡Oh! ¡pobrecilla! aturdida
Por la transicion tan rápida
De la luz á las tinieblas,
Has caido al suelo. . . . Salta
Tu inquieto corazoncito
Que un hondo terror taladra.
No temas, voy á salvarte;
Ya abierta está la ventana,

Voy al instante á volverte
A tu libertad amada.....
Y el colibrí sacudiendo
Las leves, brillantes alas,
Al jardin desde mi mano
Rápidamente se lanza.
¡Con qué delicia el ambiente
Aspira de la mañana!
¡Ya al sol extiende sus plumas,
Y en el rocío se baña
Que en la corola de un lirio
Ha depositado el alba.
Al fin el vuelo remonta,
Y con graciosa elegancia
Elevándose en los aires
La pared del jardin salva,
Y en el éter trasparente
Se confunde en lontananza.

***

Así nuestra alma inmortal
En la materia encerrada
Se agita, lucha y padece,
Sin poder romper las trabas
Que la ligan á este mundo
De dolor y de desgracia.
Mas llega la hora suprema
En que la muerte desata
Los vínculos terrenales
Que del cielo la separan;
Hora de angustia terrible,
Hora de crueles ansias,
De oscuridad y martirio,
De agitacion y de alarma.
Pero leal mensajera

De consuelo y esperanza,
Las puertas abre á otra vida
Hasta ese instante cerradas;
Y exenta de los dolores
De la condicion humana
En el espacio se eleva
Libre y satisfecha el alma,
Hasta otra region más pura
En donde el mal no la alcanza....
Como el ave prisionera,
Despues de ruda batalla,
Vuelve á su primer mansion
Dó paz y dicha la aguardan.

Tacubaya Julio de 1871.



EN EL VALLE DE MÉXICO.

¡Dios! Este nombre el corazon exhala
Que en caracteres mágicos resbala
Por la azul extension.
¡Dios! Solamente tan sublime acento
Se presenta radioso al pensamiento,
Al par que al corazon.

En su eterna belleza la natura
Ese nombre doquier canta ó murmura
Con celeste rumor:
Le canta el sol en su destello de oro,
Y lo repiten en humilde coro
Yerba, insecto, ave y flor.

Hay cuadros que impotente no interpreta
Del artista más grande la paleta
Que nula ante ellos es;

Cuadros cuya grandeza soberana
Hace caer la inteligencia humana
De hinojos á sus piés.

Y el alma entónces que su imperio siente,
No sabe, conmovida y reverente,
Más que amar y creer;
Que elevando la vista al limpio cielo
Le parece al través del azul velo
A Dios mismo entrever.

Por eso absorta, enajenada y muda,
A la sombra de un árbol solitario,
De este espléndido valle hago el santuario
En que elevo ferviente mi oracion.
Porque es una plegaria fervorosa
La infinita emocion que el alma llena,
Cuando olvidando su mansion terrena
Se derrama en inmensa adoracion.

. . . .

Es una de esas húmedas mañanas
Del nebuloso Agosto, en que la yerba
En líquidos diamantes aun conserva
Las huellas de nocturna tempestad;
En que brilla con vívidos destellos
El espeso follaje, que rodea
El blanco campanario de la aldea
En medio á esta tranquila soledad.

Lejano se oye en el ameno prado,
De la vaca el mugido placentero;
El gozoso balido del cordero,
De la yerba aspirando el grato olor;

Miéntras al pié de un álamo frondoso
Que hasta la tierra su ramaje inclina,
Contemplando el rebaño se reclina
En su indolencia plácida el pastor.

Doquier se extiende en matizada alfombra
La humilde flor de la feraz llanura;
Doquier viva y lustrosa su verdura
Despliega el mugidor cañaveral.
Y dominando la modesta torre,
De recuerdos históricos ornado,
El Ajusco se ve medio velado
De una nube en el pálido cendal.

Es un cuadro tranquilo y apacible,
Que sólo ideas de ventura y calma
Engendra deliciosas en el alma
Con su blando y risueño resplandor;
Es el marco que encierra esplendoroso
Una vida pacífica y serena,
Una existencia bendecida y llena
Por la fe, la esperanza y el amor.

Y allá al léjos, en límpido horizonte,
En un cielo radioso y trasparente,
Hasta él llevando la nevada frente,
Que parece el zafir acariciar,
El Popocatepetl y el Iztacíhuatl
Alzan su mole altiva y arrogante
Bajo el ligero pabellon flotante
Que les forman las nubes al pasar.

De su falda el azul denso contrasta
Con el del cielo delicado y leve,
Do su corona de argentada nieve
Se destaca con gracia y con vigor;

Y cuando el sol al espirar los baña
De tibia luz con majestad suprema,
Arranca á esa magnífica diadema
Rayos de sobrehumano resplandor.

Monarcas de la sierra y la llanura
Que en las nubes hundís vuestra cabeza;
Testimonio eternal de la grandeza
De la divina mano que os formó;
Vosotros elevais la mente inquieta
A regiones de luz y de armonía,
Dó nunca la exaltada fantasía
Como en estos instantes penetró.

No sois el cuadro sosegado y dulce,
Do una dicha terrena y transitoria
Humilde encierra su tranquila historia
Que entre sus flores resbalando va;
Nó; como el faro que en la mar airada
Su rumbo muestra á la barquilla incierta,
Abris al alma la celeste puerta
Que le deja entrever un *mas allá*.

¡Iztacíhuatl! fantástica figura,
Que mezclas á lo grande é imponente
Algo de misterioso y de doliente
Que habla con dulce acento al corazon;
¿Has sido un sér de especie más perfecta?
¿O llevada de oculta simpatía
Te presta en su ilusion el alma mía
Sentimiento, dolores y pasion?

Es quimera tal vez; pero al mirarte
Envuelta en tu albo y luminoso manto,
En la actitud doliente del quebranto
Tendida en tu soberbio pedestal;

Con el velo flotante y desprendido,
El cabello larguísimo deshecho,
Y las manos cruzadas sobre el pecho
Dormida en tu sepulcro colosal;

Una historia de amor tierna y sentida
Atraviesa la mente acalorada.......
Eres tal vez la vírgen olvidada
A quien la tumba el desamor abrió.
Eres quizá la amante cariñosa,
Que á otra vida ligando su existencia,
De su dolor cruel á la violencia
Al faltarle esa vida sucumbió.

Y á la luz de la aurora, y cuando ardiente
Su rayo abrasador el sol fulmina,
Cuando la tarde pálida declina
De la luna al purísimo fulgor;
Te contemplo extasiada largas horas,
Mi quimera tenaz alimentando,
Tierno suspiro á tus pesares dando,
Compadeciendo tu fatal amor.

¡Mujer blanca! tu nombre es misterioso;
Melancólico y tierno como el llanto,
Que en sus horas primeras de quebranto
Vierte el inmaculado corazon;
Cual sobre el musgo de ruinoso claustro
De la luna el destello vacilante;
Cual del viento el gemido penetrante
Cuando inclina el sauz del panteon.

En su expresivo, enérgico lenguaje
Los antiguos aztecas te le dieron;
En tu blanco sudario te envolvieron,
Como en un sobrenombre de pesar.

Y al traves de los siglos ha pasado
Esa tierna y poética memoria,
Encerrando el misterio de tu historia
Que intenta el corazon adivinar....

Sí, las generaciones se suceden,
Y el tiempo á vuestras plantas se desliza
Como la espuma de la mar se riza
De roca enorme en el macizo pié,
¡Oh gigantes gemelos de este valle!
Sin que consiga su voraz aliento
Empañar el grandioso monumento
En que la huella del Señor se ve.

Porque vosotros revelais al hombre
La existencia de un Sér Omnipotente;
De Dios el nombre vuestra altiva frente
Ostenta en su radiosa majestad;
Y en este ameno y delicioso valle
Que dominais de vuestra excelsa altura,
En una nota melodiosa y pura
Resuena en la poblada inmensidad.
....

***

Nó; no pretendo bosquejar osada
Ese cuadro que el alma arrebatada
Refleja claro y fiel.....
¿A qué ese intento temerario y vano,
Si hace trizas su encanto sobrehumano
La lira y el pincel?

La humilde nota de mi débil canto
Se confunde en el himno sacrosanto
Que alza la creacion.

Ante sus sorprendentes maravillas,
Inundadas de llanto las mejillas,
Mi canto es oracion.

El ardiente entusiasmo que me inspira
Como la cuerda de invisible lira
Hace el alma vibrar;
Mas la expresion de un sentimiento inmenso,
Es muda como el humo del incienso
Que perfuma el altar.

Y un solo nombre el corazon exhala,
Que en caracteres mágicos resbala
Por la azul extension:
¡Dios! Solamente tan sublime acento
Se presenta radioso al pensamiento
Al par que al corazon.

Tacubaya, Agosto de 1871

¡NO VELES, SEBASTIAN!

Por los clavos de Cristo,
Amigo Sebastian,
No desdeñes del sueño
La bienhechora paz.
Duerme, ó vas á buscarte
Alguna enfermedad,
Y en tal caso, te juro
Que nos valiera más
Que del mundo llegara
El término final.
Duerme, te lo suplico,
Amigo Sebastian.....
Dicen que ha dicho un sabio,
Y ha sido la verdad,
Que el mejor consejero
En la almohada está;

Tú que tienes más fama
Que el mismo preste Juan;
Tú, el sabio de los sabios.
Como dice el cantar,
¿Ignoras por desdicha
Ese antiguo refran?
Sebastian, por la Vírgen
Santa del Tremedal,
Por tu santo patrono,
No vuelvas á velar.

Cuando la noche avanza
Con su morena faz,
Naturaleza toda
Gusta de descansar.
Las fieras de los montes
A sus guaridas van,
Y el ave va á su nido
Sus trinos á apagar;
La flor dobla en el tallo
Su frente virginal,
Y murmura el arroyo
Con tierna suavidad.
Y tú, de papelotes
¡Ay! rodeado estás,
Tu salud y tu vista
Destruyendo á la par.......
Sebastian, si algo estimas
Tu individualidad,
Duerme, por San Pacomio;
No veles, Sebastian.

No hagas la noche dia,
Que es pecado mortal
Del Creador las leyes

Osado contrariar;
Y es cosa bien sabida
Que el Señor dijo á Adan:
"Hijo, la noche entera
Feliz descansarás."
No de Dios los preceptos
Desconozcas audaz,
Que el sueño es el alivio
De angustia y de pesar,
El bálsamo que calma
De la vida el afan:
Si sigues desdeñando
Su bienhechora paz,
Va á ponerte muy feo
Método tan fatal.
Sebastian, por tu vida,
No vuelvas á velar.

Yo, sin ser secretario,
Ministro, general,
Ni escribiente siquiera
De ínfima calidad,
De todos tus insomnios
Logro participar;
Y oyendo de las horas
El lúgubre tin, tan,
Que en el fondo del alma
Martillazos me da
Hasta la madrugada
Me la suelo pasar.
Tú tal vez no te mueras
Si Dios en su bondad
Para dicha de México
Te quiera conservar;

Mas yo ¡ay triste! bien pueden
Rezarme el *requiem* ya......
Por caridad cristiana
No veles, Sebastian.

¿Cómo poner remedio
A tan terrible mal?
Dios quiera que te cases,
Y tu tierna mitad
Calme en tí esa furiosa
Fiebre de trabajar.
Dios quiera que al anhelo
De ver tu dulce faz
Sonreirle amorosa
A la luz del hogar;
De contemplar el sueño
Sereno y celestial
Del hijo que tu nombre
Murmura al despertar
Con sus húmedos labios
De encendido coral,
Te haga esos horribles
Papeles olvidar.
Dios quiera que te cases
Siquiera por piedad;
Es mi última esperanza,
Dios lo haga, Sebastian,
Rogaré al cielo entónces
Por tu prosperidad.
Con las manos cruzadas
En humilde ademan,
Mezclaré al *Padre nuestro*
Con fervor al llegar,
Allí donde se dice:
"*Mas líbranos de mal*:

"Se ñor libra de vicios
Al buen D. Sebastian,
Semilla muy copiosa
Desde el diluvio acá;
Protégele de arenga,
Visita ó memorial,
De esas que hacen de un santo
Los nervios estallar;
Puesto que por ti rezo,
Dí si puedo hacer más;
En cambio de mis preces
No veles, Sebastian.

México, Setiembre 27 de 1872.

GRATITUD.

¡Gracias! ¡Oh! Gracias mil por ese aplauso,
Que solamente al mérito debido,
Indulgente á la par que inmerecido
Dos veces en mi obsequio resonó;
Por la verde corona de laureles
Que el genio solo recibir debia,
Y que una generosa simpatía
Sobre mi humilde frente colocó.

¡Oh !Yo hubiera debido al recibirla,
Como el modesto vate mexicano,
A las plantas de un genio soberano
La inmerecida ofrenda presentar;
Pero llevada de mi afecto inmenso,
Con ella quise en mi entusiasmo ardiente
Ceñir de mi hijo la serena frente,
La tumba santa de mi padre honrar.

El eco de ese aplauso bondadoso,
Que escucha el corazon enternecido,

Del céfiro en las alas ha venido
Las flores á agitar de mi verjel.
Un recuerdo ofreciéndome en su aroma
Que al cáliz roba la amorosa brisa,
Me dicen en su plácida sonrisa:
No olvides esas horas, Isabel.

Y cual nota de música lejana,
Cual vago acento de armonioso canto
Que de azul noche en el flotante manto
Va dulce y melancólico á espirar,
Rápido atravesando la distancia,
Por un instante á resonar ha ido
De mi niñez en el risueño nido,
En mi bendito y suspirado hogar.

Sé bien que la corona de la gloria
A que en sus sueños el poeta aspira,
Los débiles acentos de mi lira
No podrán á mi sien nunca ceñir;
Por eso el homenaje que indulgente
Me ha ofrecido afectuosa simpatía,
De gratitud llenando el alma mia
Me hizo á un tiempo llorar y sonreir.

¡La gloria! en ese instante de entusiasmo
Atravesó por la agitada mente
Un pensamiento temerario, ardiente,
Que hizo latir con fuerza el corazon......
Yo quiero un rayo de su luz divina,
Que unido con la luz de mi cariño,
Bañe la sien purísima del niño
Y de su padre la postrer mansion.

¡Ensueño encantador! ¡dulce quimera!
Que ni á fingir acierta una esperanza:

Tan sólo el genio á conquistar alcanza
De gloria el lauro eterno é inmortal.
Tan sólo el genio en gigantesca lucha
Con crueles y amargos sinsabores,
Hace brotar bajo su planta flores
Aun en la arena de desierto erial.

Mas yo ¡triste de mí! ni aun delirante
Ese sueño abrigar puedo un momento;
Desprovista de gracia y de talento,
Mis cantos son la voz del corazon.
Yo he cantado tan sólo como canta
Silvestre el ave en la enramada umbría,
Del limpio cielo de la patria mía
Bajo el azul, radioso pabellon.

Por eso al recibir ese homenaje
Tan tierno, bondadoso é indulgente,
Llena de gratitud el alma ardiente
Sólo puede llorar y sonreir;
Por eso conmovida y agitada,
No he podido encontrar un solo acento
Con que expresar el hondo sentimiento
Que hizo con fuerza el corazon latir.

Hoy desde el fondo de mi hogar modesto
Pretendo alzar la voz agradecida......
De nuevo aún por la emocion vencida
En mis labios la voz se sofocó.
¡Gracias! ¡Oh! ¡Gracias mil por esos lauros
Que el genio sólo recibir debía,
Y que una generosa simpatía
Sobre mi humilde frente colocó.!

Tacubaya, Julio 3 de 1872.

MIS HIJOS.

—Madre mía, ¿está dormida,?
Sí, sí, déjame mirarla.
¡Cuán tranquila y cuán risueña
Sobre tu seno descansa!
¡Oh! qué frente tan suave!
Parece una hoja arrancada
A ese capullo de rosa
Que abrió ayer en tu ventana.
¡Qué manecita tan linda!
Madre, déjame besarla
Muy quedo, no la despierto......
Ojalá que despertara!
Se sonrie....¿con qué sueña
Que sonríe con tal gracia?
—Con el cielo, vida mia,
Con el angel de su guarda,
Que de su mansion primera

Con blando acento le habla;
Y así como el desterrado
Ve las costas de su patria
A la luz de sus recuerdos
Dibujarse en lontananza,
Ella ve en sueños, bien mío,
Su primitiva morada,
Y un saludo cariñoso
En su sonrisa le manda.
—Madre, si el cielo es tan bello
Que le echa ménos mi hermana
Entre tus tiernos cuidados,
Entre tus caricias blandas;
¿Por qué á este mundo venimos
Si tanto el otro se extraña?
¿No era mejor que en el cielo
Permanecieran las almas?
—Cuando un alma, hijo querido,
A esta triste tierra baja,
Trae al mundo una mision
Que Dios mismo le señala;
Y como yo he abandonado
Mi dulce Guadalajara,
Santuario que los recuerdos
De toda mi vida guarda;
Y el regazo de la madre
Que el corazon idolatra,
Y las tiernas compañeras
De los juegos de mi infancia,
De mis sueños, de mis goces,
Porque al lado de tu padre
Un santo deber me llama;
Así las almas cumpliendo
La voluntad soberana,

Dejan la mansion celeste
Dó los pesares no alcanzan,
Y entran con hondo suspiro
De tristéza resignada
Al mundo, donde infinitos
Sufrimientos les aguardan,
Que alivia el blanco destello
De luminosa esperanza,
Y la dulce, melancólica
Satisfaccion que acompaña
Doquier al deber cumplido
Como recompensa grata.
  Calló la madre, y el niño
Escuchando las palabras,
De su hermana el fresco rostro,
Pensativo contemplaba.
—Madre, dijo al fin, grabando
En aquella frente cándida
Un beso tierno y suave
Como el suspiro del aura;
Madre, y ella que es tan linda
Tan pura, tan delicada
Paloma del firmamento,
Querube de azules alas,
Dulce capullo de amor
De deliciosa fragancia;
¿Tambien ha venido al mundo
A sufrir penas amargas?
El ángel que me la trajo
Cuando yo le suplicaba
Que me diera un compañero,
Con las manitas cruzadas,
No me dijo que en el mundo
Los pesares le esperaban,
Que esa dicha á tanto precio

Hubiera sido muy cara.
Estos acentos sentidos
En su candorosa magia,
A la vez que una sonrisa
Melancólica y calmada,
Al corazon de la madre
Arrancaron una lágrima,
Y en una misma caricia
Confundiendo embelesada
Las dos cabecitas rubias
Que en su seno se tocaban;
—Tal vez tu mision, mi vida,
Dijo al niño con voz blanda,
Es ser el guía, el apoyo,
El protector de tu hermana.
Tal vez tu ternura inmensa
Consiga siempre librarla
De esos amargos pesares
Cuya idea así te espanta.
Tal vez para que á otro mundo
Tranquilos tus padres partan,
Será tu amor para ella
La egida, la salvaguardia,
El puerto donde se abrigue
De la vida en la borrasca.
Ya ves, mi bien, por qué vienen
Al triste mundo las almas;
Por qué bajan á la tierra
Humildes y resignadas
A cumplir esos deberes
Que Dios mismo les señala,
Echando ménos el cielo,
Su dulce y bendita patria.

Setiembre de 1873.

¡HIJA!

¡Hija! Destroza el corazon un nombre
Que fué su encanto y su esperanza un día........
¡Hija! ¡mi adoracion! ¡hija! ¡hija mia!
¿Por qué; por qué me abandonaste así?
¿Por qué, mi bien? ¿En mi regazo amante
Feliz tu vida por mi mal no era?
¿Tanto anhelabas tu mansion primera
Que me dejaste desolada aquí?

Delicioso capullo de azucena,
Que en el triste desierto de este mundo
Brotaste al soplo de mi amor profundo
Para vivir una hora nada más;
En la risueña aurora de tu vidá
Perfumando purísimo el ambiente,
Triste doblaste la nevada frente
Para no levantarla ya jamas.

Feliz mil veces tú, que alzaste el vuelo
A esa region donde el pesar no alcanza,
Donde el alma realiza su esperanza,
Tu primitivo y verdadero hogar.
Feliz mil veces tú, que atravesaste
Cual leve sombra por la tierra ingrata,
Y el dolor espantoso que me mata
No llegaste siquiera á sospechar.

!Feliz! Y ¿puedes serlo, vida mia,
Tú que me amabas en la tierra tanto,
Viendo á mares correr mi triste llanto;
Viendo mi honda, amarguísima afliccion?
En la misma mansion de los querubes
Turbando de su canto la armonía,
Debe llegar el grito de agonía
Que exhala de una madre el corazon.

¡Hija! al partir para extranjera tierra,
Léjos, bien léjos de la patria amada,
En la luz de tu límpida mirada
Busqué la luz del cielo que dejé;
Y el corazon haciéndome pedazos
La inflexible sentencia del destino
Al primer paso en el erial camino
En tu temprana tumba tropecé.

Blanca paloma que abrigada siempre
En el nido amoroso de mi seno,
Tu sueño blando de inocencia lleno
Dormiste en él con dulce sonreir.
¡Ay! yo te he visto en desdichada hora:
Yo te he visto, mi bien, pálida, inerte
En el frio regazo de la muerte
Tu sueño eterno y postrimer dormir.

¿Cómo resiste el corazon humano?
¿Cómo no estalla el corazon que apura
Ese cáliz tan hondo de amargura
Que puede la existencia envenenar?
¡Nó; se prosigue en la penosa senda,
Cuya extencion terrible nos espanta,
Moviendo entre sepulcros nuestra planta,
Llorando....y ¿por qué, por qué llorar?

¿Para qué si las lágrimas de sangre
Que vierte el corazon de muerte herido,
No logran despertar al sér querido
Qne reposa en la oscura eternidad?
¿Para qué, si la muerte es implacable;
Si al acercarse rígida, espantosa,
Es en vano á la orilla de una fosa
Pedir á gritos compasion, piedad?

Hija, si en este mundo te esperaba
El horrible dolor que yo he sufrido,
¡Vale más, vale más que hayas partido
Y yo llore en tu lecho funeral!
Del cáliz que la vida te brindaba
Sólo gustaste amor, paz y ventura;
La dulce miel de mi inmortal ternura
Mezclada con la leche maternal.

Cuando tiende la noche misteriosa
Sobre el cansado mundo el denso velo,
Buscando á su hondo padecer consuelo
Te evoca el desolado corazon;
Y en las alas de un ángel sostenida
Te acercas á mi lecho dulcemente,
Y á veces siento en mi abrasada frente
De tus rosados labios la impresion.

Y como en otro tiempo, vida mía,
Te estrecho entre mis brazos cariñosa,
Y tu risueña faz de nieve y rosa
Te hago en mi seno amante reclinar;
Y te cubro de lágrimas y besos,
Y entre el raudal de mi abundoso llanto
Con amoroso y apacible canto
Vuelvo tu sueño plácido á arrullar.

....

Y no es una ilusion, luz de mis ojos;
Es tu voz la que escucha el alma mía,
Que calmando piadosa mi agonía
Me arrebata á este mundo de dolor:
Que Dios permite al alma de una madre,
Que un sentimiento omnipotente encierra,
Elevarse un instante de la tierra
En las alas divinas de ese amor.

Y algo tan dulce al corazon murmura
Tu acento cariñoso y elocuente,
Que el corazon despedazado siente
Tregua y alivio á su afliccion mortal:
Es la rosada luz de una esperanza
Inefable, purísima, divina,
Que del dolor las sombras ilumina
Con su blando destello celestial.

Angel, que de este mundo de dolores
Tan presto alzaste por mi mal el vuelo,
Deja de nuevo por tu madre el cielo;
Vuelve al destierro en que suspiro yo.
No me es dado anhelar dejar la tierra
Para volar por siempre entre tus brazos;

A ella me ligan del deber los lazos
Que omnipotente mano sujetó.

Mas si vienes por órden soberana
A llevarme á tu lado, vida mía;
Si ángel custodio en la ignorada vía
Dios te ha ordenado de tu madre ser;
Bendeciré al Señor, y con el alma
De contrarios afectos combatida,
Lloraré al despedirme de la vida
Por los que dejo en ella á padecer.

A bordo, Marzo de 1874.

TRISTEZA.

(A MI MARIDO.)

¡Dónde está nuestro cielo luminoso,
Siempre tan puro, azul y trasparente?
¿Dónde ese bello sol siempre esplendente
Que alumbra sonriendo nuestro Eden?
¿Dónde están las mañanas deliciosas,
De luz, de encanto y de perfumes llenas;
Nuestras tardes templadas y serenas;
Nuestras brisas de lánguido vaiven?

¿Dó están esos celajes sonrosados
Que coronan la frente de la aurora;
Los que en la tarde, de carmin colora
Del sol poniente la postrera luz?

¿Dó están esos crepúsculos radiosos
Que de topacios la lucerna puebla,
Miéntras se envuelven de argentada niebla
En el lijero diáfano capuz?

¿Dónde están esas noches majestuosas
En que reviste deslumbrante el cielo
Su azul manto de oscuro terciopelo
Que borda de diamantes el Señor?
¿Dó la luz plateada de esa luna,
De esperanza y recuerdos mensajera,
Que hizo brotar mi inspiracion primera
Con su blando y purísimo fulgor?

¡Léjos, muy léjos! Entre pardas sombras
Aquí oculta su luz el firmamento;
Se oye el gemir del destemplado viento
Cual sollozo de herido corazon.
Cubre el blanco sudario de la nieve
Una naturaleza muerta, fría,
Cuya lúgubre queja de agonía
Aun vibra en este triste panteon.

....

Tal vez cercana al fin de mi existencia,
Que en medio de agudísimos dolores
Ha ornado Dios con las benditas flores
Que solo los afectos pueden dar;
No quiero que este cielo nebuloso
De abrigo sirva á mi mansion postrera;
En esta tierra helada y extranjera
No quiero el sueño eterno reposar.

Quiero que me trasporten algun día,
Aunque se encuentre por mi mal distante,

A ese rincon de tierra que anhelante
Do quiera el alma en sus ensueños ve.
Quiero dormir en el modesto asilo,
Bajo la misma funeraria losa
En que su sueño postrimer reposa
El padre que en la tierra idolatré.

Hamburgo, Noviembre de 1874.

TRADUCCIONES.

EL CRUCIFIJO

(A. DE LAMARTINE.)

¡Tú, á quien yo he recogido sobre su boca yerta,
Con su postrer aliento y su postrer adios,
Dos veces santo emblema, don de su mano incierta,
¡Imágen de mi Dios!

Sobre tus piés que adoro, triste llanto ha corrido,
Desde la hora sagrada en que viniste á mi ......
Del seno palpitante de un mártir recogido,
Con su último suspiro aun tibio te sentí!....

Lanzaban los blandones su luz última y pura;
Alzaba el sacerdote el canto postrimer,
Tan dulce como el canto que una mujer murmura,
Su hijo tierno al mecer.

La piadosa esperanza que aun brillaba en su frente
Grababa en sus facciones su dulce dignidad;

El dolor fugitivo una gracia doliente;
La muerte su serena y santa magestad.

El viento su esparcido cabello acariciando,
Velaba y descubria á intervalos su faz,
Cual sobre blanca tumba negro cipres flotando
Tiende sombra fugaz.

Del lecho funerario una mano pendía,
La otra sobre su pecho cruzada con amor,
Parecía buscar y estrechar todavía
A sus labios la imágen divina del Señor.

Su boca se entreabría aun para tocarla,
Y en el divino beso el alma se exhaló,
Como una leve esencia que al tiempo de abrasarla
La llama devoró.

Ahora todo duerme; sobre esa boca helada
De su dormido seno el aliento cesó,
Y el párpado velando su extinguida mirada,
A medias se cerró.

Yo de pié, con el alma de un santo terror llena,
Al lecho funerario acercarme no sé,
Como si de la muerte la magestad serena
Los restos consagrara de la que tanto amé.

¡No osaba..!El sacerdote me comprende y se avanza,
Quita á sus yertas manos la imágen de su Dios:
He aquí dijo, el recuerdo y he aquí la esperanza,
¡Llevadlo, hijo, con vos!

¡Oh herencia funeraria! tú sola me has quedado,....
Siete veces de entónces el árbol que planté

En su tumba sin nombre, de follaje ha cambiado...
¡Yo nunca te dejé!

¡Ay! Este corazon que heló la desventura,
Tú sola del olvido supiste defender;
¡El marfil ha ablandado mi llanto de amargura,
Trazando en él su huella gota á gota al caer!

Del alma que se exhala postrero confidente,
Ven á mi corazon, habla aún, dime á mí
Lo que ella te decía cuando su voz doliente
Llegaba sólo á tí.

En esa hora dudosa en que la muerte llega,
Y sintiéndose el alma por su sombra envolver,
Fuera de los sentidos helados se repliega,
Sorda al adios postrer;

Cuando en la lucha fiera de la muerte y la vida,
Cual fruto que desprende su propia plenitud,
A cada instante tiembla nuestra alma suspendida
Sobre la oscura noche del fúnebre ataud;

Cuando al dormido espíritu la confusa armonía
De cantos y sollozos no puede despertar,
Y cual postrer amigo estás en la agonía
Sobre los frios labios de aquel que va á espirar;

Para elevar el alma al Dios hácia quien vamos
Y de ese estrecho paso atenuar el horror,
Dí ¿qué le dices tú, cuya imágen besamos,
Dulce Consolador?

¡Oh! ¡tú sabes morir! y tu llanto angustiado,
Esa noche en que en vano tu oracion se elevó,
Desde la noche al día, del olivo sagrado
Las raices bañó.

Desde la cruz do el grande misterio sondeaste,
Llorar viste á tu madre, de luto la creacion;
Cual nosotros tu cuerpo al féretro dejaste,
Y en la tierra los séres que amó tu corazon.

En nombre de esa muerte concede á mi agonía
El aliento postrero en tu seno rendir......
¡Oh! ¡Acuérdate de tu hora cuando llegue la mía,
Tú, que sabes morir!

Yo buscaré el lugar do su boca espirante
Á tus piés exhalara el eternal adios,
Y su alma vendrá entónces á guiar á mi alma errante
Hasta el seno de Dios.

¡Ah! ¡Plegue á Dios que entónces alguna faz amada,
Cual ángel desolado mi sufrimiento al ver,
Sobre mis yertos labios esa herencia sagrada
Triste y calmada á un tiempo se acerque á recoger.

Sosten su último paso, encanta su última hora,
Y, prenda sacrosanta de esperanza y de amor,
Pasa del que se aleja al que queda y te implora,
Consolando el dolor.

¡Hasta que de los muertos sobre la losa helada,
Siete veces llamando una voz celestial,
Despierte á los que duermen á la sombra sagrada
De la cruz eternal!

A UN VIAJERO

(Victor Hugo.—"Feuilles' dautomne»)

De uno de esos viajes que al salir de la infancia
Hacen de un niño un hombre é ilustran su ignorancia,
Vuelves, amigo fiel.
¡De cuántos oceanos viste el curso profundo!
¡Oh podrías formar un cinturon al mundo,
Del surco del bajel!

El sol de veinte cielos tu vida ha madurado,
Y has ido á tantos sitios á donde te ha llevado
Tu anhelo baladí,
Cual labrador que siembra y cosecha, tomando
Alguna cosa de ellos, como en ellos dejando
Algo, amigo, de tí.

Miéntras tu pobre amigo, de dicha más escaso,
Ve de las estaciones el uniforme paso
En horizonte igual.
Y como el árbol verde que á lo léjos asoma,
Deshojando sus días junto á su puerta toma
Raiz en el umbral.

Has visto tantos hombres, que hoy fatigado vienes,....
Cansado de la vida junto á mí te detienes
Ansiando reposar.
Triste me cuentas ahora tus pasos infecundos;
Y tus piés han mezclado el polvo de tres mundos
Al polvo de mi hogar.

Con el alma inundada de tus vagas tristezas,
Cogiendo de los niños las rizadas cabezas,
Hoy ya mi único bien,
Me preguntas:—Amigo, ¿en dónde está tu padre?
¿Dónde tu tierno hijo? ¿Dónde tu buena madre?
—¡Ellos viajan tambien!

El viaje que ellos hacen no tiene sol ni luna;
Tan celoso es el dueño que nadie su fortuna
Puede allí poseer.
El viaje que ellos hacen es profundo y eterno,
Se le hace á pasos lentos, con un terror interno....
¡Todos lo hemos de hacer!

Como estuve á la tuya estuve á su partida;
Uno á uno partieron, huyendo de la vida
Los que yo tanto amé.
Yo los puse en la tierra llamándolos en vano,
¡Los tres! y cual avaro, yo con mi propia mano
Mi tesoro enterré.

Los ví partir; tres veces sombrío y desolado,
Ví el paño funerario de lágrimas sembrado
El corredor cubrir;
Sobre sus manos yertas lloré en mi horrible duelo,
Pero al cerrar el féretro, vió mi alma hácia el cielo
Las suyas ¡ay! subir.

Sí, yo los vi partiendo como tres golondrinas,
Que van á buscar léjos regiones peregrinas
Y un estío mejor.
La primera de todos partió mi madre amada,
Y de espirar al tiempo brillaba su mirada
Con divino fulgor.

Luego siguió mi hijo, despues mi padre anciano,
Un valiente guerrero, altivo veterano
De erguida y noble sien.
Y ahora aquí duermen todos los tres, amigo mio,
Miéntras hacen sus almas ese viaje sombrío
Que hemos de hacer tambien.

Si quieres, á la hora que la luna declina,
De noche subiremos los dos á esa colina
Que es templo del dolor.
Yo te diré, mostrando á tu alma conmovida
La ciudad muerta cerca de la ciudad dormida,
Cuàl descansa mejor.

Ven, y mudos poniendo en la tierra el oido,
Oiremos, miéntras todo su violento ruido
Hace Paris callar,
Los muertos á millares agitarse en la tierra,
Como se agita el grano que en su seno se encierra,
Cuando empieza á brotar.

¡Cuántos viven contentos, dichosos, que debieran
Hacer un duelo eterno á aquellos que ántes eran
Su vida ó su ilusion!
Los muertos duran poco; dejémoslos...¡Dios mío!
¡Ménos presto en el ferétro caen en polvo frío
Que en nuestro corazon!

¡Cuánta es nuestra locura! Viajero, así pasamos...
¡Quién sabe cuántos muertos á cada hora olvidamos
Tan amados ayer!
¡Quién puede saber cuánto ¡ay! el dolor se embota,
Cuántas tumbas la yerba que en solo un día brota
¡Hace desparecer!

Guadalajara, Noviembre 24 de 1863.



A MIS AMIGOS S. B. Y L. B.

(Victor Hugo.—"Feuilles d'automne.")

¡Amigos tan amados, mi pintor, mi poeta!
Vosotros me haceis falta doquier, y mi alma inquieta
Os llama siempre aquí.
¡Ay! de esos dos amigos, caros al alma mía,
No me queda uno solo.... ¡Oh¡ ¿por qué, Normandía,
Me los quitas así?

Se han llevado consigo toda mi poesía,
El uno en su laud de miel y de ambrosía,
El otro en su pincel.
Artes donde su sed apagaba mi musa,
¡Adios vuestra onda; adios, Alfeo y Aretusa,
De corrientes de miel!

¡Ay! adios sobre todo, las almas superiores
Donde he encontrado siempre por mis males y errores
Tan sincera piedad!

¡Adios toda la dicha que en su cariño hallaba......
De inspiracion distinta los dos, y los ligaba
La más tierna amistad!

¡El pintor, el poeta! Aun creo estarlos viendo
Sobre ogivas y cimbras con calor discutiendo
Ante un viejo portal;
O siguiendo un instante su loca fantasía,
Buscar dos ojos negros tras de una celosía
Y al través del cristal.

¡Oh! de la vírgen bella y el viejo monasterio,
Tú, pinta la belleza; tú, dinos el misterio:
¡Contraste encantador!
Tras el velo flotante y el muro centenario,
Vosotros sabreis ver á Dios en el santuario,
Y en la niña el amor.

Id dó consoladora vuestra mision os lleva;
Tú, pinta el universo; tú, explícalo y eleva
Tu voz de ruiseñor.
Cada uno de vosotros reclama aquí su palma...,
¡A ti, pintor, el mundo! ¡á ti, poeta, el alma!
¡A los dos el Señor!

Escoba, Julio de 1865.

A LAURA D.ª DE A*

(VICTOR HUGO.—Les rayons et les ombres.

Pues que no han comprendido en su mezquina esfera,
Que despues de esos triunfos de inmensa magnitud,
Era grande y hermoso el que la Francia diera
Limosna de una fosa á tu noble ataud;

Pues que no han comprendido que la que sin espanto,
Supo alabar la gloria y el crímen confundir,
Debe y puede dormir en el recinto santo;
Donde los héroes duermen debe y puede dormir;

Pues que el noble recuerdo de brillantes hazañas,
No arde en su corazon como antorcha inmortal;
Pues que no tienen alma y no tienen entrañas,
Puesto que te han rehusado la losa funeral;

* El Consejo Municipal de Paris rehusó dar seis piés de tierra en el cementerio del Père-Lachaise para la tumba de la viuda de Junot, antiguo Gobernador de Paris. El Ministro del Interior rehusó igualmente un pedazo de mármol para ese monumento. (Journaux de Febrier, 1840.)

¡A nosotros nos toca la oracion expiatoria,
Y ofrecerte postrados nuestra amarga afliccion!
¡A nosotros nos toca recoger tu memoria,
Y sepultarla en dulce y sentida cancion!

¡A nosotros nos toca guardar, amiga mía,
La muerte, del olvido, su compañero fiel;
Deshojar blancas rosas en tu ceniza fría,
Y arrojar en tu nombre coronas de laurel!

Pues que una necia afrenta, pobre mujer dormida,
Hasta tu frente sube, que César distinguió,
Debo yo, cuya mano tomaste conmovida,
Decirte en voz muy baja:—¡Valor, aquí estoy yo!

Porque un deber me llama; y de una lira armado,
Llena de himnos de fuego próximos á estallar,
Las glorias del imperio siempre fiel he guardado......
¡Y á nadie he permitido esas glorias tocar!

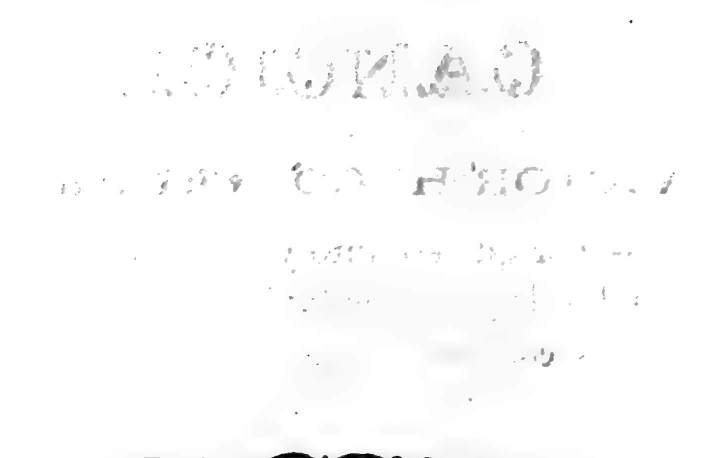
¡Porque tu alma abundaba en memorias queridas!
Y en cielo oscuro, en horas de angustia y padecer,
Tu espíritu vagaba con alas extendidas,
Como un águila á veces ¡como un ángel doquier!

Porque indulgente y buena, en tus dolores, fuerte,
Blanco de la tormenta, presa del aquilon,
Nunca á tristes ejemplos quisiste someterte,
Y jamás encontraste un puesto en la traicion.

Porque tú, musa ilustre, y yo, oscuro poeta,
Tenemos en el mundo una misma mision;
El uno al otro un lazo estrecho nos sujeta....
¡Soy hijo de un soldado, tú, viuda de un campeon!

Así, sin fatigarme en este mar sin nombre,
Los pendones hollados bajándome á besar,
—¡Volvedle su columna! dije, por el grande hombre;
Y por tí diré:—¡Dadle su piedra tumular!

Escoba, Julio 29 de 1865.



CANCION

(VICTOR HUGO.—**Châtiments.**)

—¡Por qué ese luto y ese silencio,
Sendas de yerbas entapizadas,
Valles, collados, selvas pobladas?
—El que venia no viene ya.

—¡Por qué no hay nadie en tu ventana?
¿Por qué no tiene tu jardin flores?
¿Dó está tu dueño, mansion de amores?
—¡Ay! yo lo ignoro; aquí no está.

—Perro, ¿no cuidas tu hogar ahora?
—¿Para qué? se halla triste y vacío.
—Niño, ¿á quién lloras?—Al padre mío.
—¿Por quién, esposa, sollozas tú?

—Por el ausente.—¿Dó está?—En la sombra.
—Ondas ¿de dónde tan lastimeras
Venís? decidme.—De las galeras,
—Y qué traeis?—Un ataud.

Guadalajara, Noviembre 1866.

LA ABUELA

(VICTOR HUGO.)

—"¿Duermes?... Despierta, madre de nuestra madre amada,
"Durmiendo hay en tu labio un movimiento igual,
"Que tu sueño asemeja á tu oracion sagrada:
"Hoy pareces la vírgen de piedra inanimada;
"Está tu lábio inmóvil y tu aliento glacial.

"¿Por qué inclinas cual nunca sobre el pecho tu frente?
"¿Hemos hecho algo malo? ¿No quieres sonreir?
"La lámpara se apaga, tibio el hogar se siente......
"¡Oh! si no hablas, el fuego que espira tristemente,
"La lámpara y nosotros vamos ¡ay! á morir.

"Vas á encontrarnos muertos..... con la luz extinguida.
"Y al despertar entónces ¡oh madre! ¡qué dirás?

"Tus hijos á su turno no oirán tu voz querida;
"E invocando á tu santa, para darnos la vida,
"Largo tiempo en tu seno que estrecharnos tendrás.

"Toma, pues, nuestras manos en tus manos heladas;
"Cántanos algun canto de pobre trovador,
"De aquellos caballeros, servidos por las hadas,
"Que llevaban trofeos por prenda á sus amadas,
"Cuyo grito de guerra era un nombre de amor.

"Dínos el santo signo, de fantasmas conjuro,
"Que ermitaño volando vió al negro querubin:
"Si el rey duende en su frente tiene un rubí bien puro,
"Y si el demonio teme más en su reino oscuro,
"Que el reino de Rolando, los salmos de Turpin.

"Enséñanos tu Biblia, sus imágenes bellas;
"Los santos y las santas del cielo orando en pos;
"El Dios Niño, el pesebre, los magos, las estrellas,
"Las letras... con el dedo haznos leer en ellas
"Ese latin que habla de nosotros á Dios.

"¡Madre!.... ¡ay! ya por grados la luz se debilita;
"La sombra alegre juega en torno del hogar.
"¿Van á entrar los espíritus en la choza?.... Se agita....
"Sal del sueño, interrumpe tu plegaria bendita......
"Tú que nos consolabas ¿nos quieres asustar?

¡Oh Dios!..... abre los ojos...... tu mano está aterida...
"Tú ántes de un mundo hablabas do todo sér irá;
"Del cielo y de la tumba, de la efímera vida:
"Hablabas de la muerte...... Dínos, madre querida
"¡Oh! dínos ¿qué es la muerte?.... ¡No nos respondes ya!"

Largo tiempo su acento gimió en súplica vana;
Apareció la aurora sin despertar la anciana;
La campana hirió el aire con su fúnebre són.
Y en la noche un pasante por la puerta entreabierta
Vió ante el libro divino y la cama desierta
Los dos niños que alzaban postrados su oracion.

Guadalajara, Noviembre de 1866.

15 DE FEBRERO DE 1843.

(VÍCTOR HUGO.—CONTEMPLATIONS.)

Amale y sé dichosa, siendo por él amada;
Fuiste nuestro tesoro, sé el suyo ahora... ¡Adios!....
De una familia á otra ve, hija mia adorada:
Llévales la ventura, déjanos el dolor.

Aquí y allá te llama un dulce sentimiento;
Hija, esposa, ángel, cumple con tu doble deber;
Dales una esperanza, danos un pensamiento,
Sal con lágrimas, y entra con sonrisas, mi bien.

Mexico, Enero 7 de 1870.

EL VIEJO CABO.

(BÉRANGER).

¡Adelante, camaradas!
¡Armas al hombro, marchad!
Cargad el fusil y dadme
Vuestra despedida ya.
Para el camino me bastan
Mi pipa y vuestra amistad.
Mi vida toda al servicio
Hice mal en consagrar;
Mas para vosotros siempre
Fuí indulgente y paternal;
¿No es cierto? decidlo, amigos,
¡Adelante! ¡al hombro, arm!....
Al paso, reclutas,
No lloreis ya más;
No lloreis; al paso,
Al paso ¡marchad!

A insultarme se atrevió
Un imberbe de oficial;
Le hendí el cráneo y me condenan
Aunque está curado ya.
Es el caso, el viejo cabo
Debe morir ¡Voto á San!
Nada pudo contener
Mi cólera.... y además
Yo, yo he servido al grande hombre......
¡Armas al hombro! ¡A formar!
Al paso, reclutas,
No lloreis ya más;
No lloreis; al paso,
Al paso ¡marchad!

Reclutas, no trocareis
Un brazo ó pierna jamás
Por una cruz cual la mía,
Que he sabido conquistar
En las guerras do á los reyes
Hicimos volver la paz.
De beber pagabais todos
Por escucharme narrar
Nuestros gloriosos combates
De una memoria eternal.
¡Lo que es no obstante, la gloria!..
¡Adelante! ¡al hombro, arm!...
Al paso, reclutas,
No lloreis ya más;
No lloreis; al paso,
Al paso ¡marchad!

Roberto, hijo de mi pueblo,
Vuelve á tu pais natal,
Vuelve á guardar tus rebaños;

Mira, esos jardines dan
Fresca sombra, pero Abril
Florece mejor allá.
Mil veces en nuestros bosques
Corrí en pos de una beldad...
¡Dios! ¡mi madre existe aún!...
¡Armas al hombro! ¡á formar!

Al paso, reclutas,
No lloreis ya más;
No lloreis; al paso,
Al paso ¡marchad!

¿Quién me mira allí llorando?
La viuda del tambor ¡ah!
En Rusia, en la retaguardia,
Llevé á su hijo con afan
En mis brazos noche y dia,
Y sin mi auxilio quizás,
Hijo, madre y padre iban
Bajo la nieve á quedar.
Ella rogará por mi alma..
¡Adelante! ¡al hombro, arm!...

Al paso, reclutas,
No lloreis ya más;
No lloreis; al paso,
Al paso ¡marchad!

¡Pardiez! se apagó mi pipa...
Nó, nó, aun encendida está;
¡Tanto mejor! Al recinto
Creo que vamos á entrar.
¡Eh! no me vendeis los ojos...
Siento, amigos, en verdad,
El trabajo que os he dado.
¡Oh! no vayais á tirar

Muy bajo, os lo recomiendo
Sobre todo. ¿Estamos ya?
¡Que Dios al país os vuelva!
Llegamos, ¡preparen, arm!...
Al paso, reclutas,
No lloreis ya más;
No lloreis; al paso,
Al paso; ¡marchad!

Guadalajara, Noviembre 30 de 1866.

LOS RECUERDOS DEL PUEBLO

(BÉRANGER.)

De su gloria largo tiempo
Quedará el recuerdo intacto;
El techo humilde otra historia
No conocerá en cien años.
A decir á alguna vieja
Allí irán los aldeanos:
Alegrad nuestra velada,
Madre, con algun relato
De aquellos tiempos antiguos.
Dicen que nos ha hecho daño,
Pero el pueblo aun lo venera
Con entusiasmo.
¡Habladnos de él, abuela!
¡Oh de él habladnos!

Por este pueblo, hijos mios,
De reyes acompañado,
Pasó hace ya largo tiempo;
Yo me casé en ese año.
Yo lo ví subir á pié,
Con ligereza, el collado;
Traia sombrero pequeño,
Gris redingote, al mirarlo
Me turbé, cuando me dijo,
Dirigiéndose á mi lado:
Buenos dias, mi querida,
Con aire blando:
—¡El os ha hablado abuela!
¡El os ha hablado!

Yo pobre mujer, un día,
En Paris al siguiente año,
Lo ví con toda su corte,
En Nuestra Señora entrando.
Todos estaban contentos;
De su cortejo admirados,
Decian; ¡qué bello tiempo!
El cielo le da su amparo,
Le protege. Una sonrisa
Muy dulce habia en su labio;
De un hijo Dios le hizo padre
¡Dios sea loado!
—Para vos ¡qué día abuela!
¡Qué día grato!

Cuando presa la Champaña
Fué de extranjeros tiranos,
Desafiando el peligro,
El solo sostuvo el campo.
Una noche, así como esta,

Escucho, estaban llamando;
Abro ¡buen Dios! era él,
De muy pocos escoltado.
Se sentó donde yo estoy,
Con desaliento exclamando:
"¡Qué guerra! ¡qué cruel guerra!
¡Cuántos estragos!
—¡El ha estado aquí, abuela;
Aquí sentado!

Dijo, tengo hambre, y al punto,
Le serví vino y pan bazo:
Luego secó sus vestidos
Y aun durmió del fuego al lado.
Al despertar: no desmayes,
Me dijo, viendo mi llanto;
Voy á vengar á la Francia
De los males que ha apurado.
¡Ay! él partió y desde entónces,
Con religioso entusiasmo,
Como un tesoro precioso
Guardo su vaso.
—¿Y aun lo teneis, abuela?
¿Lo habeis guardado?

Hélo aquí. Pero al grande hombre
A su pérdida arrastraron;
Murió en una isla desierta
El, que un papa ha coronado.
Nadie creerlo queria;
Se decia: Es un engaño;
Va á venir; por mar se acerca;
Verá el extranjero á su amo.
Cuando tuvimos el triste

Y terrible desengaño,
¡Ay! mi dolor, hijos míos,
Fué tan amargo!.....
—¡Dios os bendiga, abuela!
¡Dios soberano!

Guadalajara, Diciembre de 1866.

Victor Hugo.—(Les rayons et les ombres.)

Cuando tú me hablas de gloria
Amargamente sonrío;
La voz que crees, bien mío,
Sé que miente por mi mal.
La gloria pasa; la envidia
Con su sangrienta saeta,
Sólo esa estátua respeta
De la tumba en el umbral.

El poder se desvanece;
La fortuna rauda vuela;
Algo de amor que consuela,
Brilla ménos y es mejor.
¡Oh! yo no quiero otra cosa
Que tu voz y tu sonrisa;
Aire, sombra, luz y brisa,
Y de la selva el rumor.

Yo sólo quiero al velarme
En la pena ó la alegría,
Tu mirada, estrella mía;
Tu aliento, mi dulce flor.
Bajo tu párpado rosa,
Que inunda una luz bendita,
Do todo un mundo dormita,
Yo sólo busco el amor.

Basta á mi mente, hondo vaso
Que dulce licor encierra,
Y puede llenar la tierra
Con llenar tu corazon.
Canta, el éxtasis me inunda;
Sonrie, es mi bien primero;
¡Qué me importa el mundo entero
Que bulle en lejano són!

Para romper nuestros lazos,
Que me embriagan halagüeños,
Los poetas en mis sueños
Veo en vano aparecer;
Prefiero á la trompa alegre,
Que me despierta ruidosa,
Tu dulce voz armoniosa,
Que me vuelve á adormecer.

Yo quiero, aun cuando mi nombre
Debiera como una estrella
Del cielo, su blanca huella
Dejar luminosa allí,
Que una parte de mí mismo,
La más perfecta y más pura,
Objeto de mi ternura,
Quede para amarte aquí.

Déjame amarte en la sombra,
Triste ó serio ó recogido;
La tristeza es como un nido,
Do el amor brilla mejor.
Angel de ojos centellantes,
Mujer que tu queja exhalas,
Eleva mi alma en tus alas,
Deja á tus plantas mi amor.

LA JÓVEN CAUTIVA.

(ANDRÉ CHENIER.)

Sin temor al lagar, el verde pámpano
El dulce llanto de la aurora apura;
La tierna espiga bajo el sol madura,
Sin pensar que la hoz la puede herir;
Yo aunque mi hora presente haya empañado
La triste sombra de mortal querella,
Hermosa como él, jóven como ella,
No quiero aun morir.

Vuele el estóico de la muerte al seno;
Yo espero y lloro: alternativamente
Doblego y alzo la serena frente,
Si el norte se desata sin piedad.
Cierto es que hay en la vida horas crueles,
¡Pero las hay tan llenas de dulzura!
¿Qué miel no tiene un dejo de amargura?
¿En qué mar no bramó la tempestad?

Fecunda la ilusion vive en mi pecho;
De una prision en vano el negro muro
Me oprime; mi alma en su recinto oscuro
Guarda las alas de esperanza fiel;
Así, escapando á las traidoras redes,
Exhalando su canto melodioso,
Se eleva el ruiseñor libre y dichoso
Del cielo hácia el verjel.

¿Por qué morir? tranquila es mi vigilia
Y tranquilo mi sueño: ni un momento
Presas son del fatal remordimiento,
Que hace el alma temblar.
En risueñas miradas se refleja
En estos sitios mi saludo al día;
Mi aspecto hace en la frente más sombría
Un dulce rayo de placer brillar.

¡Mi hermoso viaje de su fin tan léjos
Se halla aun! Perezoso peregrino,
De los olmos que adornan el camino,
Apenas los primeros dejo atras;
El brillante banquete de la vida
Para mí se halla apénas comenzado,
Mi labio al vaso lleno se ha acercado
Un instante no más.

En el florido abril me encuentro apénas
Y anhelo ver las nueces del estío,
De una en otra estacion el año mío,
Como el sol recorrer.
Gala y ornato del pensil ameno,
En mi tallo meciéndome lozana,
Sólo he visto el albor de la mañana....
Quiero las horas de la tarde ver.

¡Oh muerte! espera aun, huye bien léjos;
Ve á consolar las almas que devora
Negro remordimiento, y destructora
Angustia hace gemir.
Aun tiene para mí Páles frondosos
Y fragantes asilos de verdura;
La musa cantos de inmortal dulzura....
No quiero aun morir.

A pesar de mi amargo cautiverio,
Así mi triste lira despertaba,
Cuando los tiernos votos escuchaba
De una jóven cautiva como yo.
Y el yugo de mis horas sacudiendo,
A las leyes del verso melodiosas,
Sujetaba las quejas candorosas,
Que su sencillo labio pronunció.

Tal vez harán un dia estas canciones,
De mi prision testigos armoniosos,
De esa hermosa, á los séres estudiosos,
El nombre preguntar.
La gracia ornaba sus palabras todas,
Y brillaba en su frente pura y bella....
Todo aquel temerá morir, como ella,
Que la vida á sus piés pueda pasar.

Victor Hugo.—(Les chants du Crépuscule.)

Pues que á tu copa llena llegué el labio un momento
Y en tus manos mi frente marchita se apoyó;
Y he respirado á veces de tu alma el dulce aliento,
Aroma delicioso que la sombra guardó:

Pues que me ha sido dado, de esos tus labios rojos
Las palabras, do tierna se exhala el alma, oir;
Y tu boca en mi boca, tus ojos en mis ojos,
He visto al mismo tiempo llorar y sonreir:

Puesto que ha iluminado mi frente conmovida
Un rayo de tu astro que siempre ¡ay! se veló;
Pues que caer he visto en la onda de mi vida
Una hoja de rosa que la tuya perdió;

Puedo decir ahora á los rápidos años:
Pasad ¡oh! pasad siempre, ya puedo envejecer;

Idos con vuestras flores mustias cual desengaños:
La flor que mi alma encierra nadie puede coger.

Sin verter una gota vuestra ala se desliza
Sobre la copa llena donde calmo mi ardor......
¡Mi alma tiene más fuego que vosotros ceniza;
Más que olvido vosotros, mi corazon amor!

Guadalajara Enero 1869.

SIEMPRE A TÍ.

(VICTOR HUGO.—ODES.)

AHORA Y SIEMPRE.

Divisa de los Pomfret.

¡Siempre á tí! ¿qué otro canto entonará mi lira?
A ti el himno sublime de himeneo y pasion. . .
¿Qué nombre me inspirara lo que el tuyo me inspira?
¿Conozco yo otra senda? ¿Sé acaso otra cancion?

Mi oscura noche aclaras con esplendor divino;
Tu dulce imágen viene mi sueño á iluminar;
Tú mi mano sostienes si en la sombra camino,
Y la luz de los cielos encuentro en tu mirar.

Mi destino defiende tu plegaria amorosa;
Cuando mi ángel se duerme ella vela por mí;
Mi corazon escucha tu voz firme, armoniosa,
Y provoca la suerte de la vida á la lid.

¿No te llama en el cielo de una voz la armonía?
¿No eres en nuestros campos una extranjera flor?
Hermana de los ángeles. tu alma es para la mía
Eco de sus cantares, rayo de su fulgor.

Cuando tus negros ojos me miran dulcemente,
Y me rozan tus ropas con lijero rumor,
Cual si tocara un velo del templo, mi alma siente
Cual Tobías, veo un ángel en mi noche de horror.

Cuando el dolor lanzaste de mi seno agitado,
Sentí que á tu destino debia el mío ligar,
Como aquel pastor santo del viaje fatigado
Que vió á la clara fuente una vírgen llegar.

Yo te amo como á un sér superior á mi vida;
Como á una anciana abuela del hogar, bendicion;
Como á una dulce hermana, á mis penas unida;
Como al fruto postrero de larga y tierna union.

¡Te amo tanto! A tu nombre tan sólo, mi adorada,
Lloro porque á la vida se viene á padecer;
No hay en este desierto para tí una morada;
El árbol del reposo va léjos á crecer.

¡Oh Dios! pon la alegría y la paz cerca de ella;
¡Señor! su vida es tuya, líbrala de inquietud;
Tú debes bendecirla: su alma serena y bella
De la dicha el secreto demanda á la virtud.

México Enero 1870.

SU NOMBRE.

(VICTOR HUGO.—ODES.)

¡Nomen aut numen!

El perfume de un lirio delicioso;
De una aureola el resplandor radioso;
De un bello día el postrimer rumor;
La queja de un amigo que ama y llora;
El dulce adios de fugitiva hora;
El són de un beso lánguido de amor:

Del arco-íris la banda deslumbrante
Que deja cual trofeo al sol triunfante
La ruda tempestad;
De voz amada inesperado acento;
De un niño el primer sueño; el sentimiento
Más secreto de tímida beldad:

El murmurio de un són que se evapora
Tembloroso; el suspiro que á la aurora
Daba el falso Memnon:
De lejano cantar eco armonioso....
¡Todo lo que hay de dulce y melodioso
Lo es ménos que su nombre al corazon!

Decidlo cual plegaria, dulcemente,
Pero que en nuestro canto eternamente.
Se le oiga resonar.
Que él sea luz del templo solitario;
La palabra sagrada del santuario,
Que allí una voz repite sin cesar.

Antes que en notas de ardorosa llama,
A los nombres profanos, que proclama
Mi orgullo criminal,
Ose mezclar mi amor, en su locura,
Ese nombre que en la alma mi ternura
Guarda como un tesoro celestial.

Es fuerza que las notas de mi canto
Sean cual eco fiel de un himno santo,
Que el mundo debe arrodillado oir;
Y que el aire se agite al són sagrado,
Cual si un ángel pasase á nuestro lado,
Extendiendo sus alas de zafir.

México, Enero 9 de 1870.

XX

(VICTOR HUGO.—LES FEUILLES D'AUTOME)

Beau, frais, souriant d'aise a cette vie amère.
SAINTE-BEUVE.

Cerca de un altar humilde,
De la alcoba en blando nido,
Duerme el niño protegido
Por el lecho maternal;
Miéntras sereno reposa,
Su párpado sonrosado,
Para la tierra cerrado,
Se abre á una luz celestial.

Dulces sueños deliciosos
Lo embelesan por instantes;
Ve sembrada de diamantes
La inmensa playa del mar;
Ve mil soles, bellas hadas
Que en sus brazos amorosas
Llevan almas, que graciosas
Arrullan con su cantar.

Ve arroyuelos cristalinos,
¡Blando sueño que le encanta!
Y una voz oye que canta
En el limpio manantial.
Su madre tiene alas blancas,
Sus hermanas son más bellas,
Su padre está cerca de ellas
Con ternura sin igual.

Ve en sus ensueños divinos
¡Tantas y tan bellas cosas!
Ve de lirios y de rosas
Alfombrado el corredor.
Mira deliciosos lagos
Donde el pez alegre náda,
Donde á la caña dorada
Besa la onda con amor.

Niño, sueña todavia;
Duerme, amor mío, en tu aurora;
Tu alma cándida aun ignora
A donde tu vida va;
Marchas como una alga muerta,
¿Qué te importa? ¡oh inocente!
Duermes siempre y la corriente
Arrebatándote está.

Indolente y descuidado
Te duermes en el camino,
Y la inquietud del destino,
De seca mano glacial,
Con sus indelebles garras,
Sobre tu serena frente,
No escribe aún inclemente
Ese ¡Mañana! fatal.

¡Duerme! Los ángeles bellos,
Que le llaman dulce hermano,
Y conocen de antemano
Del mortal los males mil,
Al verlo dormir tranquilo,
Sin alarmas y sin miedo,
Besan llorando, muy quedo,
Sus manitas de marfil.

Luego rozan con sus labios
Los del niño con cariño,
Y al verlos llorar el niño,
Dice: ¡Gabriel! con afan.
El ángel lleva á su boca
Un dedo con blando anhelo;
Le arrulla, y señala al cielo
Con pensativo ademan.

La madre se acerca en tanto,
Y teme al mecer la cuna,
Que pesadilla importuna
Le venga el alma á oprimir.
Con ternura le contempla,
Embelesada le admira,
Y le hace, al ver que suspira,
Con un beso sonreir.

México, Enero 9 de 1870.



A LA SEÑORITA LUISA B.

(VICTOR HUGO.)

¡Oh vos, alma profunda, lira sublime y pura!
¿Recordais esos tiempos de éxtasis y hermosura,
De gratos juegos mil?
De la noche cayendo de las verdes colinas
¿Recordais esos dias? ¿Recordais las encinas
Y la tropa infantil?

¿Recordais los amigos y la reunion amable,
Y la risa gozosa del padre respetable,
Nuestro alegre rumor?
¿Y el prado, y el estanque, y la luna, y la brisa,
Y el canto que se alzaba, de vuestro pecho, Luisa,
Esperando el dolor?

¿Recordais ese parque con su espeso follaje?
¡Bello estaba el anciano bajo el verde ramaje
Dó lo iba yo á mirar!

Con un libro sentado sobre la verde alfombra
Sentia palpitar en su redor la sombra,
Y en los bosques cantar

Mil veces á los besos del alba se adormia
Leyendo, y mas tranquilo dormir se le veia
Que ese nido de amor;
Con su frente radiosa, con su serena calma,
Su libro abierto al sol que nacia, y su alma
Abierta ante el Señor.

Las aves admiraban, del fondo de su nido,
Esa blanca cabeza, y hacerlo aun más mullido
En su alegre vaiven,
Ansiaban, acechando con impaciencia grata
Una sola siquiera de esas hebras de plata,
Aureola de esa sien

Y luego al despertarse, en medio de una senda
Se detenia á hablar con mi hija, dulce prenda.......
Todo pasa ¡oh dolor!
El anciano y la niña se decian mil cosas......
¡No veiais, sin duda, esos dos séres, rosas
Que estáis de nuevo en flor!

¿Teneis valor ¡oh rosas! de renacer lozanas,
En los mismos verjeles, á las mismas ventanas?....
Esos séres ¿dó están?
¿No eran vuestras hermanas esas dos almas puras
Que vivieron un día, y han ido á las alturas
Donde los justos van?

¿Acaso sus sonrisas y sus palabras solas,
¡Oh rosas! no alegraban vuestras frescas corolas,
En medio al aire azul?

¿No aumentaban acaso vuestro placer sereno,
Convirtiéndose en dulce aroma en vuestro seno,
Dando á los cielos luz?

¡Ingratas! no teneis ni penas ni memoria;
Gozosas os mostrais en toda vuestra gloria,
¡Ay! sin palidecer.
Soy una débil caña, un hombre que ha sufrido;
No obstante, á esa alegría, hecha de tanto olvido,
Prefiero el padecer.

¿Qué es lo que ha hecho la suerte, de esos sueños, Dios mío?
¿Qué ha hecho del corazon que se alza humilde y frío?
¿Del luminoso hogar?
¿De esos votos de dicha, que en acento ferviente,
Yo por el padre anciano, vos por la hija inocente,
Pronunciamos al par?

¿Dónde están los amigos de ese dulce pasado?
¿Los que en la tumba duermen, los que aun no me han robado
La oscura eternidad?
Los unos ya partieron, el cielo los reclama;
Los otros habitais en mi alma, que no os ama
Más que á ellos, en verdad.

¡Cuántas veces he visto ¡indeleble pintura!
Mis cuatro hijos jugando, y alzando en la llanura,
Dulce canto infantil!
Y extasiado admiraba esa aurora de mi alma,
Elevarse allá al léjos en la suprema calma
Del valle y del pensil.

Corriendo entre las flores se llamaban jugando;
Las jóvenes al fuego se mezclaban; tú, Armando,
Reías con amor;

Y en ese enlace eterno, misterioso, sin nombre,
La natura sentia, que es lo que crea el hombre
C ande y encantador.

¿Dónde están? Madre, hermanos, para siempre perdidos...
Padezco y padeceis dolor, sombra, gemidos.
¿Dónde ese tiempo está?
Que venga un sacerdote, van á unirse..... ¡Oh tormento!
Que vuelva.... ¡Han muerto entrambos! ¡Han vivido un momento!
¡Ay! y no existen ya.

Vivimos inclinados sobre un Océano triste,
La onda es negra.... ¿Quién, pues, sobrevive ó existe?
¡Tocan á muerto allí!
Cada ola es un alma.... todo huye.... ¡qué agonía!
Dice un sollozo: "Padre," un sollozo: "Hija mia"
Un sollozo: "¡Ay de mí!"

CREPUSCULO

(VICTOR HUGO).

Del misterioso estanque tiembla el blanco sudario,
Se ve al fondo del bosque un claro aparecer;
La arboleda es profunda, negro el follaje vario......
¡Oh! ¿no habeis visto á Vénus de la selva al través?

¿La habeis visto en la cumbre de las verdes colinas?
Los que estais en la sombra ¿sabeis lo que es amar?
Los senderos se pueblan de blancas muselinas,
Y á los sepulcros habla la yerba al despertar.

¿Qué pregunta la yerba? ¿Qué la tumba murmura?
Es helado mi lecho, los que vivís, amad.
¡Labios, buscad los labios! Llega la noche oscura,
Mientras tristes pensamos, venturosos pasad.

Vivid, sed envidiados, Dios el amor ordena,
Parejas que pasais bajo el verde ciprés;
El amor que al dejar esta vida terrena
Llena el alma, en la tumba una plegaria es

Duermen las que del mundo fueron gala y contento
La luciérnaga errante en las sombras se ve;
En medio á las espigas hace temblar el viento
Las yerbas, y Dios hace la tumba estremecer.

La forma de una choza se dibuja indecisa;
Se oye en el prado el paso lento del segador;
Flor radiante, un lucero derrama su sonrisa,
De su rayo esplendente en el fresco fulgor.

¡Amaos! es el mes de las fresas maduras;
El ángel de la noche, cual flotante vision,
Llega, y mezcla, al tomarlas en sus alas oscuras,
Los besos de los vivos, del muerto á la oracion.

México, 17 de Febrero de 1871.

BERTHA DE SONNENBERG.

AL LECTOR.

La presente leyenda es la última produccion del genio fecundísimo de Isabel Prieto. Pocos días ántes de morir, y cuando la enfermedad la hacia sufrir horribles dolores, el alma de la poetisa, obedeciendo á la alta inspiracion que jamás la abandonó, se extasiaba en la contemplacion de esos bellos cuadros en que palpita el calor de la vida, y en que se siente más firme que nunca la mano de la ilustre escritora. Descontenta, sin embargo, de su propia obra, pensaba someterla á severas correcciones, agregando algunos incidentes para vigorizar más la accion, y reduciendo algunas descripciones que le parecian harto extensas. Creia que el interés era muy débil, y para remediar esto pensaba introducir varias escenas, pintando la vuelta precipitada de Gustavo de su expedicion

á la Tierra Santa con el escudero Hermann, así como algunos contratiempos en el camino hasta el momento de la profesion de Bertha, añadiendo en el epílogo unas estrofas finales que presentaran el grupo del niño y sus padres, iluminado por la luz de la estrella dulce y cariñosa. Trataba, además, de suprimir casi toda la descripcion de Colonia y una gran parte de la del convento.

Imposible nos seria juzgar de la obra tal como meditaba dejarla definitivamente su distinguida autora, pues muchas veces el deseo de mejorar una composicion hace sacrificar bellezas de indisputable mérito, y por lo que hace á las descripciones de Colonia y del convento, sentiriamos que hubiesen sufrido una mutilacion, pues así como están nos parecen interesantes y muy bien acabadas, no hallando en ellas nada que mereciera ser suprimido por exagerado ó inútil. Sea de ello lo que fuere, la verdad es que esta composicion, tal cual quedó escrita y ha llegado á nuestras manos, puede ser considerada como una de las producciones más bellas de nuestra literatura, como una de las más delicadas flores que forman la corona poética de Isabel Prieto; y esta conviccion, de que esperamos participarán todos nuestros lectores, es la que nos ha hecho apresurar su publicacion.

El Sr. D. Pedro Landázuri, esposo de la Sra. Prieto, nos dice lo siguiente, que nos parece digno de ser trascrito: "La descripcion primera de Sonnenberg, es la de la tarde que estuvimos los dos en lo alto del torreon, contemplando el hermosísimo panorama que con tanta verdad pinta; la descripcion de Colonia y la del convento de Santa María son tambien calcadas al natural. Mucho le habia simpatizado esta ciudad, y en los diez dias que estuvimos en ella, ni uno solo dejó de ir al convento, donde pasaba horas de verdadero encanto. En toda la leyenda se trasparenta ese amor entrañable por su patria, y creo que la pintura de la noche de invierno mexicana y europea, la de la carrera de los hombres ar-

mados por la selva de Fluthen y el Lurley, la del otoño en Sonnenberg, la de la habitacion del castillo, y la de la celda y la iglesia, deben llamar la atencion." Esto que nos dice el Sr. Landázuri, es enteramente característico del génio de Isabel. Lo que forma el fondo de sus composiciones es la verdad de la naturaleza, sencilla y poéticamente interpretada por una imaginacion tierna y ardiente, sea que se trate de cuadros objetivos como en su composicion al Valle de México, sea que se limite á analizar los más nobles sentimientos del corazon humano.

Para concluir observaremos que en la presente leyenda se siente bien clara la influencia que en la musa de Isabel ejercieron la literatura alemana y los sombríos y severos paisajes del Norte; esto era natural en aquella alma profundamente delicada y soñadora. En toda la composicion hay como una corriente de fantástica melancolía, que abre á la imaginacion las vagas regiones de un doloroso idealismo; aspiracion al infinito del espíritu que sufre y que entrevé su destino encima de los fenómenos materiales que le rodean. Esa impresion que nos dejó la primera lectura de *Bertha de Sonnenberg*, la vimos confirmada en el discurso que en los funerales de nuestra poetisa pronunció el Sr. Goss: "Los séres que como Isabel comprendian y podian interpretar en su idioma las leyendas de nuestro hermoso Rhin aleman, pueden dormir dulcemente en tierra alemana; ella les será leve como la de su misma patria." Esto dice quien mejor que nosotros ha podido comprender el carácter que imprimió Isabel Prieto á su última composicion. Despues de esto nada tenemos que añadir en abono de una obra cuyo solo mérito es la mejor garantía de su duracion.

México, Diciembre de 1876.

J. M. Vigil.

BERTHA DE SONNENBERG.

I

Léjos, muy léjos de la patria bella,
Que amorosa arrulló mi dulce infancia
Con el canto armonioso de sus aves,
Con el blando murmullo de sus auras,
Con la luz de su cielo esplendoroso
Que ningun otro en hermosura iguala,
Puro cual la sonrisa de una vírgen,
Azul cual mi ilusion y mi esperanza;
Léjos, muy léjos, en la vieja Europa,
En la sombría y pálida Alemania,
Tierra de las fantásticas leyendas
De poesía misteriosa y vaga;
Cerca de una ciudad (1) que hace famosa

(1) Wiesbaden.

La virtud saludable de sus aguas,
Hay un valle gentil encajonado
Por risueñas colinas y montañas.
Sobre la verde cuna de una de ellas
Que *Montaña del Sol* (1) el pueblo llama
Y en blanda ondulacion se alza graciosa,
Cubierta de una alfombra de esmeraldas,
Aún se ven las ruinas de un castillo
Que cuna fué de estirpe soberana;
Obra fugaz y efímera del hombre,
Con la obra eterna del Señor contrasta.
De siete siglos la potente huella
Ostentan derruidas sus murallas,
Y sus desmoronados torreones
Que informes restos de grandeza guardan,
Tan sólo dos desafiando audaces
Del inflexible tiempo la guadaña,
Guardan intactos sus pesados muros,
Sombríos é imponentes se levantan.
La natura, que madre cariñosa
Extiende por do quier su mano blanda,
Ha envuelto con su manto de verdura
De la noble mansion las hondas llagas.
En sus vastos salones desplomados
Eleva el árbol sus potentes ramas,
Y los toscos sillares de sus muros
Tierna y gentil la enredadera abraza,
Con fresco y verde marco rodeando
Los huecos de sus góticas ventanas.
Se extiende al léjos deliciosa y fresca,
La risueña llanura, limitada
Por colinas cubiertas de verdura,

1) Sonnenberg.

Que en mil dibujos hasta el valle bajan.
Bajo el dosel de la arboleda umbría,
Que el prado ameno por do quier esmalta,
Como bandadas de aves temerosas
Que el carnicero gavilan espanta,
Agrupa al pié de la imperial colina,
La pintoresca aldea sus cabañas,
En el mismo lugar do en otros tiempos,
Del soberbio señor bajo la planta,
De vasallos humildes la cohorte
Sus miserables chozas abrigaba.
Sobre la yerba perfumada y verde
El manso arroyo su cristal resbala,
Y retrata las flores de su orilla
En el límpido espejo de sus aguas.
En las estrechas y tortuosas calles,
De retozones chicos las bandadas
Alegres y traviesas juguetean
Con la gracia indolente de la infancia;
En tanto que entre tiestos de claveles,
Adorno de su rústica ventana,
Al par curiosa y tímida se muestra
De la aldeana gentil la faz rosada.
Ya perdida en las sombras de la tarde,
Que del fondo del valle se levantan,
Como una ondina en su ropaje envuelto,
La ciudad se dibuja en lontananza.
Del sol poniente los postreros rayos
La esbelta flecha de sus torres bañan,
Reverberando de la iglesia griega,
En las brillantes cúpulas doradas;
Miéntras que vagarosa é indecisa,
Como el perfil incierto de un fantasma,
Del Rhin la línea negra allá á lo léjos
Cerrando el horizonte se señala.

Ese cuadro tranquilo y apacible
Con el pesado torreon contrasta,
Del hombre la opresion recuerda el uno,
De Dios el otro la grandeza aclama.
A estos sitios, lector, llevarte quiero,
Si recorrer conmigo no te espanta,
Esa tierra sombría y nebulosa
Donde los hechos de mi historia pasan.

II

Era una noche de invierno,
No de esas noches serenas,
Trasparentes é ideales
Que en su manto azul envueltas,
De luceros se coronan
Con la radiosa diadema;
No de esas noches tan dulces,
Cual noches de primavera,
Que solo en mi bella patria
Absorta el alma contempla;
Sino una noche de invierno,
Cubierta con sombra densa,
Como el desengaño, helada,
Como el sufrimiento, negra.
El viento glacial del Norte
Soplando con furia extrema,
Los árboles despojados

Cual leves cañas doblega.
Esos rumores nocturnos
Que en nuestra patria resuenan
Dulces, misteriosos, vagos,
Cual la despedida tierna
Que allá al espirar el dia
Entona naturaleza;
El trino incierto del ave
Que á intervalos soñolienta,
De su cancion amorosa
Repite las notas sueltas;
El murmurio del arroyo,
Que el prado fecundo riega
Y amores muy bajo dice
A la vespertina estrella,
Que en sus ondas cristalinas
Blandamente se refleja;
El canto de la paloma
Que arrulla á su compañera,
Imaginando que el alba
Rápidamente se acerca;
Los suspiros de las flores
Que el cáliz temblando cierran
A la brisa caprichosa,
Que inconstante y pasajera,
Por robarles sus perfumes
Traidoramente las besa;
El zumbido del insecto,
El crujir de la hoja seca
Que el viento en el suelo arrastra
Y en alas del viento vuela;
Todas esas dulces voces
Que en su armonía completan
De una noche luminosa

La deslumbrante belleza,
No halagan aquí el oido
Ni el corazon enagenan.
En su plomizo sudario
Envuelve el á cielo la tierra,
Y entre sus pliegues sofoca
Todo acento que pudiera
Disipar un breve instante
El horror de sus tinieblas.
Ni un relámpago tan solo
El pardo manto atraviesa,
Prestando por un momento
Luz á la natura muerta.
Todo es tinieblas y sombras,
Desolacion y tristeza.
El funerario silencio
Que envuelve el valle y la aldea,
Las colinas y el castillo,
Cuya pesada silueta
Fantástica se confunde
En la oscuridad intensa,
A intervalos interrumpe
La voz del ave agorera,
Y el ronco rumor del viento,
Que hondo gemido semeja,
Y entre los troncos desnudos
Zumba en la cercana selva.
Todo es sombras y más sombras,
Desolacion y tristeza,
En esa noche de invierno,
Noche de invierno europea,
Como el desengaño, helada,
Como el sufrimiento, negra.
De pronto, cual el bramido
De la tempestad vantileo,

Que los ecos ensordece
En el valle y en la sierra,
Se elevaron mil rumores
Que roncos el aire atruenan,
Y el hosco silencio rompen
Sin saberse de dó llegan.
No se sabe si es el trueno
Precursor de la tormenta,
Que con aullidos de rabia
Y maldiciones se mezcla;
Si son broncos alaridos
O si son dolientes quejas,
Gritos de la voz humana
O rugido de las fieras;
Si son amargos sollozos
O crujidos de cadenas,
O los tenebrosos golpes
Con que se cava una huesa,
O de la razon perdida
La carcajada siniestra,
Los ayes de un moribundo
O el gemir de una alma en pena;
Si es todo á la vez, que todo
Esos rumores remedan,
Lúgubres y sobrehumanos,
Que el alma de espanto hielan.

....

De súbito desgarróse
Con asombrosa presteza,
Un giron del pardo manto
Que fúnebre el cielo vela;
En ese claro aparece
Una solitaria estrella
Que los altos torreones

De la noble fortaleza,
Por un instante ilumina
Con luz rojiza y sangrienta.
A su fulgor indeciso,
La figura se diseña
De una mujer ó fantasma
Que inmóbil, muda y atenta,
Sus ropas agita el viento
Que sus cabellos destrenza;
Y con las manos cruzadas
E inclinada la cabeza,
Parece escuchar absorta,
De angustia y espanto llena,
Los fatídicos rumores
Que espanto y angustia siembran.
Al caer el rojo rayo
En su frente macilenta,
Al astro los ojos alza,
Con todos sus miembros tiembla,
Y cayendo de rodillas
En la fria y dura piedra,
Lanza un horrible alarido
Que el eco del valle lleva,
Y los lúgubres clamores
Domina, apaga y sosiega.
—"¡Muerta! la estrella lo dice,
Exclama al fin con voz hueca,
Sangre sus rayos presagian,
La estrella lo dice, es ella,
La hija de Sonnenberg ¡ay!
¡Muerta, muerta, muerta, muerta!"
Y con un hondo gemido
Que mil sollozos encierra,
Sin sentido se desploma

Al pié de una tosca almena.

. . . .

De nuevo el cielo se cubre,
De nuevo el astro se vela,
Y los fúnebres rumores
Con nuevo vigor comienzan.



III

—"¡Horrible noche!—¡Espantosa!
—¿Oyes el viento cuál silba?
—No es el viento.—¿No? ¡qué idea!
—Sin la oscuridad podrias
Distinguir y no muy léjos
Quiza, la peña maldita.
—¿Tienes miedo?—No me espantan
Séres de mi especie misma;
Pero fantasmas. . . . La bruja
Del Lurley me horripila.
—Yo querria verme en salvo
Dentro del castillo.—Dista
De aquí Katzenellenbogen
Todavia algunas millas."
Reinó de nuevo el silencio
En la extraña comitiva,
De que estos dos personajes
Una parte componian;

Sólo el crujir de las armas,
Y el rumor de las macizas
Pisadas de los caballos
Que arrancan brillantes chispas
De los duros pedernales,
Resuenan en la campiña.
En un fantástico grupo
Esos diez hombres caminan,
Envueltos hasta los ojos
En anchas capas sombrías,
Confundidos con las sombras
Que en su manto los abrigan,
Y distinguir no permiten
Sus rudas fisonomías,
Do una criminal historia,
Se encuentra tal vez escrita.
En medio del grupo oscuro
Una forma se divisa,
Blanca, diáfana, ligera,
Como una hada ó una ninfa.
Cabalga en corcel tan negro
Cual la noche ó su desdicha:
Blanco es su traje flotante,
Blanco es el velo que agita
El soplo del cierzo helado,
Y baja hasta las rodillas
Del negro y gallardo bruto
Que blanca espuma salpica.
Hay algo de extraordinario
Que extraña emocion inspira,
En esa vision radiosa
Que cual la luz argentina
De la luna, que un instante
En un negro cielo brilla,

Las densas y hondas tinieblas
En su derredor disipa.
Algo de triste y doliente
En su aspecto se adivina,
Pues parece que solloza
Y parece que suspira;
Y bajo del blanco velo
Asegurarse podria,
Que corre un raudal de perlas
Sobre pálidas mejillas.
Un hombre que en su apostura
Fiera, arrogante y erguida,
Un rango mas elevado
Que el de los otros indica,
Al blanco fantasma sigue
Y lo acecha y lo vigila,
Y sus movimientos tcdos
Con cierta ansiedad espía.
—"Dentro de algunos momentos
Subiremos la colina
Funesta del Lurley.—¡Oh!
¡Mal haya! más nos valia
Haber tomado el camino
De abajo,—Se necesita
Temple como el del baron,
Que al diablo desafiaria
En persona.—Y hace mal;
Yo no sé cómo se olvida
De aquel conde palatino,
Que fué desdichada víctima
De esa maldita hechicera.
—Del magin no se me quita
Que esta aventura va á sernos
Fatal.—Es cosa sencilla
Un rapto, pero....—La raza

De Sonnenberg no se anida
En el Katzenellenbogen.
—Me parece mas tranquila
Ya la condesa.—Es valiente
Y orgullosa como la hija
De su altiva y noble estirpe.
—Yo no sé, preferiria
Verla yerta y sin sentido
Como hace un instante.—Mira,
¿No ves una sombra blanca
Al léjos?—El buho chilla
Y el cuervo grazna, es el mismo
Que tenaz nos perseguia
Antes de entrar en la selva.
—¡Que la Vírgen nos asista!
—¡El presagio!»....Y los dos hombres
Devotamente se signan.
Hácia Katzenellenbogen
La caravana seguia
Su rauda marcha, costeando
Del Rhin la derecha orilla,
Por esa selva de Fluthen,
Que en sus consejas la fría
Y nebulosa Alemania
Señala como propicia
A fantásticos sucesos
Y leyendas peregrinas.
En esta selva y á pico
Sobre el río se alza altiva
Esa peña del Lurley,
Cual la tradicion designa,
Como el sitio tenebroso
Que un mal espíritu habita.
—«Condesa,» dijo en voz bronca
Que en vano tierna y sumisa

Pretende hacer, el que jefe
De la tropa parecia,
Acercándose á la dama:
"¿Por qué llorais?" Una viva
Emocion hizo agitarse
Como la hoja sacudida
Por el viento, el blanco velo;
Pero ni una sola sílaba
Llegó á escucharse.—"Condesa,
Tan loco desden me irrita,
Y es en vano; mi fortuna
Lo ha querido: sereis mia,
¡Oh! sí, lo sereis.—¡Jamas!
Una voz dulce, argentina,
Contestó con un acento
De poderosa energía.
Mordióse el baron los labios,
Y luego....—Sois una niña,
Dijo, despues de un momento,
Con sardónica sonrisa.
—Os hallais en mi poder,
En mi poder; ¿quién podría
Libraros de mí?—¡La tumba!
Fué la respuesta concisa.
¡La tumba! repite el eco
Con voz débil y afligida,
Y otra vez el cuervo grazna,
Y otra vez el buho chilla,
Y los hombres se estremecen,
Y de nuevo se santiguan.
Conforme la caravana
Va subiendo la colina
Fantástica y misteriosa,
Tan hondas y tan tupidas
Se hacen las sombras, que casi

Distinguirse no podian
Uno de otro, á algunos pasos
Apénas; no es maravilla,
Que ni sospechar pudiesen
Cómo siguiéndolos iba
A cierta distancia un hombre
A quien solamente guia,
Del tropel de gente armada
Que con rapidez camina,
El rumor vago y lejano
Que le hace encontrar la pista.
Miéntras mas á le alto avanzan,
Mas espesa es la cortina
Que, aunque despojados, forman
Las ramas entretejidas
De los árboles desnudos,
Cuya cabellera rica
Por la mano del invierno
Yace en cieno convertida.
Se prende á cada momento
El velo de la cautiva
En los pelados arbustos
Que unos con otros se ligan,
De informe monton de abrojos
Mostrando sólo la vista;
Pues como sucede á veces,
En la senda de la vida,
Perdiendo follaje y flores
Han guardado las espinas.
En las ásperas malezas
Que el suelo agreste entapiza,
A cada instante tropiezan
Los caballos, que relinchan
De espanto, y de su terror

Los ginetes participan.
De la peña de Lurley
La enhiesta elevada cima
A una altura extraordinaria
El Rhin á pico domina,
Y el furioso remolino
Que desde abajo fascina,
Con el vértigo acomete
Y toda la sangre enfria
Del atrevido que en él
Los ojos absorto fija.
Al llegar á la alta cumbre
La sombría comitiva,
Gigantescas proporciones
Tomado el vapor habia;
Ningun diálogo se entabla,
Unos con otros se apiñan,
Y el baron mismo parece
Que á su prisionera olvida.
De pronto la blanca dama
Vigoroso azote aplica
A su corcel, y lo lanza
Del precipicio á la orilla;
El noble bruto cediendo
Al potente impulso brinca....
....
Tan solo se ve su sombra
En el espacio perdida,
Y se oye un ay que de humano
Nada al parecer tenia,
Y el chasquido que hace un cuerpo
Que al agua se precipita.
Brama airado el remolino
Que en ondas revueltas gira,
Y hondo silencio de muerte

Se extiende por la campiña.
—"¡Misericordia! temblando
Los hombres armados gritan.
—¡Dios tenga piedad de su alma!
—¡La ha arrebatado la ondina.
¡Lurley!" Y en el mismo instante
En que la estrella rojiza
Brilla sobre Sonnenberg
Y desgracias pronostica,
Huye la tropa aterrada
Con rapidez inaudita,
Cual por espíritus malos
Acosada y perseguida.
El fiero baron, dudoso
Entre el temor y la ira,
Sigue al fin á sus secuaces
Profiriendo interrumpidas
Y horribles imprecaciones,
Que los cabellos erizan
De esa gente desalmada
A sus caprichos sumisa.
En la impetuosa carrera
Que los arbustos mutila
Y los guijarros desprende,
Los cabellos se encabritan
Y el freno bufando tascan
Que en lúgubre son rechina;
Más por la espuela acosados
Que á continuar los obliga,
Más raudos que el aire bajan
La cuesta resbaladiza.
Tan negras son las tinieblas,
Que esos hombres se imaginan
Que un negro muro se opone

A que su marcha prosigan;
Sólo á veces las aclaran
Blancas sombras fugitivas,
Que tan presto se aparecen,
Y tan presto se disipan.
El cuervo que los persigue
Las negras alas agita,
Y lamentos convulsivos
O ronca estridente risa,
Sus graznidos vaporosos
Por intervalos imitan.
Los murciélagos revuelan,
Y con sus alas plomizas
Los rudos rostros azotan
Con repugnante caricia.
Y así lanzando aterrados
Do quier miradas furtivas,
Con el cabello en desórden
Y la faz descolorida,
Pasan como almas en pena
Que algun atentado expían,
Entre los negruzcos troncos,
Que en mil formas indistintas
Alzan las desnudas ramas
Que el viento furioso inclina,
Como si al cielo pidieran
O compasion ó justicia.
Y una procesion semejan
En su luenga estrecha fila,
De esqueletos silenciosos
Que á la tierra se deslizan,
Del entreabierto sepulcro
Donde reposar debian.
De pronto se iluminaron

Con una luz blanquecina
Las negras aguas del Rhin,
Que en las tinieblas yacian.
Sin detenerse un instante
Vuelve la tropa la vista
Por un impulso instintivo
Hácia la roca maldita.
En el cielo nebuloso
Una blanca estrella brilla,
Cuyos rayos el Lurley
Argentados iluminan.
Es su resplandor tan dulce,
Que á dulces sueños convida,
Y al corazon lastimado
Habla de esperanza y dicha.
Su pura luz se concentra
De la alta peña en la cima,
Y baña un extraño grupo
Que en la sombra se perfila.
Es una vision aérea,
Vaporosa é indecisa,
Blanca, cual la blanca nieve
Que corona el Iztacihuatl.
En negro corcel galopa,
A un negro fantasma asida,
Y el contraste la destaca
Más luminosa y más viva.
—"¡La ondina! gritan los hombres,
¡Dios nos ayude, la ondina!"
La faz del baron se torna
Descompuesta y amarilla,
Y el terror llegado á un colmo
Que ni se expresa ni explica,

En loco desórden siguen
En su carrera fatídica.

....

La vision desaparece,
Y la estrella peregrina,
Por grados y lentamente
Su dulce luz amortigua.

IV

Es una tarde de otoño
Apacible y sosegada:
Aun no pierde la enramada
Toda su gala gentil;
Aun el follaje amarillo
De la rama seca pende,
Que ya á medias se desprende
De la corona de Abril.

El cielo de un azul vago
Aun conserva una sonrisa;
Aun el soplo de la brisa
Es tibio y halagador;
Aun permanece en su nido
El ave errante y viajera,
Y aun conserva la pradera
Solitaria alguna flor

Reina en la natura toda
Una honda melancolía;
Es que con su sombra fria
Se acerca el invierno ya;
Que aquí es el fugaz otoño
La rápida despedida,
De al sentirse adormecida
La naturaleza da.

No es el otoño radioso
De aquella tierra bendita,
Que el follaje no marchita
Ni hace las flores morir;
En que un azul tan profundo
Y tan puro viste el cielo,
Que se ve á Dios tras el velo
Luminoso de zafir.

Es la tarde: el sol poniente
Con débil rayo ilumina
De Sonnenberg la colina
Y el pesado torreon.
Queda el valle entre lass ombras
Del crepúsculo sumido,
Como queda sumergido
En su pena el corazon.

En un estrecho aposento
De sombrío artesonado,
Vagamente iluminado
Por la llama del hogar,
En cuya alta chimenea
Un enorme tronco arde
Que las sombras de la tarde
No consigue disipar;

Ante una rueca que ociosa
Deja su mano agitada,
Cerca del fuego sentada
En blasonado sillon,
Se halla una anciana; en su frente
Marchita. arrugada y mustia,
Se lee de una honrada angustia
La dolorosa expresion.

Junto á la estrecha ventana
Que domina la campiña,
Una jóven, una niña,
De pálida y dulce faz,
Permanece silenciosa
Entre inquieta y recojida,
Como en un sueño perdida,
Que la persigue tanaz.

Su pensativa mirada
Interroga allá á lo léjos
Los moribundos reflejos
Del dia que va á espirar;
Y en tal ansiedad contempla
El ya indeciso paisaje,
Cual si su mudo lenguaje,
Pretendiera interpretar.

A sus plantas, sobre muelle
Y rico cojin echado,
En su rodilla apoyado,
Se halla un gallardo lebrel;
A su vez sus ojos fija
De la niña en el semblante,
Cual si quisiera anhelante,
Algo adivinar en él.

La jóven al fin retira
La vista de la ventana,
Y la dirige á la anciana
Con vaga, incierta expresion;
Y luego con apagado
Y melancólico acento,
De su extraño pensamiento
Siguiendo la direccion:

—"El sol se ha puesto radioso,
Muy lentamente murmura,
La brisa es suave y pura,
Madre, madre, volverá.
—¡Pobre hija mia! la anciana
Con voz doliente suspira,
Inquieta á la jóven mira
Que absorta en su idea está.

—"El negro cuervo no grazna,
Y el ruiseñor blando trina,
¿No ves á la golondrina
Que viene abrigo á pedir?
Es el emblema......Lo dice
La blanca, bendita estrella;
No ha muerto, madre, nó, ella,
Ella no puede morir."

Reinó de nuevo el silencio,
Que deja el rumor pausado,
Monótono compasado,
De la rueca resonar.
Gime afuera manso el viento
Y en la vasta chimenea
El fuego chisporrotea
Y parece suspirar.

—"Presto hará un año, la jóven
Prosigue con voz sombría,
De la caza no volvia,
Mi corazon se oprimió;
En vano en la torre aguardo,
Media noche.....escucho atenta,
Brilla la estrella sangrienta,
Creo morir....¡ay! no volvió.

—"Es mi hija, esclama la anciana;
De amor infinito lleno
La ha alimentado mi seno,
Y su tierna madre fuí;
Tú, la hija de mis entrañas,
No me has sido mas querida,
Mi sangre toda, mi vida,
Daría por verla aquí.

—"Es el vástago postrero
De una estirpe soberana;
¿Crees que pueda mañana
Esa raza concluir?
El águila ha dado muerte
Al gavilan carnicero;
Yo lo he visto....Madre, espero;
Madre, Bertha va á venir."

A ese nombre, la cabeza
Alza el perro estremecido,
Y exhala un largo gemido
Y acaricia en su ansiedad
La mano que la doncella,
Enternecida, le tiende
Murmurando:—"El me comprende.
Vuelve, Leal, ¿no es verdad?

—"¡Pobre hija mia, pobre Emma!
Triste la llama murmura:
¿El velo de la locura
Tu razon viene á cubrir?
¿O tu alma limpia, que el cieno
Del mundo á manchar no alcanza,
Con la luz de su esperanza
Ilumina el porvenir?

—"Ha hablado el cándido lirio,
Ha hablado la fresca rosa,
Será la virgen esposa....
—¿Porquè Gustavo partió?
¿Porqué cuando la esperaba
Una dicha inmensa y pura,
El amor y la ventura
Insensato abandonó?

—"Madre, Ehrenfels es un noble
Y valiente caballero,
Que supo al honor primero
Que al amor obedecer.
Ella misma en triste llanto
Tierno el corazon deshecho
Puso la cruz en su pecho
Y, vé, dijo, es tu deber.

Coronado de laureles
Volverá de Palestina,
Mi corazon lo adivina....
—(¡Ay! y te engaña quizá.)
—Volverá amante y rendido
En pos de la casta esposa....
—(¡Y ni siquiera una losa
Do prosternarse hallará.)"

Ya las sombras misteriosas
De la tarde que declina
Han envuelto la colina
En pardo y denso vapor.
Invade la vasta estancia
Una oscuridad espesa,
Que del hogar atraviesa
El rojizo resplandor.

Del sitial en el respaldo
Con languidez reclinada,
Por los sueños fatigada,
Que la asaltan en tropel,
Ha quedado la doncella
Dulcemente adormecida,
Con su mano distraida
Acariciando al lebrel.

La madre, los ojos llenos
De gruesas lágrimas fija
En el rostro de su hija,
Que ezpresa tan dulce paz;
Y con lástima profunda
Que un sencillo asombro tiempla,
Pensativa la contempla
En su reposo fugaz.

—"¡Ay! exclama, la locura
Con vaga, indecisa niebla,
De sueños tu mente puebla
Y oscurece tu razon.
Yo no quiero arrebatarte
La esperanza que te anima:
Que solo sangrando gima
Mi afligido corazon."

De pronto baña el semblante
De la dormida doncella,
De blanca radiosa estrella
La pura argentada luz.
Estrémecida la anciana
Se arrodilla lentamente,
Y sobre su mústia frente
Hace el signo de la cruz.

Reina un profundo silencio,
La rueca inmóvil no gira,
Afuera el viento suspira
Con melancólico son.
Ora la anciana de hinojos,
Y en la vasta chimenea
El fuego chisporrotea
Bajo el sombrío arteson.

V

Colonia, ciudad famosa
Por su magnífico templo,
Que parece edificado
Por las hadas de los cuentos,
Porque se juzga increible
Que pueda el humano ingenio
Sacar de la tosca piedra
Ese encaje fino, aéreo,
Esas preciosas labores,
Tan diáfanas que creemos
Que van á desvanecerse
Al leve soplo del viento,
Es una ciudad poética
Que aún guarda en su extraño aspecto
Del tiempo del feudalismo
Los más curiosos recuerdos;

En cuyas calles estrechas
Y tortuosas, aùn vemos
De construcciones antiguas
Los bien conservados restos.
Aquí un soberbio edificio,
Expresivo monumento
De las edades pasadas,
El tiempo firme venciendo,
Ha guardado casi intactos,
En el exterior al ménos,
Su majestuosa hermosura
Y su encanto romanesco.
Allí una casa moderna
Guarda de pared un lienzo,
Cuyas piedras desunidas
Los siglos ennegrecieron.
Allá una tosca ventana
De negras barras de hierro,
Con su gótica apariencia
A voces está pidiendo
Al paladin arrogante
O al valiente alabardero,
Que en el patio de honor vela
El reposo de su dueño.
En esa ciudad que baña
Caprichoso y pintoresco,
Ese Rhin tan celebrado,
De tantas leyendas centro,
Entre sus conventos varios
Hay un antiguo convento,
Que del siglo trece data,
Y que ha respetado el tiempo,
Por su bellísima iglesia
Resbalando tan ligero,

Que no ha dejado vestigios
De su destructor imperio.
La mano osada del hombre
Mas bien que el alado viejo,
Ha destruido gran parte
De sus dependencias, pero
Aun queda un sombrío claustro
Tan misterioso y poético,
Que llena el alma de vago
Y dulce recogimiento.
De las cándidas palomas,
Que ese nido embellecieron,
Quedran tan solo las tumbas
Ese patio circuyendo.
Ellas reposan tranquilas
Donde tranquilas vivieron,
Las tormentas mundanales
Contemplando desde el puerto;
Y en el claustro solitario,
Que hoy recorre el extranjero,
Donde la yedra y la viña
Entre el alambrado espeso,
Enlazan los arcos dobles
Con cariñosos renuevos,
Cuando el crepúsculo tiende
Su melancólico velo,
La mente exaltada evoca
Blancos fantasmas esbeltos
Que cruzan con leve planta
Por el corredor desierto,
Y en las sombras de la tarde
Se van al léjos perdiendo.
Situado sobre una altura
A la que hoy dan acceso,

Dos escaleras de piedra,
Ese vasto monasterio
Que llaman Santa María
En el Capitolio, bello
Y extraño nombre, se alzaba
En su pedestal soberbio,
Con su torre flanqueada
De torreones pequeños,
Sus primorosas ojivas
Y con su aspecto severo
Y melancólico al par,
Cual misterioso intermedio
Entre la tierra y el cielo,
En la época en que pasan
De mi historia los sucesos.
Es una celda sombría
De alto abovedado techo,
Donde de la luz penetran
Apagados los reflejos,
Por la gótica ventana
Que domina el claustro estrecho.
Todo en su arreglo demuestra
Un escrupuloso aseo,
Cierto monástico lujo
Y el mas minucioso esmero.
Tras luenga cortina oscura
Se oculta el pesado lecho
De columnas retorcidas
Cubiertas de blanco lienzo;
La dulce imágen del Cristo
En dosel de terciopelo,
A la cabecera pende
De la pared en el medio;
En una pequeña mesa

Del blanco lecho no léjos,
Junto á un lujoso breviario
Se ve un rico candelero
De oro macizo; en la parte
Exterior, si la podemos
Llamar así, de la estancia,
Altos sitiales con bellos
Y magníficos tallados
Circuyen el aposento.
Una mesa de nogal
Esculpida ocupa el centro,
Y en ella se ven papeles,
Un cincelado tintero
De plata, un reloj de arena,
Libros devotos, todo ello
Sábiamente colocado
En el órden mas simétrico.
Entapizan las paredes
Grandes cuadros con los hechos
Mas notables de la vida
De los santos, y el testero
Lo ocupa una bella imágen
De la Vírgen. Un soberbio
Reclinatorio que se halla
Al pié de la Vírgen puesto,
Indica bien que esa imágen
Es el principal objeto
De la devocion ferviente
Del que es de la estancia dueño.
Todo allí demuestra un órden
Melancólico y severo,
Que no perturba jamas
Exaltado un sentimiento.
Reina la calma profunda,
Sombría del monasterio;

Calma cual la del sepulcro
Bajo una losa de hielo.
Triste vida que resbala
En un árido desierto,
Sin recuerdos ni esperanzas,
Sin placeres ni tormentos.
No es esa la alegre estancia
De amor y ventura templo,
Cuyo arreglo desmoronan
Dulces infantiles juegos;
Donde la voz de un querube
Hace creerse en el cielo
A la madre venturosa,
Que contempla al hijo tierno;
Do existe siempre la dicha,
Que es siempre un amor inmenso,
El escudo que amortigua
Los golpes del sufrimiento;
Do el fresco Abril permanece
Aun en mitad del invierno,
Pues siempre hay del sol un rayo
En unos ojos serenos,
Y el aroma de las flores
En un perfumado aliento....
Dios que á la maternidad
Tantos deberes ha impuesto,
La fuente de toda dicha
En este muudo la ha hecho.
Mas volvamos á la celda
Del sombrío monasterio
Con su calma funeraria
Bajo una losa de hielo;
A esa vida que resbala
En un árido desierto
Sin placeres ni pesares,

Ni esperanzas ni recuerdos.
Dos personas en la celda
Se hallan en este momento
Cerca de la chimenea
Donde arde un brillante fuego:
La una es una monja anciana
De aspecto grave y austero,
De facciones demacradas
Y de rostro macilento,
Que de duras penitencias
Guarda el indeleble sello.
Lleva sobre hábito blanco
Negro manto y velo negro,
Y la negra toca presta
Aun mas sombríos reflejos
A la palidez marmórea
En que está su rostro envuelto.
Su blanca, afilada mano
De marfil amarillento,
Sostiene un luengo rosario
Que enrolla en sus finos dedos.
En alto sitial sentada
Con cierto ademan inquieto
Observa á su compañera,
Que en un escabel pequeño
A sus piés, y en actitud
Del mas profundo respeto,
Parece esperar sumisa
Su opinion ó sus consejos.
Es una jóven más bella
Que el vespertino lucero,
Blanca, diáfana y graciosa
Como un juvenil ensueño.
Sus grandes, rasgados ojos,
Apacibles y serenos,

Tienen un azul tan dulce
Como el mexicano cielo.
Su alba túnica de lana
De largos pliegues ligeros
Disfraza sin ocultarlo
Su flexible talle esbelto.
La blanca toca señala
De su blanca frente el cerco
Y el óvalo delicado
De su semblante hechicero,
Y sujetar no consigue
Los mil dorados cadejos
De su rubia cabellera,
Que las prisiones rompiendo
Se escapan bajo la toca
En largos bucles espesos,
Que oculta á medias tan solo
El blanco flotante velo.
Reinó un instante en la estancia
El mas profundo silencio
Que interrumpió la abadesa
A la novicia diciendo:

—"Presto hará un año, hija mia,
Que en esta santa mansion
Ha hallado tu corazon
La paz que perdido habia.

De tu hogar arrebatada
Por un infame enemigo,
En ella hallaste un abrigo
Donde vivir ignorada.

Cuando en tu justo temor
De que ese noble villano

Volvióse á atentar tirano
A tu ventura ó tu honor,

Te decidiste á guardar
El secreto mas severo,
Y de tu anciano escudero
Aquí la vuelta esperar,

Fué la mano del Señor,
Quien guió tu paso incierto
Para dirigirte al puerto
De esperanza salvador."

Calló la anciana un instante,
Y la jóven tristemente
Dobló la cándida frente
Palideciendo el semblante.

—"Hoy debes cual nunca estar
Firme en la resolucion,
Que tu juicio y tu razon
Te han decidido á aceptar.

La voluntad soberana
En ella se ve patente
Del Ser sábio, omnipotente,
De quien todo bien enama.

Cuando huyendo de la suerte
Horrible que te esperaba,
De ser de un infame esclava,
Quisiste darte la muerte,

El espíritu del mal
Que allá en el Lurley habita
La negra peña maldita,
Pensamiento tan fatal

Sin duda te sugirió....
—Perdonadme, madre mia,
¿Quien en mi lugar no haría
Lo que hacer intenté yo?

¿Quien será en lance tan fuerte
Y en tan tremenda congoja,
La que la muerte no escoja
Entre deshonor y muerte?

—Si hubieras tú confianza
En tu Dios depositado,
El te habria, hija, salvado;
Su poder tedo lo alcanza

En su iufinita clemencia
Dar castigo no há querido
Al pecado cometido,
Atentando á tu existencia;

Pues que en el trance cruel,
Por las ramas detenida
Salvó un milagro tu vida
Al despeñarse el corcel

Y cuando el fiel escudero
Que vuestros pasos seguia,
Te halló desmayada y fria
A la orilla del sendero,

Fué tu primer pensamiento
Al recobrarte, al asilo
Trasportarte con sigilo
De nuestro humilde convento,

Hasta el dia en que tornar
De Tierra Santa debia

Ehrenfels....—¡Ay! y ese dia
No me fué dado alcanzar.

En vano en su busca Hermann
Partió un año de él en pos....
¡Ay! ninguno de los
Ha vuelto.—Ni volverán.

Ten resignacion y fé.
—Madre, bien las necesito.
¿Por qué mi amor infinilo
Tan desventurado fué?

¿Por qué tan negra traicion
Me reservaba el destino,
Que al empezar mi camino
Me destroza el corazon?

En el dintel de la vida,
En la serena mañana
Que radiosa se engalana
Y amor y dicha convida;

En el risueño verjel
En donde flores y ensueños
Brotan al par halagüeños
En luminoso tropel,

Cual la solitaria flor
Cuyas galas arrebata
Cuando indómita desata
La tempertad su furor,

Inclino en mi honda amargura
Hoy la frente macilenta

Al soplo de la tormenta
Que aniquila mi ventura.

—Hija, no murmures.—No.
Madre, que no es murmurar
La felicidad llorar
Que el mismo cielo nos dió.

—El señor te destinaba
La dicha de ser su esposa,
Y esa prueba dolorosa
A tu corazon guardaba.

No se obtienen las divinas
Prendas del amor divino
Sino siguiendo un camino
Todo sembrado de espinas.

Aquí encontrarás la paz
Que tu alma agitada ansía,
Y olvidarás hija mia,
Un mundo ingrato y falaz.

—Madre, un árido desierto
Es en mi dolor profundo
Tan solo para mi el mundo,
Puesto que Gustavo ha muerto.

¡Muerto! ¿Y puede el pensamiento
Concebir esa palabra,
Sin que otro sepulcro abra
La fuerza del sufrimiento?

—Hija debes dominar
Ese dolor exaltado....

—Si algun dia habeis amado,
Madre, dejadme llorar.

Dejad que alivie mi llanto,
En esta lucha violenta,
Mi corazon que revienta.....
¡Dios mio! le amaba tanto."

Hubo una pausa angustiosa;
Rienda á sus pesares dando
Cubrió el rostro, sollozando,
Con ambas manos la hermosa;

Ocultando á la abadesa,
Entre inquieta y sorprendida,
La dulce faz oprimida
Qua tanto dolor expresa.

Al fin, con ademan lento
Tocó la rubia cabeza
La anciana, y con entereza
Y grave y solemne acento:

—"Debes desechar valiente
Esos recuerdos profanos
Que te persiguen insanos,
Oscureciendo tu mente.

Pobre oveja descarriada
Que tras sufrimientos mil
Vuelves de nuevo al redil
Por el buen pastor llamada.

Frágil é incierta barquilla
Que azotaba el mar furioso,

Si del puerto del reposo
Salva llegaste á la orilla,

Oye las fieras bramar
Desde el aprisco cerrado,
Y deja el mar irritado
Contra la playa azotar.

Feliz tú, que obedeciendo
Al mandato soberano,
Vas del bullicio mundano
Con planta ligera huyendo.

Dichosa tú, que abandonas
Un mundo de sinsabores.
Y con las cándidas flores
De la virtud te coronas.

¿Por qué ese triste gemir?
¿Por qué tan amargo duelo
Cuando á las puertas del cielo
Vienes abrigo á pedir?

Lloras de Ehrenfeis la muerte
Sin pensar, en tu culpable
Afliccion, cuán envidiable
Es su venturosa suerte.

¿Por qué ese dolor? ¿Por qué
Su fin glorioso te espanta?
El ha muerto en Tierra Santa
Combatiendo por la fé,

El te ha dado un noble ejemplo
A Dios su vida inmolando,
Y tù llegas murmurando
A los umbrales del templo.

—Madre mia. . . .—Ten valor;
Cercana al momento estás
En que el título obtendrás
De esposa del Salvador.

Ese instante por tí anhelo
Que tan dulces alegrias
Trae: dentro de tres dias,
Hija, tomarás el velo.

—Ah!—Que Dios la paz te dé.
—Sofocando mis pesares
Madre, al pié de los altares
Resignada llegaré.

—Sobre tí de Dios imploro
La bendicion soberana.
—¡Madre!—Ven, ya la campana
Nos llama, hija mia, al coro.

Levantóse la abadesa
Y la novicia á su ejemplo,
Y entrambas al claustro bajo
Lentamente descendieron.
Ya las religiosas todas
Al sonoro llamamiento
Van en procesion, sus pasos
A la iglesia dirigiendo,
Y en el sombrío recinto
Aun esos pasos ligeros
En la boveda despiertan
No sé qué dolientes ecos.
De las lámparas opacas
Al indeciso reflejo,
De fantáticas figuras

Se revisten los objetos.
Y esas formas vaporosas
Con albos ropajes luengos,
Que en la oscuridad dibujan
Su vago contorno incierto
Semejan esas visiones
Que aborta calenturiento
En una noche de insomnio
Nuestro agitado cerebro;
Esas extrañas quimeras
Que distinguir no podemos
Si son locas creaciones
De la vigilia ó del sueño.
El resplandor de las luces
De la iglesia, que el extremo
Del corredor ilumina,
Un cuadro baña de lleno
De tres blancas esculturas,
Que representan el tierno
Grupo del Calvario, y hoy
Aun existe tan completo
Como si hubieran los siglos
Junto á él pasado sin verlo.
De la dolorida Madre
Y la Magdalena en medio,
El Cristo, de la agonía
En el instante supremo,
Espira en la cruz, al Padre
Por sus verdugos pidiendo.
Y esas tres grandes figuras
Que se alzan del pavimento
Y parecen formar parte
Del silencioso cortejo,
De ese fantástico cuadro
Doblan el extraño aspecto.

Despues de haberse inclinado
Con devocion y respeto
Ante la sagrada imágen
Las religiosas, saliendo,
De los claustros, por la puerta
Del coro, desparecieron.
Bertha, la jóven condesa
De Sonnenberg, cual cediendo
De soledad y de calma
Al imperioso deseo,
Dejó alejarse á las monjas,
Y con hondo abatimiento
Se apoyó lánguidamente
Sobre el macizo antepecho
Que cierra los arcos dobles,
Levantando al firmamento
Una mirada que exhala
En su expresivo silencio,
La queja mas elocuente
Contra su destino adverso.
Y olvidándose del coro,
De las monjas y el convento,
Entregóse al dulce encanto
De sus amados recuerdos,
Que á las flores deshojadas
De su porvenir ya muerto,
Prestan un instante vida
Con su purísimo aliento.
Y á Sonnenberg trasportóse
En las alas de su empeño,
Blando nido de su infancia
Y de sus juegos primeros,
Y de sus primeros goces
Y sus primeros tormentos;

Y vió á su anciana nodriza
Cubriendo de tiernos besos
La bella y rubia cabeza
Que se apoyaba en su seno;
Y vió á su hermana de leche,
En su idioma pintoresco
Y enigmático, expresar
Con su alegría su afecto;
Y á Gustavo de Ehrenfels,
El valiente caballero,
El amante apasionado,
Esperando ansioso, inquieto,
Con el pecho palpitante,
El delicioso momento
De conducir al altar
Al tierno, adorado objeto
De su culto reverente
Y de su cariño inmenso.
Y cuando así sumergida
En sus caros pensamientos,
Fuera de aquellas memorias
Olvidaba el mundo entero,
La vaga luz de una estrella,
Las pardas nubes rompiendo,
Iluminó su semblante
Con un pálido destello.
Era un fulgor indeciso,
Apagado, macilento,
Cual la luz de una mirada
Que se nubla en llanto acerbo.
Al verla, cruzó la jóven
Ambas manos sobre el pecho,
Y las perlas trasparentes
De sus párpados cayendo,

Por sus pálidas mejillas
Lánguidamente corrieron.
—"Mi madre mi suerte llora,"
Dijo al fin con triste acento,
Y los bellos ojos fijos
En el opaco lucero:
—"Madre, no sufras, quizá
Nos reuniremos bien presto."
Y envolviéndose en el manto
De flotantes pliegues sueltos,
A su vez encaminóse
Al coro con paso lento.
La iglesia está solitaria,
Silenciosa como el yerto
Corazon cuyos latidos
Ha apagado el sufrimiento.
Del anciano sacristan
Tan solo, de tiempo en tiempo
Resuenan sobre las losas
Los pesados pasos huecos.
De los cirios del altar
El fulgor amarillento
Juega en las dobles columnas
Y en los primorosos frescos
De que están de las tres naves
Los altos muros cubiertos;
Y en una vaga penumbra
Deja el alto coro envuelto,
Que distinguir no permite
Los graciosos arabescos
De su rica balaustrada,
De nn trabajo tan perfecto,
Que desde abajo aparece
Hecha de marfil y de ébano.

De sus góticas ventanas
Reverberan por momentos
Los magníficos cristales
De colores, en espléndidos
Cuadros del mas imponente
Y maravilloso efecto.
Y esa llama vacilante,
Misteriosa, que sobre ellos
En ráfagas desiguales
A intervalos va cayendo,
A las hermosas figuras
Presta vida y movimiento;
Que se inclinan y se agitan
Por instantes pareciendo.
Ya del órgano sonoro
Se alzan los grandiosos ecos,
Que la alta bóveda llenan
Melancólicos y austeros,
Y las voces virginales
En argentino concierto,
En alas de la armonía
Y en la nube del incienso,
Presentan puras, suaves
La casta ofrenda al Eterno,
De sus cándidas plegarias
Y sus inocentes ruegos.
Postrada Bertha de hinojos
En vano lucha, queriendo
De su acalorada mente
Detener el raudo vuelo.
Del encanto del pasado
El irresissible imperio
En sus amadas memorias
Vuelve á sumirla de nuevo;
Y con la frente inclinada

Sobre el palpitante pecho,
Deja el tiempo deslizarse
Sin sentirlo y sin saberlo.
Cuando volvió de su dulce
Profundo enagenamiento,
Ya el altar estaba oscuro,
Ya el coro estaba desierto,
Sofocadas ya las notas
Del armonioso instrumento,
Y la iglesia solitaria,
Silenciosa como el yerto
Corazon cuyos latidos
Ha apagado el sufrimiento.



VI

En un inmenso salon
Del almenado castillo
Que de Katzenellenbogen*
Lleva el significativo
Nombre, que tal vez expresa
De su dueño los instintos;
En un extenso aposento
De alta techumbre, repito,
Se hallan varios personajes
Alegremente reunidos,
Disfrutando las delicias
De un festin, ó mejor dicho,
De una orgía tremebunda
Que ha sacado ya de tino,

* Codo del gato.

De los unos la razon
Y de los otros el juicio.
El resplandor de las luces
Arranca destellos vivos
De las armas que entapizan
Los muros ennegrecidos.
Cubren la mesa abundosos
Manjares y no exquisitos,
Y en los anchos cubiletes
Circula pródigo el vino,
Cuyos efectos demuestran
Los rostros enrojecidos
Y las lenguas vacilantes
Y los gestos expresivos.
Se halla el alegre banquete
Dignamente presidido
Por el noble castellano
Y alto baron Ludovico
Juan de Katzenellenbogen,
En cien leguas conocido
A la redonda, como hombre
De tal pecho y tanto brio,
Que no hay cosa que respeten
Sus antojos ó caprichos.
En medio á las carcajadas,
Las blasfemias y los gritos,
Y las báquicas canciones,
Y salvajes alaridos,
Clamó el baron, apurando
Sin saberlo y sin sentirlo
El enorme cubilete,
Con un juramento impío:
—"¿Quién de vosotros el nombre
A pronunciar se ha atrevido
De Bertha de Sonnenberg?

—Yo.—Sabeis bien, Federico,
Que quiero esa nécia historia
Dar para siempre al olvido.

Si esa jóven insolente
Mis homenajes no quiso
Aceptar, de sus desdenes
Recibió presto el castigo.

Sí, la ondina de Lurley
La arrebató.—¡Jesucristo!
Baron, en vuestro lugar
No estaria yo tranquilo.

—¡Gallina!—Donde se mezcla
El espíritu maligno.....
—¡Bah! los espíritus malos
No han de atreverse conmigo:
Me conocen y me tienen
Todo el respeto debido.
—Justamente hace hoy un año
Que ese suceso inaudito
Tuvo lugar....¡Pobre jóven!
¡Tan bella!—¡Estamos lucidos!
¡Pobre jóven!....Con cuarenta
Mil pares de.. .¡Sois un niño.
Sabed que el diablo ó la ondina
Ejecutores han sido
Tan solo de la sentencia
Dictada por el destino;
Que si hubiera la condesa
En su desden insistido,
De la alta peña la habria
Precipitado yo mismo.

¡Qué horror!—Estais esta noche
Timoratos y contritos

Como cartujos ó monjas.
—En tratándose de espíritus,
Humildemente confieso
Que soy un hombre perdido;
Y esa intervencion patente
De la ondina en aquel sitio,
Más parece la afectuosa
Intervencion de un amigo
Que por cualquier medio salva
Al otro de un gran peligro,
Que no....—Y el medio es curieso,
A fé que la felicito,
La muerte.—Con el carácter
De la condesa, de fijo
Cien muertes y más, habria
A ser vuestra, preferido;
Y pues de vos defenderla
La ondina á ese precio quiso,
No estais en su calendario....

—Dejad discursos ridículos;
Nunca al cielo ni al infierno
He respetado ó temido,
Y del infierno y del cielo
Hoy como siempre me rio»

Pronunciando esa blasfamia
Con el rostro contraido,
Aplicó tal puñetazo
En la mesa, que los vidrios
De las estrechas ventanas
Sonaron estremecidos.

Agitáronse las luces,
Y el espumeante líquido
De los vasos desbordando

Cayó en dorado rocío.
Miráronse unos á otros
Los convidados con visos
De no tenerlas, cual dice
El refran, todas consigo;
Porque en todos esos hombres
Perversos y endurecidos,
Que osan evocar al diablo
Y tiemblan al recibirlo,
La superstición ejerce
Su poderoso dominio;
Y el recuerdo del Lurley
Impresiona en lo más vivo
Su imaginacion, que ciega
La sombra del fanatismo.

Cediendo al fin al arranque,
O verdadero ó fingido,
Del baron, de nuevo toma
La orgía su loco giro,
Y en medio á los juramentos,
Y los broncos alaridos,
Y lás báquicas canciones,
Y desaforados gritos,
Del ronco cuerno se escucha
El destemplado sonido;
Señal de que algun viandante,
Caballero ó peregrino,
Demanda para esa noche
Hospitalidad y asilo.
Ninguno de ellos lo nota,
Que los vapores del vino
Les tiene completamente
El cerebro entorpecido;
Ni oyen un rumor de pasos

En los salones contiguos
Ni de la fuerte armadura
El compasado chasquido;
Hasta que súbitamente
Cual negro fantasma, hijo
De la horrible pesadilla
De un corazon afligido,
En el umbral de la puerta
Recto, arrogante y sombrío
Aparece un caballero
De solo un hombre seguido.

Negra armadura le cubre,
Y es negro el penacho rizo,
Que la pesada cimera
Orna en fúnebre atavío.

Con la visera calada
Y con ademan altivo
Hácia el baron se adelanta,
Que irritado y sorprendido,
Se alza á medias de su asiento
Sospechando un enemigo.

Y con la mano en el puño
De la espeda:—"Ludovico
Juan de Katzenellenbogen
Con sonoro acento dijo,
Por miserable é infame,
Sin Dios ni ley, y asesino,
Y traidor, á un duelo á muerte
Hoy te reto y desafío„
Y con lentitud se quita
El guantelete bruñido,
Que á las luces reverbera
Con destellos fugitivos,
Y á las plantas del baron

Lo lanza calmado y digno,
Del pavimento arrancando
Como un lúgubre gemido.

Furioso el baron, rechaza
Con gesto despreciativo
La manopla, y —¿Tù quién eres,
Mozalvete presumido—
Grita al fin con voz de trueno,—
Que en tu necio desvarío
A provocarme te atreves?
Da gracias á que te miro
Con el más alto desprecio;
Da gracias á que no mido
Jamás mis ilustres armas
Con ningun advenedizo,»

Sin responder, la visera
Levantó el desconocido,
A descubierto dejando
Un bello rostro expresivo
Y juvenil, cuyos ojos
De un azul profundo y límpido
Anima en ese momento
De la indignacion el brillo.

—¡Ehrenfels!—exclaman todos
Y el baron se pone lívido.
"¿Te has olvidado de Bertha
De Sonnenberg? Yo he venido
De Palestina á vengarla.

—Entónces, amigo mio,
Al Lurley vé y en la ondina
Véngate, cuyos hechizos
La arrastraron....—Bertha existe.
Yo lo sé. Dios no ha querido
Permitir que tus cobardes

Y venenosos designios
Nos privaran en la tierra
De ese ángel de luz. . . .—¿Qué has dicho?
¿Bertha existe?—¡Tú deliras!
¿Tus propios ojos la han visto?
—No, que he jurado no verla
Hasta que haya recibido
Tu abominable conducta
El merecido castigo.

Cumpliendo mi juramento,
Bertha no sabrá que existo
Hasta que decirla pueda:
"Vengada estás del inicuo
Que tu honor y tu existencia
Puso en tan grave peligro.»
—Dios siempre al derecho asiste,
Y en su justicia confio
Que no han de quedar impunes
Tu maldad y tu delito.»
—¿Bertha existe? Tu sentencia
Has pronunciado tú mismo.
Esa mujer será mia,
Lo juro. Pues que propicio
El infierno la coloca
Otra vez en mi camino,
Pasaré para obtenerla
Sobre tu cadáver frio.
—Bien, á las doce te espero
En el Lurley.—Ya te sigo.»

El baron sobre sus armas
Se arroja, en el paroxismo
De la embriaguez y la ira;
Permanecen sumergidos
En gran estupor los otros

De su hondo terror indicio;
Y el jóven conde se aleja
Del anciano Hermann seguido,
Y al fin se pierden sus pasos
En el extenso recinto.

VII

Está la noche sombría
Y helada; el cielo plomizo
Extiende sobre la tierra
Su toldo descolorido;
Espesos copos de nieve
Cayendo en revueltos giros,
Cubren los desiertos campos
Con terso manto de armiño;
En ráfagas desiguales
Sopla el cierzo enfurecido
Entre los ásperos troncos
De los siempre verdes pinos,
Y entre las desnudas ramas
De los árboles altivos
Y gallardos que coronan
El negro y enorme risco
Del Lurley; allá, á las plantas
Del alto peñasco erguido
Brama con voz destemplada

El airado remolino;
En olas espumeantes
Las negras aguas del rio
Azotan contra la orilla
Con lastimero gemido;
No vuela el ave nocturna,
Que entumecida de frio
Lanza desde un tronco hueco
Su lamentable graznido;
Los árboles despojados
Del primaveral aliño,
En cambio de albos ropajes
Por la escarcha revestidos,
En la sombra dibujando
Sus perfiles blanquecinos
Semejan blancos fantasmas
Que atraviesan con sigilo
En sus sudarios envueltos
Un cementerio maldito,
Por haber dado á una bruja
Bajo sus losas asilo,
Sin cruces, sin inscripciones
Desahogos del martirio
De un corazon que la muerte
De muerte tal vez ha herido.
No es la oscuridad que encubre
Con su misterioso abrigo
En un caos los objetos
Invisibles é indistintos;
Es una luz macilenta
Y chillante al tiempo mismo,
Que las pupilas lastima
Y desazona el espíritu,
Como contrista la ronca
Carcajada del delirio,

De grande afliccion mezclada
Al doloroso suspiro.
Toda la naturaleza
Tiene un aspecto fatídico,
Bajo la doble mortaja
De la nieve y del sombrío
Cielo, que en el alma pesa
Como de plomo macizo.
Sobre la vasta meseta
Cima del agreste pico,
Al reflejo funerario
De la nieve desprendido,
Se dibujan débilmente
Los contornos indecisos
De dos figuras extrañas,
Espectros ó aparecidos,
O fantasmas ó visiones,
Porque fuera desvarío,
Con el temporal horrible
Y en la hora en que los vivos
Ceden del mundo un instante
A los muertos el dominio,
Pensar que séres humanos
Se encuentren en ese sitio.
Y son no obstante dos hombres,
Dos mortales enemigos
Que de su vida ó la agena
Han resuelto el sacrificio.
Ambos aceros se cruzan
Con pavoroso ruido,
Al chocarse produciendo
Un resplandor fugitivo;
Y en medio al gemir del viento,
Y al mugir del remolino,

Y de las aguas inquietas
Al misterioso quejido,
Cubiertos de blanca escarcha,
Bajo los nevados riscos,
Los dos combatientes luchan
Con extraordinarlo brio.
El jóven conde se muestra
Firme, sereno y tranquilo,
Mientras el baron, furioso,
Ataca perdido el tino,
Al fin el último viendo,
Que pese á sus inauditos
Esfuerzos pierde terreno,
Ya fatigado y rendido
Con brusco arranque se arroja
Sobre Ehrenfels de improviso,
Aprovechar intentando
Lo que imagina un descuido.
Hubiera indudablemente
Ese ataque repentino
Y traidor el reeultado
Del combate decidido
En contra del noble jóven,
Que apela de Dios al juicio;
Pero al asestar el golpe
Como cobarde asesino,
Retrocede bruscamente
El baron cual detenido
Por una mano invisible
Que le cerrara el camino;
Rompiendo el parduzco manto
De que se halla revestido
El firmamento, una estrella
Asoma en los intersticios,
Un resplandor derramando

Tan deslumbrante y tan vívido,
Como si del sol un rayo
Robar hubiera podido.
No es el fulgor argentado,
Que melancólico y tibio
De la sonrisa de un ángel
Refleja el sereno hechizo;
Es una luz penetrante,
Un resplandor amarillo,
Como la luz que derraman
Sobre un féretro los cirios.
El baron alza los ojos,
Que guarda en la estrella fijos.
De ella intenta separarlos,
Y no puede conseguirlo;
Ese resplandor lo ciega
Y le perturba el sentido;
Ya una amenaza parece,
O ya del cielo un aviso;
Ya el fuego de una mirada,
Que anima con rayos vivos,
Con llama deslumbradora,
De la indignacion el brillo.
Siente el baron por sus miembros
Correr de la muerte el frio,
Y erizados los cabellos,
Y el semblante contraido,
Cual si tuviera delante
Una vision ó un prodigio,
Ni ataca ni se defiende
Dando el combate al olvido.
Al fin con violento esfuerzo
Logra arrancarse del sitio
Dando la espalda al contrario
De un vértigo poseido,

Y frenético á la orilla
Se lanza del precipicio....
Se oye una horrible blasfemia,
Un ronco y agudo grito,
Y con más fuerza el rumor
Del hondo é hirviente abismo.....
Se signa el conde Gustavo,
De horror profundo transido,
Y al descender la colina
Hondamente pensativo,
Vuelve la vista á la estrella
Cuyo fulgor diamantino
Es pálido ahora y triste
Como un doliente suspiro.

Hay algo de misterioso,
De melancólico y tímido
En esa luz macilenta,
Cuyo lenguaje expresivo
Si antes decia aborrezco,
Dice ahora: sufro y gimo;
Si antes era la mirada
Do un ódio ardia infinito,
Parece velada ahora
Por un llanto contenido.

Se estremece el jóven conde
Cual comprendiendo esos signos.
—"Ahora á Colonia, murmura,
Justicia de Dios ha sido:
Mas la estrella palidece
Y anuncia pena ó peligro.

¡Bertha! que el cielo se muestre
Para nosotros benigno.
De un negro presentimiento
El penetrante cuchillo

El corazon me desgarra
Con envenenado filo."

. . . .

Pocos instantes despues
Sobre el tapiz blanquecino
De la nieve, caballeros
En dos potros tan sombríos
Como sus dueños, dos bultos
Se deslizan fugitlvos;
Al resplandor macilento
Que al firmamento plomizo
La espesa alfombra de escarcha
Envia en reflejos lívidos,
Parecen almas en pena,
Que de otro mundo han venido
A advertir á los humanos
De sus placeres lo efímero,
Pues tan rápidos que puede
La vista apenas seguirlos,
Se pierden del horizonte
En el confin indeciso.



VIII.

Volvámonos á Colonia
Si por dicha no te cansa,
Lector, que de un punto á otro
Con mi narracion te traiga,
Resígnate y acompáñame,
Que la urbanidad te manda
Concluir devotamente
La narracion empezada.

Hay una solemne fiesta
En el convento de Santa
María en el Capitolio,
Que desde la madrugada
En señal de regocijo
Echa á vuelo sus campanas.
A su poética iglesia,
Lujosamente adornada
Con banderolas y luces,
Follaje, flores y gasas,

La multitud se dirige
Curiosa y alborotada,
Y en los diferentes grupos
De la ceremonia se habla.
—"Se dice que es muy hermosa
La novicia.—Son palabras
Al aire, es una extranjera,
Nadie la conoce.—Juana
Supone que es una jóven
De una belleza extremada
Que ha visto en el coro bajo
Há un año.—¿Y cómo se llama
La monja?—De Sonnenberg
—¡Esclarecida prosapia!
—No es Bertha de Sonnenberg
Esa monja, es una fábula;
Há mas de un año que ha muerto
La heredera de esa casa
Ilustre.—Efectivamente,
Y aun creo se susurraba
Que se habia ahogado.—Cierto,
En el Rhin, pero las aguas
Que arrojaron el caballo
Muerto, de la jóven guardan
Dl cádaver, ó.....—¿Qué?—Que
Tal vez la ondina la haya
Arrebatado hasta el fondo
De su guarida.—¡Patrañas!
¿Patrañas la ondina? El cielo
Os preserve de escucharla
Cantar al pié de la peña
Del Lurley.—Si me mataran
No me acercaria nunca
A ese sitio.—El tiempo pasa
Y va á llenarse la iglesia.

Yo no quiero perder nada
De la ceremonia; entremos.
—Entremos.—Las once, ¡gracias
A Dios! aun tenemos tiempo.

—La ceremonia no tarda,
Dicen que á las doce empieza."
Y la multitud compacta
Y gozosa se dirige
A la iglesia sin tardanza.
Bella está la bella iglesia
Que al traves del tiempo guarda
Su poesía infinita
Y su misteriosa gracia.
De colores diferentes
Y elegantes formas varias,
Las banderolas descienden
De la bóveda elevada.
Iluminan los altares
Altos cirios, ricas lámparas,
Y aquellas flores que en esa
Tierra sombría y helada
Del rigor del crudo invierno
Del hombre el esmero arranca.
Del templo el ambiente llenan
Con deliciosa fragancia.

En medio del coro bajo,
Que solitario se halla
En ese instante, un altar
Reducido se levanta,
Y entre las flores y luces
Que risueñas lo engalanan,
Como una dulce promesa
De consuelo y esperanza,
Como el faro que al marino

En la deshecha borrasca
El puerto de salvacion
Y de reposo señala,
Del Cristo la santa imágen
Melancólica se alza.

Está ya la iglesia llena,
La multitud, agitada,
La hora de la ceremonia
Con grande impaciencia aguarda.

De pronto se abre en el coro
Una puerta estrecha y baja
Que al interior de los claustros
Por la derecha da entrada,
Y entre dos filas de monjas
Cubiertas por negras capas,
Cuyos largos velos negros
Las velan á las miradas,
Vestida de blancas ropas
La novicia se adelanta.
Siempre en dos largas hileras
Las religiosas avanzan,
Y á entrambos lados del coro,
Por el altar separadas,
Se detienen silenciosas
Como sombríos fantasmas.

En cojin de terciopelo
Que guarnecen ricas franjas,
La novicia se arrodilla
Del Redentor á las plantas.

La vaga luz de los cirios
Su dulce semblante baña,
Pálido cual azucena
Que dobla la frente cándida
Al enfurecido soplo

De la tempestad ingrata.
Bajo la nevada toca
Los gruesos bucles se escapan
De la rubia cabellera
Que la tijera amenaza,
Y que en muy breves instantes
Dejando de ser la gala,
La diadema que la frente
De la vírgen coronaba,
Sembrará el suelo en despojos
Esparcida y destrozada.
Sus grandes ojos azules
Como el cielo de mi patria,
Tristes y húmedos eleva
En silenciosa plegaria.
Con su mano enflaquecida
Como el alabastro blanca,
De su corazon contiene
Las palpitaciones rápidas.
En el solemne momento
Quizá las fuerzas le faltan,
Quizá al volver al pasado
Tristemente la mirada,
Y al ver su amor y su dicha
Perdidos en lontananza,
Y al dar á las ilusiones
De una vida que empezaba,
A las flores deliciosas
De una risueña mañana
Un adios triste y eterno,
Su corazon se desgarra.
A los piés del Crucifijo
Humildemente postrada,
Con la mano sobre el pecho,
Tan inmóbil y tan pálida,

Parece la bella imágen
De la Madre Inmaculada,
Cuando en el Gólgota mira
Por la ingratitud humana
Morir al divino Hijo....
Al Hijo de sus entrañas;
Que para dar una idea
Del dolor que despedaza
El corazon de una madre,
Con esa palabra basta.
Comienza el acto solemne
Que á la neófita separa
De un mundo que las mas veces
Sin conocerlo rechaza.
Los vapores del incienso
En espirales se alzan
Y el tabernáculo envuelven
En densa nube aromada.
Del órgano, recorrido
Por hábil mano, se exhala
Una armonía suave,
Tan melancólica y blanda,
Que ya parece una queja,
Ya una sonrisa empapada
En llanto, ya la oracion
Que del alma se derrama
Y hasta el trono del Eterno
Sube en sus celestes alas.
La multitud, siempre muda,
Con su silencio proclama
El interes que á la escena
Que va á seguir acompaña.
Sube al fin el sacerdote
Al púlpito, y en voz alta
A la novicia dirije

Una edificante plática
Pintándole los peligros
Que en el mundo le aguardaban,
Lo vano de sus placeres,
Sus decepciones amargas,
Los escollos en que puede
Tropezar la débil barca
En ese mar proceloso
Que la existencia se llama;
La dulce dicha del claustro,
Donde la vida resbala
Pura, apacible y serena,
Sin inquietudes ni alarmas;
Donde no penetra el soplo
De las tormentas mundanas,
Que en la puerta se detienen
Y en el exterior estallan;
Do la paz de la inocencia
Disfruta tranquila el alma,
Que en el momento supremo
De abandonar su morada
Terrestre, del Redentor
Esposa bendita y casta,
Va á recibir á los cielos
De la pureza la palma
Y á disfrutar de la eterna
Santa bienaventuranza.

Calló el sacerdote, y dobla
Recogida y resignada
La nueva monja la frente,
Meditando sus palabras.

—"En este solemne instante,—
Despues de una corta pausa
Prosigue el anciano,—hija,

Del cielo á las puertas llamas,
Para pedir el glorioso
Título que te levanta
A un rango mas elevado
Que el tálamo de un monarca.
Pura azucena que buscas
El abrigo que te falta
Bajo el árbol que hoy te cubre
Con sus poderosas ramas;
Blanca paloma que vuelves
En rápido vuelo al Arca,
Pues léjos de ella, furiosos
Los elemeneos te espantan;
Tímida, inocente oveja
Que negro lobo amenaza,
Y del pastor en los brazos
Buscando asilo te lanzas;
El Redentor, que sufrió
Tortura, muerte é infamia
Por ti, las puertas del templo
Hoy me ordena que te abra,
Pues que de esposa de Cristo
La inmensa dicha demandas,
Y satisfecha y gozosa
Estás dispuesta á aceptarla.

Ante la tierra y el cielo
Respóndeme: Bertha Paula
Condesa de Sonnenberg,
¿Con voluntad espontánea,
Libre, por ningun respeto
Del bajo mundo forzada,
Aceptas á Jesucristo
Por tu esposo?"....En la garganta
De la novicia cortó

La respuesta una oleada
De gente que habla y se agita;
Un rumor de pasos y armas
Se escucha, luego una voz
Sonora, vibrante y clara,
Del templo el ámbito llena
Y los ánimos embarga.
—"Bertha, el conde de Ehrenfels
A Dios y al mundo reclama
Los sagrados juramentos
Que en este instante quebrantas."

Se oye un grito penetrante
Y angustioso que taladra
Aun el corazon mas duro,
Y se ve una forma diáfana
Tras de las espesas rejas
Tender las manos cruzadas;
Luego un gemido mas débil
Y el sordo rumor que causa
Un cuerpo que se desploma
Sobre las losas heladas.

Si un rayo hubiera caido,
Quizá mas extraordinaria
La impresion no fuera: todos
Los semblantes desencajan
El asombro y el terror,
La curiosidad ahogada.

Cual una mar cuyas olas
Azota negra borrasca,
De la multitud inquieta
Roncos rumores escapan.
Todos á un tiempo preguntan,
Nadie á responder alcanza,
Todo es sorpresa y tumulto,

Todo es confusion y alarma.
Hácia el centro de la iglesia
Se dirigen las miradas,
Y al fin todas se detienen
En la figura gallarda
De un jóven, que los flotantes
Pliegues de su oscura capa
Ha echado hácia tras, y muestra
En su pecho la encarnada
Cruz cual pabellon divino
De su empresa noble y santa.

En su armadura, que el polvo
De un largo viaje mancha,
Se descubren las fatigas
De su penosa jornada.

Con la cabeza desnuda
Levanta la frente vasta
Que el sol de Oriente ha quemado
Con abrasadora llama.

La mano izquierda se apoya
En el puño de la espada,
Miéntras la derecha el grupo
De religiosas señala,
Que en ese instante rodean
A la jóven desmayada.

El anciano sacerdote
Del púlpito al punto baja,
Y al extranjero que siembra
Ese desórden se avanza;
Y despues de haber cruzado
Algunas cortas palabras,
Ambos en la sacristía
Desparecen sin tardanza.
Queda solitario el coro,

Todas las luces se apagan,
Y la multitud curiosa,
Descontenta y chasqueada,
Que en resolver el problema
Inútilmente se afana,
Deja la iglesia, entregándose
A suposiciones varias.

EPILOGO

Es una bella tarde de verano,
Se acerca del crespúlo la hora,
La cumbre el sol de los collados dora
Apénas con su rayo postrimer;
Cruza leve el celaje nacarado
El limpio firmamento trasparente,
Y va del sol la muribunda frente
En sus pliegues graciosos á envolver.

Baña la luz de la rosada aurora
Que luminosa y diáfana declina,
En la cumbre gentil de la colina
De Sonnenberg el alto torreon;
Miéntras al léjos del extenso valle
Y la fresca llanura deliciosa,
Se pierden de una niebla vaporosa
En el ligero y nítido crespon.

Al pié de l' alta torre del castillo
En la dulce pendiente del collado,
En un risueño y natural terrado

Que domina el paisaje encantador,
Dos grupos deliciosos se dibujan
Que uno al otro expresivos se completan
Y la dicha purísima interpretan
Que da en todas sus fases el amor.

Bajo el fresco dosel de dos castaños
Que mezclan blancas y rosadas flores,
A los tibios postreros resplandores
Del sol que muere en lecho de coral;
Sobre el blando regazo de una anciana
Que lo contempla estática y dichosa,
Un niño bello como el sol reposa
Que le preste aureola celestial.

Emma, la amante y tierna visionaria,
Ante la anciana madre de rodillas,
No siente por sus pálidas mejillas
Dulce llanto de dicha resbalar;
Y besando la frente del querube,
Con voz suäve, melodiosa y pura
Un canto melancólico murmura
Que va al fondo del alma á resonar.

A una corta distancia de este grupo
En un rústico banco reclinados,
En la inmensa ventura enagenados
Que les llena de luz el corazon,
Bertha y Gustavo en el dormido niño
Húmedas deteniendo sus miradas,
Sonríen, con las manos enlazadas,
De su dicha á esa bella encarnacion.

Como la negra y destrozada nube
Que al terminar la tempestad se aleja,
Y en el confin del horizonte deja
Sus mutilados restos asomar;

Ellos ven á lo léjos la memoria
De su crüel pasada desventura,
De esas horas tan llenas de amargura
Que no pueden serenos recordar.

Con la blanca cabeza descubierta,
Con porte enternecido y respetuoso,
Se halla no léjos del feliz esposo
El viejo Hermann, el escudero fiel.
Recostado á los piés de la condesa,
Que muda lo acaricia blandamente,
La gallarda cabeza inteligente
Levanta por instantes el lebrel.

Se ha puesto el sol; las nubes lentamente
Han perdido sus vívidos colores;
Comienzan ya los lánguidos rumores
Que anuncian que la tarde va á morir;
Al cielo sube la argentada niebla
Que extendiendo su diáfano ropaje,
Cubre con velo de flotante encaje
El luminoso manto de zafir.

....
....
....
....

Hamburgo, Setiembre de 1876.

FIN.

INDICE.

II

PÁGINAS.

III.

PÁGINAS.

